UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

OBRAS
DE
R. P. DIAZ

4

PQ6554
.P218
v.4
1866

1080019034

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

OBRAS

DE

DON NICOMEDES-PASTOR DIAZ.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS

OBRAS

DE

DON NICOMEDES-PASTOR DIAZ,

DE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.

TOMO IV.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
M. Teteca Valverde y Tellez
Biblioteca Universitaria Alfonsina

MADRID.
Imprenta de Manuel Tello, San Márcos, 28.
1867.

46693

PQ6554
.P218
V.4
1866

FOMENTO
VALVERDE Y TELLEZ

LOS PROBLEMAS DEL SOCIALISMO.

LECCIONES

PRONUNCIADAS EN EL ATENEO DE MADRID

EN EL CURSO DE 1848 Á 1849.

POR

DON NICOMEDES-PASTOR DIAZ.

010416

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

INTRODUCCION.

Al leer de nuevo las páginas elocuentes de este libro, despiértanse con viveza en la memoria las idéas y sentimientos que veinte años hace ocupaban los ánimos de todos: Reyes ó súbditos, ricos ó pobres, filósofos ú hombres de mundo. Algo de ello aún alcanza este privilegio; pero es mucho más lo que ha ido desvaneciéndose con el tiempo, como el humo de aquellos volcanes por largo plazo callados, que á todos parecen extintos, guarden ó no oculta su misteriosa actividad todavía. Tal se mostraba, no ménos que desde el principio de la Historia á los hombres, la verde montaña que en las vecindades de Nápoles, luego espantó de repente al primer siglo cristiano, con la catástrofe sin igual de Pompeya.

¡Ojalá que los PROBLEMAS DEL SOCIALISMO, tan temerosos há veinte años, y tan flacos en la apariencia al presente, no pudieran ya sorprender á las gen-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tes venideras con una resurreccion parecida! ¡Y á Dios pluguiese asimismo, que esotros problemas, con los del socialismo relacionados, y puestos á la par que ellos en estudio por D. Nicomedes-Pastor Diaz, ó acertara al cabo á resolverlos la generacion actual, ó pudiera, cuando nó, dejarlos ya siempre, como insolubles ó inútiles, aparte! Pero acerca de lo primero sólo con la esperanza contamos, y mal lo segundo se ajusta á la condicion pertinaz é insaciable del espíritu humano; que ménos se contenta con lo que buenamente comprende ó alcanza ahora que en otro ningun período de la Historia.

Por eso el libro que se dá aquí á nueva luz, no solamente se leerá con fruto hoy en dia, sinó á mi juicio en todo tiempo. Cuando la atraccion irresistible que mantiene á los indivíduos en sociedad, y aquel espontáneo ejercicio del libre albedrío, de que nace la recíproca independencia entre los indivíduos, dejaran de hallarse contrapuestos en ocasiones, así en la Filosofía como en la Historia: cuando las diferentes fuerzas morales y físicas que de por sí la sociedad crea, ó en sí propios desenvuelven los indivíduos, cesasen de ejercer influjo en el organismo administrativo y político, no facilitando aquellas la centralizacion, ni favoreciendo éstas la excentralizacion de los diversos poderes; no promoviendo especialmente las unas el in-

terés general, que bien mirado es uno con la justicia, ni estimulando sobre todo las otras el interés particular, que tantas veces y tantas con ella aparece discorde en la tierra: cuando el orígen, la forma, las garantías esenciales de la propiedad personal no merecieran tratarse por la alta manera que conviene á cuanto es propio de aquella indispensable basa del órden social: cuando la organizacion del trabajo, ora esclavo, ora libre, bien singular, bien colectivo, y la participacion que en cada uno de tales casos él toma en la formacion del capital y en su conservacion sucesiva, primeros y necesarios hechos en la série de los que van señalando el progreso humano, no promoviera ya en las inteligencias pensadoras juicios y conceptos diversos: cuando acabaran de ser, en fin, la religion y la libertad, á un tiempo mismo, las más íntimas é inevitables aspiraciones del hombre, y los más eficaces móviles de su gradual mejoramiento, entónces y no más que entónces, llegarian á perder las lecciones de Pastor Diaz su utilidad por entero. Pero mientras todo esto no acontezca, que no acontecerá de seguro nunca, siempre merecerá esta obra que se la considere con aprecio: si ya nó con el que se miran las fábricas acabadas, en las cuales no se echa de ménos remate alguno, con el que se contemplan al ménos, aquellas altas columnas ó ro-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bustos sillares, que, esparcidos al rededor de los colosales monumentos, que á las veces comienzan y no concluyen los siglos, mantienen viva la esperanza de que llegarán, al fin, á feliz término algun dia, ofreciendo en el interin, palpable muestra de la alteza de pensamiento y del esfuerzo de ánimo, de los antiguos varones que osaron concebirlas, ó emprenderlas, por más que les negase el fruto de su penosa labor la fortuna.

Á la verdad no es tan frecuente la esterilidad de los esfuerzos humanos, en otra alguna empresa, como suele serlo en ésta de esclarecer cuestiones por el estilo de las que Pastor Diaz tomó por su cuenta. Porque ni el estudio de la naturaleza muda; ni el del animal, ó el hombre físico; ni siquiera el de las peligrosas profundidades del humano espíritu es tan árduo en sí propio, ni tan propenso á extravíos, ni á tantas decepciones ocasionado, como el de los problemas que vá presentando sucesivamente á la resolucion de los pueblos, en los diversos períodos de su vida comun la sociedad civil ó política. Ni consiste lo más de la dificultad en la complicacion de estos problemas mismos; ántes la ofrecen mayor las circunstancias en que hay que estudiarlos, ó resolverlos, con harta frecuencia. Que los pueblos tienen á la verdad dias tenebrosos; dias en que las tempestades reinan solas por

mar y por tierra; en que parece que van á zozobrar las más grandes y recias naos, y á arrancarse de cuajo los árboles seculares que han prestado fruto ó sombra á muchas generaciones de hombres; en que reducidos estos á la miseria por las aguas desencadenadas, ó sin muro y techo que los defiendan del viento helado, ya ocultos, ya fugitivos, ó náufragos, ó solitarios, levantan la voz en balde, y piden, ruegan, sin que nadie los oiga, ni siquiera al pronto la esperanza, por más que ella sea la última luz que divisen los tristes en la tierra. Pocos son los que piensan, en tanto, que ha de lucir de nuevo el sol, temprano ó tarde: pocos los que dejan de alimentar su espíritu en extremos tales con los manjares desabridos que adereza el desaliento. De ellos fué, no obstante, Pastor Diaz al pronunciar las presentes lecciones; y para estimarlas en lo justo, menester es tenerlo en cuenta.

Paréceme ahora mismo estarle viendo llegar con la primera de ellas, cierta noche, á la cátedra del Atenéo de Madrid, si hoy tan muda, tan fértil en levantados discursos entónces. Cursaba yo á la sazon las aulas de jurisprudencia: era él ya un ex-Ministro, y un hombre político de nombre, experiencia y saber. De entónces acá han pasado bastantes años, y ha habido muchos sucesos, en los cuales tambien me ha tocado á mí la vez de tomar al-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

guna parte. No es propio del régimen de gobierno, que ha tenido España en este no breve período de tiempo, el que los hombres políticos, bien que sean hijos de una misma escuela, y aunque profesen por lo general iguales principios, dejen de diferir á las veces unos de otros, formando distintas opiniones teóricas de las cosas prácticas. Cuantos andamos, á un tiempo, los quebrados senderos de la vida pública, hemos de tropezar por fuerza los unos con los otros en ellos, pareciendo alternativamente, ó amigos, ó adversarios. No puede decirse que esto último lo haya sido yo en verdad nunca de D. Nicomedes-Pastor Diaz; pero harto cierto es que, en ocasiones, he juzgado los negocios públicos de un modo diferente que él, no siendo más que la rectitud de la intencion, idéntica en ambos. Con todo eso, y aunque mayores y más personales hubieran llegado á ser, que fueron, nuestras diferencias, de una cosa estoy cierto: y es de que no habría jamás sabido extraer de mi memoria ni de mi corazon, el respeto que infundió en mí Pastor Diaz la noche aquella en que ya he dicho que le ví llegar, sentarse en la cátedra del Atenéo, y enmedio del más solemne silencio, comenzar á leer la primera de sus lecciones. Porque Pastor Diaz no las pronunció oralmente á pesar de la singular facilidad de decir que poseía: no queriendo,

sin duda, que pensamientos tan graves, llegasen en forma improvisada al auditorio.

Ya la enfermedad temprana, y la fatiga de una vida juntamente achacosa y activa, se reflejaban á las claras en su semblante. Y sin embargo, no era su apostura la de un vencido: era la de un adalid confiado en su razon y en su buen aliento, que todavía se siente mayor que el enemigo, y espera triunfar de él en la batalla. La lectura no privaba del calor, de la oportuna entonacion, de ninguno, en fin, de los peculiares atractivos de las improvisaciones, á su discurso. Sonora su voz, al par que conmovida, vivamente hería la imaginacion, por sí sola, disponiéndola á ofrecer dulce acogida á las frases armoniosas, floridas, brillantes, que caracterizaban su estilo. Pendía por tal manera el auditorio entero de sus lábios: único ejemplo de buen éxito, que en discursos leidos haya yo presenciado: tal vez de los pocos que en forma semejante se haya alcanzado á merecer. Pero todavía la figura de aquel hombre enfermo y rico de vida, decaido y floreciente á un tiempo, era más digna de respeto entónces, que sin duda pensaban los curiosos escolares que le aplaudían, ó la multitud, tambien por lo general, inexperta, que con afan lo escuchaba. Otras condiciones de edad, otro estado de ánimo, eran precisos para apreciar todo el mérito de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

aquel acto. De mí al ménos sé decir yá, que, con el transcurso del tiempo y la experiencia tristemente adquirida, lo que más me lo hace estimar ahora, es que con él cumplieron un difícil deber en *Pastor Diaz* el hombre político, el orador, el publicista reputado. Y aun por esto imagino yo, que más que por su propio valor, con no ser corto, las lecciones acerca de los *Problemas del Socialismo*, obtendrán señalada mencion en la Historia, que habrá de escribirse algun dia, de los trabajos intelectuales que se han ejecutado en España durante el presente siglo.

Que nada, á la verdad, hay tan raro, cuanto el reconocimiento de los propios deberes en los dias de confusion general; ni hay más difícil nada, que en tales ocasiones cumplirlos. Toda crísis social ó política, eso de singular tiene: que no la agrava más el desenfreno de algunos, que el retraimiento de muchos; ni tanto el poder de la agresion, como la flaqueza de la resistencia; ni ménos que la muchedumbre y disposicion acertada de las huestes asediantes, la soledad en que suelen, al fin, encontrarse los hombres de valor, que cierran ó disputan á última hora los portillos de las fortalezas atacadas. Obsérvase siempre lo propio en esto: sea que traiga el peligro el desencadenamiento del vulgo; sea que proceda de tiránicos ó anárquicos imperantes. Pero Pastor Diaz, por su parte, rico en inteligencia y fé, si pobre de salud y fuerzas físicas, era, como él mismo dice, parecido á aquellos hombres de guerra que, léjos de esquivar los duros trances, « no pueden oir el toque del clarin sin aprestarse al » combate, y sin que levanten su corazon á la emo- » cion de la peléa.» Pudiera, acaso, añade él propio, haber permanecido tranquilo, apático, indiferente, delante de los combates de la fuerza, de las pasiones encarnizadas, de los intereses hostiles y de los partidos contendientes; pero no «cuando veía » empeñadas en el mundo moral, grandes luchas » de principios y profundas cuestiones de idéas:» que él era de los hombres que «se encuentran or- » gánicamente destinados para sentir, en lo íntimo de su corazon y de su inteligencia, el sacu- » dimiento de estas conmociones del mundo, para » aplicar su oido á los vientos que cruzan, para » aplicar su voz y su respiro á los ruidos de la tem- » pestad, aunque no sea más que para conjurarla.» Retrato el anterior de mano propia, no alcanza ménos parecido por eso. Y por lo que toca al sacudimiento que estimulaba á la sazon su espíritu, basta, para ponderarlo, decir que fué aquel que, de 1847 á 1852, conmovió, en realidad, á los pueblos todos, y á casi todos los Gobiernos de Europa.

No me parece inútil recordar ante todo, y aunque

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sea bien sabido, que durante el primero de estos años, por sí solo ocupó la atencion, no ya de Italia únicamente, sinó de todas las Naciones cristianas, el advenimiento á la Silla de San Pedro del actual Pontífice de la Iglesia. Al paso que la amnistía y las reformas llenaban de repente de júbilo á Italia, y al Austria de desconfianza, el ya viejo liberalismo européo, pensando, por un momento, que iba á ponerse al cabo, á su cabeza, el Vicario de Dios en la tierra, con lo cual cesaría, para siempre, entre la Religion y él, toda discordia, dió rienda suelta al entusiasmo en todas partes. Y ni la silenciosa agitacion de la Polonia impotente; ni los mal encubiertos agravios nacionales de la vecina Hungría; ni las aspiraciones, más fantásticas entónces, que positivas, de los unitarios alemanes; ni el triunfo laborioso, pero decisivo, de la liga de Manchester sobre los privilegiados terratenientes ingleses; ni las seculares quejas, no interrumpidas en tiempo alguno, de Irlanda; ni los ecos, tampoco, del cañon que atronaba las montañas suizas, dirimiendo allí las desavenencias religiosas y políticas de radicales y conservadores; ni los síntomas siquiera de próxima mudanza, que por aquel tiempo ofrecían en Francia, ya los procesos escandalosos de ciertos altos funcionarios, ya las mal definidas, y no por eso ménos ardientes pretensiones de los adversarios de

un largo é impopular Ministerio; de esta parte, las diversas antipatías dinásticas; de aquella, los indudables abusos electorales y parlamentarios; de otra, en fin, el hambre, con que afligieron tambien dos malas cosechas, á aquel pueblo, ya por tantas causas movido á la exaltacion y al despecho, bastaron para nublar los risueños horizontes que el año de 1847 presentaba por todos lados al mayor número de la gente en Europa.

Pero á aquellos dias, que este siglo no dejará nunca de llamar felices, sucedieron, al cabo, el 22, el 23, el 24 de Febrero de 1848. La dinastía de Orleans, levantada un dia por el pueblo francés, huyó, por el mismo pueblo vencida; ni tan defendida ni tan respetada, como la primogénita de Borbon lo fué en su caso. París amaneció otra vez capital de una República. Y las llamaradas de aquella hoguera inmensa, bien pronto comunicaron el fuego á las más de las naciones circunvecinas. Milan y Venecia, no más que un mes despues de la revolucion francesa, echan á las compañías tudescas, de sus calles la una, la otra de sus canales. Un Príncipe de valor, bien que lo hubiese empleado en su juventud en la toma sin gloria de los flacos reparos del Trocadero, allá, cuando terminó infelizmente en Cádiz la segunda época constitucional de España, declara de súbito las pretensiones de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Libertador de Italia, mal confesadas si no bien encubiertas por su familia desde más de dos siglos ántes; y réciamente esgrime contra el Austria su espada, aunque á la postre sin fortuna. Y en tanto, al de Sicilia, de antemano insurrecto, se junta, para obligar á capitular á su Rey, el pueblo de Nápoles. Ni los Gobiernos militares de Berlin y de Viena aciertan á resistir á los populares levantamientos, y caen tambien, como heridos del rayo. Esto, al tiempo que la raza slava discute sus propios derechos en Praga, y la alemana en Francfort, sin tener mucho en cuenta los intereses de sus Príncipes; al tiempo en que la Hungría toma, en fin, las armas, y levanta contra el áulico Imperio, cuya sustancia era, ejércitos formidables. La lucha, así de idéas y de razas, se suscita y mantiene á hierro y fuego, al Sur y al Norte, al Oriente y al Occidente, en un propio punto. Y por remate y cruel corona de todo, despues de luengos siglos de señorío, indisputado y sereno, en las dos orillas, etrusca y latina, del Tíber, sábese que ha tenido que salir de allí, disfrazado y solo, el Romano Pontífice: aquel amado Varon, aquella autoridad misma que, con su sacro acento, había despertado en el liberalismo européo esperanzas tan plácidas, dejando ya á este detrás de sí por declarado enemigo, y aun por vencedor entónces. No de otra suerte huyó de allí mismo al-

gun dia la autoridad secular del Imperio de Augusto y Constantino, cuando los muros malhadados de *Puerta Salara* dejaron penetrar hasta el Capitolio desierto, á las hordas de Alarico sangrientas.

Y todo cuanto digo, aunque tan espantable, y aunque tan hondamente hiriese los sentimientos de muchos millones de conciencias humanas, como que fué pronto seguido de restauraciones completas, ó desde su principio parecia ya con razon, insubsistente, todavía preocupó ménos á los hombres de mundo y de Estado, que la aparicion en el órden positivo y real, de ciertas opiniones, con general indiferencia hasta entónces oidas, y que tomaron de repente en aquel punto el carácter apremiante de *Problemas sociales*. Nada hubo que tan profundo miedo infundiera al fin en aquel tiempo. No sorprendieron ellos tanto, en verdad, como á otros, ni á Pastor Diaz, ni á ninguno de los publicistas y pensadores que habian seguido á sus solas el movimiento, no siempre regular y directo, aunque progresivo siempre, del espíritu humano durante los últimos años. Las primeras páginas del libro, que ahora se imprime, enseñan que, cuando las escribió, hartos años ya había que al autor le era conocido el socialismo, en sus diferentes escuelas, y con todas sus imposibles pretensiones. No era á él por lo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mismo, ni á los de su especie, á quien había de cogerles de improviso el que Luis Blanc, el autor de *L'organisation du Travail*, ya en 1839 dada á la estampa, evocara luego en el *Luxembourg* los manes siniestros de Spartaco, declarando que era la bandera de aquel la misma que la de los trabajadores del dia, no ménos esclavos, en su concepto, con depender enteramente de los capitalistas, sus amos, que lo eran aquellos que amenazaron armados á Roma, despues de haber venido con cadenas al suelo itálico, desde sus bárbaras regiones; al propio tiempo que hacía sinónimos miseria y concurrencia, delito y miseria. No era él de los que debían maravillarse tampoco, porque el mismo J. P. Proudhon, que en 1840 se había ya contestado á sí propio á esta pregunta: *¿qu'est-ce que c'est la propriété?*, diciendo: *la propriété c'est le vol*; y que había osado aplicar á la propiedad individual aquella durísima máxima del primitivo derecho romano, *adversùs hostem æterna auctoritas esto*; bien que refutase con su implacable espíritu de contradiccion las teorías socialistas más generales, por su cuenta formulara, en cambio, la aspiracion peligrosa del *crédito gratuito*, ó con vano afan proyectase la infeliz institucion del *Banco del pueblo*. Ni pudo más parecerle raro el que Victor Considérant todavía mantuviese en el *Hôtel de Ville* con un discurso famoso, aquel ensueño

cándido de *Phalansterio*, que el honrado Cárlos Fourier tanto había acariciado hasta su mal burlada muerte. Y sin profundizar mucho en las obras de los autores citados, ni hacer alto en otras varias, y aun ménos importantes utopias, como la *Icaria* de Cabet ó el *Régimen racional* de Owen, bastábales á los que como Pastor Diaz habían seguido de cerca estas cosas, para comprender, desde luego, toda la gravedad de las discusiones, con urgencia empeñadas al calor de la revolucion de 1848, no más que tener presente la tésis comun de todo aquel violento certámen, muchos años ántes expresada por Saint-Simon en el *Nouveau Christianisme* con las palabras que siguen: «El objeto de todas las instituciones sociales no debe ser otro que mejorar física y moralmente la condicion de la clase más numerosa y más pobre de los hombres.»

Solo una cosa pudo sorprender á todos, por igual, algun tanto. Desde Abril de 1825 en que eso último se dijo por un visionario reconocido, hasta el propio mes de 1848, en que tuvo que responder Lamartine á la sociedad de *Economía política*, no sin razon quejosa de que la revolucion hubiera suprimido en la enseñanza superior, como si fuera inútil, aquella ciencia, obedeciendo en ello al ódio insensato que los novadores la profesaban, no había transcurrido, en verdad, muy corto plazo de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tiempo; pero aun así y todo, era yá digno de nota el general imperio que habian llegado á adquirir en los ánimos, tales doctrinas. Aquel mismo poeta insigne, que tan grandes instintos conservadores descubrió en el Gobierno, no vaciló en declarar ya entónces, desde el poder, que la nueva república estaba en el caso de dar á la *Economía política* otras funciones, haciendo de ella, tanto la ciencia de la fraternidad, como la de la riqueza; y obligándola á enseñar el modo de distribuir esta, con mayor equidad entre los hombres; no ya sólo á producirla, para que ella de por sí sola vaya distribuyéndose luego, entre los que más por su inteligencia, por su actividad, ó por sus sacrificios la merezcan. No en verdad; no llegó á amenazar tanto á Roma Spartaco; ni tan de cerca la sediciosa predicacion de los Gracos; ni sociedad alguna acaso ha estado tan en riesgo de perderse como lo estuvo la francesa, al advenimiento del verdadero *Siglo de oro*, como Saint-Simon apellidó ya en su tiempo, á la social revolucion que presentía. Y hay que contar con que, en los de la francesa, estaban, á no dudarlo, en aquel punto mismo cifrados, por la fuerza de las circunstancias, los destinos de toda la sociedad europea:

Á tal y tan general peligro, no era, pues, suficiente el que los políticos de aquella Nacion, como

Guizot y Thiers, ó sus economistas, como Blanqui y Bastiat, acudieran, saliendo vigorosamente al encuentro de los *Problemas del Socialismo*. Necesitábase no ménos el que en todas las demás partes de Europa se ejecutase otro tanto, de consuno, bien que al pronto no se sintiesen por igual el riesgo ó los estragos. Y eso fué lo que intentó y llevó á cabo Pastor Diaz, tocante á España; y tanto representan y significan las páginas de este libro.

No puede ser mi propósito analizarlo aquí con detenimiento. Por lo mismo quiero descubrir desde luego los cimientos en que todo él está interiormente fundado. Era Pastor Diaz uno de los muchos pensadores, que modernamente han pretendido lo que el Pontífice mismo había procurado en el tiempo á que me refiero, sin éxito; es á saber, la conciliacion y armonía entre las nociones, los deséos, ó las necesidades actuales, y la fé en lo sobrenatural, la creencia en lo revelado; la religion, en suma, de nuestros mayores. De aquí que el publicista español guarde siempre confiado las máximas consoladoras, recogidas por los evangelistas, para calmar con ellas los dolores inevitables del género humano, que tan fuera de medida describían, ó por tan desusada manera procuraban explotar en provecho de sus locas imaginaciones los novadores. Ni de otra suerte, por ventura, podían

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ofrecerse fáciles alivios á dolores, que son harto reales, por desgracia, aunque no se les exagere de intento, en el mundo. Pero si yo no me engaño, es digno de cuenta, que lo sobrenatural, lo revelado, Dios, no eran, como para tantos otros, en el caso presente, para Pastor Diaz una mera hipótesis, propia para erigir sobre ella un razonable sistema: no una afirmacion arbitraria, de aquellas que exige primaria y necesariamente la lógica á los filósofos más incrédulos, ántes de que inicien, y para que puedan iniciar de algun modo el proceso sintético ú analítico de sus inducciones ó deducciones. Pastor Diaz era de verdad cristiano; y aun por eso esgrimia con tan singular desembarazo las armas del cristianismo contra los socialistas. Adviértese á la legua, en sus frases, la elocuencia inequívoca del propio convencimiento. Ábrase por donde quiera el libro, sobradas pruebas se hallarán en él de estos asertos: pocos tendrán tan á la mano, y tan segura la prueba.

No hay hombre, dice desde luego Pastor Diaz, que estudie la Filosofía y la Historia, y no tenga que anonadarse confundido, y postrarse deslumbrado delante del Evangelio. Para él, sólo el cristianismo realiza, «la divina alianza entre la idéa » más dilatadamente social, (que aún por eso se lla- » ma católica), y el reconocimiento más santo de

» la dignidad humana.» La Iglesia es á sus ojos «un » ideal de tan formidable grandeza y de tan sor- » prendente sublimidad, que ninguna inteligencia » humana hubiera podido concebir este pensamien- » to.» La armonía de las voluntades individuales dentro del estado social no puede tampoco producirla en su opinion, sino «una idéa, un principio supe- » rior á la voluntad de cada uno;» y afirma por lo mismo que cuando Dios ha permitido que se ofrezca á los ojos humanos un ejemplar de esta sublime concordia, la han dado todos «un nombre más » significativo que *socialismo*, más noble que pá- » tria, más blando que derecho, más consolador » que obligacion, más sensato que libertad, más » venerando que autoridad y poder.» Lo que por fuerza hicieron, no ya sólo el mundo sino el propio cielo, al decir de nuestro autor, fué llamar RELIGION «á este sentimiento, á esta doctrina, á esta » asociacion, y á esta sublime esperanza.»

Natural era que, arrancando de tales fundamentos su raciocinio, no hallase el publicista español la armonía, que á la sazon se buscaba, «entre la pro- » piedad y el trabajo, entre el capital y la ganan- » cia, entre la produccion y el consumo, entre la » acumulacion y la reparticion, entre la riqueza y » la miseria, entre las clases opulentas y las nece- » sitadas, entre las necesidades físicas y las aspi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

» raciones ideales, entre la conservacion y el pro-
» greso, entre el dolor de la humanidad y los pla-
» ceres de la vida, entre la necesidad del trabajo y
» la esperanza del reposo, entre la abnegacion del
» deber y el desarrollo de la pasion, entre las su-
» gestiones de la utilidad y los sentimientos del
» corazon;» ni en el interés de todos, ni en el in-
terés de nadie; ni en la Moral del interés, ni en
la Economía política, que no representaba sino el
interés, á su juicio; ni en el Socialismo, que para
él no podia ser tampoco otra cosa que el interés;
ni en la Política, que él pensaba asimismo que
no se componía sino de intereses. *Lo que fué, eso
será*, dicen los libros santos, y repetíalo con entu-
siasmo Pastor Diaz; y como él comenzase por asen-
tar que al cristianismo, y no más, se debe la eman-
cipacion del trabajo, y el haberse cambiado con
la condicion del obrero la forma de la produccion
en los tiempos en que era vil el trabajo, y el traba-
jador, esclavo, ahora tambien pensaba que podría
organizar al fin el cristianismo el trabajo mismo;
que podría igualmente modificar las condiciones
del repartimiento y del consumo; y que podría por
último producir de la propia suerte una retribucion
más abundosa, y una moralizacion más elevada
para los trabajadores, sin perturbar la sociedad
moderna.

Todo lo que llevo dicho; y cuanto pudiera decir
acerca de la obra entera, se resume por tanto en
estas palabras de Pastor Diaz, con que formula al
término del libro, su única conclusion, que él
cuenta al paso por su única ciencia: « para el hom-
» bre,» escribe, «de la civilizacion y del progreso,
» la cuestion de crear riquezas y de comunicarlas,
» la cuestion de capital y de trabajo, y de propie-
» dad, y de comercio, no es una cuestion de interés
» y de cálculo, es una cuestion de obligacion, de
» moralidad; y es una cuestion, que como la del
» matrimonio, no puede resolverla la humanidad
» sinó delante de Dios, y al pié de los altares.» Y
basta ciertamente con esto para comprender el es-
píritu: que para conocer la letra, el razonamiento,
la corteza resplandeciente que cubre ésta que pue-
de llamarse médula del libro, preciso es habérsele
oido leer con su arte mágica al autor, como yo se le
he oido, ó leerlo ahora, con la detencion y el reco-
gimiento, que de suyo el asunto exige, y los talen-
tos del escritor, tambien por su parte reclaman.

Mas es claro que no llega Pastor Diaz á estable-
cer su conclusion, ni á descubrir siquiera la tenden-
cia de su obra, sin haber ántes discurrido larga-
mente sobre Historia y Filosofía, y sin haber anali-
zado bien al paso, no pocos de aquellos temerosos
problemas, cuya única solucion, como se ha visto,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

juzgaba él que daba la doctrina cristiana. Es una introduccion que, cuando más, prepare á la comprension del libro, no su crítica, lo que hacer aquí me he propuesto. Por eso dejo aparte algunos juicios históricos; y tal cual apreciacion filosófica ó económica, con que no estoy conforme. No creo, sin embargo, que deba pasar en silencio una cosa singular, y que muestra hasta qué punto influyeron tambien en Pastor Diaz las idéas, contemporanéas, como influyen las idéas predominantes, en cualquiera época, sobre los hombres que las conocen y explican, aunque sea lo que precisamente se propongan, contradecirlas ó refutarlas.

Era en 1849, cuando leyó sus brillantes lecciones Pastor Diaz (y no hay que asombrarse), tan enemigo ni más ni ménos de la *Economía política*, como los peligrosos novadores que á la sazon agitaban al mundo: era tan opuesto al principio *individualista*, como los más ardientes sectarios del socialismo á quien combatia; y era, por último, un verdadero socialista él mismo, tomando en su sentido político y económico esta fatídica palabra. «Considerad sólo al individuo,» decia, y vá de muestra: «y por más que hagais sumas inconmensura-» bles de calidades individuales, nunca llegaréis á » encontrar una ley, ni una fuerza de asociacion: » consideradle solo, y no le encontraréis ni dere-

» chos ni obligaciones; no veréis en torno de él ni » autoridad, ni religion, ni humanidad, ni justicia, » ni libertad siquiera.» Y más léjos, deducia de esto como verdad inconcusa, aunque sospechando que no era difícil que la tomasen muchos por paradoja que «lo que no hay en la naturaleza son in-» divíduos;» asemejando en la sociedad al hombre con su pintoresco estilo, «á las moléculas en los » cuerpos, á los órganos en la existencia vital de » los séres animados, al globo en el sistema solar; » á los sistemas, en fin, de soles, de mundos, y de » generaciones en las inconmensurables profundi-» dades de la omnipotencia divina.» No hace falta más para demostrar que era en cierta forma socialista el autor como he dicho; pero á mayor abundamiento lo reconoció él propio al declarar que con buen derecho aspiraría á tal dictado, si no estuviese consagrado éste por el uso en un sentido, que no estaba ya en su poder alterar, ni en su intencion tampoco.

No sé yo si podría justamente dispensarme de dar mi opinion acerca de este punto; mas ya que me ponga á ello, brevemente he de hacerlo. Lo propio que Pastor Diaz se declaraba filosóficamente *socialista*, soy yo por mi parte *individualista*, en el sentido filosófico y económico de la palabra. Si la fuerza, el progreso y la grandeza de la comun

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

asociacion humana, fueran el verdadero objeto de la vida terrenal de los hombres, no sería gran yerro escoger por ideal de semejante aspiracion en la Historia, al Imperio romano, con su estado de las personas, que ofrecía millares y millares de esclavos á una voluntad única, para que con ellos pudiera, sin contar con el auxilio de la mecánica moderna, montar unos sobre otros los sillares y levantar unas encima de otras las columnas y pilastras del *Colosseo*, ó conducir, no empesciéndolo el mar ni la tierra, desde Egipto á Roma, á fin de coronar con ellos los mausoléos ó las *spinas* de los circos, los *monolithos* gigantescos que aun decoran las plazas de la Ciudad eterna: con su poderosa administracion que, no obstante el carácter municipal ó local, que realmente la distinguía, ha dejado al cabo en las orillas del Guadalquivir, del Danubio, y del Euphrates la tradicion de unas mismas instituciones; nombres de idénticas cosas, é iguales ruinas de caminos, de puentes, de puertos, de palacios y templos: con su irresistible superioridad militar, que mientras duró, fué imponiendo más rápidamente que éxito semejante se haya logrado luego en tiempo alguno, las ciencias y las artes clásicas, y las idéas de los pueblos ya cultos, á los bárbaros de casi todas las regiones: con la posibilidad de una centralizacion omnipotente en

que ya pensó Mecenas; y que habría producido por de pronto la unidad de monedas, de medidas y pesas; favorecido el uso tan adelantado, aun sin eso, de una sola lengua general; y abierto fácil paso á la libertad absoluta del comercio y otras ventajas económicas de no mucha menor importancia, tan cómodamente realizables entónces, dada la fusion de todos los pueblos civilizados en uno sólo, como es lento y difícil el alcanzarlas ahora, en el despedazado territorio que ocupan las naciones modernas. Pero sobre aquel ideal superior de asociacion humana está sin duda el ideal moderno, principalmente á causa de que, aun á costa de la fuerza social, en ocasiones, constantemente enaltece y perfecciona á los indivíduos. Dios mismo, en los Evangelios, no aparece como ley ó fuerza social, inmaterial y abstracta, que bien pudiera adoptar como cualquiera otra, esa forma para conducir el género humano al cumplimiento de sus destinos: lo que se hizo fué indivíduo, fué hombre. La sociedad, es cierto, viene á ser como otra atmósfera, fuera de la cual no podría habitar el hombre: en ella como que respira su inteligencia; con el contacto de ella se forman, se completan, se renuevan, se perfeccionan sus idéas: sin ella serían inútiles no pocas de las facultades humanas, y otras no llegarían á desarrollarse siquiera. Más con todo eso, no está

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hecho el hombre, en mi opinion, y en la de muchos, para la sociedad, sinó la sociedad para el hombre; el hombre, y no la sociedad, es quien está formado á semejanza de Dios, segun el libro santo; en cada hombre hay no tanto sinó más *libre albedrío*, que en la sociedad entera; y cualquiera hombre solo es más responsable de sus propias acciones, y es moralmente más grande, por lo mismo, que todo el género humano, cuando obra en asociacion, y en conjunto. La doctrina opuesta no es más al cabo que la de Hegel y sus discípulos que hacen del Estado, voz y brazo de la sociedad, un sér aparte, y distinto de cualquiera otro; dotado de naturaleza y carácter propios, y de derechos especiales, que á nadie debe ni puede nadie quitarle; por sí mismo subsistente, inmutable, absoluto: ella ha conducido á muchos, no tan íntimamente religiosos como Pastor Diaz, al panteismo; y como por la mano, lleva á la tiranía en lo político, y en lo económico al socialismo. Por eso no puedo yo ménos de contradecirla algun tanto aquí ahora.

Pero si bien todo se mira, lo que quiso combatir, y lo que en realidad combatió elocuentísimamente Pastor Diaz, no fué este ó el otro principio originario en particular, sinó más bien las consecuencias impías que de todos ellos pueden igualmente sacarse. Fué defender á la Iglesia en su propia cátedra, y sobre las catacumbas mismas atacada; á la autoridad de los Tronos, en casi todas partes desconocida; al órden público, por donde quiera quebrantado; al estado social en inmenso peligro: todo lo santo, todo lo antiguo, todo lo necesario; todo lo inevitable; todo lo práctico, en fin, negado ó combatido á un tiempo por los novadores. Y si del socialismo, especialmente, por ahora en la discusion vencido, quedaran todavía restos en alguna parte; ó tan desdichada fuese por ventura la España mística y guerrera del siglo XVI, servil y pobre en el XVII, decaida casi siempre desde entónces, sin que ni una mudanza de dinastía, ni dos guerras de sucesion encarnizadas, ni una contienda épica por su independencia, ni sesenta años, en fin, de revoluciones políticas, la hayan podido poner en camino de recobrar de verdad su grandeza; que aún deba contársela hoy en dia por la única nacion de Europa donde de vez en cuando todavía se predique el comunismo, ó se organice un socialismo impío y disolvente, por los campos, ningun otro remedio moral ofrecerán contra eso los libros, ni de tan segura eficacia, como aquel con que brinda á cada paso la lectura de estas poéticas lecciones. Porque en ellas todo es hermoso ménos el mal, la impiedad, la violencia, el desasosiego, el deseo exclusivo de los bienes terrenales: aquí

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la sociedad, ya que aparezca con mayores funciones que las que por su propia naturaleza la corresponden, se presenta siempre á los ojos para reclamar el respeto, como protectora de la independencia; como administradora de la justicia; como guarda de todos los intereses morales; como custodia de la Religion, que es la sancion divina de la conciencia pública. Aquí al capital se le enaltece diciendo que es la civilizacion misma, considerada en sus fenómenos exteriores y permanentes; producto propio del hombre, como el Universo, de Dios; la más grande, por tanto, y la más inviolable de las creaciones humanas: aquí, en fin, aparece bien y cumplidamente demostrado que la libertad del trabajo es esencialmente toda la libertad del hombre; y que «lo que se llama libertad individual y liber-» tad de conciencia, libertad civil, y libertad so-» cial no es otra cosa que el trabajo libre.» Ni hay que buscar entre estas y otras doctrinas del autor contradicciones. Rara vez dejan de poderse señalar éstas en los principios, cuando se examina de cerca cualquier doctrina de aplicacion social: ménos puede esperarse todavía, que se junten en indisoluble consorcio las idéas en estas obras literarias, que germinan, y brotan, y crecen al sofocante calor de las revoluciones generales. Y de esta manera considerada la de Pastor Diaz, hija de la fé, aún más

que de su levantada inteligencia; del sentimiento todavía más que del raciocinio; verdadera en sus afirmaciones, aunque fuese errado, á las veces, el procedimiento para llegar á ellas; consoladora, reparadora, entusiasta, en medio de las universales tristezas de entónces, no ha de juzgarse al por menor; hay que estimarla; hay que aplaudirla; hay, hasta que admirarla, como yo la admiro, en el todo.

Y eso, que no he dicho todavía que la lengua castellana, grande amiga desde fines del siglo XV. de las más oscuras cuestiones de la filosofia, pero que no por eso ha podido ofrecer más tarde muchos modelos en este género, que hayan de estudiarse con fruto, tambien debe no pocos beneficios al autor de los *Problemas del Socialismo*. Han llamado primero mi atencion, como creo que merecen llamar la de cuantos lean este libro, las circunstancias en que se escribió, y la ocasion en que se dieron al público sus páginas. En segundo lugar, me he ocupado en señalar la tendencia de la obra, el espíritu que la anima; y no creo, tampoco, desacertada tal preferencia. He señalado, en tercer lugar, una doctrina fundamental, con altos y nobles intentos enseñada por el autor, pero que, á mi juicio, convenia rectificar; y otras, en cambio, útiles y ciertas. Y al paso tambien he dicho ya lo suficiente

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

acerca de las cualidades del estilo de Pastor Diaz, que son en esta las mismas que en otras de sus obras. Ahora no quiero concluir este, ya largo prólogo, sin decir asimismo alguna cosa del lenguaje filosófico por el autor empleado.

Formalmente he indicado ya, y lo repito, que este libro ha de estudiarse con provecho, en mi concepto, por los amantes fieles del habla castellana. No es ciertamente que no puedan señalarse atrevidos ó extraños neologismos en su lenguaje; ó que sea siempre en sus frases castizo y correcto el régimen, clara ó exacta la estructura; bien proporcionada, en suma, en todos los casos al concepto la forma. Si esto puede con alguna severidad exigirse á los modernos escritores castellanos, que, despues de tantos otros doctos ó grandes, traten ahora de poesía ó de Historia, y escriban comedias de amor, ó novelas picarescas, no es igualmente equitativo reclamarlo de los pocos que se proponen explicar en nuestra lengua, las leyes ó los fenómenos del espíritu humano, que enseñan la Filosofía y las ciencias sociales. Tres siglos de enmudecimiento en estas materias, hacen hasta cierto punto á nuestra lengua desconocida ó extraña en ellas. Nuestros escritores místicos son por lo general más elocuentes ó persuasivos, dulces ó tiernos, que analíticos ó expositores de doctrinas: nuestros po-

líticos, aunque dignos, como me propongo probar en otra ocasion, de más estima que se les ha mostrado hasta aquí, rara vez levantaron sus ánimos á la contemplacion de los primeros principios de las cosas que trataban: otro tanto acontece con los economistas y arbitristas del buen tiempo. Y escritas casi siempre en latin la Teología y la Filosofía, mal pudo ejercitar en estas ciencias el romance sus medios. Algo se hizo, no obstante, en este punto, y eso muy bueno: bastante á demostrar desde luego, ámpliamente, como se podría con tiempo y espacio, que era tan capaz como la que más la lengua castellana de expresar con claridad y exactitud los más hondos, ó los más abstractos conceptos. Pero no hay que engañarse: las violencias que hace, en ocasiones, al uso del lenguaje castellano Pastor Diaz, como se las han hecho cuantos han escrito de Filosofía en España en estos últimos tiempos, tarde ó temprano hubiera habido que hacérselas; á no dudarlo tan pronto como se hubiese querido apropiar del todo á las necesidades de la reflexion filosófica, el romance castellano. Todo estaba en el modo de hacer al uso del lenguaje tales violencias; que ellas podían ser inútiles como convenientes; pueriles, como graves; inteligentes y acertadas, como fruto del descuido, de la ignorancia, ó de la incompleta comprension de las idéas y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de las palabras. De aquí que sólo debiesen intentarlo grandes escritores, como Pastor Diaz; pero por eso mismo, el ensayo de lenguaje filosófico castellano, que él hizo, en esta y otras obras análogas, bien puede recomendarse con confianza. Tal vez no se haya hecho otro más feliz todavía.

Que si en algun punto necesitase nuestro autor de disculpa, fácilmente podría yo hallarla, registrando los libros de los pocos españoles que, en los siglos pasados, trataron semejantes materias. Hablando precisamente de *neologismos* filosóficos, fray Ángel de Badajoz, que compuso una especie de prólogo para los *Triunfos del amor de Dios*, obra muy bien escrita por Fr. Juan de los Ángeles, é impresa en Medina del Campo en 1589, dirigió estas notables palabras, al lector *purista*, de su tiempo: «Dime, por caridad, ¿qué ciencia ó qué arte hay, » ni aun qué oficio, que no tenga sus términos naturales?; ¿y al amor de Dios, ciencia de todas las » ciencias, y arte divina, superior á todas las demás, le quieres quitar el privilegio que gozan » aun las mecánicas? ¿y á quien tan admirablemente escribe de ella, no darle licencia para que » mida sus propios términos?» Es seguro que, desde 1589 acá, á haber habido frecuentes ocasiones de aplicar tal doctrina, ella hubiera introducido en el romance, para formar el lenguaje filosófico,

cuantas novedades hiciesen falta. Lo que nunca ha debido ni debe olvidarse es, que ya que para explicar idéas abstrusas, sea lícito introducir palabras nuevas, ni aun esto ha de hacerse sinó con prudente parsimonia y economía, como enseña el más discreto de los legisladores literarios, en tales palabras:

. . . . . *Si fortè necesse est*
Indiciis monstrare recentibus abdita rerum,
Fingere cinctutis non exaudita Cethegis
Continget, dabiturque licentia sumpta pudenter.

Y cuando no siempre hubiere cumplido con este precepto Pastor Diaz; como cuando no haya acertado en todos los juicios, ó en algunas de las doctrinas de su libro, siempre ofrecerá éste al filósofo ó al gramático que recorra sus hermosas páginas, ocasion de pensar. Porque esta obra es como aquellas plantas beneficiosas, que aunque no siempre den sazonado fruto, ántes fertilizan que empobrecen el terreno en que brotan; como aquellas nubes que, si no traen siempre el riego que falta, purifican con sus brillantes descargas la atmósfera. Notable por sus grandes y frecuentes aciertos, hasta en los errores, cuando los tiene, algo aprovecha y enseña. Una buena intencion constante en el autor;

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

un alma siempre sensible y elevada, y un talento superior, no desmentido en una sola página, producen este resultado, sólo contradictorio ó paradójico en la apariencia: en realidad natural, y fácil de comprobar con leer el libro.

ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO.

MADRID y Julio de 1867.

LOS PROBLEMAS DEL SOCIALISMO.

LECCION PRIMERA.

PREÁMBULO.

I.

Señores: Al dar principio en este recinto á cualquiera otra explicacion, debiera ser mi primero, ó mi único cuidado, anticipar una idéa general del objeto que iba á tratar, y del órden que me propusiera seguir en el curso de estas conferencias. Razones particulares, que someteré á vuestra consideracion, me desvían del método y camino ordinariamente seguidos, y me impelen á reclamar del ilustrado auditorio que me atiende, la indulgente condescendencia de poder yo ocupar préviamente esta sesion, con algunas consideraciones preliminares á las cuestiones mismas que me he propuesto discutir. Indicaré de paso los sentimientos que me animan, y los principios que me guían en la atrevida y árdua taréa que he tomado á mi cargo, no ciertamente,—¡sábelo el cielo!—con la orgullosa esperanza de llevarla á cabo, sinó con la intencion limitada y modesta, de empeñar á otros más dignos y fuertes en este noble palenque.

Hay hombres, Señores, que no pueden oir el toque del clarin sin aprestarse al combate, y sin que se levante su corazon á la emocion de la peléa. Hay hombres, á

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

un alma siempre sensible y elevada, y un talento superior, no desmentido en una sola página, producen este resultado, sólo contradictorio ó paradójico en la apariencia: en realidad natural, y fácil de comprobar con leer el libro.

ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO.

MADRID y Julio de 1867.

LOS PROBLEMAS DEL SOCIALISMO.

LECCION PRIMERA.

PREÁMBULO.

I.

Señores: Al dar principio en este recinto á cualquiera otra explicacion, debiera ser mi primero, ó mi único cuidado, anticipar una idéa general del objeto que iba á tratar, y del órden que me propusiera seguir en el curso de estas conferencias. Razones particulares, que someteré á vuestra consideracion, me desvían del método y camino ordinariamente seguidos, y me impelen á reclamar del ilustrado auditorio que me atiende, la indulgente condescendencia de poder yo ocupar préviamente esta sesion, con algunas consideraciones preliminares á las cuestiones mismas que me he propuesto discutir. Indicaré de paso los sentimientos que me animan, y los principios que me guían en la atrevida y árdua taréa que he tomado á mi cargo, no ciertamente,—¡sábelo el cielo!—con la orgullosa esperanza de llevarla á cabo, sinó con la intencion limitada y modesta, de empeñar á otros más dignos y fuertes en este noble palenque.

Hay hombres, Señores, que no pueden oir el toque del clarin sin aprestarse al combate, y sin que se levante su corazon á la emocion de la peléa. Hay hombres, á

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

quienes entusiasman y agitan, en deséo y sueño de arriesgadas aventuras, los preparativos de una larga navegacion, ó de una caravana viajera. Otros hay, Señores, en cuyos oidos suena armonioso el tumulto de las discusiones del foro político; así como igualmente se ven naturalezas,—harto numerosas, por desgracia, en nuestros dias,—que viven, y se deleitan en las escenas desoladoras y sangrientas de las revoluciones y de los trastornos populares.

De la misma manera, Señores, hay ánimos que permanecen tranquilos, apáticos, é indiferentes delante de todos los combates de la fuerza, delante de las pasiones encarnizadas, de los intereses hostiles, y de los partidos contendientes; pero que, cuando se empeñan en el mundo moral grandes luchas de principios y profundas cuestiones de idéas, que como corrientes de electricidad desequilibrada, están dotadas de la fuerza necesaria para conmover al mundo; se encuentran orgánicamente destinados para sentir en lo íntimo de su corazon y de su inteligencia, el sacudimiento de esta conmocion, para aplicar su oido á los vientos que cruzan, para mezclar su voz y su respiro á los ruidos de la tempestad, aunque no sea más que para conjurarla, aunque sea sólo para implorar del cielo amparo, y misericordia, y luz, y calma, enmedio de las comunes tinieblas.

Esto es lo que á mí me sucede en la época presente. Acostumbrado desde mi juventud primera á meditar sobre los principios de la filosofía social y política, por más que haya abandonado estos estudios, desde que ha sido forzoso descender á aplicaciones prácticas y materiales, que no siempre se avienen con las aficiones especulativas; es muy natural, Señores,—y el auditorio podrá

creerlo fácilmente,—que mi razon no haya podido asistir impasible y tranquila al asombroso espectáculo del recio y tumultuoso combate, que se están dando, del uno al otro extremo de Europa, todos los principios, todas las doctrinas, todas las instituciones.

Delante del auditorio que me escucha, ocioso fuera enumerar la índole, la naturaleza y el objeto de esas cuestiones tan terribles y tan ardientes, allí donde se manifiestan y realizan con tan inauditas catástrofes. No es afortunadamente en ese campo, donde podemos considerarlas nosotros: no buscaré yo en los espantables metéoros de esa atmósfera volcanizada y azufrosa, la luz para presentarlas á vuestros ojos. Desde aquí las vemos mejor. Desde aquí nos es dado contemplarlas, no como combatientes, sino como jueces del campo. Desde aquí podemos elevar al exámen de esos recónditos problemas un juicio más desapasionado, más frio, tal vez más profundo. Desde aquí, substraidos de esos problemas los datos heterogéneos que los complican, y desfiguran, podrémos tranquila y filosóficamente seguir y explorar en el campo de las teorías generales, los nuevos principios que aspiran á tomar asiento, y á formar doctrina y sistema en el derecho público, y en la organizacion social de la Europa civilizada.

Entre las asombrosas escenas de que, de algun tiempo á esta parte, estamos siendo espectadores, no ha sido la ménos extraña y sorprendente, ver á un Depositario de la autoridad, revestido de omnímodo poder, y de toda la fuerza necesaria para salvar á un Estado y una sociedad, hacer una apelacion solemne de la fuerza misma que tenía en sus manos, á la inteligencia de los hombres pensadores; reconocer en los momentos de mayor peligro, y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

lo que es más, en el orgullo de una gran victoria, la insuficiencia de la represion y del escarmiento, é implorar en auxilio de la sociedad amenazada, y de la autoridad náufraga y combatida, la luz de la ciencia, las armas de la razon, el imperio de la filosofía [1].

Esta peticion, Señores, tan poderosa y autorizada, esta demanda, que acaso pareció á muchos ridícula y extravagante, encontró eco y acogida en el espíritu y en la conciencia de los hombres más ilustrados de la Nacion á que en este momento aludo. Todos vosotros habeis oido ya, y tuvísteis ocasion de apreciar las primeras y elocuentes respuestas de esos consultados oráculos. Sus palabras corrieron como un bálsamo consolador sobre aquella sociedad febricitante, de la cual tan copiosas evacuaciones de sangre no bastaban á calmar la delirante calentura.

Yo, Señores, tambien sentí dentro de mi corazon, resonar el eco de aquella voz generosa. Yo tuve entónces, —lo confieso para que se me perdone,—el orgullo insensato, la aspiracion irresistible de asociarme á tan meritoria taréa. Y si mi presuncion no llegó al extremo de intentar que mi humilde palabra resonara en el anchuroso espacio, donde se oyeron aquellas elocuentes voces, no me he podido resignar, sin embargo, á que mi meditacion quedara perdida, y he venido á traerla á este recinto,—no con altivez, sino con humildad reverente,—á las inteligencias de mi Patria, como un tributo, y un holocausto, que con tanta más razon debía ofrecerles, cuanto que es muy fácil que pueda ser el postrero [2].

1 El General Cavaignac, jefe en aquella sazon (1848) del poder ejecutivo en Francia.

2 El Autor se hallaba entónces en un estado de salud sumamente delicado.

Debo, sin embargo, Señores, tranquilizar ante todo á un Atenéo exclusivamente científico y literario, sobre el temor que estas mismas palabras pudieran infundirle respecto á la índole de mis explicaciones, si creyera ver en ellas una obra de polémica, un trabajo puramente de circunstancias.—Ruego al Atenéo que me atienda en ésto; que no se preocupe contra mí, y que me permita una explicacion.

Señores, sobre el objeto que me he propuesto, no hay duda que puede escribirse una obra de circunstancias. No tanto lo que me propongo exponer, como la manera de hacerlo, está fuera de los límites de lo que comunmente se comprende en esta calificacion. Pero bajo cierto aspecto, Señores, todos los trabajos del entendimiento humano, todas las obras del arte, todas las producciones del ingénio, son de circunstancias.

Todas las doctrinas, todas las escuelas, todas las explicaciones públicamente profesadas, todos los libros recogidamente escritos, todas las controversias suscitadas y seguidas en el orbe literario, intelectual y político, de las circunstancias se inspiraron. Las enseñanzas filosóficas de la antigüedad y de los siglos medios, de circunstancias fueron. La sublime controversia del Cristianismo con la filosofía pagana, una obra fué de circunstancias. Las divinas predicaciones de los Gerónimos, de los Ambrosios, de los Agustinos, de los Crisóstomos, de circunstancias eran, Señores; de difíciles, de gloriosas, de eternamente memorables circunstancias. Más tarde, las tentativas de la reforma y la vindicacion del catolicismo por boca de Bossuet y de sus colaboradores en tan grande obra, no ménos fueron de circunstancias. Pascal y Fenelon, Locke, Clarke, Descartes y Leibnitz, escritores fueron de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

circunstancias, cada uno en la esfera de su ciencia privilegiada. El racionalismo del siglo XVIII fué un gran trabajo de circunstancias. De circunstancias fué la reaccion espiritualista de cierta parte del siglo presente; y de circunstancias son todos los maestros y doctores del constitucionalismo de nuestros dias, sin que á pesar de eso, sus obras dejen de constituir lo que hoy se llama derecho público.

El socialismo actual, y otros nuevos principios de organizacion política, han aparecido durante estos últimos tiempos..... Y ¿cómo pudiera su exámen y su crítica, la refutacion ó el aprecio de sus principios hacerse lugar y dejarse oir, si arredrára de su propósito á los hombres pensadores, á las inteligencias más especialmente aplicadas á esta clase de investigaciones, el temor de pasar por escritores de circunstancias?..... En este sentido, Señores, muy pocas de las magníficas lecciones pronunciadas por los ilustres Profesores que me han precedido en esta tribuna, habrán podido dejar de merecer el mismo dictado. Ni hubiera sido loable para ellos no haberle merecido. Tanto valdría decir que habian hablado sin inspiracion; que habian disertado sin objeto; que habian enseñado sin propósito. Tanto valdría decir que sus discursos no habian sido más que ociosa gimnástica de idéas, estéril esgrima de palabras; que sus temas no eran otra cosa que ostentosos ejercicios académicos, sin aplicacion, sin transcendencia, sin resultados.

Yo me atrevo, Señores, á tener otra idéa de las verdades políticas y filosóficas, con tanto lustre y con tanta gloria profesadas en este recinto. Yo debo al Atenéo de Madrid el homenaje de reconocerle una importancia muy grande. Principios hay, y verdades, é idéas, que brotan-

do en este mismo lugar al impulso de consideraciones iguales á las que en este momento me inspiran, no pasaron fugaces y sonoras, como notas de una música intelectual, sinó que tomaron desde aquí posesion de los espíritus, y formularon doctrina, y ejercieron influencia poderosa en el destino de nuestra Patria, y de nuestra nueva existencia política. Para alcanzar este resultado, no hubieran bastado vagas é inaplicables generalidades, temas fortuitos, escogidos á la aventura entre los infinitos objetos de la curiosidad filosófica. Para alcanzar este resultado, necesitaban haber sido, como fueron, la síntesis ó la demostracion de todas aquellas idéas y cuestiones, que nacieron y se desarrollaron al calor y fermentacion de otros acontecimientos, y que salieron entónces, despues de una larga parálisis de la inteligencia, á la arena de la discusion; en unas regiones, discusion polémica; en otros recintos, parlamentaria; aquí, á mayor altura, puramente científica y filosófica.

Mis discursos, Señores, aunque no aspiren á tan alto destino, pueden reconocer el mismo orígen. Tambien son inspirados por los acontecimientos, no dando solamente este nombre á la realizacion de los hechos. En el dominio de la ciencia ó de la filosofía, sucesos grandes son que parezcan nuevos principios, ó que se modifiquen los antiguos: acontecimientos memorables son las nuevas cuestiones. En éste sentido, mi taréa no sólo será una obra de circunstancias, sinó que no tendrá otro título para aspirar á vuestra consideracion. En éste sentido, éstas investigaciones, debidas á la irrupcion de nuevas idéas, y al anuncio de nuevas instituciones, no sólo están inspiradas por los recientes acontecimientos européos, sinó que por esta consideracion las traigo aquí, á la solemni-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dad de este recinto, á la respetable publicidad de este científico auditorio.

Si bajo otro punto de vista hubiera meditado mi obra; si hubiera de descender á aplicaciones inmediatas; si me hubiera podido permitir la menor alusion siquiera, á la querella intestina de nuestros partidos, y al litigio de los intereses que se disputan en nuestras discordias; si estuviera en mi intencion,—nada está más lejos de mi ánimo,—poner atrevidamente las manos en el santuario de nuestras propias instituciones, y citar á juicio los fundamentos y los poderes de nuestro estado social y político, harto conozco, Señores, la índole y la magestad de este sitio, para venir á traer á esta tribuna las discusiones del foro parlamentario; para venir á profanar las aras de la ciencia y el santuario de la filosofía, con una polémica de circunstancias.

No, Señores. Ruego al Ateneo que, tanto como yo procuraré olvidarlo, olvide durante estas conferencias, que he tenido un nombre de guerra en nuestras luchas intestinas; que he llevado los colores de uno de nuestros bandos; que me ha cabido en algunas ocasiones participacion en los sucesos públicos. Yo ruego al auditorio y á los hombres de todas las opiniones, que me miren como á un extranjero, como á un hombre nuevo: un aparecido, que, sin precedentes y sin prevenciones, sin compromisos y sin intereses, aislado en el mundo de las idéas, y encontrando aquí su auditorio, como pudiera reunirle en la playa más remota de una region desconocida, planteara cuestiones filosóficas, como si se tratara de la filosofía de los tiempos de Pitágoras; hiciera aplicaciones de algunos hechos contemporáneos, como si examinara el siglo de Perícles, y condujera á deducciones, que pudieran tener realizacion á seis mil leguas ó á dos mil años de distancia.

En retorno de esta creencia y de esta confianza, yo empeño, Señores, mi palabra delante de este respetable concurso; yo se la empeño á los hombres de todas las opiniones y partidos, de que en mis juicios y apreciaciones, ora les parezcan comunes y triviales, ora extravagantes y paradójicos, no habrá ninguna tendencia sistemática de partido, ninguna reminiscencia de hombre público, ninguna reserva mental de ódio ni de predileccion. No existe hoy en mi corazon, ni en mi inteligencia, otro sentimiento ni otro fin que el entusiasmo por la verdad y por la virtud, sentimiento harto poderoso hasta ahora, cuando ha podido conservarse á pesar de la experiencia del mundo, que produce el egoismo, y de aquellos amargos desengaños que dan vida á la indiferencia ó al escepticismo.

II.

Señores: los principios y los hechos de que vamos á ocuparnos, están demasiadamente léjos de nosotros, para que no podamos conservar nuestra imparcialidad, enmedio del interés con que nos cautivan, ó del horror con que nos fascinan. Es un teatro demasiado extenso el que se descubre á nuestra vista, para que nuestras consideraciones hayan de recaer sobre limitados pormenores.

Estamos en frente de los sucesos de un mundo; se desarrollan á nuestros ojos las tendencias y las idéas de todo un siglo..... Hubo un tiempo en que sorprendió la atencion de Europa la reforma de Alemania; luego ocupó

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la filosofía y la historia política el cisma y la emancipacion política de Inglaterra; más tarde vino á variar la faz del derecho público la revolucion de Francia: cambiaron despues todos nuestros principios, y se transformaron nuestras instituciones en esta succesion de años y de acontecimientos que constituyen la revolucion española. Pero Señores, el movimiento que comienza en 1848, y el drama que presenciamos, es, á no dudarlo, la revolucion de Europa.

Ante todas cosas, debemos confesar que este movimiento no le desdeñamos, no le escarnecemos. Jamás nos hemos burlado de aquellos sentimientos y principios, que tienen la fuerza de poner en conmocion las grandes masas de la familia humana. Jamás hemos atribuido á pequeñas causas el orígen de grandes acontecimientos. Hasta delante de los grandes y universales errores, hemos humillado nuestra opinion, y no hemos asentido nunca al parecer de aquellos, que prefieren la fuga del desprecio al combate de la refutacion.

Recuerdo, Señores, que en el año de 1831, al abrir el Emperador Francisco la Dieta de Hungría, dijo en el latin usado en el Danubio aquellas memorables palabras: *Totus mundus delirat, et relictis suis antiquis legibus, imaginarias constitutiones quærit.* Entónces,—yo era todavía muy jóven,—me pareció este lenguaje una blasfemia más grande que la que se atribuyó á Alfonso el Sábio sobre el sistema cosmográfico. Que delira todo el mundo, no está autorizado á decirlo ningun hombre: no lo dijo el Hombre-Dios de su perversísimo siglo. Los que creemos en el libre albedrío de la accion y de la conciencia del hombre, debemos creer tambien que á la humanidad la gobierna y conduce con leyes eternas la Providencia Divina; y á la vista de los grandes movimientos, que agitan á las sociedades européas, somos bastante filósofos para creer que á algun fin general van encaminados; somos demasiadamente religiosos para escarnecer de los decretos del cielo, y para no estar convencidos de que Dios nunca delira.

Pero tambien debemos manifestar que este movimiento no nos aterra, porque no nos sorprende. Estaba previsto. Alguna vez me había determinado á señalarle su fisonomía. Y por muy modesta que sea la confianza que abrigo en opiniones que suelen parecer, al emitirlas, paradójicas, permitidme á lo ménos que presente mi triste acierto, como una de las razones que me mueven á hacer valer mi derecho de juzgarle.

En una obra que publiqué en 1846, [1] expresé mis temores sobre el advenimiento de la revolucion social, en estos términos:

"No es la revolucion política la que presentimos, y
" tememos. El mónstruo que turba nuestros sueños, y
" llena de pavor nuestras vigilias, tiene facciones más
" señaladas, y más espantosa fisonomía: es otro su mi-
" rar, otra su estatura; es otra su aptitud, y otras sus
" fuerzas; otro traje reviste, y en otro idioma habla que
" las revoluciones anteriores. Es un mónstruo múltiple:
" es una generacion de mónstruos. Macbeth veía una
" comitiva de Reyes: nuestro espejo nos retrata una
" procesion de revoluciones..... La revolucion anterior ha-
" bía encontrado una selva enmarañada de instituciones
" vetustas, de intereses caducos, de privilegios carcomi-
" dos. Empleó su segur en la tala afanosa: en la demoli-

[1] Á LA CÓRTE Y Á LOS PARTIDOS: palabras de un Diputado conservador.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

" cion del antiguo edificio cebó su brío: el dia que el furor
" de esa ráfaga desoladora corra como el Simóun del de-
" sierto sobre un campo de arena, sin tener contra quién
" estrellarse, se revolverá en el seno de la sociedad mis-
" ma, levantando remolinos de polvo que la sepulten.....
" Es esa la revolucion, el mónstruo deforme, cuyos ba-
" ladros oimos rugir, y cuyos pasos sentimos debajo de
" nuestras plantas; no aquella antigua, generosa, legíti-
" ma, que derrocó el antiguo régimen, y de la cual nos
" hemos confesado partidarios, sinó aquella revolucion
" réproba, que no teniendo ya nada que devorar, se pu-
" siera á roer frentes sagradas, como el *Ugolino* del DAN-
" TE en el cráneo de *Ruggiero*. La irrupcion de las clases
" no inteligentes daría á este cataclismo una fisonomía
" sórdidamente bárbara. Las cuestiones se resolverían
" en el sentido de la más irritante exajeracion. No ha-
" bría sólo mal Gobierno, administracion desacertada,
" anárquica tiranía: habría retroceso social, caliginosas
" tinieblas de ignorancia, crímen sin grandeza, sangre
" sin gloria, víctimas sin heroísmo, y por último, res-
" tauraciones sin libertades, y calamidades públicas sin
" regeneraciones sociales. "

Ya en 1841 había empezado la exposicion y exámen del socialismo, en un periódico semanal, que por motivos políticos tuvimos que suspender. Pero de antemano habíame arredrado de mi taréa la irónica indiferencia, con que se creyó que aquellas teorías ni merecían los honores de la discusion, ni eran dignas de la atencion séria de hombres pensadores; y la ligereza con que se imaginó que quien con formalidad y conciencia daba cuenta de aquellas doctrinas, parecía partidario y secuaz de las idéas innovadoras.

Respecto á lo primero, bien convencido de que aquellos principios habían de producir pronto en Europa una deshecha tempestad, me resigné á esperar á que la arrogancia del desden sufriera en ésta, como en otras opiniones, la leccion del escarmiento. Respecto á lo segundo, hube de contentarme con que en los artículos que en *El Conservador* se habían publicado, quedase consignada esta proposicion, que el tiempo no ha desmentido.—" Esto
" han dicho los socialistas, y han repetido sus discípu-
" los; los unos y los otros con tono más vehemente, y
" con frases más acerbas. Sentidas y terribles recrimina-
" ciones han surgido á la filosofía revolucionaria del si-
" glo pasado, al escepticismo dogmático del presente, á la
" política jacobina, al liberalismo constitucional. Nos-
" otros, á la verdad, no sabríamos qué contestar en
" nombre de la política; muy poco, de parte de la filoso-
" fía. Ciertamente que para responder á estas inculpa-
" ciones severas, no sería ni á la filosofía ni á la política
" á donde acudiéramos. De otro arsenal tomaríamos
" nuestras armas. Sólo la religion podría subministrár-
" noslas. Si nos propusiéramos rebatir al atrevido socia-
" lista (hablaba de Cárlos Fourrier), no le opondríamos,
" por cierto, el Contrato social, ni la Enciclopedia, ni las
" ilusiones liberales de Benjamin Constant, y Mme. de
" Staël, ni las especulaciones doctrinarias de Guizot, ni
" el fatalismo histórico de Thiers, ni las incompletas teo-
" rías de Say, ni los derechos de la Carta, ni las penas del
" Código. Otro libro tomaríamos por escudo: el EVANGE-
" LIO.—Lo decimos con toda nuestra conciencia. Contra
" la crítica y la tendencia del socialismo, no conocemos
" más armas que un instinto, y una filosofía: el buen
" sentido del género humano, y la filosofía cristiana. "

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

Hé aquí, pues, cómo los acontecimientos que espantan al mundo, no nos cojen de nuevo: cómo nuestra meditacion sobre ellos no había esperado la realizacion de los hechos. Cuando el drama vino á representarse sobre el gran teatro del mundo, nos pareció que ya de antemano le habíamos leido.

No se deduzca de estas palabras que abrigo la arrogante é insensata presuncion de conocer los arcanos del porvenir, ni de leer en el libro de la Providencia. No, Señores, no: con muy distinto objeto, con pretensiones de índole más modesta las he pronunciado. Sólo para que no se me niegue el derecho de juzgar lo que he podido presentir, sólo para que con este conocimiento y enseñanza, no rehuyamos el exámen filosófico de aquello, que despues de haberse incubado por tanto tiempo en la oscuridad y en el silencio, se revela hoy al mundo con tanto estrépito. Yo no había anunciado los sucesos, sinó porque conocía los principios. Á un exámen severo y filosófico de los principios tenemos, pues, obligacion de elevarnos, si hemos de creernos con fuerza y con derecho de prever las consecuencias de los hechos presentes, y la probabilidad de los sucesos futuros; de saber hasta dónde se pueden combatir y refutar ciertos principios; hasta dónde es probable que se hagan lugar en la teoría, y se realicen en la sociedad, ciertas opiniones y resultados.

Por eso, Señores, despues de tantas creencias, despues de tantos esfuerzos del saber, de la prudencia y de la fuerza de los hombres, despues de haberse creido fijas, inmutables, inconcusas las bases constitutivas de la sociedad humana, y los principios que presiden á la organizacion de los poderes que la dirigen y gobiernan, todavía nos toca hoy, todavía nos es dado, todavía podemos creer-

nos con derecho, más digo, con la santa obligacion de examinar, bajo nuevos puntos de vista, la ley y las condiciones fundamentales de la sociedad humana, y las relaciones que median entre esta ley y estas condiciones, y la forma y organizacion de los poderes políticos.

De que estemos en este caso, de que tengamos este deber y este derecho, no nos alegremos ni nos envanezcamos; que no es en verdad motivo ni de regocijo, ni de envanecimiento. Al hacer la declaracion de mi objeto, no me es posible reprimir un sentimiento de tristeza, que no es desesperacion, no, Señores; pero que es ciertamente profundo y amarguísimo desconsuelo. Muy triste es, á la verdad, para la inteligencia y para el corazon, asistir al espectáculo de la duda universal, de la discusion de todos los principios, del exámen y juicio de todas las instituciones. Triste es haber nacido en una época crítica y desorganizadora, en un período en que, faltando á un tiempo la autoridad y la fé, han venido á controvertirse todos los principios y á negarse la sancion de todas las obligaciones. Es triste, muy triste, vivir para ver cómo las antiguas instituciones vienen al suelo, sin haberse levantado todavía otras nuevas.

Tanto valdría tener que morar en una ciudad incendiada, ántes de reedificarse: tanto valdría tener que cultivar un suelo conmovido por diarios terremotos. Pero tal es nuestro destino; no podemos glorificarle, sin duda; ménos todavía negarle ó rehuirle. Tócanos solamente aceptarle; que á tal precio hemos venido al mundo ahora. Nuestra Patria en el espacio, es el suelo: tenemos en el órden del tiempo otra Patria, que es el siglo, y ni del clima del uno, ni de las influencias del otro nos es dado prescindir. Súbditos y contemporáneos de las revolucio-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nes hemos nacido, como nacimos contemporáneos y sujetos á la influencia del cólera, que no conocieron nuestros Padres!.... Humillémonos ante los designios de la Providencia, que para algo envía esos azotes tremendos, y por algo tambien nos ha dado la razon, que estudia la medicina; la inteligencia, que consulta las verdades de la moral y de la política.

Esta resignacion de nuestra creencia no es la desesperacion, no es el fatalismo. Ni el cólera destruirá la especie humana, ni la revolucion alcanzará á hacer desaparecer ó retrogradar la civilizacion de Europa. Por todas partes vemos difundirse el error, y substituir el interés á la verdad: no creemos por eso que ha de triunfar la ignorancia. Por todas partes vemos el intento de sustituir el imperio de la fuerza al dominio de la razon; y no creemos por eso que la Europa haya de retroceder á la barbarie.

En otros tiempos, para suavizar la dureza romana, nació el arte griego; para convertir en regeneradora la barbárie septentrional, hizo Dios que las hordas de Alarico y Clodovéo se iluminaran con la fé del cristianismo. Todavía, si fuera posible que nuevos vándalos y godos llegaran á comprometer séria y fundadamente la existencia de la sociedad, todavía creeríamos que estaba de reserva un prodigio para detenerlos con el religioso pavor, que hizo alejarse á Atila de las puertas de Roma.

La presencia del mal nos aflije y atribula; la esperanza del bien nos fortalece y anima. Alcanzamos á la sociedad moderna en aquel período de infancia adulta, en que se han caido los primeros dientes, y no han nacido todavía los segundos. Podrá ser una crísis de agudas convulsiones; pero no se debe creer que la calentura de una

denticion dolorosa sea una postracion de muerte. Como en el cuerpo humano, la crísis podrá resolverse por medio de la medicina, ó en virtud de las fuerzas vitales de la naturaleza misma; esto es, por la reaccion de los mismos principios constitutivos de la sociedad, ó por el empléo de una fuerza exterior.

Voy á hacer una lijera indicacion de estas dos soluciones, de estas dos esperanzas; y si mis palabras parecen en alguna manera paradójicas, nada más tengo que decir, sinó que estoy acostumbrado hace tiempo á ver mis opiniones consideradas como visiones poéticas, y á mirar luego esta poesía convertida en realidades tremendas.

III.

Hay en efecto hombres tan preocupados y poseidos del terror de una disolucion social, que han creido ver en el estado actual de la Europa una notable analogía con la disolucion del Imperio romano en el siglo V. Hay personas, Señores, que, á vista de la actitud de los pueblos del Norte, creen los unos posible, los otros hasta necesaria, una nueva invasion de los pueblos septentrionales, para afianzar la autoridad de los poderes públicos, y robustecer el vigor de los relajados vínculos sociales. Hay espíritus, en quienes ha entrado la idéa de que á la civilizacion amenazada y combatida por masas de obreros, no le queda otra esperanza, que la de una restauracion verificada con hordas de cosacos..... *(Risas.)*

No hay que reirse, Señores, de este temor, y de esta idéa; no hay que llamarla extravagancia. En este siglo,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

extraordinario todo él, no hay nada parcialmente extraordinario, irrealizable. Esta esperanza ó este temor están muy en su lugar: esta aprension es muy fundada: esta contingencia es muy séria. Sí, Señores. Los cosacos pueden venir. El movimiento de las razas esclavonas, más numerosas hoy que las germánicas de la grande invasion, puede establecer de nuevo otra corriente polar de ejércitos y de generaciones desde el Vístula y el Neva hasta el Bósforo, hasta el Tíber, hasta el Estrecho gaditano. Pero ¿sabeis, si esta gran inundacion se verificara, lo que vendrían á establecer y á consumar en el centro y en el Mediodía de Europa, los montañeses del Oural y los hijos del Beresina?.... ¿Lo qué?—El comunismo, la democrácia.

Si á alguno sorprendieren como visionarias estas palabras, lo único que le ruego es que se figure por un momento que se encuentra en un aula de Alejandría, de Aténas ó de Constantinopla, al principio del gran cataclismo de la invasion escandinava, y que un Profesor de aquellas escuelas se levanta y dice:—"¿Sabeis lo que " vienen á hacer las legiones de Alarico el godo, de " Genserico el vándalo, del hunno Atila y del franco " Clodovéo?....—Pues vienen á consumar la demolicion " de las antiguas instituciones y de las antiguas aristo- " crácias, empezada por vuestra plebe. Vienen á repar- " tirse vuestro territorio, como los veteranos de César; " á establecer sobre nuevas bases el derecho de propie- " dad, el aprovechamiento de la tierra, y la condicion " de la servidumbre personal. Vienen á substituir á la " poderosa unidad de vuestro Imperio, al principio co- " hesivo y absorvente del anonadamiento del individuo " ante la autoridad de la república, ó ante la magestad

" del Príncipe, un sentimiento de independencia indivi- " dual, incompatible con tan vastas asociaciones, y unas " franquicias é inmunidades personales, que ni siquiera " soñaron vuestros más ardientes tribunos. Vienen, en " fin, á aceptar de vuestros esclavos, y á difundir por " la Europa, con la fé de una razon vírgen y el ardor de " una sangre jóven, esa Religion cristiana, nacida ayer " entre la hez del pueblo, cuyos dogmas y principios " habeis creido por tanto tiempo que sólo podian con- " venir á las clases pobres, desvalidas y trastornadoras " de vuestro antiguo régimen y organizacion. Esto vie- " ne á hacer la espada de Alarico y la frámea de Clo- " dovéo. Pero no se lo pregunteis á ellos, porque no lo " saben, ni lo comprenden. Esos caudillos sólo tienen la " fuerza y el poder de conducir á su raza: en la sangre, " en el espíritu, en las idéas, en las necesidades, en los " instintos de esta raza, es donde están la verdad y el " secreto de este vaticinio."—

Señores: yo no sé si hubo entónces quien se atrevió á hacer este pronóstico: lo que sé de positivo es que si alguien lo hizo, se le burlaron y rieron muy á su placer los oyentes.

Yo, por mi parte, os digo solamente que he procurado seguir con alguna atencion la marcha del espíritu en esos pueblos del Norte, á quienes parece que está reservado en nuestros dias un misterioso destino, una mision grandemente influyente sobre la suerte del mundo. He meditado sobre la vitalidad juvenil, sobre la actividad enérgica y poderosa de esas razas, que algunos creen sumergidas en la indolencia y en la inmovilidad asiática. He seguido con dramática curiosidad los instintos, las aspiraciones, las tendencias, las idéas que bullen y fer-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mentan en el seno de esos cien millones de hombres, de una misma sangre y de comun orígen, á quienes enmedio de las convulsiones interiores de su ebullicion, parece que preside y arrebata un mismo pensamiento.

He procurado tener en cuenta todos los datos políticos, desde la tenacidad del gabinete imperial de San Petersburgo en ese trabajo de asimilacion que se ha llamado *panslavismo*, hasta las tendencias disidentes de las Dietas de Croacia, Hungría y Bohemia. He procurado abarcar la síntesis de sus aspiraciones poéticas y filosóficas, desde el tremendo programa de los estudiantes de Cracovia en la insurreccion de 1846, hasta las odas de Pouckine, el Byron del Norte, el poeta favorito del Emperador; desde las visiones apocalípticas de Mieralowski, el Jeremías de la Polonia proscripta, hasta las teorías filosóficas de Kollar, el doctrinario del liberalismo ilírico. Y cuando esto he hecho, Señores,—no me arredro de confesarlo,—la preocupacion poderosa, que me afecta respecto á esa gran familia del género humano, cuya influencia puede estar destinada á renovar el papel que representaron en otro tiempo los pueblos de orígen germánico ó escandinavo, está muy léjos de tranquilizarme acerca del resultado social de su influencia y preponderancia.

Es ley eterna de la Historia, que las razas conquistadoras acepten siempre las idéas revolucionarias de los pueblos conquistados; y si Dios tiene determinado que el radicalismo y la democrácia sean la ley general de la familia européa, esa es la raza que los ha de venir á plantear. No confieis en las disposiciones personalmente políticas del jefe de más poder entre esos pueblos, atento más que á nada á asimilarlos á todos, y á decirles:—«Yo

soy el primero, soy el Jefe, soy el corazon, la cabeza y el brazo de la gran gente esclavona: soy el primer patriota de la patria comun: soy el primer ruso, como el primer polaco, el primer servio, el primer moldavo, el primer húngaro, el primer eslavo.» No estudieis más que esto en el caudillo, y despues, los que un dia de terror, lo habeis esperado todo de una restauracion moscovita, pasad el Danubio, y los Kárpathas y el Vístula; examinad al pueblo que conduce, y los que pensais que no hay otro dique contra la demagógia, contra las utopías socialistas, y contra el desarrollo de los principios democráticos, desesperad de vuestra esperanza; que ni el tiempo ni la Historia han de desmentir mis recelos!....

Perdonadme, os ruego, Señores, esta digresion, quizá intempestiva, y una excursion tan aventurada por un campo de extrañas conjeturas. Afortunadamente las probabilidades de esta problemática contingencia tienen un plazo demasiadamente remoto, para que puedan figurar como cantidad positiva en los términos de los problemas que vamos á plantear. Debo intentar una solucion más cercana, porque, á la verdad, abrigo una creencia más vulgar, y una esperanza más consoladora.

Yo creo que la sociedad, como un paciente robusto, tiene fuerzas todavía dentro de su constitucion, para rehacerse contra los dolores que la aquejan, y para no dejar que lleguen al estado de gangrena algunos de los virus maléficos, cuya fuerza es tan violenta en su primera acometida. Creo sencillamente que en ésta, como en otras épocas, los errores y los delirios, aunque modernos, pasarán, como pasan los relámpagos de una tormenta, dejando su lugar á la verdad, que se llama antigua porque es eterna. Creo sencillamente que en esta, como en otras

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

épocas, las idéas verdaderamente progresivas, los principios, que lleven en sí un verdadero adelanto moral de la especie humana, prevalecerán en el mundo sobre los intereses, aunque sean arraigados, que se les opongan. Creo sencillamente que en este movimiento de evolucion, en que gira la humanidad, y en cuya virtud, siendo la misma, va mostrándose en la Historia bajo aspectos y caractéres distintos, como sucede, en sus diferentes períodos, á la vida del individuo; la sociedad, al reponerse de sus trastornos y dolencias, se encontrará modificada, porque su organismo se habrá asimilado al pasar,—como en otros cataclismos y revoluciones anteriores,—algunos de esos mismos principios, que ahora la inflaman y envenenan. Creo sencillamente que, en ésta, como en otras épocas, los hombres de bien llegarán á triunfar de los perversos; la verdad, del error; la civilizacion, de la barbárie; y las leyes eternas de la conservacion social, de los elementos deletéreos que la combaten.

Pero creo tambien, Señores,—y esto me entristece,—que la Providencia no otorgará estos bienes á la sociedad, sin que los adquiera á costa de heróicos esfuerzos, y tal vez de algunas merecidas expiaciones. Creo tristemente, Señores, que el egoismo de algunas clases, el olvido atéo de las prescripciones de la moral, la exagerada preocupacion de los intereses materiales, la creencia epicúrea de que la humanidad y caridad cristianas son meras fórmulas teóricas de catecismo, sin ninguna aplicacion práctica en la vida privada, ni consecuencia alguna en la existencia política, no han debido hallar gracia delante de Dios, que puede dar á la moral y á la virtud social la sancion de duros escarmientos. Creo tristemente que la razon humana ha sido demasiado presuntuosa de su ciencia; y no será extraño que el cielo la enseñe cómo no basta la filosofía para organizar y dirigir las sociedades. Creo tristemente que la divinizacion de la fuerza, y la idolatría de la fortuna harán todavía necesaria la destruccion de esos ídolos, que han usurpado con escarnio el altar de la justicia. Creo tristemente que las consecuencias anárquicas del individualismo habrán de manifestarse con sucesos tan deplorables y sangrientos, como en otros dias los produjo la asociacion opresora de las repúblicas ó de las Monarquías antiguas, para que los hombres encuentren en la combinacion de estos dos principios la fórmula de su existencia social, y de su asociacion política. Creo tristemente, por último, que en esta lucha de encontrados principios, representado cada uno por distintas clases, y correspondiendo cada uno á la satisfaccion de diversas necesidades, habrá terremotos, y tormentas, y sangre, y lágrimas; sin que acaso la paz, la calma, la armonía y la concordia logren establecerse, hasta que nosotros, rápida generacion de un dia, hayamos pasado.

Pero basta que creamos que esta situacion puede venir; que esta tempestad puede calmarse; que esta concordia puede establecerse; que la solucion de este problema puede encontrarse: basta que creamos que hay en nuestra sociedad, en nuestra conciencia, y en nuestra creencia elementos y fuerzas capaces de acercarnos á este resultado, para que me sea dado esperar que los adelantos de la inteligencia, y las sujestiones del sentimiento abreviarán los plazos del término de esta lucha. Yo abrigo, Señores, esta esperanza consoladora; y porque la abrigo, es por lo que me creo en obligacion de contribuir, en la exigüidad de mis fuerzas, á la solucion apetecida.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Para anunciar que no quedaba esperanza ninguna, no hubiera tomado la palabra. Para anunciar que sólo en Dios la había, no hubiéramos menester de discursos, sino de oraciones.

Pero á nosotros, Señores, creyendo, como filósofos cristianos, en la influencia del albedrío y de las facultades dadas al hombre, bajo la direccion suprema de la Omnipotencia Divina, tócanos buscar la resolucion de los problemas sociales, en los principios de la filosofía humana, sin ser atéos; y en la vital eficacia de la verdad religiosa, sin ser fatalistas.

IV.

Hé aquí, sin embargo, Señores, una dificultad inmensa para el objeto que nos proponemos. Para combatir una fortaleza, suelen destruirse é interceptarse los caminos por donde habian de llegarle socorros. La filosofía y la religion son ciertamente los caminos, que conducen á los problemas de la ciencia social, y de la ciencia política; pero, Señores, triste es confesar que la obra de destruccion y de crítica ha empezado por estas ya indefensas fronteras..... ¿Dónde está el criterio de la filosofía? ¿Dónde está, por más que nos hagamos ilusiones, la unanimidad de la creencia? ¿Dónde está la fé? ¿Dónde está la doctrina? ¿Hay fuerzas humanas en este siglo, hay fuerzas individuales, sobre todo, para levantar ó reconstruir estos dos caidos y despedazados pilares de todo edificio, á cuya sombra hayan de guarecerse hombres ó pueblos, familias ó generaciones?

En otros tiempos habia una creencia ciega, ó una filosofía despótica. Ante el dogma de la fé, doblegábanse todas las opiniones; y cuando la religion lanzaba su anatema contra un principio heterodoxo, no le admitía la razon á juicio. Por la autoridad de la ciencia teológica se modeló la de la filosofía. Aristóteles ó Platon, Santo Tomás ó Scoto ocuparon el puesto de los Santos Padres; y no más fué permitido discutir de ciertas conclusiones dogmáticas, que de las verdades reveladas. Pero cuando se pretende someter la fé al criterio de la razon, y la razon ha sacudido el yugo de la autoridad, ¿qué criterio, Señores, le hubo de quedar á la conciencia? ¿Sabeis cuál fué el resultado de esta situacion? Que todos apelaron á la fuerza..... La Iglesia llegó hasta el auto de fé: el Estado proclamó la santidad del verdugo.

Pero, como quiera que no sea dado á la fuerza constituir derecho, aunque algunas veces organice poder; la razon no abdicó sus pretensiones, y la libertad de discusion ensalzó delante de las hogueras y de las bastillas, la gloria y la esperanza de las revoluciones. Desde que el dominio del poder y la autoridad de un dogma fueron nada más que un hecho, el hecho contrario pudo aspirar á la misma dominacion. Para que los principios creen autoridad, es menester apelar al convencimiento ó á la creencia.

Tal es la situacion del espíritu humano en este siglo. En vez del símbolo indisputado, en lugar de la autoridad espontáneamente acatada, en vez del principio unánimemente inconcuso, encontramos tan sólo en el dominio de las idéas, la anarquía; en el terreno de los hechos, la fuerza. En vano la legalidad establece que sus instituciones deben respetarse porque existen: los innovadores responden: "Deben perecer, porque han vivido." Los conservadores gritan á los revolucionarios: "Antes de des-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

truir, organizad.»—Estos responden á sus antagonistas: «No teneis más derecho para conservar que nosotros para abolir.» Y en nombre del progreso social, invocado contra el principio del órden, siguen demoliendo lo que llaman escombros, lo que otros creen cimientos; lo que nadie, en medio de tan anárquico combate, se atreve á mirar como edificio sólido, siendo el recinto más seguro no más que un campamento atrincherado.

Vacilante, perpleja múltiple la razon, como una luz reflejada por un espejo hecho pedazos; rodando como la ardilla en una rueda que ella misma empuja; saltando de una autoridad en que no se cree, á una creencia que no se obedece; apelando á los cálculos de la utilidad para probar la moral del sacrificio, y á la santidad de la moral para contrarestar las tendencias del interés, ha concluido por donde parece que quiere concluir todo en nuestros dias: ha recurrido al sufragio universal y á la soberanía del pueblo, porque esto es haber proclamado el sentido comun como el criterio supremo de las verdades filosóficas, de los principios políticos, de las instituciones sociales.

El sentido comun, Señores! Permitidme dos palabras sobre la significacion de este nombre. Yo tampoco tendría inconveniente en consultar las respuestas de ese oráculo en el santuario donde yo le acato, y en someterme á las decisiones de esa razon universal y suprema, que es á las idéas individuales lo que en el órden físico el mar á las fuentes, y que debe ser para el hombre el reflejo de la inteligencia divina, como es el Océano la imágen de su inmensidad. Pero no caprichosamente, Señores, he equiparado ántes el sentido comun con el sufragio universal, y con lo que se llama soberanía popular. De la misma manera quiere usurpar siempre este nombre la inteligencia de una fraccion, la razon de una minoría.....

¡El sentido comun! se dice; y en seguida se empeñan algunos en dar este título no más que á cierto juicio excepcional y privilegiado, á cierto instinto práctico y positivo, que sólo toma en cuenta la posibilidad inmediata, la utilidad individual, y los resultados que pueden apreciarse por guarismos; á ese cálculo friamente matemático, que rechaza como extravagancia, como delirio, como vision, como poesía, todo sentimiento del alma, todo interés moral, toda aspiracion efectiva, todo problema en que hay tenebrosas incógnitas: á esa geometría de la conciencia que no admite sinó líneas rectas; á ese sensualismo filosófico, que desecha toda influencia de idéas; que desconoce toda fuerza en los principios; que ridiculiza todo lo invisible, todo lo indeterminado; á ese sentido comun, Señores, que ha empezado por desdeñar como imaginario y ficticio, todo lo que no cabe en su materialismo, para concluir llamando ficcion y fantasía á todo principio social y á toda influencia religiosa.

Pero, ¿es este, Señores, os pregunto, el sentido comun del género humano? ¿El sentido comun de las grandes masas de gentes, el juicio universal de los pueblos, la conciencia de las generaciones, las idéas y sentimientos, que permanecen eternos en la sucesion de los siglos, y cuya síntesis y cuya interpretacion por algun individuo se ha llamado el génio, cuando no se le ha creido divinidad? ¿Es ese el sentido comun de la humanidad, de esta humanidad que tiene un destino inmortal y misterioso, y que abriga las necesidades, los sentimientos, las fuerzas, los órganos y los instintos de su destino?..... ¿De esa humanidad, que tiene creencias y entusiasmos? ¿De

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

esa humanidad, que no ha sido nunca panteista ni epicúrea? ¿De esa humanidad, que ha creido siempre en Dios, en el gobierno de la Providencia y en el mundo de los espíritus?.... ¿De esa humanidad, que los ha acatado siempre, y que simbolizando en ellos el límite natural de sus facultades y de su comprension, ha admitido donde quiera los portentos, y ha aceptado las revelaciones? ¿De esa humanidad, que adora el heroismo sin cálculo; que ha levantado altares á las virtudes de abnegacion y de sacrificio; que se agita y conmueve con la electricidad poderosa de nombres y de principios abstractos, y que ha combatido siempre por lo que debe creer y pensar, con más encarnizamiento que por lo que ha de comer y vestir?....

De ningun modo, Señores.—La humanidad que ha levantado altares, y templos, y tronos; la humanidad que ha redactado los Códigos, y escrito la historia, y compuesto los poemas épicos; la humanidad, ese gran legislador, filósofo y poeta de los siglos; esa humanidad, Señores,—permitidme la singularidad de la expresion,—esa humanidad no tiene sentido comun, ese sentido comun letrado, académico, materialista, positivo, geométrico, anatómico, divinizador de los sentidos, que negaría á su naturaleza la posibilidad de los sonidos, si el hombre fuera sordo; como niega la existencia de todo aquello para cuya natural percepcion no nos ha dado un sentido el Eterno Autor Supremo de nuestra organizacion limitada.

Á ese sentido comun, Señores, aun despojado de sus pretensiones exclusivas, aun circunscrito á cuanto puede tener en su esfera, de natural y exacto, aun reducido á lo que pudiera creerse instinto racional de la especie humana, no podemos llamarle en nuestro auxilio, por dos razones: la una porque es incompleto, imperfecto, limitado; la otra porque ese instinto vulgar sólo puede servir de norma, cuando se refiere á las acciones y necesidades del hombre en el círculo de su existencia individual.

Ahora bien, Señores; en estas conferencias no nos toca hablar solamente del individuo, sino de la sociedad: no habrémos de tratar de las cualidades de las piedras, sino de las proporciones del edificio; no de cómo crece y nace un árbol, sino de cómo se conservan, se dilatan y se aprovechan los bosques. Para esta taréa, Señores, sin que demos un gran tormento á las palabras, no puede servirnos lo que se llama vulgarmente sentido comun.

En su acepcion grande y dilatada, el sentido comun no es otra cosa que la historia y la filosofía; la filosofía y la historia, que componen unidas el juicio y la conciencia del género humano; la historia, que considera á la humanidad, no como un agregado de individuos, sinó como un ser colectivo, creciendo y desarrollándose segun leyes análogas á las de todo ser ó sistema, dotado de organizacion y de vida; la filosofía, no como una teoría individual de las obligaciones y derechos, de las necesidades y sentimientos, de las facultades y limitaciones del hombre, sinó como el conjunto de los hechos, de los principios y de las instituciones necesarias para que la sociedad viva y adelante; la historia, como la manifestacion práctica y material de aquellas verdades y doctrinas que habiendo tenido aplicacion y consecuencia, pueden merecer el nombre de filosofía; la filosofía, no como una doctrina de invencion arbitraria, sujetando *à priori* el encadenamiento de los hechos; sinó como el conjunto y enlace de las deducciones que arroja de sí la estadística de la historia: la filosofía y la historia, en fin, con relacion á los proble-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mas que atañen á la organizacion social, económica y política de las naciones modernas, tal como los ha planteado últimamente la escuela innovadora de nuestros dias; al conjunto de cuyos principios y tendencias se ha dado más especialmente el nombre de socialismo.

Una palabra, Señores, de advertencia, ántes de poner fin á éste ya demasiadamente largo preámbulo. Despues de lo que acabo de decir, pudiera creerse que yo abrigaba la presuncion de que mis explicaciones iban á revelar descubrimientos peregrinos; y que les daba una gran importancia de novedad é invencion. Nada está más distante, Señores, de la verdad y de mi creencia. No conciba el auditorio una esperanza, que pronto habria de verse defraudada, ni forme de mis fuerzas un juicio, que dista aun más de mis modestas intenciones, que de mis palabras, alguna vez dogmáticas.

Yo no voy á hacer ninguna revelacion, ni á consignar ningun principio nuevo. Con las idéas que son patrimonio comun de todos vosotros; con las doctrinas por todos vosotros aprendidas y profesadas, y particularmente con verdades enseñadas en esta tribuna misma por eminentes publicistas, haré un trabajo, que será más bien de método y de forma, de deduccion y de resúmen, que de ampliacion y de enseñanza. Pasaré muy por encima de cuestiones capitales; discutiré poco los principios; no me detendré nada en las idéas intermedias, que os son tan familiares. Si el calor con que algunas frases salen de mis lábios, os hubiese hecho concebir la idéa de que son arrogantes mis aspiraciones, de nuevo os suplico, Señores, yo que tengo la dicha de que no empeceis á conocerme ahora, que no confundais la vehemencia del orador con la presuncion del dogmático.

No vengo á enseñar, Señores; vengo á meditar, á discurrir, á aprender con vosotros. Si por la misma confianza que me inspirais, dejo alguna vez á mis pensamientos el calor del corazon y el colorido de la fantasía, que demasiado brevemente borrará el tiempo, desde ahora, y de una vez para todas, pido á vuestra benevolencia que considereis el tono de mis palabras como una calidad de temperamento; nunca como una manifestacion de odioso, infundado y ridículo orgullo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LECCION SEGUNDA.

DEL SOCIALISMO, Y DEL INDIVIDUALISMO EN LA FILOSOFÍA.

I.

Señores: De cuanto tuvo el auditorio la suma bondad y la paciencia de escucharme en la conferencia anterior, sólo puedo traer á la memoria, para que me sirva en ésta como punto de partida, una indicacion que hice de paso, á saber: "Que para buscar el principio de la asociacion, y las condiciones fundamentales de su estabilidad y progreso, no nos era dado considerar á la sociedad sólo como una agregacion de individuos, ni deducir las relaciones sociales, de las facultades y derechos, necesidades y obligaciones del hombre."

Esta proposicion, Señores, así presentada como un axioma, necesita alguna explicacion ó comentario, por cuanto, siendo la opinion contraria el orígen de los extravíos de las doctrinas en voga, no podemos pasar adelante sin dedicar algunos momentos á combatir las tendencias y los resultados de todo sistema, que deduce exclusivamente las leyes de la sociedad, de los atributos individuales.

Ha habido, Señores, en nuestros dias un célebre escritor de Medicina, que ha creido encontrar en la naturaleza una ley extraordinaria, á saber; que la fuerza de combatir las enfermedades reside en los específicos que las producen análogas. Nada puedo decir yo de este principio, en la esfera de la química orgánica; pero en la region de los fenómenos morales he creido hallar en él grandes y eficaces aplicaciones.

Para combatir las deducciones de los socialistas modernos, es menester empezar por la necesidad de la asociacion; para hacer frente al socialismo industrial, material y político, es menester empezar por ser socialista filosófico. Para que en el exámen rápido que pensamos hacer, de las relaciones que tiene la organizacion social con las formas políticas, quede bien deslindado lo que en la ley de la asociacion corresponde libremente al individuo, es menester empezar arrojando de los dominios que quiere usurpar con exclusivo y tiránico poder, el principio falaz é incompleto del individualismo.

Porque es verdad, Señores: mucho se ha escrito y declamado en esta última época contra el individualismo político; contra el individualismo industrial; contra el individualismo moral; contra todas las manifestaciones de aquel principio egoista, que haciendo de cada hombre una entidad suficiente, aislada, omnipotente, le constituye en absoluta independencia de todos los demás, y á poco, en abierta lucha con la sociedad entera. Pero ántes de condenar esos individualismos, de los cuales resultan en nuestra época acaso la mayor parte de los males que nos aquejan, y de los trastornos que nos amenazan, hubiera sido menester desprenderse de otro que los contiene á todos en gérmen.

Queremos hablar del individualismo teórico, del individualismo filosófico, aquel descaminado proceder del en-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tendimiento, que para examinar las cuestiones más generales, que se controvierten en nuestros dias, para plantear los problemas, que afectan á la esencia de la sociedad, y al porvenir de la humanidad entera, los mira desde el punto de vista individual, se reconcentra sobre las necesidades y sentimientos del hombre, y párte de este centro y de este dato, para determinar las condiciones de la vida y del progreso de los pueblos. Un físico, que pretendiera explicar la teoría de las maréas y la ley de las grandes corrientes del Océano por las propiedades químicas de una gota de agua, sería la representacion material, pero fiel, de tan extraña, falsa y funesta filosofía.

No, Señores: yo me atrevo desde luego á afirmaros que nunca podrá ser la nuestra. Considerad al individuo en su aislamiento: someted al más minucioso análisis, ó abarcad con la síntesis más poderosa todos sus atributos y todos sus medios; y por más que hagais sumas inconmensurables de calidades individuales, nunca llegaréis á encontrar una ley ni una fuerza de asociacion. Consideradle solo: dotadle en ese estado, de toda la plenitud de inteligencia, de actividad y de expansion; creeréis haber creado un rey; habréis hecho de él una fiera. Consideradle solo, y no le encontraréis ni derechos, ni obligaciones; no veréis en torno de él ni autoridad, ni religion, ni humanidad, ni justicia, ni libertad siquiera. Consideradle solo, y veréis lo que queda, para esa existencia aislada, de amor á la Patria, de vínculos de familia, de medios de subsistencia, de derecho de propiedad.

Analizad sus instintos, sus pasiones, sus intereses puramente personales, dadle en esa condicion la inteligencia más elevada; y buscad luego en las condiciones de su vida solitaria la razon de la marcha de la sociedad humana, las

causas del adelanto y civilizacion de los pueblos. Pedid á su entendimiento, pedid á su corazon, pedid á su instinto el conocimiento de los destinos sociales, y la ley del desarrollo y perfectibilidad de la gran familia humana. Tanto valdría, Señores, que preguntárais al soldado de fila de Marengo, ó al galeote de las galeras de Lepanto, la razon de los planes del gran caudillo; ó al caudillo mismo las consecuencias de aquel hecho en el encadenamiento de los humanos sucesos. Tanto valdría que buscárais en las piedras arrancadas de las canteras de Páros ó de Carrara los principios del arte de Fídias, ó las leyes y proporciones con que levantó en los aires Miguel Ángel la cúpula de San Pedro.

Esta verdad, Señores, que parecerá sobrado metafísica, y en cuya insistencia podré hacerme pesado, es uno de aquellos principios de intuicion y de conciencia, que se pueden más bien sentir que analizar. Vosotros comprendeis fácilmente que un todo armónico, á cualquiera categoría á que pertenezca, no es la suma de las partes que le constituyen, ni de las cualidades que á cada una de esas partes convienen; sinó la misma organizacion y armonía, que las hace funcionar en conjunto, para un objeto ó para un resultado. Vosotros comprendeis que una muchedumbre de soldados no es un ejército, si no existe bajo ciertas condiciones y leyes matemáticas, morales y políticas, y hasta fisiológicas é higiénicas, bajo la direccion de un pensamiento y de una voluntad: que un jardin no es un terreno cubierto de plantas, si no están dispuestas en proporciones de simetría, belleza, cultivo y prosperidad; que el edificio no son las piedras mismas, si la arquitectura no les ha dado la forma y distribucion necesaria para su destino. Vosotros com-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

prendeis, Señores, que en la misma organizacion de cada sér animado, la existencia no es la suma de las fuerzas de sus miembros y de las funciones de sus órganos.

Por el contrario, la vitalidad de cada parte desaparece, cuando falta la vida del conjunto: por el contrario, cada órgano, léjos de explicar el todo, no es más que una anomalía, y ni aun á sí mismo se explica; por el contrario, léjos de ser la vida animal, el conjunto de la vida molecular, las calidades químicas y las fuerzas generales de la materia se modifican de tal modo por la existencia de aquel sistema animado, que aparecen de todo punto contrarias, é inexplicables por la física.

De la misma manera, Señores, podréis comprender que con veinte millones de individuos no llegaréis á formar una sociedad, si no hay un principio orgánico superior y dominante á todas las calidades individuales; vosotros comprenderéis que el individuo, por más que le multipliqueis millones de veces, nunca llegará á explicaros la ley social.—¿Qué digo la ley social? Ni siquiera la de su individualidad propia.

Y no hay que decir que esto es querer dar cuerpo y realidad á una abstraccion pura del entendimiento; no hay que decir que las generalidades no existen, y que en la naturaleza no hay otra cosa que individuos.

Este es, Señores, uno de los errores más transcendentales de que nos hemos imbuido con la desventurada lógica del análisis puro. Decir que no hay especies, vale tanto como decir que no hay cuerpos, sino átomos; que no hay creacion, sino cáos; que no hay inteligencia, sino sensaciones. Y así lo dijo la lógica, esa lógica corrosiva y demoledora, que de silogismo en silogismo llegó á esta proposicion: "No hay sociedad; la sociedad es el hombre."—¿Y sabeis lo que dijo á lo último de todo, esa lógica luminosa? "No hay Dios, ni Providencia; no hay más que el conjunto de las fuerzas de la materia."—Hé aquí los resultados brillantes de esa filosofía del análisis, de esa ontología del indivíduo, que niega las especies y se subleva contra los universales. En el mundo moral, el acaso ó la fatalidad; en la naturaleza, el ateismo.

Es menester decirlo, Señores; es menester tener la resolucion de proclamar la verdad, en un tiempo en que sólo la verdad parece paradoja. Lo que no hay en la naturaleza son indivíduos; lo que hay es que no hay más que un mundo, creado por un solo Dios de omnipotencia y sabiduría infinita, en una sola inconmensurable y encadenada organizacion, donde todo es parte de esa universal armonía de espíritu y materia, de espacio y de tiempo, de fuerza y de resistencia, de luz y de sombra, de vida y de muerte; las moléculas de los cuerpos, en sus afinidades; los órganos, en la existencia vital de los séres animados; el hombre, en la sociedad; la sociedad, en las generaciones humanas; la humanidad, en el globo; el globo, en el sistema solar; y los sistemas de soles, de mundos y de generaciones, en las inconmensurables profundidades de la Omnipotencia Divina.

Perdonadme, Señores, este involuntario arrebato de mi entendimiento; este conato, tal vez sacrílego, de ascension á los cielos, buscando la ley de la sociedad en la derivacion y analogía del pensamiento supremo, que preside al órden del universo. Abismos por abismos, prefiero los de la Providencia á los del cáos. Orígen por orígen, tan escondido está el del hombre, como el de la sociedad; y si no se puede comprender al uno sin la suposicion de la vida, tampoco es dado comprender á la otra sin la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

prioridad de su existencia. Por uno y otro camino hay que llegar á una region desconocida y misteriosa; pero en una direccion, hay sobre nuestras cabezas abismos de luz, que nos dejan ver el espacio; por la otra, no hay más que esos subterráneos tenebrosos, que desde la divinizacion de la personalidad humana atraviesan tortuosamente hasta la negacion de la existencia divina.

Y tan cierto es esto, Señores, que hombres muy eminentes, génios de primer órden, sublimes y privilegiadas inteligencias fueron á parar por este rumbo á consecuencias, de que ellos mismos se espantaron ó retrocedieron. Partiendo del análisis individual, la razon más espiritualista, más filantrópica y humanitária llega hasta el sensualismo, hasta la negacion del poder y del derecho, hasta el desconocimiento de la justicia universal. Por el contrario, tomando por objeto de estudio la humanidad entera, la teoría más ramplona y ménos elevada, ha llegado á reconocer los principios de la moralidad colectiva, las bases de la justicia inmutable, la razon eterna de la belleza y de la virtud, el fundamento supremo del poder y de la autoridad, y las fuerzas indestructibles del albedrío, de la razon y de la libertad. Entendimientos vulgares ó extraviados llegan por éste camino á la verdad y á la armonía: espíritus privilegiados, adelantando por el rumbo opuesto, se perdieron en un dédalo inextricable, donde cada sofisma que para salir inventaron, se ha convertido en un monstruoso vestiglo.

II.

Ciertamente, Señores, habría que dar á estas conferencias proporciones extraordinarias é incompatibles con

su objeto, si quisiera confirmar siempre con aplicaciones históricas la verdad de estas proposiciones.

Séame permitido, sin embargo, buscar en nuestros dias un ejemplo harto notable de lo que acabo de manifestar: no crean algunos que los métodos lógicos ó los principios metafísicos son indiferentes para los resultados prácticos; no se crea, Señores, que la filosofía se arroga demasiada influencia sobre los intereses del mundo.

¿Conoceis algun filósofo más ilustre que Kant? ¿Conoceis alguna inteligencia más elevada, ni más profunda que la del pensador de Koenigsberg? Todos vosotros habeis podido apreciar el impulso y grave modificacion, que recibieron los conocimientos humanos al rayar en el horizonte la luz de su transcendental filosofía. Creyóse al principio que el imperio del materialismo se había fundido para siempre en la nada.

Kant proclamaba como verdad primera, como verdad de sentimiento y de conciencia, la inteligencia pura. Todo lo demás era fenomenal, y necesitaba demostracion: todo lo demás podía no ser otra cosa que una manera de existir de nuestro espíritu: sólo la existencia de ese espíritu era evidente é indisputable; y las leyes segun las cuales este espíritu funcionaba, eran los únicos fundamentos, así de la verdad psicológica, como de la verdad matemática. Estos sencillos principios eran una revolucion inmensa. Cansada del materialismo analítico, la filosofía, que suspiraba por un dogma más elevado y más fecundo, saludó en Kant el advenimiento de una revelacion que había de iluminar el mundo moral, como la ciencia de Newton la naturaleza física.

Pero ¡ah Señores! Newton no había limitado la ley de la atraccion á un cuerpo, ni á un globo. Había adivi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nado la ley de los mundos; y por eso *con su palabra apareció la luz*, segun la expresion de Pope. Kant reconcentró toda la creacion en el pensamiento individual del hombre.

Y ¿qué sucedió, Señores? ¿Qué importaba para los resultados morales, que fuera un cerebro, ó un espíritu; una entidad psicológica ó una entidad anatómica aquello que lo contenía todo en su seno? ¿Qué importa que Schelling, para buscar un remedio sólo á la materialidad del materialismo, espiritualizase los cuerpos, como otros habían materializado los espíritus? En último resultado, esta explicacion venía á ser una cuestion de palabras. El mal del materialismo no estaba en eso. Fichte y Jacobi habían sido más espiritualistas que Schelling mismo. El mal de la doctrina de Kant no le han podido atajar las aspiraciones generosas del más simpático é inteligible de sus discípulos. Despues de ellos habían de nacer otros para proclamar que Dios, como la naturaleza, no es otra cosa que una creacion del entendimiento humano.

Kant había dicho: "El espíritu humano crea el mundo."—De la boca de uno de sus más ilustres succesores salió esta palabra inaudita: "Ahora vamos á crear á Dios."

Sin embargo, Señores, el ateismo de Hegel, la comprension de la idéa absoluta á que puede elevarse el espíritu humano, es algo parecido á la Divinidad, algo que reemplaza á la moral universal. Despues de Hegel aparecen Bruno Bauer, Arnoldo Ruge y Feuerbach, que ya no dudan de proclamar resuelta y atrevidamente el ateismo. Pero no: todavía no se llegaba al extremo. Aún hay algo en esta filosofía, con lo cual comparado el ateismo parece una religion. Feuerbach proclamando que nada hay en el mundo superior á la humanidad, y que Dios

no es más que la inmensa sombra de nosotros mismos, prolongada por el tiempo y por el espacio, una concrecion fantástica de las idéas más sublimes, pero necesarias del espíritu humano; todavía manifiesta instintivamente aquel horror del vacio moral, que experimenta el alma quedándose sola en el mundo, y que tan bien expresó en su admirable balada de *El sueño de los muertos*, el ilustre poeta Juan Paul. El humanismo de Feuerbach es todavía aquella imponente y lúgubre figura, que llena la bóveda del templo en la vision del poeta, para decir á las almas desamparadas que ha ido á buscar á Dios, y que no le ha encontrado. Esa sombra gigantesca de la humanidad es todavía un crepúsculo de religion y de filosofía. Á este crepúsculo debía suceder la noche, la noche eterna; aquella noche de las tinieblas de Byron; la noche horrible de una soledad más profunda que la nada, más espantosa que el cáos. Debía aparecer quien, sacando las últimas consecuencias de los principios heguelianos, protestara contra aquel humanismo, como contra un resto de supersticion. Hubo quien llamase á las doctrinas de Hegel una *devota frailada*.

Hubo un hombre, Señores; pero ¿qué digo, le hubo? Le hay: vive; es jóven; quizá no cuenta mis años; que acaba de consagrar un talento profundo, una erudicion enciclopédica, y una dialéctica portentosa á escribir lenta, concienzuda, magistral, dogmáticamente, no un folleto, ni una disertacion, sino una obra grande, dos tomos muy compactos, con este epígrafe, y para probar este principio: *Homo sibi Deus*.—El nombre de este filósofo, conocido por el seudónimo de Max. Stirner, es Gaspar Schmidt.

Ya lo veis, Señores; Helvecius y el baron de Holbach

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

no habian podido llegar á tanto. Stirner llegó á donde llegan los últimos términos del camino que tomó Kant. Kant, dijo: "No hay más verdad que la razon humana." Stirner concluye: "No hay más Dios que el hombre." Ni aun eso, Señores. Stirner dice: "Todo hombre es su único Dios." ¡Aterraos de esta lógica y de este siglo!—Considerad si á vista de este espectáculo, no ha tenido razon Enrique Heine para decir que "si estallaba una revolucion en Alemania, la de Francia de 1793 sería en su comparacion un Idilio de Gesner."

Y si algun dia, Señores, estudiando la Historia de la antigüedad, habeis tenido compasion de la pobre raza humana, que se prosternó delante de los toros y de los cocodrilos; si habeis comprendido entónces que aquellas delirantes religiones debían hacer desaparecer de la faz de la tierra á los pueblos que las profesaban, contemplad espantados que en el siglo en que vivimos, se ha llegado á más; se ha llegado á decir que era un Dios, no el hombre Newton, no el hombre Leibnitz, no el hombre César, ó el hombre Bonaparte; no el hombre Marco Aurelio, no el hombre San Vicente de Paul, ó Santa Teresa de Jesus, sinó el hombre incendiario y parricida, el salvaje de los bosques, ó el criminal de los presidios, el Samoyeda estúpido, ó el Papúa degenerado de la Oceanía.

De propósito, Señores, he buscado las inteligencias más célebres y más ensalzadas de nuestros dias, para mostraros á dónde conduce este error. Y ahora veréis lo que puede el principio opuesto, aunque se profese en el extravío de un sistema subversivo y por una inteligencia extraviada. Voy á dejar hablar al más atéo, al más vituperado y maldecido de los actuales revolucionarios franceses.—"La mayor parte de los filósofos y de los filólogos no consideran la sociedad sinó como un ente de razon, ó más bien como un nombre abstracto, que sirve para designar una coleccion de hombres. Es una preocupacion que todos hemos contraido en la infancia en nuestras primeras lecciones de gramática, creer que los nombres colectivos y los de género y de especie no significan realidades. Mucho habría que decir sobre este punto; pero yo me encierro en mi objeto. Para el verdadero economista la sociedad es un ser viviente, dotado de una inteligencia y de una autoridad propias, regido por leyes especiales que la observacion sola descubre, y cuya existencia se manifiesta no bajo una forma física, sinó por el concierto y la mancomunidad íntima de todos sus miembros.

"Por eso, cuando hace poco, bajo el emblema de un Dios mitológico (Prometéo), hacíamos la alegoría de la sociedad, en el fondo de nuestro lenguaje nada había de metafórico. Era el ser social, unidad orgánica y sintética, la que recibía un nombre. Á los ojos de cualquiera que haya reflexionado sobre las leyes del trabajo y del cambio (y dejo á un lado toda otra consideracion), la realidad, ó digámoslo así, la personalidad del hombre colectivo, es tan cierta, como la realidad y personalidad del hombre indivíduo. Toda la diferencia consiste en que este se presenta á los sentidos bajo el aspecto de un organismo, cuyas partes están en coherencia material, circunstancia que no existe en la sociedad. Pero la inteligencia, la espontaneidad, el desarrollo, la vida, todo lo que constituye en su más alto grado la realidad del sér, es tan esencial á la sociedad como al hombre." Esto dice Proudhon, Señores; y de esta proposicion á la verdadera ley de la armonía social, no hay más que un paso. Proudhon

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

no le ha dado, es verdad. El Mefistófeles de *Fausto* se ha apoderado de su razon bajo la forma de la filosofía hegueliana y de la crítica individualista. Proudhon ha espantado á la Europa con sus blasfemias, y á la Francia con sus proyectos. Ha dicho al cielo: *Dios es el mal*; y á la tierra: *la propiedad es el robo.*

Sin embargo, Señores, bastóle entrever aquella verdad, para que sus obras no concluyan á nada, ni sean más que un conjunto de contradicciones, revelando en cada palabra la lucha titánica, que traban en su poderoso espíritu tendencias opuestas y creencias contradictorias. Bastóle entrever aquella verdad, para que nadie en Francia haya pulverizado el comunismo con más vigor y con más talento.

Basta, Señores, que haya escrito aquellas palabras, para que yo abrigue una ilusion de esperanza acerca de esa inteligencia tan poderosa como extraviada. Despues de todo, su proposicion famosa, la propiedad es el robo, es su refutacion misma. Él mismo ha reconocido, á pesar suyo, la propiedad que combate. Robo supone la propiedad: no puede haber robo donde la propiedad no existe [1].

¿Quién sabe si el que con una palabra se refuta á sí mismo, no es el predestinado para refutar á todos sus colegas? Ese tremendo revolucionario aun puede llamarse jóven. ¿Quién sabe si el Dios, de quien ha blasfemado tan sacrílegamente, no destina su talento para glorificar todavía al frente de aquellas masas movedizas é impre-

[1] Un hombre de talento ha dicho á este propósito: *Donde la propiedad es el robo, ¿el robo qué será?* Á esta ineludible reflexion, que por sí sola destruye todo el sistema, sólo se nos ocurre añadir, y es la respuesta: «*que donde la propiedad es el robo, el robo será la propiedad.*» (*Nota del C.*)

sionables, la verdad de su santo nombre, y la eternidad de la ley social á que él preside?.... Todo me lo hace esperar una sola idéa luminosa.

III.

Es la verdad, Señores; mi humilde inteligencia no había aguardado á que el socialista atéo se la revelara. La había encontrado mucho tiempo hace, no sólo en Bossuet, no sólo en Vico, no sólo en De Ballanche. La había leido en los astros del cielo, en los rudimentos primeros de la cosmografía, en el sistema del mundo de Copérnico.

No había podido yo mirar indiferente de qué manera llegó el astrónomo polaco á su inmortal y sencillo descubrimiento [1]. El movimiento de los cielos, visible á nuestros ojos, era imposible de comprender por el entendimiento, en cualquiera de los antiguos sistemas. Creábanse cielos, y motores, y círculos, y coluros; y cada nuevo invento era una nueva calle oscura en el laberinto de la creacion, que aparecía tan espléndida, tan luminosa. ¿Y porqué, Señores? Porque empezaban todos por suponer al globo terrestre centro y base del sistema universal, como hacen los filósofos socialistas ó metafísicos con la humana criatura.

Copérnico tuvo la intuicion de que Dios no había

[1] Bien sé que este sistema es antiguo, y que se quiere quitar á Copérnico la originalidad de su pensamiento. Para mi raciocinio lo mismo es. Los grandes inventos rara vez se deben á un hombre solo. Cuando la humanidad ha madurado bastante el gérmen de una idéa, brota en muchos cerebros á la vez. Véase lo que ha sucedido con la imprenta, con el vapor, con la telegrafía.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

creado el orbe aislado, sinó un sistema planetario, como si dijéramos una sociedad sideral, cuyos movimientos sólo en su totalidad y conjunto podian explicarse, no siendo la tierra más que un individuo planeta de este universal sistema. Desde aquel momento, Señores, todos los círculos, cielos y motores desaparecieron como una pobre decoracion de teatro. Desde aquel momento, la obra de Dios se presentó en toda su sencilla y portentosa grandeza. Desde aquel momento ya no hubo en la astronomía un globo, sinó una série de mundos. Galiléo pudo *sentir bajo sus plantas* la rotacion del orbe; Keplero, regular con un compás y un reló, las órbitas de los planetas; y cuando apareció Newton, la ley de la gravitacion universal pudo hacer luz sobre aquella creacion, que jamás el entendimiento humano habria llegado á comprender desde su presuntuosa individualidad del globo, fuente y orígen de los antiguos errores.

De esta manera, Señores, al contemplar nosotros tantos sofismas y tantas hipótesis sobre el orígen de las sociedades y sobre la sociabilidad de los pueblos; sobre los fundamentos de la soberanía, sobre la constitucion de los poderes y el ejercicio de los derechos, se nos debe figurar que estamos leyendo los cálculos imaginarios de los antiguos cosmógrafos. ¿Porqué,—podrémos decir,—porqué el intento de buscar la ley general en la aislada criatura? Si Dios ha creado la especie humana como sus millones de mundos, ¿no la habrá dotado de las fuerzas generales, que necesita su evolucion en el órden de los siglos, como las tienen los astros para consumar sus giros en el espacio del firmamento? ¿Porqué la autoridad y el poder, la soberanía y la justicia, la virtud y el deber, la obediencia y el derecho han de ser atributos individuales del hombre, cuando ni aun los miembros de su cuerpo dejan de estar subordinados á las leyes generales del universo, que le encadenan? ¿Se explica por ventura por el individuo el amor materno, ni el amor filial? ¿Es para el individuo, por ventura, el sentimiento que preside á la propagacion de la especie? ¿Se explica por el individuo la pasion de la Patria? ¿Han nacido la ambicion y la gloria para el hombre solitario? El entusiasmo, la admiracion, ¿pueden tener por teatro y por límite el desierto de los bosques primitivos? ¿No son éstas pasiones sociales?

Pues si hasta en estas calidades mismas se descubren sentimientos de relacion, que suponen la existencia de la sociedad, como supone la organizacion del ojo la existencia de la luz, ¿cómo no buscar don Copérnico, y Galiléo, y Newton, y Keplero el fundamento de la ley social en la sociedad misma, y no en la fraccion infinitesimal del átomo microscópico que la compone?

Desde que se hace esta consideracion, Señores, se explica y se comprende hasta la ley del individuo, que sin la supremacía y preexistencia de la ley social, es de todo punto incomprensible. Así sucedió tambien, Señores, en el mundo físico. Los navegantes no pudieron dar la vuelta á la redondez del globo, sinó despues que les fué dado orientarse por los cielos.

"Verdad es:—me dirán algunos:—en el individuo podréis no buscar el principio; pero al cabo habréis de buscar el fin. Para explicar vuestra tésis más bien metafórica que lógicamente, apelais á comparaciones, que no se adaptan á una sociedad de séres inteligentes. Habeis hablado de ejércitos, de edificios, de mundos; y falta en vuestras comparaciones la condicion capital de la analogía. El edificio no se hace para la piedra: el jardin no se

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

planta para la flor: el ejército no se organiza para el soldado. Pero la sociedad existe para el hombre, y sin este fin individual, vuestro principio no es otra cosa que una abstraccion sofística: vuestra lógica, un camino que conduce á la nada de la vaguedad. Sea en buen hora la sociedad contemporánea del hombre; pero basta que el hombre sea su centro y su fin, para que debamos buscar en él las condiciones de la ley social.»

Ya veis, Señores, que no desvirtúo la fuerza del raciocinio de mis antagonistas; le he expuesto con todo su vigor y con toda su claridad; pero despues de haber presentado de esta manera su razonamiento, permitidme que me atreva á calificarlo de suposicion infundada y gratuita.

«La sociedad existe para el individuo.»—¿Y porqué, Señores? ¿Quién ha dado á esta proposicion la evidencia ó el valor de un axioma? ¿Se lo ha dado por ventura la filosofía? ¿Se lo ha dado la conciencia? ¿Es otra cosa tal aseveracion, que una hipótesis de la presuncion humana, una peticion de principio, un círculo vicioso del sofisma anteriormente condenado? ¿Es más ese pretendido axioma que un error de perspectiva y de localidad, que confunde un resultado con un principio, un efecto con una causa?

«Pues ¿para quién existe la sociedad?» me preguntarán orgullosos los partidarios del principio opuesto?—¿Y sabeis vosotros—tengo que preguntarles yo—para quién existe el individuo? ¿Pretendeis por ventura resolver el problema de las causas finales, con escribirle en guarismos más pequeños? ¿Habeis de ir así descendiendo sucesivamente los escalones de la creacion, hasta encontraros con los átomos? Si admitiendo vuestra respuesta de que la sociedad existe para el individuo, os pregunto:

—¿Para qué existe el hombre? ¿Os atreveréis tal vez á responderme:—Para los gusanos que le roen?—Pues no tendríais otra respuesta que darme, como no admitiérais el dogma de Stirner: «El hombre es Dios, y existe para sí.» *Homo sibi Deus.*—Os dejo la eleccion entre la apoteósis y la nada.

En nuestra teoría, Señores, si no reciben mayor claridad aquellos misterios infinitos del destino final, que están fuera del alcance de la filosofía humana, queda una progresion natural y comprensible, á través de la region dilatada y luminosa, que todavía le es dado recorrer al entendimiento humano, ántes de llegar á los espacios en que la inmensidad se pierde. Dios ha hecho á la razon, como á la vista; para que suba: rebajarse y descender le es más difícil. Los cálculos del hombre han alcanzado á medir todo nuestro sistema planetario, aunque no los de las estrellas fijas; debajo de sus piés no ha podido pasar mucho más de una legua de profundidad.

En nuestra manera de ver, el individuo existe para sí y para la sociedad: la sociedad para la sociedad y para la humanidad: la humanidad para la armonía de la creacion y para los altos designios de la Providencia. No sabemos más: no es dado saber más: no queremos, no necesitamos saber más. Pero los individualistas de principio ó de fin, ni eso saben. Tampoco sabe más la astronomía: más allá de Sirio, no alcanza la paralaje, ni sirve la trigonometría. Allí se encuentran las profundidades del espacio, como nosotros hallamos las del destino. Pero en esa esfera, tenemos todavía delante de nosotros una region inmensa de principios y de resultados, detrás de la cual vemos aún por último la eternidad y la Providencia divina. Los individualistas, metafísicos ó sociales, se estrellan

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

al momento contra la nada, y pueden aplicar á sus magníficos descubrimientos aquellas desconsoladoras palabras de Job: *Quasi effodientes thesaurum vehementer gaudent, cum invenerint sepulcrum.*

IV.

Si hemos insistido tanto en una idéa, si hemos dado proporciones tan extensas á un raciocinio, á riesgo de abusar de vuestra benevolencia y de vuestra atencion, no ha sido solamente con un fin ideológico. Importaba al plan y concierto de estas explicaciones, indicar de qué manera muchos errores de las actuales doctrinas consisten en buscar la ley de la asociacion donde es absolutamente imposible que se encuentre: cumplía demostrar de qué manera, los que, llamándose socialistas, siguieron el camino de la crítica individual, llegaron á consecuencias diametralmente opuestas al objeto que se proponian.

En cuanto á mí, Señores, que no he formado el propósito de renovar las cuestiones fundamentales, y de subir de nuevo al orígen de los derechos sociales, bástame consignar una creencia opuesta, para que nos sea dado llegar á resultados muy distintos; y aun para que con mejor derecho aspirara al dictado de verdadero socialista, si esta calificacion no estuviera ya consagrada en un sentido, que no está en mi poder, ni tampoco en mi intencion, hacer que desaparezca en un dia.

Yo me llamo en verdad y filosóficamente socialista, en cuanto creo que la asociacion es una ley de la humanidad, como es una ley del individuo su organizacion vital; y que el principio de esta asociacion debe buscarse

en las condiciones necesarias para la existencia de esta sociedad misma. Yo creo que así como el individuo tiene una alma y una inteligencia, un destino y las facultades necesarias para cumplirle, así la sociedad tiene en sí misma y para sí misma, un principio general que la vivifica, la conserva, la impele y la encamina hácia los fines que la Providencia le ha señalado. Yo creo que esta ley y este principio preexisten á la organizacion social, como preexiste la vida á la existencia del gérmen fecundado; como preexisten el impulso y la gravitacion central al sistema planetario.

Yo creo, Señores, que esta ley, esta vitalidad social es en cualquiera sociedad un principio inmaterial y espiritualista, como son dinámicas é imponderables en la naturaleza las fuerzas que presiden á la organizacion de la materia. Yo creo que este principio, que esta fuerza no es simple en sus manifestaciones; y que así como el espíritu del hombre se revela en las diversas facultades de su entendimiento, y en las varias pasiones de su corazon, así el principio elemental que anima á las sociedades, se descompone en todas las demás fuerzas necesarias para su conservacion, progreso y desarrollo. Creo que todas estas fuerzas, leyes y sentimientos generales pueden solamente comprenderse y explicarse en la sociedad entera; pero que el individuo, arrebatado en la órbita de la vida social, se las apropia y asimila, como hace la vida orgánica con las fuerzas generales de la materia. Creo de consiguiente que éstos sentimientos sociales no se pueden explicar absolutamente en el individuo; ántes bien, que mirados desde este punto de vista, parecen frecuentemente como aberraciones y anomalías. Creo finalmente, Señores, que el sentimiento de la humani-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dad, la nocion de la justicia, el instinto del órden social, la creencia religiosa, el patriotismo, el principio del poder y de la autoridad, la idéa de la obligacion, el deséo de la gloria, el culto del heroismo, el entusiasmo por la virtud ó por la belleza, y la aspiracion al progreso, todos estos principios son funciones, propiedades, manifestaciones, atributos ó modificaciones de este espíritu social, de esta alma, Señores, que tiene el mundo moral, y que para nosotros, cristianos, viene á confundirse en cierta manera con la justicia y con la providencia divina.

Y la libertad y la existencia individual, tambien en esta creencia se eslabona con la ley y con la armonía social. Porque no se crea, Señores, que á fuerza de verlo todo en la sociedad, pretendo que olvidemos, suprimamos ó anulemos el individuo. Por el contrario, tambien en este punto debemos ser tan cristianos como filósofos. Léjos de rebajar la personalidad humana, yo comprendo, Señores, su excelsa dignidad, su alta representacion como criatura; su importancia y nobleza, como inteligencia espiritual y como voluntad libre; su organizacion maravillosa y privilegiada, como el primero de los seres en la esfera de la vida, como representacion y compendio del mundo físico y del mundo moral.

Yo creo, Señores, no en la perfeccion absoluta, pero sí en la perfectibilidad indefinida y gradual de la condicion humana, y en el libre desarrollo de las facultades de que Dios la ha dotado para alcanzarla. Creo, Señores, que el medio de caminar á esta perfeccion está en el justo equilibrio de las pasiones y facultades individuales del hombre, que sobre sí mismo le repliegan, con las leyes eternas y generales que á la sociedad le encadenan. Creo que este equilibrio no se alcanza sinó espontáneamente,

y que necesita, por consiguiente, la libertad de la conciencia, la libertad del pensamiento, la libertad de la palabra y la libertad de la accion, en toda la dilatada esfera de la vida social, y de la vida privada. Léjos, pues, de nosotros, desconocer los derechos individuales. Por lo contrario, despues de proclamarlos en la existencia del individuo, los convertimos para la sociedad en santas obligaciones, y en condiciones eternas de civilizacion y de perfeccion social para los pueblos.

Profesamos altamente el dogma de la libertad del hombre; pero cuenta, Señores, que la opresion del débil no sería un crímen, sinó fuera obligacion de la sociedad la libertad del ciudadano inofensivo. Proclamamos la seguridad individual; pero cuenta, Señores, que este derecho sería harto mezquino y limitado, si el daño ó la muerte de un sólo inocente no fuera la perturbacion de la justicia universal, y no vulnerara á la sociedad entera en su corazon, como la herida de un miembro lleva el dolor y la calentura al centro de la vitalidad orgánica. Creemos y proclamamos el derecho de propiedad; pero cuenta que la propiedad no sería santa é inviolable; que la expoliacion y el robo no serian crímenes delante de Dios y delante de los hombres, sinó fuera ley y condicion eterna de la sociedad, el respeto y proteccion de aquellas facultades que el hombre recibió del cielo, como taréa y castigo, como expiacion y prueba, en aquel solemne momento en que le condenó el Altísimo á comer su pan con el sudor de su frente. Sea el trabajo, Señores, delante de Dios, una condenacion; pero el destino de la humanidad impuesto por Dios, es tan sagrado delante de los hombres como la gloria de los ángeles.

Hé aquí nuestro individualismo, Señores; hé aquí nues-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tro socialismo. Aceptamos todos los títulos: la verdad es que ninguno nos conviene. No hemos hecho al hombre Rey, ni Dios; no hacemos á la sociedad omnipotente, infalible, impecable. La sociedad y el individuo pueden elevarse á la perfeccion, y llegar al heroismo; una y otro pueden faltar á sus obligaciones; hacerse reos de crímen, de pecado; el individuo, delante de la sociedad; la sociedad, delante de la humanidad; la sociedad y el individuo, delante de Dios: una y otro, delante de aquel divino reflejo de luz moral, que para el hombre es su propia conciencia, para la sociedad el juicio de la historia; uno y otra delante de aquel poder eterno, lógico, providente, que tiene para el hombre suplicios, miserias y remordimientos; para los pueblos plagas, revoluciones, guerras de exterminio y errores y doctrinas, no más blandos azotes de Dios, que los que se llaman hunnos y vándalos, tiranos en furor ó plebes en tumulto.

Hé aquí cómo podemos ser llamados socialistas; hé aquí hasta dónde podemos ser individualistas. La unidad y lo absoluto sólo en Dios existen; sólo en Dios se comprenden: la ley de la naturaleza y de la filosofía es el dualismo. Comprendemos la sociedad y el hombre coexistentes é inseparables, como la fuerza centrífuga y la centrípeta; como el movimiento y la resistencia; como el espíritu y la materia. Una y otra existencia se ligan en nuestro dogma y en nuestra filosofía, con un vínculo sagrado, y en un movimiento armónico, cuyo equilibrio y regularidad constituyen la perfeccion social y la perfeccion de la criatura.

Así, Señores, —volviendo á la analogía que nos sirvió ántes para materializar nuestro pensamiento,—comprendemos la tierra girando sobre su eje en el movimiento

diurno, y lanzada al mismo tiempo, á compás de los otros planetas, en la órbita de su revolucion ánnua, como un impulso que modifica la ley de la gravitacion universal. En el medio de esa órbita rutilante hay un sol, que como fuerza la contiene, como calor la fecunda, como lumbrera la ilumina. Tambien en el centro de la órbita en que la humanidad gira, hay un sol, que preside á la vida, al progreso, al crecimiento y á la ilustracion de las sociedades y de los individuos. ¡Desgraciados los ojos que no le ven!.... ¡Más desgraciados aquellos que creen que ese sol eterno es la ilusion de su vista, ó el foco de los rayos que salen de sus ojos!

Perdonadme, Señores, si he sido quizá metafísico en demasía, para exponer verdades comunes y triviales; perdonad si, huyendo de aplicaciones terrenas, me he permitido vagar por una atmósfera demasiadamente enrarecida y etérea. Perdonadme, sobre todo, haber invertido tanto tiempo y tan generosa atencion en desleir un sólo pensamiento. Era mi propósito "explicaros las vicisitudes que atravesó en la filosofía y en la historia el conocimiento y la investigacion del principio social, hasta llegar á la posicion de este problema en nuestros dias."

Si empeñado en la explicacion de un dato prévio, tengo que reservar para otra sesion mi taréa, no culpeis de ello á la absoluta ignorancia de lo que cumplía á mi objeto, sinó á la complacencia de detenerme una hora deliciosa, acompañado de vuestro pensamiento y de vuestra inteligencia, en estas regiones etéreas y encumbradas, es verdad, pero donde es grato á veces, Señores, reposar de ese positivismo de la vida, que hartas horas nos abruma, para que deseemos con ánsia respirar desahogadamente en la despejada atmósfera de las idéas, y refrescar, por

010416

decirlo así, los lábios, pronunciando nombres santos y armoniosos. ¿Es, por ventura, Señores, todo lo material y tangible tan gustoso y ameno, que no pueda permitirme en este recinto, como solaz y recréo, un poco de metafísica?

Metafísica hay en el mundo mucho más abstracta, muchísimo más etérea, que ha hecho derramar sangre. ¿No le será dado á otra el poder de enjugar lágrimas, de sanar dolores, de precaver desastres?

De cierto no será á la mia, Señores; que no presumen de tanto mis limitadas fuerzas; pero podrá ser la vuestra, esclarecidas y cultivadas inteligencias, patrimonio el más rico,—aunque sea un patrimonio metafísico,—de nuestra Patria..... Será sin duda la vuestra, juventud generosa! Porque la metafísica son las idéas; y las grandes idéas son las flores, que visten el árbol que ha de dar por fruto grandes y gloriosas acciones.

LECCION TERCERA.

DEL INDIVIDUALISMO Y DEL SOCIALISMO EN LA HISTORIA.

I.

Señores: Al exponer mis creencias en la explicacion anterior, no abundaba de tal manera en mi propio sentido, ni me dejaba dominar por un dogmatismo tan absoluto, que desconociera los peligros que hay tambien en mi tendencia filosófica, y que se pueden sacar consecuencias duras, atroces y tiránicas de algunos de los principios asentados en las consideraciones preliminares. Ahí están para atestiguarlo la historia de la humanidad, y la filosofía.

La ley de la asociacion, considerada como condicion ingénita y necesaria de la sociedad misma, no siempre fué comprendida de una manera tan lata y generosa, que quedara á salvo la espontaneidad de la personalidad humana. Si los filósofos de los últimos siglos sacrificaron á un individualismo estrecho las obligaciones y los principios sociales, los socialistas antiguos,—más distantes todavía de aquel equilibrio, que es para nosotros la civilizacion,—habían suprimido la individualidad humana dentro del órden social, como en su moral religiosa sometieron el libre albedrío á una fatalidad inexorable. Y digo,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

decirlo así, los lábios, pronunciando nombres santos y armoniosos. ¿Es, por ventura, Señores, todo lo material y tangible tan gustoso y ameno, que no pueda permitirme en este recinto, como solaz y recréo, un poco de metafísica?

Metafísica hay en el mundo mucho más abstracta, muchísimo más etérea, que ha hecho derramar sangre. ¿No le será dado á otra el poder de enjugar lágrimas, de sanar dolores, de precaver desastres?

De cierto no será á la mia, Señores; que no presumen de tanto mis limitadas fuerzas; pero podrá ser la vuestra, esclarecidas y cultivadas inteligencias, patrimonio el más rico,—aunque sea un patrimonio metafísico,—de nuestra Patria..... Será sin duda la vuestra, juventud generosa! Porque la metafísica son las idéas; y las grandes idéas son las flores, que visten el árbol que ha de dar por fruto grandes y gloriosas acciones.

LECCION TERCERA.

DEL INDIVIDUALISMO Y DEL SOCIALISMO EN LA HISTORIA.

I.

Señores: Al exponer mis creencias en la explicacion anterior, no abundaba de tal manera en mi propio sentido, ni me dejaba dominar por un dogmatismo tan absoluto, que desconociera los peligros que hay tambien en mi tendencia filosófica, y que se pueden sacar consecuencias duras, atroces y tiránicas de algunos de los principios asentados en las consideraciones preliminares. Ahí están para atestiguarlo la historia de la humanidad, y la filosofía.

La ley de la asociacion, considerada como condicion ingénita y necesaria de la sociedad misma, no siempre fué comprendida de una manera tan lata y generosa, que quedara á salvo la espontaneidad de la personalidad humana. Si los filósofos de los últimos siglos sacrificaron á un individualismo estrecho las obligaciones y los principios sociales, los socialistas antiguos,—más distantes todavía de aquel equilibrio, que es para nosotros la civilizacion,—habían suprimido la individualidad humana dentro del órden social, como en su moral religiosa sometieron el libre albedrío á una fatalidad inexorable. Y digo,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Señores, los *socialistas* antiguos, en el sentido filosófico que he dado antes de ahora á esta calificacion; porque no hay duda de que en éste, como en otros principios primitivos y fundamentales, sin los que la humanidad no hubiera podido desarrollarse en los primeros tiempos, parece que su conocimiento, su instinto, ó su revelacion, se encuentra más puro y más absoluto, á medida que nos remontamos á edades más remotas.

Señores, es verdad: los pueblos antiguos fueron absoluta, exagerada y eminentemente socialistas. Todo lo consideraban, todo lo hacian, todo lo juzgaban desde el punto de vista de su asociacion de raza, de tribu ó de ciudad. En aquellos pueblos nunca tiene representacion el individuo: hasta las individualidades históricas ó poéticas son generalmente mitos ó emblemas, que representan un pueblo. La Patria, República ó Imperio; democrácia ú oligarquía; teocrácia ó dictaduría militar, es el fin y el principio de todo. Todo es por ella, de ella y para ella: el hombre no es nada; y bajo cualquiera forma, aunque sea la más popular, que sus instituciones políticas se manifiesten, nunca leeréis escrita en ellas la palabra *derechos* en plural. Ni la palabra existe, Señores. La que á la nuestra corresponde, tiene á veces un sentido enteramente contrario. El *jus* latino, ya lo veis, no es lo que ahora entendemos por derecho; es *jussum*, lo mandado, lo que se debe obedecer: es el precepto, la ley, la obligacion. La idéa cohesiva y absorvente de la unidad, de la fuerza y de la omnipotencia social, es el principio que predomina en el carácter de las gentes antiguas; en su establecimiento material, en sus legislaciones, en sus conquistas, en sus costumbres.

Nunca se ocurrió á los filósofos de aquellas épocas disputar sobre si la sociedad ó el poder podía imponer la pena de muerte, de confiscacion, ó de destierro por la infraccion de las leyes religiosas ó sociales. La persona, la vida del ciudadano inocente ó culpable, eran en tal manera del Estado, que Aténas condenaba al ostracismo al más justo de sus hijos, en nombre del bien de la Patria, contando hasta con su propio voto, sin que se le ocurriera ni al pueblo un escrúpulo, ni á la víctima una protesta. Sócrates fué condenado á la última pena, por haber propalado doctrinas, que tendian á debilitar los antiguos vínculos sociales; y la Historia, atentamente examinada, está muy léjos de presentarnos á Anito y Melito como á dos perversos; sinó más bien como á ciudadanos probos, severos, respetados y celosos del buen órden y de la conservacion de la república.

El nombre de Sócrates, Señores, trae á la memoria el de Platon, á quien se ha llamado el *primero de los socialistas*, y en cuya ideal república, de tal manera ejerce la sociedad su omnímoda compresion sobre el individuo, que desaparece enteramente toda personalidad, toda libertad, toda garantía. Ciertamente es así: yo no lo puedo desconocer. Por el contrario, me cumple consignarlo; pero tambien me cumple hacer observar que en esta manera de discurrir, Platon estaba muy léjos de ser innovador, y no hacía otra cosa que sistematizar los principios, que entónces prevalecían, llevándolos hasta sus últimas consecuencias.

No hay, es cierto, individualidad alguna en la república de Platon; pero no puede decirse propiamente que desaparece en su obra y en su doctrina un principio, que entónces no se encontraba en parte alguna aplicado, ni era por nadie comprendido. Tan socialista como su orga-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nizacion aristocrática, era la demagógia de Aténas; tan comunista, tan tiránica, tan opresiva, tan monacal, Señores, era la triste oligarquía de Esparta. La utopía de Platon no estaba en tanto desacuerdo, como ahora nos parece, de las idéas dominantes en aquella época. Era una combinacion más ó ménos extraña de los principios entónces admitidos, de las doctrinas entónces profesadas, y—si se me permite un símil de actualidad,—era como la Constitucion de Siéyes respecto á las instituciones constitucionales de nuestros dias.

Algunos,—es verdad,—han creido ver en el despotismo socialista del discípulo de Sócrates una tendencia reaccionaria, que habia inspirado en su alma el espectáculo acerbo de la muerte de su Maestro. Nosotros debemos observar, Señores, que tan arraigada estaba en los espíritus la idéa del poder social, que ni aun un exceso tan grande de tiranía fué bastante para despertar en el alma de Platon un sentimiento, que se pareciera á la protesta individual de una víctima contra el crímen, contra la injusticia de aquel poder social, ante cuya inflexibilidad nada era una existencia consagrada á la virtud y á la verdad. Porque hay que advertir, Señores, que el suplicio de Sócrates no había sido un arrebato demagógico, ni un hecho revolucionario; el revolucionario, el reformador era él; y los que le hicieron morir con todo el aparato de la justicia, y con todas las formas de la legalidad, eran los *conservadores*, los que ahora llamaríamos partidarios del antiguo régimen.

La verdad histórica es que el socialismo despótico de Platon era, en su creencia, el mismo sistema y principio político en que habia vivido y respirado toda su vida; era el comunismo monástico de Lacedemonia; era el

absolutismo democrático de Aténas; era, en fin, aquella autocrácia de la soberanía colectiva, que no reconociendo ningun derecho ni garantía, obligaba á las más ilustres y excelsas celebridades á buscar voluntariamente la muerte ó el destierro, cuando se habian puesto en lucha con su opinion, ó cuando estaban en desgracia de su favor; aquella libertad eminentemente social, que consistía en el despotismo de todos, y en la seguridad de ninguno.

La libertad individual, Señores, ni como institucion, ni como palabra, ni como idéa es conocida en las repúblicas antiguas; así como tampoco lo había sido en las anteriores y diversas organizaciones políticas de pueblos todavía más remotos.

II.

En la civilizacion latina, etrusca ó romana, encontramos el mismo carácter, la misma creencia, el mismo dogma fundamental. La libertad de Roma—harto lo sabeis, Señores,—no era otra cosa que la soberanía de la aristocrácia. Las que mal pudieran llamarse inmunidades de sus ciudadanos, no son más que prerogativas políticas. El respeto y consideracion á su persona es algo que se parece á la inviolabilidad de los Reyes modernos: no el reconocimiento de un derecho, que se funde en la naturaleza y en la dignidad del hombre; es un homenaje de respeto tributado á la participacion del poder social, á la inviolable majestad de la República.

Si es verdad que al ciudadano condenado á muerte se le dejó en Roma,—como ántes en algunas repúblicas griegas,—el tiempo y opcion de evitar el suplicio con el

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

destierro, esto es una prueba más, una demostracion irrefragable, cuando otra no hubiera, de que la pena era allí una medida puramente política, y que el castigo no llevaba consigo ninguno de los fines morales, que se propone la ley en el escarmiento de la perversidad humana.

Vosotros sabeis todo lo que eran la moralidad, la virtud y el patriotismo del individuo en los antiguos tiempos: sabeis que su existencia, su nombre, su gloria eran del Estado. Y su propiedad tambien, Señores; porque todos conoceis cuán largo tiempo transcurrió, hasta que la disposicion de la herencia por última voluntad pasase á ser de derecho civil y privado, desde la época en que el testamento era una ley solemne de la República, como ahora podría serlo una cesion del territorio.

Tan imbuido estaba entónces en la opinion el principio de que todo derecho emanaba de la sociedad, que las concesiones obtenidas por la plebe, en sus querellas con la aristocrácia dominadora, jamás tuvieron el propósito, ni revistieron el carácter de franquicias personales. Fueron privilegios de clase; fueron derechos colectivos; fueron el ensanche de la soberanía política; fueron la participacion en el poder público y en los ritos religiosos. La idéa del tribuno era todavía eminentemente socialista; era la garantía política de un poder del Estado; era la oposicion colectiva, consagrada en una magistratura. El principio absorvente de la omnipotencia social, debia sufrir aún muchas modificaciones, y pasar por muchas vicisitudes ántes de llegar á la inviolabilidad personal, á la oposicion por derecho propio.

Esta idéa, Señores, ni los Gracos mismos la concibieron. Acaso César la comprendió mejor; pero la época de César raya en los fines de la antigüedad. Con las idéas

de César que, pareciendo avasallar á Roma, aspiraba á la emancipacion del mundo, se inauguran los tiempos modernos; y no en vano, Señores, los pueblos de la tierra empezaron á contar de nuevo sus dias desde la ERA, que señalaba la reforma del hombre más grande que habian visto los tiempos.

En efecto, Señores; el primitivo absolutismo del principio social desaparece con la antigua República. Cuando la palabra HUMANIDAD empieza á tener una significacion en el mundo político, la individualidad humana inícia su representacion poderosa en el mundo moral. En los campos de Farsalia y de Munda lo que pereció fué el socialismo antiguo; la libertad individual habia de nacer bajo la tiranía del Imperio. ¡Extraño espectáculo, Señores; pero con frecuencia repetido en la Historia! Siempre se dan fenómenos de esta clase, en la succesiva y encadenada metamórfosis de los acontecimientos humanos: así acontece con todo en este mundo de contrastes y reacciones. Hasta las mieses y las flores, que visten los campos en Junio, germinan y brotan bajo las nieves de Febrero. ¿Quién sabe si el despotismo, que tan hundido en la tumba nos parece, está resucitando ahora!

Mas ¿porqué se desenvolvió, en tan extrañas circunstancias, la individualidad humana? La razon la hemos dado en las explicaciones antecedentes, al asentar que la asociacion necesita la unidad y predominio de un sentimiento moral. En la República romana, lo era el patriotismo, la nacionalidad. Cuando el Imperio dejó de ser Nacion, no fué posible que prevaleciera ninguno de aquellos sentimientos poderosos. En aquella agregacion violenta de nacionalidades no había Patria. La fraternidad de culto no existía en una religion que no era doctrina,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ni sentimiento. Bien pronto no hubo siquiera ni la mancomunidad de la propia defensa, puestas en lucha tantas naciones y tantas razas. Hubo sólo la uniformidad de una legislacion sostenida por la fuerza; la fuerza, Señores, que sería el más disolvente de los principios, si no fuera el más efímero de los hechos.

Bajo la tiranía sin nombre, que nació de la acumulacion de las funciones de Cónsul con las de Tribuno, no bastó que hubiera súbditos para que hubiera asociados. En aquel dilatadísimo campo de cultos, de gentes, de doctrinas y de tendencias, faltó el hombre de vínculos morales; hubo de concentrarse poderosamente sobre su absoluta y aislada personalidad. Y una vez colocado el espíritu humano en el primer declive de esta pendiente, todas las circunstancias contribuyeron á acelerar los progresos del inevitable descenso.

La filosofía epicúrea,—compañera inseparable de la opresion y del indiferentismo político,—limitando entónces la existencia al círculo de los goces sensuales y de los intereses positivos, no fué individualismo siquiera; era egoismo puro. Es verdad que tambien floreció por aquellos tiempos la filosofía estóica. ¿Y qué, Señores?.... El estoicismo, que divinizó el orgullo, llegaba por la adoracion propia, á los mismos resultados sociales que el epicureismo. El estóico era un epicúreo espiritual; era un fanático del egoismo; era, como los discípulos de la escuela hegueliana, un adorador de su misma Divinidad, que se inmolaba por ella en desprecio de Dios y de sus semejantes.

¡Y algunos han querido comparar la doctrina estóica con la moral cristiana! ¡Sacrílega comparacion, Señores! La doctrina de Cristo colocó el suicidio en el número de

los crímenes capitales; y esta diferencia sola abre un abismo entre las dos creencias.

Mientras que esto pasaba en la raza latina, los pueblos septentrionales traían de sus regiones aquel sentimiento de independencia personal, de aislamiento y de suficiencia, que había de modificar de una manera tan esencial el espíritu de las naciones formadas de la familia germánica y escandinava. Y de parte de los pueblos subyugados, cuando la grande invasion se consumó, cuando la tiranía de aquellos emperadores sin legitimidad y sin grandeza llegó á sus últimos extremos, las inmensas desgracias, las calamidades horribles que vieron los hombres, y que experimentaron los pueblos, acabaron de introducir en los ánimos aquel profundo y desconsolador egoismo, que acompaña siempre, ó que sigue irremisiblemente á los infortunios sin remedio ni esperanza.

III.

Pero—¿y el cristianismo? me diréis.—Permitidme, Señores, que no tome en cuenta por ahora para mi propósito la influencia y la predicacion cristiana. De ella habré de tratar deliberadamente, á su tiempo. Cuando estoy hablando de los sentimientos é instituciones de los hombres, no me cumple dar cabida á una doctrina, que no tiene contacto ni filiacion con ningun sistema humano; que no es principio ni continuacion de nada, sinó el complemento de todo. La ciencia blasfemaría, si sólo contara á Jesucristo entre los filósofos.

El hombre, Señores, que estudia la filosofía y la historia, tiene que anonadarse confundido, y postrarse des-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

lumbrado delante del Evangelio, como San Pablo en el camino de Damasco. Jesucristo es al pié de la letra lo que dice San Juan: EL VERBO DE DIOS, QUE SE HIZO HOMBRE, Y HABITÓ ENTRE NOSOTROS. El cristianismo es la divina alianza entre la idéa más dilatadamente social, —y aun por eso se llama *católica*, —y el reconocimiento más santo de la dignidad humana. Y la Iglesia, esa sociedad que comprende á todos los pueblos en el espacio, á todas las generaciones en el tiempo, y á todas las almas en la eternidad, es un ideal de tan formidable grandeza, y de tan sorprendente sublimidad, que ninguna inteligencia humana hubiera podido concebir este pensamiento. Él solo basta para probar una revelacion divina.

Pero la Iglesia, que debia asimilarse el mundo para comprenderle en un destino que está fuera de los alcances de toda humana institucion, la Iglesia no era el Estado en política, aunque pudiera aspirar á ser la sociedad. Por la pretension de ser poder coercitivo y gobierno temporal, vemos acaso retroceder alguna vez ó extraviarse de su camino el magestuoso progreso del cristianismo.

La Iglesia como sociedad, y el cristiano como individuo, son el ideal social y el tipo de la perfeccion humana. Así la Iglesia y el cristiano hicieron portentos, desconocidos ántes en los anales del hombre y en la historia de las naciones. Una y otro aparecen como un modelo de perfeccion, que quiso ofrecer el cielo á la contemplacion de los ojos humanos, para mostrar al mundo todo lo que puede llegar á ser; al hombre, todo á lo que puede elevarse. Pero ni el cristiano era el hombre político, ni la Iglesia era el Imperio. Los designios de Dios no estaban todavía cumplidos; y para la obra anunciada por el Divino fundador del cristianismo, ni cuatro ni diez siglos podian

ser una preparacion suficiente. Cuando la Iglesia se formaba, el Imperio se disolvía; y en tanto que se echaban los cimientos de aquel edificio eterno, que podrá ser algun dia el reino de Dios sobre la tierra, las constituciones humanas desaparecían en la ausencia de todo poder temporal verdaderamente socialista y unitario.

Por eso no me detendré, Señores, en pintaros la sociedad de la Edad media. Todos la conocéis. Es el período del individualismo en la grandeza de la barbarie. En los tiempos antiguos las sociedades eran colosos: los individuos, pigméos: en los tiempos bárbaros los pueblos son miserables, impotentes, repugnantes; las individualidades, magníficas y grandiosas. Hoy llamamos Europa á lo que hasta el siglo décimo quinto no aparece casi nunca con un nombre colectivo. La Europa no existía. Fuera de la unidad de creencia, no se vé entónces en el Occidente más que una fermentacion anárquica de intereses, de pasiones, de tendencias y de instituciones, todas marcadas con el sello de la individualidad. Las naciones no tienen poder ni gobierno: las nacionalidades no tienen todavía suelo ni Patria. Los godos se llaman godos en el Guadalquivir, como se llamaban en el Danubio: los vándalos del Elba conservan su denominacion sobre las ruinas de Cartago. Y para que todo sea pulverizacion y cáos, la maravilla de Babel se renueva: el órgano del pensamiento, la palabra de la ley y de la ciencia pierden su significacion, y de rio á rio hablan los hombres distinto idioma, como de monte á monte se rigen por distinta ley, y obedecen á diferente señor.

Pero apénas éste individualismo amenaza llegar á sus últimas consecuencias, cuando la fuerza vital de los principios, que nunca perece en el mundo, despierta en la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Europa el espíritu de asociacion, de una manera nueva y desconocida en los tiempos y en las naciones antiguas. En lo antiguo la asociacion habia nacido con cada pueblo. Hubo una época, Señores, en que, confundidos los pueblos, con cada idéa nació una sociedad, y el espectáculo de los portentosos hechos, que enmedio del general cataclismo, llegó á consumar la unidad de entusiasmo y de pensamiento, no fué perdido para el instinto ni para la inteligencia de los hombres.

Bajo el influjo de una inspiracion fanática se había visto á una horda de errantes beduinos fundar un Imperio desde el Eufrátes al Ebro. Como en rechazo de este movimiento prodigioso, el fervor de la fé cristiana había lanzado media Europa sobre la Palestina, y rescatado á España de la dominacion sarracena. El sentimiento religioso había levantado gigantescas maravillas de arquitectura en tiempos de profundísima ignorancia, y consagrado á Dios prodigios de arte, enmedio del atraso de la ciencia; el espíritu profético de una mujer lanzaba á los ingleses del suelo francés, y una aristocrácia poderosa había elevado una potencia colosal y una ciudad magnífica en los pantanos del Adriático.

La asociacion en torno de una idéa moral fué el gérmen generador de todos los grandes hechos y de todas las instituciones de aquellos tiempos, y la civilizacion moderna empezó á desarrollarse, fecundada con el calor de este nuevo socialismo. La civilizacion antigua había reconcentrado y absorvido todas las pasiones y facultades del hombre en una sola sociedad, en la sociedad política: en la época á que nos referimos, para cada necesidad, para cada sentimiento, para cada interés se forma una asociacion. La industria se organiza en gremios; el

comercio, en compañías; la ciencia, en universidades; la enseñanza, en colegios; la defensa de la religion y del honor, en órdenes de caballería; la beneficencia, en hermandades y cofradías; y hasta la piedad. Señores, hasta el ascetismo, y la penitencia, y la predicacion evangélica, y el rescate de los cautivos, y el consuelo y alivio de las humanas dolencias, en órdenes religiosas innumerables. Todo fué societario en aquella Europa, donde al parecer no había quedado sociedad alguna: el mundo antiguo no había alcanzado á ver tan extraordinario fenómeno.

Pero otro fenómeno más extraño todavía se observa en la historia de estos tiempos. La asociacion, que tarda más en constituirse y en perfeccionarse; la que encuentra mayores obstáculos; la que tiene que vencer mayores repugnancias, y conciliar más complicados intereses; aquella que resisten más, tanto las asociaciones parciales como las individualidades poderosas, es la sociedad política. Y es que la sociedad política, en su regeneracion, ya no podía fundarse en un principio unitario y absorvente, como el patriotismo antiguo; sinó que tenía por elementos dos fuerzas y dos principios hostiles, ínterin no se combinaran la idéa del poder público y el sentimiento íntimo de la independencia y dignidad individual. De una parte, la idéa abstracta de la ley y de la justicia, sujetando á su yugo las individualidades demasiado eminentes y privilegiadas; de la otra, el reconocimiento de la prepotencia personal de los más fuertes, ó de los más entendidos, oprimiendo á su vez, por derecho de dominio y de su privada voluntad, á los que en lo antiguo no reconocian más dueño personal que el Estado.

Entre éstas pretensiones y tendencias debía entablarse una obstinada lucha, ántes de llegar á una difícil concor-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dia. Del recuerdo del antiguo despotismo, que las razas invasoras habian derrocado, quedaba una repugnancia tradicional ó instintiva á que un poder político parecido representara las nacionalidades modernas, y á que los intereses creados por la actividad industrial, y por la asociacion espontánea, se sujetaran á la fuerza ó á la direccion de un poder homogéneo. Por su parte las existencias independientes fundaban su libertad sobre millones de individuos esclavizados parcialmente á esta múltiple tiranía; y las asociaciones parciales, incompletas y aisladas, si reportaban á sus miembros seguridad y beneficio, llegaron á ser en breve, para los extraños, tanto más hostiles, por lo que tenian de exclusion y de privilegio. Hubo en la nueva sociedad, como en la antigua república, patricios y proletarios; hubo clases desvalidas tan numerosas como miserables, que no reportaban ventajas de asociaciones, donde no tenian cabida, ni abrigaban esperanza de llegar jamás al rango de hombres libres é independientes.

Estas clases fueron las que ayudaron á los poderes de la Edad media á hacerse absolutos; como en la república romana habian convertido á sus tribunos en Emperadores. Las clases más numerosas prevalecieron en los tiempos de Luis XI y de Cárlos V, como habian vencido en los dias de César y Octavio, y casi á un mismo tiempo se vió la Europa cubierta de monarquías poderosas, que allanaron todas las eminencias individuales, y absorvieron en su omnipotencia la regularizacion de los intereses asociados.

Esta absorcion no pudo llevarse á cabo sin resistencia; la resistencia produjo la reaccion, y los nuevos Imperios, en la dilatacion de su fuerza, y en la confianza de sus

medios, aspiraron á ser tan omnímodos, como lo habian sido los antiguos.

Entónces empieza un período nuevo, y en el aspecto de esta lucha cambian de posicion las falanges combatientes. La pretension del poder político européo, en la imitacion absurda del antiguo Imperio latino, ó de la aristocrácia constantinopolitana, desconocía el carácter de una sociedad en que se habian inoculado principios nuevos, y no sabía que en la vida de las sociedades nunca los sucesos más análogos se reproducen con caractéres idénticos. El poder, una vez entronizado por las clases desvalidas, en contra de las eminentes, no sabiendo ó no pudiendo satisfacer las esperanzas de la muchedumbre, hizo causa comun con los que de primero le habian hecho mayor resistencia. El Monarca se hizo el caudillo de los privilegiados; y la sociedad no encontró la compensacion de esta alianza en la administracion de sus intereses. Más complicados y más desenvueltos que en la sociedad antigua los que el nuevo Imperio pretendió primero dirigir, y en breve confiscar, el súbdito á quien la accion del gobierno tocaba por más puntos del círculo de su existencia, recordó fácilmente, que á lo ménos en las antiguas organizaciones, tenian participacion en el gobierno todos los interesados.

Cuando la hora de la nueva reaccion sonó, el poder político encontróse frente á frente con dos enemigos: el uno, pidiendo una igualdad social, que la monarquía, continuadora de los privilegios, no le había dado; el otro, reclamando una forma política, en la que ni el gobierno ejerciera su accion sobre todos los intereses, ni dejara de tener participacion en la accion gubernativa la representacion de los interesados.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Estas dos tendencias, estas dos necesidades podian producir dos revoluciones: la una, proponiendo la reforma de la ley política; la otra, atacando la constitucion del estado social. Sin embargo, estas dos pretensiones se confundieron; la reaccion se dirigió toda contra el poder. En la creencia de que del poder dimanaban todas las miserias de la sociedad, contra las miserias sociales no se proclamó más remedio que la limitacion del gobierno. La limitacion..... ¿por quién?—Por el individuo. Reforma social y reforma política se confundieron en un sólo principio, la santificacion de la libertad individual, la emancipacion de la actividad espontánea, así en el círculo del interés privado, como en la vasta esfera de la existencia pública.

De este principio nació, para la política el gobierno representativo; para la ciencia social, la teoría y exclusivo estudio de los intereses materiales, llamada *economía política*; para la moral, la santificacion del interés y de la utilidad; para la legislacion, la division indefinida de la propiedad, y el absolutismo del propietario; para la religion, el indiferentismo privado, y el olvido público; para la industria y el comercio, la concurrencia.

No calificamos estas consecuencias, no; ni pudiéramos hacerlo cuando son tan contradictorias entre sí. Las consignamos solamente, para hacer notar hasta dónde puede extenderse la dilatacion de un principio. Las enumeramos sólo para afirmar que jamás el individualismo había llegado á tomar posesion tan completa de la existencia política y social del hombre, de la vida material y moral del mundo, como en esta reaccion extraordinaria.

IV.

No estoy en el caso, Señores, de hacer ahora la crítica de las idéas, de los progresos, de las revoluciones. Estoy haciendo la historia de un principio.

De la reforma política sólo me cumple dejar aquí consignado que,—despues de ella, y á pesar de ella,—la asociacion política constitucional dejaba en la misma situacion á aquellas clases, cuya emancipacion se había anunciado con frases tan pomposas, y con esperanzas tan halagüeñas. Esta emancipacion fué en verdad la emancipacion del poder, la del vasallaje, la del trabajo forzado, la de la servidumbre territorial ó personal; pero pocos años y poca experiencia habían de bastar para que se viera que esta emancipacion política no era la emancipacion de las tinieblas de la ignorancia, ni la emancipacion contra los tormentos de la miseria.

Apénas había desaparecido del lenguaje legal, la palabra *esclavitud*, cuando la terminología filosófica se enriqueció con la palabra *pauperismo*. Apénas los códigos políticos habian sancionado que todos los ciudadanos tenían derechos, voto é intervencion en el gobierno del Estado, cuando un sombrío y severo razonador se presentó á probar con espantosos guarismos, que las tres cuartas partes de la poblacion no tenian derecho de sentarse á la mesa, ni de aspirar á las delicias de la paternidad y de la familia.

Y no era un socialista, Señores, el hombre que respondía á las apelaciones del liberalismo con un eco tan desconsolador y desesperado. No era un revolucionario; no era un concitador de las masas; no era tampoco un

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

feroz y atrabiliario misántropo. Era un honradísimo ciudadano; era un modelo de piedad filial y de virtudes domésticas; un ministro de su culto; un súbdito sumiso de la ley y del gobierno de su Patria: era Malthus, en una palabra. Pero no hay que dudarlo, Señores. Cuando sus lábios se abrieron para fulminar tan espantosa sentencia contra la mitad del género humano, lo que anatematizaron sus lábios, fué la doctrina liberal, fueron los principios del individualismo económico. Malthus, Señores, sin intentarlo, sin saberlo, sin sospecharlo siquiera, abre la lista de los *socialistas antisociales*, aunque haya venido despues de otros. Sin la impresion profunda, que hicieron en el mundo filosófico las desapiadadas consecuencias de Malthus, San Simon y Fourrier no hubieran tenido escuela; ni hubieran venido en pós de ellos la estirpe socialista de nuestros dias, que ha ido á buscar su remota genealogía á través de Babeuf hasta Giordano Bruno y Campanella.

Yo que no sigo en los individuos, sinó en la sociedad, las vicisitudes históricas de este principio, debo hacer alto aquí, y ántes de llegar á la última reaccion de los espíritus; para hacer observar hasta dónde se extendió en todo lo que va de nuestro siglo la influencia del principio individualista, así en la vida privada, como en la gobernacion pública; así en las instituciones políticas, como en las relaciones sociales.

Contra la miseria material, contra el crecimiento é intensidad del pauperismo, en favor de los adelantos positivos de la sociedad, en favor de la prosperidad pública y del desarrollo de la riqueza, la filosofía de nuestro siglo proclamó un sólo principio; la independencia absoluta de la actividad humana, el libre desarrollo del interés

privado; la concurrencia industrial ilimitada; la libertad comercial sin trabas ni restricciones. Malthus proclamó la insuficiencia de estos principios, y la crítica acerba y exagerada de la situacion social empezó con sus tristes deducciones.

No estoy en el caso yo, ni entra en mí el propósito, Señores, de trazar el cuadro de esta situacion con tan negros y recargados colores. Harto se han exagerado en estos últimos dias los resultados materiales del individualismo económico. Si yo los examinara desde el mismo punto de vista, no conocidas todavía mis propias doctrinas, pudiera darse á mis observaciones y á mis tendencias, una interpretacion equivocada. Dejemos, pues, á los actuales críticos olvidar ahora, y casi echar de ménos la condicion del antiguo proletariado y de la antigua esclavitud.

Consignarémos solamente á este propósito dos observaciones. Primera: que cuando se hace la crítica de la sociedad en su presente organizacion material, se hace siempre comparándola, no con la condicion de la humanidad en los anteriores períodos de su historia, sinó con un ideal de prosperidad y bienandanza, de que no se ha dado todavía ejemplo en el mundo, ni aun en una localidad reducida. La otra es que el instinto, el hábito, la necesidad de los Gobiernos mismos, producto de esta situacion, ha sido hasta nuestros dias una resistencia más ó ménos dura, pero constante, á la preponderancia absoluta del individualismo económico. La libertad de comercio no ha destruido aún las aduanas; la agricultura no se ha emancipado de las leyes sobre el tráfico y precio de granos: la industria ha obtenido en todas partes reglamentos, que estatuyen sobre las condiciones y las horas

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

del trabajo, y privilegios que garantizan la propiedad de los inventos: la navegacion tiene una legislacion especial y complicada sobre derechos y distinciones de bandera.

Los economistas claman que estas disposiciones son restos de barbárie, vestigios, raíces duras, y no arrancadas, de inveterados abusos. Los Gobiernos responden que la barbárie sería sacrificar al interés interpretado por el individuo, el interés de las poblaciones y de las masas, como el poder social debe representarle. En esta lucha, Señores, en que aún se puede decir *a i posteri l' ardua sentenza*, nosotros sólo debemos observar que los Gobiernos más liberales son todavía socialistas.

Pero donde se ofrece á nuestros ojos el espíritu individual con caractéres más tristes, es cuando le contemplamos en sus resultados morales.

Preguntad á las naciones más civilizadas, si la creencia religiosa tiene alguna aplicacion práctica en sus leyes y en sus costumbres públicas. Preguntad á los hombres más generosos y bien nacidos, si les fortifica en sus reveses, ó les alienta en sus esperanzas el sentimiento y la gratitud de la Patria. Preguntad á los filósofos más sinceros si confian en la eficacia de sus doctrinas. Demandad á los sábios más profundos, si no creen que mañana podrán estar derribados por tierra los sistemas científicos mejor asentados. Penetrad en el seno de la familia, y vereis si esa asociacion, tal como la reconoce ó consiente el código civil de naciones muy cultas, es la familia cristiana, ó la familia natural siquiera. Recorred las capitales populosas de Europa: mirad si hay hogar doméstico todavía: mirad si los hijos se sientan una vez al mes á la mesa del padre. Recorred los establecimientos de beneficencia, y decid si la filantropía administrativa os parece

digna de una civilizacion moral y grandiosa. Decid si hay en todo eso algun rayo de creencia, que alumbre el espíritu; algun punto de respiro para la esperanza; algun reposo para la conciencia; algun estímulo contra el desaliento; algun consuelo para el corazon desfallecido!....

Donde quiera, la más absoluta indiferencia; donde quiera, el cálculo más egoista; donde quiera, la más desconsoladora anarquía: escepticismo estéril en el alma, contradiccion múltiple en el entendimiento, misantrópico aislamiento en el interés. El hombre aherrojado en el eterno análisis de su existencia intelectual; Narciso muriendo de amor en la contemplacion de su propia belleza, esa es la filosofía más elevada: la libertad individual, que para la mayoría de las masas, es el ócio y la miseria, ésta es la bandera política más generosa; el inmediato y positivo interés, que para los ociosos y miserables es el crímen, ésta la moral santificada!....

Hasta en el dominio del arte, Señores; hasta en el campo de las letras se ha extinguido aquel calor vivificante con que las anima un fin colectivo y social, único que crea las obras portentosas é inmortales. Inspiradas hoy por un interés individualista, perecen con el dia que las vé nacer, y no tienen otra importancia que el momentáneo placer, ó la necesidad material que satisfacen. La arquitectura no edifica más que casas; el pincel pinta retratos; el escultor hace bustos; el historiador escribe Memorias; el literato, novelas; la poesía lírica entona endechas de estériles y ridículos dolores!....

¡Oh Señores! Esto no es insignificante, ni indiferente, no. Las bellas artes revelan el espíritu de la sociedad, como las flores el temple de la atmósfera en que brotan. El espíritu actual es el calor de una estufa; y el arte,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que bajo la inspiracion social, fué el idealismo, y en una época más materialista, era, á lo ménos, la imitacion de la naturaleza, ahora no es más que la copia, la sombra, la negra, descarnada silueta de la personalidad humana: á veces su espantosa caricatura, á veces..... lo ideal, lo horrible de lo solitario, de lo pequeño, de lo aislado, de lo cínico: ese trabajo de microscópio solar, que concentra la luz sobre un pequeñísimo insecto, para darle, ante la espantada vista, las proporciones de un desemejado mónstruo!

V.

Desconsolador es este espectáculo, Señores; demasiado anómala y violenta esta situacion, para que pueda ser duradera.

En el mundo físico la reaccion es igual á la accion; pero en los séres orgánicos, individuales ó colectivos, no habría crecimiento ni progreso, si la reaccion vital de una crísis no fuera superior á la fuerza que la produce. Los principios sociales, los principios necesarios para la conservacion del órden moral, no perecen jamás. Son como caudillos tenaces y perseverantes, que aunque vean en derrota su hueste, buscan una guarida de donde salir á campaña con mayor brío.

El principio de la asociacion moral, que no pudo desaparecer en el cáos de los siglos bárbaros, no desaparecerá en una civilizacion más adelantada. Entónces creó las órdenes religiosas y las de caballería; ahora no dejará de haberse buscado un refugio donde quiera que le hayan dado un asilo. No hay ahora, es verdad, ese fervor

de la fé que hace milagros: cayó entre el polvo de las almenas feudales el blason de los caballeros. Pero ¿no hay ahora mismo, enmedio de nosotros, algunas asociaciones poderosas, agrupadas en derredor de un principio, de una idéa, de un sentimiento, de una esperanza, á veces de una ilusion? ¿No se levanta alguna vez del seno de esas asociaciones, en que la individualidad se inmola, una protesta contra el egoismo universal? Sí, Señores; fuerza es reconocerlo y confesarlo, por más que despues tengamos que anunciaros otro más triste descubrimiento. ¿Sabeis lo que son, sabeis cómo se llaman las únicas asociaciones, que quedan en nuestros dias con fuerza y poder colectivo?.... Se llaman *partidos*, Señores.

No hay que asustarse de este nombre, por más que se le haya profanado ó prostituido. En esos partidos que dividen, y conmueven á todas las naciones; en esas banderías, que luchan con tanto encarnizamiento, y que á veces se destrozan con tanta barbárie, es donde se ha refugiado el principio social, para decir al mundo; que vive.

Sí, Señores; enmedio del egoismo que nos rodéa, sólo los partidos,—á lo ménos en cierto sentido,—no son egoistas. Sólo en ellos es donde se vé que el hombre abdique su interés, á veces su personalidad; sólo en ellos hay perseverancia, unidad de accion y de fuerza; sólo en ellos se sufre con resignacion la desgracia, y sin infamia el vituperio. Debajo de esas banderas, que á veces solo llevan escrita una abstraccion fantástica, ó la modificacion de un principio; á veces un error lastimoso; es donde hay todavía héroes, donde hay mártires, donde se dibujan todavía aquellos rasgos de dignidad y grandeza, sello y distintivo de la noble raza humana. Del seno de esos partidos, Señores, nace mucho mal; pero no es mé-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nos cierto que en sus entrañas se atesora el principio del bien.

Los partidos, es verdad, tienen fuerza para destruir y demoler; pero decidme, Señores: ¿dónde está, fuera de ellos, la fuerza de conservar y la de construir? ¿Dónde estarian hoy el órden social que aun queda, y las libertades, y los poderes públicos, y los tronos mismos, y las más encumbradas legitimidades, si los partidos no las sostuvieran?.... El ejemplo que cualquiera partido nos presenta, de cómo es posible conciliar la sumision con la libertad, la espontaneidad del albedrío con una obligacion de honra y conciencia, es un ejemplo consolador, Señores; porque encierra un gérmen fecundo de esperanza. Es un espectáculo muy halagüeño el que ofrecen millones de hombres ligados por un principio, y gobernados por una idéa, toda vez que no deba ser esperanza quimérica, que lo que se llama partido, no pueda llamarse *Nacion*.

El bien de la sociedad no se cifra en aniquilar á los partidos; y es una quimera creer que hayan de extinguirse. Lo que importa es regenerarlos. Lo que importa es darles por banderas principios fecundos, principios morales, principios capaces de organizar la sociedad en derredor de su doctrina y de su esperanza. Lo que importa, sobre todo, es demostrarles que esa organizacion puede formarla un principio, pero nunca un interés.

No, Señores. Dios no ha permitido nunca que se vieran ejemplos de las virtudes y de la organizacion que hemos citado, ni en una asociacion de industria, ni en una sociedad de placer..... ¿Sabeis, sí, lo que ha permitido Dios á veces? Que entre un principio materialista legítimo, inocente, y entre un sentimiento falso ó extra-

viado, la materia no haya podido resistir la fuerza de las idéas, como no resisten miles de arrobas de piedra una corriente imponderable de electricidad.

Dios permitió que un dia de espantoso cataclismo, el interés de millones de individuos, representado por acciones de Banco y por títulos del cuatro por ciento, quedase inmoble, paralizado, impotente é inerte ante una turba fanática y entusiasta, que no tenía otro bien que un harapo colorado, en que se leían estas palabras, tal vez enigmáticas: *¡República! ¡Democrácia!!*.....

Señores: la leccion fué elocuente: como de quien la daba.—¡Que no sea perdida!....

Pero no, no temais á esa bandera. Tambien el soplo del individualismo pasó sobre ella; tambien el materialismo con su contacto le ha robado toda su electricidad. Era peligrosa, mientras resplandecían en ella esos nombres mágicos; fué irresistible el empuje de los partidos que la tremolaron, cuando esos nombres eran, al decir de sus contrarios, frases vacías ó supersticiosos conjuros. Pero ya no. En el oriflama de ese radicalismo, de ese socialismo, de esa democrácia social ¿sabeis qué nombres se han escrito, qué idéas societarias se han proclamado?.... ¡ORO, FORTUNA, GANANCIA, RIQUEZA, PLACER!—¡Están perdidos!

Pero el tiempo ha pasado, y la índole y análisis de éste pretendido socialismo individual y materialista, pide algo más que una declamacion: le consagrarémos la sesion siguiente.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LECCION CUARTA.

DEL CARÁCTER Y TENDENCIAS DE LAS PRINCIPALES TEORÍAS SOCIALISTAS DE NUESTROS DIAS.— SOCIALISMO FILOSÓFICO.

I.

Concluí, Señores, mi conferencia anterior con una reflexion de consuelo, y con una palabra de esperanza. Y cuanto más se medita sobre la situacion actual del espíritu humano, y sobre la marcha, que han seguido en su alternada dominacion las dos tendencias que examinamos, en la sociedad y en el individuo, tanto más se fortalece nuestro ánimo en aquella esperanza; tanto más reposa nuestro corazon en aquel principio de consuelo.

Hemos visto el principio social esclavizando al hombre, hasta el punto de arrebatar á la criatura libre por excelencia, toda su personalidad y albedrío. Hemos visto en otros tiempos, y presenciamos en los nuestros, el espíritu de individualismo exagerarse hasta el punto de reducir todos los principios sociales á la libertad, conveniencia é interés del individuo, y todos los dogmas religiosos, á la deificacion del hombre. Pero, á poco que se examine la historia, es fácil observar que esta alternativa se reproduce con tal regularidad en el curso de la vida de los pueblos, que parece una ley general, que caracteriza y regula el movimiento armónico de la civilizacion del mundo.

Cuando uno de estos principios se exajera, cuando una de estas dos fuerzas prepondera exclusivamente sobre la otra, ora sea que el socialismo esclavice y anule al individuo, ora sea que el individualismo disuelva y pulverice la sociedad, la verdad es, Señores, que el movimiento social se perturba, que la humanidad padece, que la civilizacion se estaciona ó retrocede. Pero tambien es verdad que en aquel mismo punto se verifica en su seno un movimiento de reaccion vital en favor del principio debilitado, que revive de pronto, y se manifiesta y se dilata con más briosas fuerzas y en más extensas proporciones.

Si abrigáramos la conviccion histórica de que la humanidad, considerada en conjunto, ha sido alguna vez más feliz, más moral, más inteligente, podríamos dudar de la regularidad de esta ley. Pero como observamos, por lo contrario, que á través de esos alternados cataclismos, el mundo moral ha descrito una órbita de mejora constante, cualesquiera que hayan sido las manifestaciones exteriores de la civilizacion, creemos poder deducir rigorosamente que esta alternativa es un movimiento orgánico en la existencia de la humanidad; que estas oscilaciones parecen previstas y calculadas, como la sucesion de calor y frio de las estaciones; que los límites de la fuerza invasora de un principio están señalados como los de la creciente en las maréas del Océano; que estos desequilibrios son las crísis del crecimiento y desarrollo, que llevan á su perfeccion á la sociedad y al individuo, y que ese flujo y reflujo, esta sístole y diástole entre los dos principios, esta lucha entre la vida social y la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

existencia particular, empujan y moderan el movimiento de la humanidad por la órbita de la civilizacion, de la misma manera que en el hombre, el combate entre sus intereses y sus obligaciones, entre sus sentimientos sociales y sus necesidades egoistas, impele y regula la elevacion de su espíritu hasta el grado de perfeccion y nobleza, que le es dado alcanzar en el órden moral.

Éste antagonismo, ésta oscilacion, éste paso de un período de energía al desfallecimiento de la postracion, y de aquí á otro nuevo y más brioso arranque de fuerza, son lo mismo que las crísis vitales en los que se llaman años climatéricos de la existencia humana. Por eso, si en la transformacion que á la crísis succede, la civilizacion se levanta más lozana y robusta que de primero, debemos rigurosamente concluir que la crísis era conveniente; que el principio preponderante en ella había necesitado avivarse y fortalecerse para dilatar su actividad en el subsiguiente período, y marchar de esta manera al complemento de esa ley de equilibrio, que debe estar cada vez más próxima, y que aun ántes de llegar á su ignorado complemento, en cada período de organizacion tiene que mostrarse más fecunda.

Señores, esta deduccion, rigurosamente exacta, nos dá idéa de lo que ha debido suceder en la época presente, y nos ilustra acerca de lo que podrá acontecer en las venideras. La perturbacion causada por la universal invasion del individualismo corrosivo,—cuyos síntomas hemos descrito en la noche anterior,—se reveló con fenómenos tan repugnantes en el órden moral, y con tan desastrosas calamidades en la esfera de los padecimientos físicos y materiales; que estaba en la naturaleza del espíritu humano, que estaba en la ley y en las condiciones de ese principio de reaccion moral, que acabamos de señalar, buscar el remedio de esa situacion en un sentimiento social, regenerador y cohesivo, y pensar en una organizacion más adelantada, más extensa, más rica y más suficiente que todas las organizaciones sociales de épocas anteriores, pero no ménos fuerte y compacta en la asimilacion de todas las individualidades.

El socialismo moderno nació de esta tendencia, Señores. La demostracion irrefragable de que su aparicion en el mundo correspondía á una necesidad legítima, y sentida vivamente, ha sido esa misma variedad de doctrinas, esa misma desconformidad de sistemas, la misma divergencia en la direccion de todas esas teorías, aspiraciones, utopías, revelaciones ó programas, que naciendo casi al mismo tiempo en diversos y muy apartados lugares, con distintos caractéres y denominaciones, llevan en su diferencia el sello de su espontaneidad, y revelan en su orígen espontáneo la unidad de la causa que las produce, y de la tendencia que las determina.

Pero aquí se ofrece una consideracion muy grave, Señores. El socialismo de otros tiempos había recibido su forma de la religion ó del patriotismo: el socialismo de nuestros dias se concibió en las entrañas de la filosofía. Hé aquí, Señores, porqué nació como le veis, como le vais á ver. La filosofía y la razon que le concibieron y le incubaron en su seno, eran materialistas y atéas: la filosofía y la razon que le criaron á sus pechos, eran individualistas y desorganizadoras. El engendro de semejante enlace fué desde luego el embrion de un mónstruo, y si Dios ha permitido que las organizaciones híbridas vean la luz, les ha negado en su sabiduría infinita la fecundidad y la transmision de la vida.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEON ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Examinad sinó todas las diferencias de estas teorías en su division más general. Interrogad á los fundadores de sistema, más bien en la diversidad de su principio, que en la de sus nombres. En definitiva conclusion, á todos los hallaréis iguales, porque todos serán al fin reaccionarios y antisociales. Unos buscaron su ley y su fórmula en una nueva organizacion del poder público; otros, creyendo que las formas de gobierno por que había pasado la sociedad, eran todas insuficientes para asegurarle cohesion y armonía, partieron de la indiferencia política, para asentar las bases de su nueva organizacion sobre la reforma de las instituciones sociales; sobre nuevos principios constitutivos de la familia; sobre otra explotacion y repartimiento de la propiedad; sobre nueva organizacion del trabajo; sobre nuevos establecimientos de crédito; sobre variaciones fundamentales en la manera de ejercerse la industria y el comercio, y hasta sobre un nuevo plan y manera de construir la morada y vivienda de los hombres, sustituyendo á la casa de la familia el edificio, palacio ó metrópoli de la asociacion.

Así nacieron el socialismo, que puede llamarse *político*, y el que no podemos calificar sinó con la frase redundante de *socialismo societario*. Uno y otro estaban destinados á representar el papel de aquellas supersticiones groseras y extravagantes, que han precedido ó acompañado la aparicion de las religiones, que más influyeron sobre los pueblos. El socialismo político fué á buscar de nuevo sus principios y su ley en los derechos del individuo: el socialismo societario, en las necesidades y apetitos materiales de la naturaleza humana. Por eso he dicho que el socialismo moderno, que debia haber sido una reaccion contra el individualismo, no fué más que la última y

extrema consecuencia de la filosofía, que había producido la situacion contra la cual en vano se revelaba. Por eso he asegurado que ese socialismo, fundido en el molde de la filosofía dominante, ha llegado á ser la última y completa exageracion del individualismo moral, que nos devora. Por eso me he permitido decir en la segunda de mis explicaciones, que para combatir á este socialismo falso, era menester un socialismo verdadero. Por eso no he vacilado en afirmar en la leccion antecedente que el socialismo materialista estaba, ántes que juzgado, perdido.

II.

Largo sería, Señores, y totalmente extraño á mi propósito, examinar y exponer á vuestros ojos estos sistemas, dado que cupiera tan árdua y complicada taréa en mis limitadas fuerzas de erudicion crítica. El tema que voy siguiendo desde la conferencia á que he aludido, no me conduce tampoco á la necesidad de tan larga taréa. Lo único que entónces me propuse demostrar, es: "que todas las teorías, á cuyo conjunto se dá la calificacion de socialismo, habían partido de un principio, y seguido un rumbo opuesto á su destino: que ese pretendido socialismo no ha sido para los unos más que la omnipotencia política de la muchedumbre; para los otros, la deificacion materialista del individuo." El resultado no podía dejar de ser una contradiccion flagrante y un retroceso lastimoso. Los unos llegaron á la abolicion del poder social en nombre de la soberanía del pueblo: los otros, á la comunidad y centralizacion de todas las funciones y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

facultades del hombre, en nombre de la libertad humana: otros, en fin, á la abolicion de toda idéa de obligacion, ante las exigencias de la palabra necesidad, hecha sinónimo de derecho. Bástanos consignar en cada una de estas diferentes escuelas la unidad de estos caractéres, y la consecuencia fatal de estos resultados.

Cuando en una de las lecciones precedentes indicamos el orígen metafísico de la escuela alemana, tambien hicimos una rápida indicacion de sus últimas deducciones teóricas. En cuanto al resultado práctico de sus aplicaciones sociales, si es dado á mi meridional, y demasiado corpórea inteligencia, comprender alguna cosa de las sutiles é impalpables elucubraciones de la jóven escuela hegueliana, confieso paladinamente, Señores,—á riesgo de que me miren con desdeñosa compasion más allá del Rhin,—que ese ideal de sociedad democrática, fundado en la omnipotencia y soberanía individual, bajo la direccion moral de eso que ellos llaman *la verdad, ó la idéa absoluta*; sin ley penal, sin poder coercitivo, sin sancion divina, sin religion, sin autoridad, sin magistrados, sin fuerza pública, sin representacion y sin limitaciones, me parece una creacion bastante parecida al estado salvaje.

Para dar á esa organizacion la posibilidad de una civilizacion adelantada, sería necesario variar las leyes del mundo moral, y cambiar al mismo tiempo las condiciones materiales de la naturaleza física. Yo no sé si una asociacion semejante sería posible entre ángeles; pero sé de fijo que nó, si los ángeles habían de trabajar la tierra con el sudor de su rostro. Pudieran aspirar tal vez aquellos filósofos á convertir en ángeles á los hombres con la propagacion de elevadas doctrinas. Permítanme, sin

embargo, Fenerbach y Arnoldo Ruge, Bruno Baner, y Max Stirner sospechar, que conociendo ellos mismos que no era el mejor medio para alcanzar este objeto predicar á los hombres que no hay Dios, tomaron el resuelto y desesperado partido de hacerles creer que eran dioses todos.

En el socialismo francés, más positivo y más práctico, es donde podemos observar ya formulada con mayor claridad la doctrina de los qué creyéndose legítimamente reaccionarios, ó atrevidamente innovadores, no fueron más que continuadores ó retrógrados. Ora buscando la ley social en la forma política; ora invocando como principio de asociacion el derecho y la utilidad individual; ora limitando el destino de la sociedad á la satisfaccion de las pasiones, los unos retroceden á la antigüedad y á una civilizacion imperfecta; los otros toman un rumbo, que los conduce á la negacion de sus mismos principios. Y unos y otros, dando por infinito el progreso social, y por posible la desaparicion de todas las miserias é imperfecciones individuales, asientan una suposicion gratuita, sin ningun dato, sin ninguna razon valedera para afirmarla.

Escuchad sinó á la clase más numerosa de los socialistas políticos, y á los que con la palabra *democracia* y con la fórmula *república* pretenden remediar todas las miserias sociales. ¿Qué principio cohesivo han escrito al frente de su bandera? Igualdad, libertad, sufragio universal, mayor amplitud en las garantías individuales, más dilatada reparticion del poder público entre los ciudadanos.... Preguntadles qué significa todo eso; cómo remedia nada de eso los males del individualismo; cómo se deduce eso de las premisas que han asentado. Preguntadles cómo se concilia la necesidad de dar al individuo mayor

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

participacion é influencia en el poder, con la conveniencia de mayores medios de defensa, hostilidad y resistencia hácia ese poder mismo, con el cual se le identifica. Preguntadles cuál es la relacion que média entre esa organizacion democrática del poder público, y la felicidad social. Preguntadles cuál es la ley, segun la cual debe ejercerse esta soberanía colectiva, ó dónde está el vínculo misterioso, que enlaza el aumento y ensanche de los derechos individuales, con la mayor cohesion y eficacia de la sociabilidad. Preguntadles cómo sus aplicaciones, sus poderes, sus principios, dan solucion á cualquiera de las cuestiones que han dado orígen á sus doctrinas.....

No; no les preguntéis nada de esto, porque tales preguntas serán para ellos otros tantos indescifrables enigmas. No les haréis salir del terreno de la política: no os hablarán más que de Asambleas, y de legislaciones, y de nombramiento de Presidentes y de funcionarios públicos, y de responsabilidad de los poderes. Esa pretendida reforma social, la encontraréis al punto reducida á una nueva edicion de la Constitucion política; lo cual, en verdad, no vale la pena de meter tanto ruido en el mundo, ni de anunciarse con tan altas pretensiones. Esa doctrina no merece llamarse socialista: yo me atrevo á creer que lo soy más. Ese pretendido socialismo, en último resultado, es el último trage de que se reviste el individualismo social, llevando las extremas consecuencias de sus principios á la organizacion del poder público.

Otros hay, es verdad, que de tal manera identifican la constitucion social con la organizacion política; que de tal manera quieren absorver la accion de la sociedad en la fuerza del poder público, que llegan por medio de una regulacion universal de todos los intereses, de todas las

propiedades, de todas las transacciones y de todas las industrias, á constituir el poder central del Estado en director, gestor, depositario y regulador de toda accion, y de todo derecho; de todo servicio, y de todo provecho; de toda posesion, y de toda propiedad; de toda manera de trabajo, de toda participacion de productos. Á esto se ha llegado en nuestros dias, Señores: á esto ha llegado el comunismo. Era preciso, sin duda, para enseñanza y escarmiento de los hombres, que los falsos principios condujesen á tan espantosas contradicciones. En otros tiempos hubo quien quiso probar la no existencia de Dios con textos de la Sagrada Escritura: en nuestros dias se ha proclamado el más opresor de los despotismos en nombre de la libertad.

Y en verdad, Señores; para retroceder á la exageracion del antiguo sistema; para absorver en la concentracion de la soberanía política todas las facultades y todas las acciones del individuo; para hacer ley de las grandes sociedades modernas el *monaquismo espartano*; para depositar todos los títulos y derechos de la personalidad humana en un poder absoluto, material, omnipotente é irresistible; para ajustar bajo un círculo de hierro todas las desigualdades de la naturaleza y de la humanidad; para hacer á todos los hombres iguales delante de la fortuna, y no sé si á todos los merecimientos y virtudes delante de la gloria, es demasiado evidente, Señores, que no habia porqué exagerar esa misma libertad que se anula, esa personalidad que desaparece. Ni ésta tendencia, ni éste resultado, valian la celebridad y el estrépito de una doctrina de salvacion y de reforma. Es muy antigua esa tendencia en el mundo; y explicar la propension constante del espíritu humano á identificar la constitucion

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

política con el conjunto de la organizacion social, será para nosotros objeto de un estudio particular en el curso de éstas explicaciones.

Ahora me basta, Señores, haceros observar que ésta teoría, no sólo es de facilísima y vulgar comprension, sinó que hay países en el mundo donde se halla completamente realizada y establecida. ¿Pensais que quiero aludir á la Icária de Mr. Cabbett? De ninguna manera. El Egipto de Mehemet-Alí es la manifestacion más completa de esta doctrina. Yo la admito, Señores; yo comprendería éste sistema y éste principio en los apologistas del poder absoluto: figuraría muy bien como corolario á los principios de De-Maistre y de Bonald. El señorío de *vidas y haciendas* no es otra cosa. Lo que de manera alguna puedo comprender es la relacion que haya entre ésta organizacion, entre éste resultado, y la significacion de derecho, de garantía, de libertad y de ciudadano.

III.

Es verdad, Señores, que otra escuela más radical, más filosófica, y de miras más extensas, prescindiendo completamente de la organizacion política, no sólo busca la ley social fuera del círculo en que giran los poderes públicos, sinó que muchos de sus adeptos han llegado á asentar y sostener que la forma del poder es de todo punto indiferente, para la realizacion de su sistema; que las palabras, derechos y libertades políticas, las instituciones, las magistraturas y las garantías, no tenian sentido en su diccionario, ni aplicacion práctica en su doctrina.

"No,—dicen á los hombres políticos estos innovadores atrevidos,—no, para nosotros nada significa esa libertad, que hace á todos los ciudadanos, Diputados ó Jueces, Prefectos ó Generales; nada significa esa igualdad, que hace á todos los hombres vivir en una misma mazmorra, ó morir en un mismo patíbulo; nada esa independencia personal, que convierte á todos los hombres en enemigos, haciéndolos concurrentes á un mismo interés: ni nada tampoco nos vale esa comunidad de la miseria, que sumiría en la pobreza á cien mil ricos, pero que dejaría seguir siendo mendigos á treinta millones de hombres. Nuestra libertad no es un fin, es un medio. Con la libertad sóla, perece á la puerta de la cárcel el preso á quien mantenían en el calabozo. Nada nos importa que hayais abolido la esclavitud, y que hayais proclamado la emancipacion de las clases, si las clases emancipadas tienen un amo más feroz que los antiguos dueños, más duro que los Señores de la Edad media, y éste tirano se llama *el hambre*.

"Nada nos importa que llameis libre á la Inglaterra, y á la Polonia esclava, mientras que los Vaivodas de la una son tan felices y opulentos como en la otra los Lores; mientras que el minero sepultado en las herrerías de Manchester y de Birminghan, sin ver luz, sin comer pan, sin respirar oxígeno, sin tener un abrigo físico, ni un consuelo moral, vive en una servidumbre más espantosa que el paisano del Vístula, y que el condenado de Spieltzberg. Nada nos importa que el proletario tenga el derecho de hacer leyes, si no hay leyes que puedan hacer que los campos dén dos cosechas en vez de una, y que todos los productos del trabajo tengan demanda y consumo; que todas las fuer-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

" zas productoras encuentren capital y empléo; que to-
" do individuo de la especie humana, por miserable que
" su condicion sea, cuente con un *minimum* de subsis-
" tencia; y que todo hombre dotado de capacidad y
" fuerza, logre comodidad y holgura con un trabajo mo-
" derado, interrumpido, que no agote ni enerve su exis-
" tencia y su razon.

" Nuestra libertad no es esa: nuestra constitucion no
" es esa: no es esa nuestra democrácia; ni nuestra co-
" munidad; ni aun la fraternidad nuestra es la compa-
" ñía en las lágrimas, en la miseria, en los dolores, en
" las privaciones. Nuestro fin es la supresion de todo
" eso; es la abolicion del dolor: es la cesacion de toda
" miseria, el cambio de todo trabajo en placer. Nuestra
" ley social es una organizacion de la vida y de la in-
" dustria humana, suficientes á satisfacer todas las nece-
" sidades, y á dar libre desarrollo y desembarazada car-
" rera á todas las facultades y pasiones del hombre."—

Ya lo veis, Señores: á pesar de que atenúo cuanto me es dado las expresiones; á pesar de que ennoblezco cuanto puedo la fórmula de esta tendencia, siempre nos volvemos á encerrar en el mismo círculo, siempre nos encontramos arrebatados hácia el mismo principio que se combate, siempre tenemos delante el espectro del individualismo, que acompaña sin cesar á los enfermos de tan funesta, y al parecer incurable, alucinacion filosófica.

Poco hace era el individualismo político estéril, gastado, palabrero: ahora, el individualismo en una forma más positiva y determinada, en su manifestacion más grosera y material; *la satisfaccion de todas las necesidades y de todas las pasiones del hombre*, el epicureismo elevado al rango de ciencia social. Los apóstoles de esta doctrina

pueden estar vanagloriosos del progreso, que han alcanzado las idéas y las creencias de la humanidad en el transcurso de veinte siglos!

Las necesidades, los apetitos, las facultades del hombre completamente satisfechas!.... es más; infinitamente desarrolladas..... y con todo eso, satisfechas plenamente en su ilimitado desarrollo. Hé aquí en resúmen el fin y objeto de esta doctrina.

Vosotros acaso creeréis que no necesita demasiada crítica..... Yo creo que sí, Señores: creo que es digna de profundo exámen, tanto como de severísima censura: sólo que no es mi propósito hacer ahora detenidamente lo uno, medio de llegar infaliblemente á lo otro. Consiguiente, sin embargo, á mi tema, me permitiré preguntar á los apóstoles de esta teoría, cómo de estas pasiones y facultades, santificadas y divinizadas en cada uno de los hombres, han podido deducir la ley que las dirige, el principio general que las armoniza y conduce. Si esta ley reside en la legitimidad de las pasiones mismas, en su libre desarrollo, en su ilimitado curso, segun la voluntad, la vocacion, el deséo, ó la aspiracion de cada individuo, ¿á qué fin entónces ninguna combinacion social? ¿Á qué fin entónces la asociacion misma?.... Volvemos en esta hipótesis al heguelismo puro, ménos el reconocimiento de la verdad suprema, ménos aquella idéa absoluta, aquella razon universal, que hace las veces de ley de Dios y de revelacion en las teorías de los filósofos alemanes.

Y si en la ley de la asociacion hay algo que limita, que ordena, que gobierna y encamina estas pasiones y necesidades, esa designacion de límite, ese poder que enfrena, esa direccion que conduce, esa fuerza que esti-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mula, ó que reprime..... ¿en dónde está? *Eso*, que haga las veces de obligacion, de órden, de justicia,—y que no puede nacer en el individuo por su sólo interés,—¿dónde lo colocais? ¿En su propia voluntad, ó en la fuerza de los demás asociados?.... Y en uno y otro caso, ¿seréis capaces de darme la razon de ese sacrificio, ó los títulos de legitimidad de esa fuerza?—En vano lucharéis; en vano os revolveréis dentro de vuestro estrecho círculo, donde no ha querido Dios que podais encontrar arma alguna para defenderos. Teneis que salir de él: teneis que buscar fuera del individuo una ley de obligacion para dirigir sus pasiones, como hay que salir fuera de la tierra opaca para encontrar el orígen de la luz, que nos deja ver el espacio.

"¡Y bien!—tengo que deciros todavía,—en la necesidad de buscar ese destello de lumbrera social fuera de las tinieblas, del interés y de la existencia del hombre, ¿cómo podréis deducirle, cómo podréis hacerle brotar y nacer de esas mismas necesidades, de esos mismos instintos que le han de estar subordinados, si ha de imponer á su voluntad y á su interés el freno de una represion coercitiva, ó en otro caso, la abnegacion espontánea del deber, del sacrificio, de la virtud?....

¡Oh! No creais, Señores, que á los filósofos á quienes aludo, les falte respuesta todavía. No son inteligencias vulgares, ni han dejado de meditar sobre el objeto de sus teorías y sistemas. Prevéo que me contestarían con una recriminacion. Serían capaces de decirme que para dirigirles este cargo, me colocaba yo tambien en la esfera del individualismo, y en la suposicion de un aislamiento inadmisible. —"Esa imperfeccion de la naturaleza,—me dirán,—sólo en el individuo existe; pero la perfeccion

de la sociedad es infinita. Más no buscamos nosotros en la sociedad la relacion de la armonía: por eso en ella, y sólo en ella, desaparecerán de todo punto esas luchas de pasiones; esos conflictos de deberes, ese antagonismo de intereses personales y sociales; esa antinómia,—como dicen los filósofos alemanes,—del egoismo y la virtud, en cuya accion y reaccion creeis vosotros que se labran y acrisolan la perfeccion del individuo, la dignidad y nobleza de la especie humana. ¡Ilusion triste de la creencia, que se funda en llamar á la tierra lugar de expiacion y *valle de lágrimas*! ¡Preocupacion absurda, que tiene su orígen en los hábitos de dolor y de miseria de una organizacion social viciosa, subversiva, degradante! Desaparezca esa organizacion; y la lucha, el antagonismo, la antinómia cesarán de suyo: la armonía entre el órden social y las necesidades individuales, respirará sobre la tierra; y no existiendo pasiones ni deséos, que no puedan ser ámplia y legítimamente satisfechos, todos los motivos de sacrificio, y todos los poderes de represion vendrán á ser de todo punto innecesarios. La virtud que invocais, perderá su significacion, porque no existirá el vicio. Vuestra justicia severa dejará de ser una divinidad de sangre, porque nadie *tendrá interés* en ser injusto; y hasta vuestro feroz y soberbio heroismo perderá su gloria, porque ni la felicidad general se labrará con cadáveres de mártires, ni el altar de la Patria reclamará sangre de víctimas...."

Desde luego, Señores, notaréis en el giro de esta argumentacion, el círculo vicioso en que eternamente se estrechan los razonadores que así discurren. Si la individualidad humana es, de suyo, buena y perfecta, si todas sus luchas y conflictos nacen de una mala organizacion social, ¿á qué fin dar tanta importancia á una organiza-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cion nueva, corriendo los mismos ó mayores riesgos, y no dejar al hombre en el pleno goce de su perfecto aislamiento, en la pacífica posesion de su nativa bondad?.... Juan Jacobo Rousseau, Señores, era ciertamente más sincero y más rigorosamente lógico que los filósofos contemporáneos. Proclamando que el hombre era de por sí libre, bueno y virtuoso, declaró resueltamente la guerra á una sociedad que le tornaba perverso y esclavo. Por eso pasó su vida en hacer la elocuente apoteósis del aislamiento y de la individualidad. Su principio moral era la fiera independencia de la naturaleza: su ley política no podía ser más que un *pacto;* esto es, un permiso, una estipulacion, un consentimiento, una tolerancia del individuo.

Los actuales socialistas, exagerando por una parte las facultades de la naturaleza humana, esperan al mismo tiempo una série de prodigios de su combinacion social. Luego segun su confesion propia, hay en esa organizacion armónica, capaz de satisfacer todas las necesidades individuales, algo que no está en la naturaleza del individuo mismo; algo, que excede á la impotencia de sus medios, y á la lucha eterna de sus deséos. Luego,—segun su propio razonamiento,—no puede buscarse el principio de la fuerza social en ese hombre, que ni á sí mismo se basta.

Poco há preguntábamos á esos filósofos: si el hombre es de por sí perfectible ¿á qué buscar la perfeccion en la organizacion de la sociedad? Tenemos que dirigirles ahora otra pregunta de solucion más difícil. "Si sólo la sociedad en su conjunto es perfectible ¿qué derecho hay, ni qué razon, para cifrar su perfectibilidad en la satisfaccion de las necesidades del individuo?...."

Hay empero, Señores, otra cuestion todavía más árdua,

que estos filósofos han resuelto préviamente con una hipótesis absurda. Ántes de que ellos y nosotros podamos responder al anterior problema, tengo que preguntarles: "¿Quién es el que ha dado, así á la individualidad, como á la sociedad humana, ese derecho á la perfeccion absoluta en sus medios, en el cumplimiento satisfactorio de sus deséos; esa esperanza segura de la felicidad material, que se cifra en el logro de todas las pasiones?.... Si el hombre es mísero y limitado; si su existencia física, y su adelanto moral giran por una órbita de combates y de victorias, de deséos y privaciones, de dolores y de placeres, ¿con qué razon se ha abrogado la filosofía títulos para creer que la sociedad está exenta de la ley universal, que la destina á la prueba del dolor, á la condicion misteriosa del trabajo y del sufrimiento? ¿Qué principio de analogía, qué instinto del corazon, qué induccion filosófica han seguido los que atribuyen á la sociedad humana la posibilidad y la esperanza del absoluto bien sobre la tierra? En este punto la historia del indivíduo y de la sociedad, no se identifican ni se confunden; pero se corresponden.

La experiencia nos muestra al hombre siempre en pos de un idéal de felicidad, que camina y se aumenta delante de su corazon, como huye y se agranda el espacio delante de sus ojos. La Historia nos representa á la civilizacion adelantando en un camino de mejora, en el cual, cuanto más anda, mayores esfuerzos empléa para desterrar las miserias sociales, y alcanzar ese bien supremo, incompatible con la ley del dolor, con la ley de la muerte, con la ley del trabajo. Yo no encuentro en la sociedad ninguna fuerza ni organizacion alguna, que sea capaz de eximirse de este inexorable triunvirato.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Mucho ménos, Señores, podemos estar inclinados á creer que esa felicidad absoluta haya de consistir en la plena satisfaccion de todos los deséos, de todas las aspiraciones. El exámen de la naturaleza individual no puede conducirnos á este resultado. Siempre queda entre el poder y el deseo del hombre un *más allá*..... tan grande, como el que ha puesto la naturaleza entre el extremo de sus brazos y el alcance de sus ojos. La investigacion de la ley social no puede tener por punto de partida una quimera, ni por resultado final una contradiccion con nuestro destino y con el testimonio de la Historia. Hemos visto á los metafísicos alemanes hacer divinidad al hombre: habíamos visto ántes á los filósofos liberales hacer al individuo soberano: los socialistas,—de quienes vamos hablando,—han aspirado á más: anuncian una sociedad perfecta, para hacer al individuo omnipotente; y esta perfeccion, y esta omnipotencia, no para crear un mundo de ángeles, sinó un paraiso de placeres.—Os dejo el juicio de estas doctrinas!....

La verdad es, que el conocimiento de la perfectibilidad social nos está negado. Una ley de universal analogía, que no es simplemente una comparacion metafórica, nos autoriza para creer que la esfera de la civilizacion y el alcance del progreso tienen límites, como las fuerzas del mundo físico; y que allí donde estos límites existen, el libre desarrollo de los deséos y de las necesidades tiene que encontrarse con la valla de la represion, con la ley del deber, con el fatalismo de lo finito y de lo perecedero.

Desde que se hace esta consideracion, Señores, el destino de la sociedad no puede representársenos como la prolongacion del impulso, sinó como el equilibrio de las

fuerzas. Desde que se hace esta consideracion, el fin de la sociedad no puede ser para nosotros una felicidad absoluta, quimérica, angelical, empírea, sinó un destino terreno, providencial, ignorado y perdido dentro de los límites de las miras de Dios. Desde que se hace esta consideracion, la ley social no puede fundarse en la satisfaccion de las pasiones humanas, sinó en el dualismo que las desarrolla, y que las encadena. Desde que se hace esta consideracion, el principio de este equilibrio, de este concierto, de esta armonía, de este destino, de esta civilizacion, no puede ser el principio materialista de las necesidades y placeres, que léjos de representar la existencia social, solo corresponden á una de las dos fuerzas que constituyen la vida del individuo. Desde que se hace esta consideracion, en fin, se vé que el rumbo en que parten los filósofos á que aludimos, en direccion totalmente opuesta al objeto que buscaban, léjos de concluir á la armonía social por el concierto de todas las voluntades, debe llegar á la exageracion más anárquica del egoismo, por la legitimidad de todos los intereses.

Permitidme, Señores, insistir en una proposicion. La armonía de las voluntades sólo puede producirla un sentimiento, una idéa, un principio superior á la voluntad de cada uno. Y es preciso decirlo; este sentimiento y esta idéa en un alto grado de perfeccion no se ha presentado todavía, ni en el mundo moral, ni en el mundo político. Cuando Dios permitió que se ofreciera á los ojos humanos un ejemplar de esta sublime concordia, el mundo y el cielo dieron á esta armonía celestial un nombre más significativo que socialismo, más noble que Patria, más blando que Derecho, más consolador que obligacion, más sensato que libertad, más venerando que autoridad

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y poder. El mundo y el cielo dieron á esta concordia un destino más dilatado que la superficie del globo, un término más remoto que la succesion de los siglos, la esperanza de una felicidad más grande que el epicureismo de los sentidos, y que los limitados goces de los humanos placeres.

El mundo y el cielo llamaron RELIGION á este sentimiento, á esta doctrina, á esta felicidad, á esta asociacion y á esta sublime esperanza!

IV.

Verdad es que á nosotros no nos es dado subir tan alto. Nuestra marcha está trazada por las pedregosas veredas de la tierra, regadas hasta ahora con el sudor y el llanto de los hombres, y sembradas á derecha é izquierda con las ruinas y cementerios de las civilizaciones más poderosas y robustas. Pero ántes de pasar más adelante, justo será detenernos un momento de respiro, para contar las piedras miliarias, que dejamos señaladas en nuestras primeras jornadas por estos escabrosos caminos.

Hemos visto en primer lugar que la ley del órden y del destino social no podian buscarse en las cualidades individuales; y que todos los que lo intentaron, léjos de llegar á encontrar el fundamento de la sociedad, llegan hasta el desamparo del individuo.

Hemos procurado demostrar cómo la ley de la asociacion debe buscarse en las condiciones de la existencia de la sociedad misma; y el principio de su desarrollo y progreso en los fines generales de la Providencia, atestiguados, para lo futuro, por el órden del mundo; para lo pasado, por el juicio de la Historia.

Hemos proclamado que todo principio de asociacion humana, además de colectivo, tiene que ser inmaterial, moral y espiritualista.

En la existencia del hombre, hemos distinguido las facultades y pasiones que pertenecen á su vida individual, de las que le enlazan y encadenan con la organizacion general de la sociedad.

En la sociedad hemos hecho comprender cómo el equilibrio entre la ley social y el libre desarrollo del indivíduo constituyen la perfeccion; cómo, siempre que en vez de este equilibrio, se establece el predominio absoluto de un principio, la sociedad padece, y la civilizacion retrocede hasta una nueva reaccion.

Hemos dejado entrever cómo el destino de la civilizacion es girar entre estas dos fuerzas, agrandándose siempre la accion de cada una; cómo esta oscilacion entre la existencia social y la vida del individuo, constituyen el movimiento de la humanidad por la órbita del mundo moral.

Descendiendo de la metafísica á la Historia, hemos observado predominando en las sociedades el principio de asociacion, hasta absorver al individuo en la entidad social; y naciendo, por reaccion, el individualismo, del seno de esta condicion opresora.

En la sociedad moderna hemos visto al individualismo absoluto dejar indefensa á la sociedad; y de la exageracion misma de este resultado, nacer el socialismo moderno.

Hemos distinguido en la categoría general de socialistas:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Primero. Á los socialistas políticos, que de nuevo quieren identificar á la sociedad con el Estado, por medio de una forma democrática ó de un régimen comunista.

Segundo. Á otros, que haciendo la organizacion social independiente del sistema político, buscan el destino de la civilizacion en el principio materialista de la satisfaccion absoluta de las pasiones y necesidades del hombre.

De unos y de otros hemos hecho observar que, buscando el fundamento de su sistema en las calidades individuales, habian concluido por un resultado contradictorio con su aparente objeto.

De los socialistas societarios hemos creido poder afirmar con razon suficiente, que parten de una suposicion falsa á una consecuencia absurda; y hemos invocado contra su epicúreo optimismo el principio de que lo mismo la perfeccion social que la del individuo, son finitas y limitadas, por más que estos límites sean para nosotros indeterminados é indefinidos.

Respecto al socialismo político, contentándonos con oponerle las mismas palabras de la doctrina societaria, hemos indicado la necesidad de dejar su exámen, para hacerle objeto de consideraciones más detenidas en las explicaciones siguientes.

Recelaba, Señores, de la pesadez y demasiada extension de mis observaciones. Al contemplar el espacio recorrido; al ver de qué manera vamos llegando al corazon del objeto mismo que me he propuesto examinar, veo en verdad que más bien debo culparme de superficialidad y de ligereza. El auditorio al cual tengo la honra de dirigirme, debe conocer que siendo mi propósito, no más que señalar los principios, y colocar en un órden de aplicacion fácil las idéas generales, faltaría á la consideracion

que debo á su esclarecida inteligencia, si hiciera objeto de mis estudios las consecuencias intermedias; así como desconocería orgullosamente mi propia flaqueza, si delante de vosotros me creyera con suficiencia para profundizar todas las cuestiones. Por motivos idénticos he huido de impugnar nominalmente escritos y autores: me he contentado con juzgar idéas y tendencias.

Este método tiene la ventaja de permitir á la razon mayor severidad, quitando á la crítica las apariencias del orgullo. De haber descendido á un análisis más fundamental, puede ser que algunos nombres hubieran reprimido mi osadía con la autoridad de su gran talento. Porque, Señores, algunas de esas inteligencias no nacieron en vano para la humanidad. Algunas merecen la refutacion, porque merecen el estudio. Temeridad sería negar el respeto á un coloso como Hegel, y confundirle en su Patria con Ruge y con Baner, y más acá del Rhin, con los mil charlatanes de ciencia y de filosofía, que á favor del mercantilismo literario de nuestros vecinos, vemos pulular diariamente en las orillas del Sena. Injusto sería colocar en una misma línea al ilustre Cárlos Fourrier, digno, á pesar de sus delirios y puerilidades, de consideracion profundísima, con la vulgaridad de Roberto Owen, ó medir con el mismo compás el sombrío fanatismo y las febriles alucinaciones de Luis Blanc, con el talento pasmoso, y la razon tantas veces sensata y luminosa del Autor de las Contradicciones económicas. No, Señores; ha pasado el tiempo del desden, de la crítica sin exámen, y de esas condenaciones en masa, que de nada han aprovechado.

No todo lo que han escrito esos hombres será perdido. En la guerra de las idéas, como en la de las naciones,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hasta las huestes vencidas suelen dejar semillas de civilizacion en el mismo territorio que destrozaron, ó donde sucumbieron. Muchos de los hombres á quienes aludo, ejercerán influencia sobre el porvenir de la filosofía y de la ciencia social. Muchas idéas generosas, muchas miras nuevas, muchos preciosos datos, muchos pensamientos fecundos, muchos luminosos principios, tiene que recoger en sus trabajos la misma política que los resiste, la misma ciencia que los combate. Sirva, Señores, esta protesta de disculpa para mi atrevimiento, si la índole de estas conferencias me veda descender á un terreno, donde examinando con más detencion sus doctrinas, pudiera á veces significar la simpatía que algunos me inspiran, la admiracion que á otros consagro.

Hay algo que admiro con más entusiasmo; y es la VERDAD, que no siempre les ilumina. Hay algo más sagrado que la gloria del talento; y es la armonía del órden social, que ciertos principios comprometen. Hay una causa más simpática que la de esa reforma radical y completa, que tan pomposamente se anuncia; y es la de la libertad misma, de la libertad social, moral y doméstica del hombre, amenazada por ciertas doctrinas con un nuevo género de opresor, irresistible y sangriento despotismo.

LECCION QUINTA.

DEL SOCIALISMO EN LA HISTORIA DE LAS INSTITUCIONES POLÍTICAS Y ADMINISTRATIVAS.

I.

Señores: en las dos explicaciones anteriores hemos tenido ocasion de examinar la tendencia y la doctrina de los que pretenden identificar el gobierno del Estado con la direccion absoluta de los intereses de la Sociedad. Esta clase de socialismo, la hemos examinado como deduccion de una teoría filosófica.

Para completar este exámen, tenemos necesidad de juzgar esta tendencia y éste sistema en otra region más práctica, y descendiendo de un orígen más antiguo, tan antiguo como los orígenes de la civilizacion, tan remoto como todas las asociaciones políticas de que conserva memoria la historia del mundo. Despues de ver el nacimiento, desarrollo y adelanto del principio de la asociacion en las idéas y en las doctrinas, no estará demás que,—aunque tengamos que repetir ciertos principios,—examinemos y describamos el progreso de lo que hemos llamado socialismo político en los Gobiernos; estudio, que por pesado que sea,—y procurarémos hacerle con la mayor lijereza,—no será perdido para el resultado final de nuestra doctrina y de nuestras deducciones.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hasta las huestes vencidas suelen dejar semillas de civilizacion en el mismo territorio que destrozaron, ó donde sucumbieron. Muchos de los hombres á quienes aludo, ejercerán influencia sobre el porvenir de la filosofía y de la ciencia social. Muchas idéas generosas, muchas miras nuevas, muchos preciosos datos, muchos pensamientos fecundos, muchos luminosos principios, tiene que recoger en sus trabajos la misma política que los resiste, la misma ciencia que los combate. Sirva, Señores, esta protesta de disculpa para mi atrevimiento, si la índole de estas conferencias me veda descender á un terreno, donde examinando con más detencion sus doctrinas, pudiera á veces significar la simpatía que algunos me inspiran, la admiracion que á otros consagro.

Hay algo que admiro con más entusiasmo; y es la VERDAD, que no siempre les ilumina. Hay algo más sagrado que la gloria del talento; y es la armonía del órden social, que ciertos principios comprometen. Hay una causa más simpática que la de esa reforma radical y completa, que tan pomposamente se anuncia; y es la de la libertad misma, de la libertad social, moral y doméstica del hombre, amenazada por ciertas doctrinas con un nuevo género de opresor, irresistible y sangriento despotismo.

LECCION QUINTA.

DEL SOCIALISMO EN LA HISTORIA DE LAS INSTITUCIONES POLÍTICAS Y ADMINISTRATIVAS.

I.

Señores: en las dos explicaciones anteriores hemos tenido ocasion de examinar la tendencia y la doctrina de los que pretenden identificar el gobierno del Estado con la direccion absoluta de los intereses de la Sociedad. Esta clase de socialismo, la hemos examinado como deduccion de una teoría filosófica.

Para completar este exámen, tenemos necesidad de juzgar esta tendencia y éste sistema en otra region más práctica, y descendiendo de un orígen más antiguo, tan antiguo como los orígenes de la civilizacion, tan remoto como todas las asociaciones políticas de que conserva memoria la historia del mundo. Despues de ver el nacimiento, desarrollo y adelanto del principio de la asociacion en las idéas y en las doctrinas, no estará demás que,—aunque tengamos que repetir ciertos principios,—examinemos y describamos el progreso de lo que hemos llamado socialismo político en los Gobiernos; estudio, que por pesado que sea,—y procurarémos hacerle con la mayor lijereza,—no será perdido para el resultado final de nuestra doctrina y de nuestras deducciones.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Ya he tenido, Señores, ocasion de consignar que desde los primeros tiempos á que alcanza la tradicion de los siglos, y la historia de los pueblos, encontrábamos el principio de la asociacion, ingénito, y como preexistente á la naturaleza humana. Ni la tradicion, ni la memoria de los hombres nos recuerda jamás la historia de un individuo, ni de una familia; y hasta los Libros Santos, al empezar los orígenes del pueblo hebréo, único en la claridad de su principio, cuando nos refieren la vida de Abraham, de Isaac y de Jacob, tienen cuidado de manifestar que la importancia de estos varones patriarcales se funda en que son progenitores de una estirpe dilatada. La alianza de Dios con Abraham no estipula riquezas ni venturas: lo que Dios le promete, es multiplicar sus hijos como las arenas del mar, haciendo derivar de él por Isaac, y por Ismael, dos grandes y predestinados pueblos. En la tradicion, ó en la historia antigua, el hombre se presenta siempre asociado; y cualquiera que sea el principio que le ligue, ó la zona de cielo que le cubra, la primera sociedad en que le vemos constituido, por más informes, por más obscuras y no bien determinadas que estén las proporciones y líneas de esta asociacion, es, á no dudarlo, Señores, una sociedad política.

Otra observacion nos es dado repetir; y es que ésta asociacion no se forma nunca, ni es cierto que se haya formado en los principios, en torno y bajo la direccion de un interés material y positivo. La naturaleza no procede así: no procede por las reglas de nuestro cálculo. Hasta en el desarrollo de la existencia individual, el sentimiento y el deséo anteceden á la necesidad. No aguardó la naturaleza á que el hombre pensara que era bueno el matrimonio: ciertamente por este camino no hubiera

llegado á su fin: infundióle el amor á su compañera. No quiso que el hombre calculara friamente que sus hijos le serían útiles en la vejez: era esto un accidente individual, más ó ménos problemático; pero encendió en sus entrañas el amor de padre, é inspiró en su corazon la complacencia en la prolongada posteridad.

De la misma manera, Señores, no es verdad que el primer gérmen de la vida de un pueblo consista en una asociacion deliberadamente calculada, para aprovechar la tierra, para apoderarse de los animales, ó para defenderse del enemigo. Estos intereses son efectos, y no causas; son resultados, y no principios: muchas veces se hallan desamparados, ó exclusivamente atendidos por el individuo, cuando la asociacion se halla ya constituida. Antes de que estos intereses se protejan por la cooperacion social, el sentimiento de la asociacion ha nacido ya, y—como el amor sexual, y como el amor paterno, respecto á la familia,—no aguardaba ni necesitó para existir, que aquellos nacieran.

No pretendo, Señores, determinar absolutamente el sentimiento primitivo, que preside á la organizacion de todos los pueblos, y hasta comprendo que puede no ser uniforme; pero si examinamos el principio de las sociedades, no en las teorías que al efecto se han inventado, sinó como las da á conocer la historia literaria ó la historia monumental, el sentimiento que encontramos presidiendo á la formacion de todos los Estados, es ya el de la nacionalidad. Pero no hay que tomar esta palabra, Señores, en el sentido en que la ha consagrado el lenguaje de los últimos siglos, aplicada al amor que tienen los hombres al suelo donde han nacido.

Los pueblos primitivos la hacian consistir en aquel

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

vínculo de predileccion, afecto y hermandad, con que se han mirado siempre los que reconocen una comunidad de orígen, una igualdad de tipo, de sangre y de lengua. La nacionalidad así comprendida, es el primer vínculo político, que enlaza moralmente á los hombres, mucho ántes de que esta asociacion se constituya en poderes, se organice en instituciones, y crëe fuerza pública para la sancion de sus mandatos. Los hombres se sienten instintivamente estrechados con sus hermanos de raza; por obligaciones de amor y respeto, de cooperacion y de asistencia, que subsisten á través de las vicisitudes del tiempo, que sobreviven al cambio de suelo, y con frecuencia á la confusion de dos ó más razas sobre la superficie de un mismo territorio.

Los que creen,—por una ilusion, disculpable ciertamente,—que la sociedad política tuvo su principio en la autoridad paterna y en la obediencia de la familia, no llegarán á explicarnos jamás cómo ésta autoridad y ésta obediencia salen de los umbrales de la casa patriarcal. La familia es un círculo algo más dilatado que el de la personalidad; pero no es todavía el sentimiento de la Patria. El uno no se presenta como embrion, gérmen ó elemento del otro: á veces,—y con más frecuencia en esos tiempos,—son mútuamente hostiles. Desde el hombre que corre á la muerte por la salvacion de sus hijos, hasta Bruto, que inmola los suyos por la salvacion de Roma; hasta Guzman, que tira la daga por no hacer traicion á su lealtad de vasallo y á su fé de cristiano, hay ciertamente una distancia infinita, cuyo abismo no podrán nunca colmar los afectos de hombre y de padre.

Por eso yo no he encontrado nunca, ni en la tradicion, ni en la Historia, el tipo determinado del patriarcado puro; siempre veo á la familia inscripta en el círculo de otra sociedad, influida y dominada por sentimientos superiores. No encontrarémos á veces en ella ni autoridad, ni gobierno, ni forma bien delineada de poder; pero hallarémos siempre un vínculo moral, del cual irán germinando y naciendo, como de una diminuta semilla, todas las ramas y retoños de las instituciones sociales.

Las llanuras de Mesopotamia podrían estar cubiertas en tiempo de Abraham, como lo están ahora las arenas del Yémen, de tiendas patriarcales, donde al parecer no existe otra autoridad que la del cabeza de familia. Pero que se presente un extranjero á disputar el terreno del pabellon patriarcal, ó á solicitar una alianza de sangre con aquel jefe del desierto; y veréis, como á una chispa eléctrica, despertarse por toda la extension á donde alcanza la raza de que forma parte, aquel sentimiento poderoso, que le hace mirar con mayor interés que si fuera individual, la causa de toda la gente con quien está ligado por comunidad de orígen.

Sentimiento es éste tan social, y tan exclusivo, que en todos los pueblos ha sido consagrado por la religion. La mayor parte de las razas humanas, ántes de tener códigos é instituciones, formularon una genealogía divina, y entroncaron sus progenitores con los Dioses, para dar á su estirpe una predestinacion teocrática y providencial.

He dicho ántes, que antiguamente la asociacion se fundó en la nacionalidad; y que la nacionalidad no tenía sus raices en el suelo. *Antiguamente*, he dicho; y he dicho mal. En nuestras mismas sociedades, tan arraigadas en el territorio, se ha conservado hasta nuestros dias una distincion de clases, que traía su origen de la diversidad de las razas. Todavía, Señores, las guerras más sangrien-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tas, las cuestiones diplomáticas más complicadas, las conmociones sociales más profundas, las catástrofes, que amagan más amenazadoras al reposo de la Europa, tienen su fundamento en éste principio de nacionalidad, no ajustado ciertamente á las líneas coloradas de una carta geográfica, como lo ha intentado en mal hora la impotente y presuntuosa diplomacia moderna; sinó vivo, alimentado y encendido por el espíritu de raza, por la hermandad de estirpe, por la comunidad de sangre, como la entendieron los antiguos, cuando llamaban *Gentes* á las naciones.

Tended hoy mismo la vista desde el Tíber al Neva, ó desde el Támesis al Indo; y veréis cómo todavía ese sentimiento es más vivo, más eficaz, más influyente, más expansivo, más inflamable que los principios de las doctrinas políticas, que el cebo de los intereses materiales. Examinad hoy mismo el orígen del movimiento italiano, de la fermentacion alemana, de la efervescencia esclavona, del cáos austriaco, de la impotencia otomana, de la miseria egipcia. En vano buscaréis el principio de estos fenómenos, y de los accidentes que los acompañan y complican, ni en las pasiones políticas, ni en las cuestiones comerciales. La cuestion de raza, el antagonismo de nacionalidad domina entre todos estos principios; es el motor primero de todos estos acontecimientos, y ha de ser al fin el *Deus ex machina* de todos estos complicadísimos dramas.

Aun entre las naciones más asentadas y tranquilas, considerad, por ejemplo, á la Inglaterra. Os dirán que la fuente de su poderío, de su dominacion y de su política, es el espíritu de lucro, la sed de oro, el afan y la necesidad de enriquecerse.—No lo creais: ese deséo, ese

instinto, esa pasion, la sienten todos los hombres de la misma manera; lo tuvieron todos los pueblos en el mismo grado; lo mismo la agricultora Roma, que la mercantil Cartago; lo mismo los codiciosos Galos, que ya pedían oro cuando quemaron el Capitólio, que los avarientos Hebréos reprendidos de usureros en el Deuteronomio; lo mismo el especulativo aleman, que el paciente y económico suizo; lo mismo el holandés laborioso, á la orilla de sus canales helados, que el rapaz beduino en el arenal, donde saltéa las ricas caravanas. No: esa pasion no es el carácter distintivo del inglés: sobre ella, más allá de eso, que entre los pueblos es como los apetitos animales entre los individuos, está la fuerza y tenacidad poderosa de su patriótico orgullo, está ese nacionalismo soberbio, dominador, exclusivo, tiránico de la activísima raza anglo-sajona.

En él está la raíz y fuente del patriotismo incomparable con que ese pueblo ha hecho maravillas; de esa enérgica y asimiladora actividad con que se distingue la influencia social de esa señalada familia, que tiene, es verdad, una capital que se llama Inglaterra, como tuvieron los hebreos un Santuario en Sion, y los romanos una colina sagrada, que llamaron Capitólio; pero que reconoce por territorio el mundo, y vive, y obra, y se mueve desde las fuentes del San Lorenzo hasta las del Gánges; desde el Peñon de Santa Elena hasta la gran muralla de la China.

Delante de ese patriotismo ¿qué importa el oro? Por arruinar á Bonaparte aventuraron cuanto poseían. No mueren por el oro los que se matan, teniéndole á rimeros. Cuando Nelson y Collingwood arengaban á sus tropas en el Nilo, en San Vicente y en Trafalgar, no les ha-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

blaban de Hydepark, sinó de Westminster: no les prometían palacios en las márgenes del Támesis, sinó el nicho de una tumba en aquel panteon, donde cuarenta generaciones de muertos, todos ilustres y todos ingleses, representan la religion de la nacionalidad y la eternidad de la Patria, más que sus Cámaras, más que sus escuadras, más que sus colonias, más que sus tesoros, y más que los portentos de su opulenta industria.

II.

Me he extraviado tal vez, Señores, por la preocupacion de una idéa. Refrenaré mis divagaciones, para fijar de nuevo los principios. Había ya proclamado que para formar una asociacion se necesitaba un sentimiento superior á la existencia individual: había ya profesado altamente que este principio no era ni podía ser jamás un interés positivo, tangible, material.

Hoy me toca fijar que este principio y este sentimiento, desde lo antiguo hasta nuestros dias, ha sido la NACIONALIDAD: hoy me es dado hacer observar que este sentimiento es la *nacionalidad moral* de raza, ó de fusion, no la nacionalidad material de suelo: hoy me atrevo á consignar que la asociacion fundada en virtud de éste principio, es desde luego una sociedad política. Y esto es verdad de tal manera, Señores, que la asociacion primitiva no abarca ni comprende más que ese sentimiento; no cuida más que de aquello que se refiere al detrimento, ó al progreso, al menoscabo ó la dilatacion de la nacionalidad. Mas una vez formada esta asociacion al

impulso generador de éste principio, como el molde en que se derrama el metal candente de una fundicion, ó más propiamente, como el primer rudimento orgánico de un feto en las entrañas de su madre, es ley constante de la vida de esta sociedad, es condicion natural y eterna de aquel desarrollo, que se llama progreso y civilizacion, ir asimilando gradualmente en derredor de ese molde, ó en los órganos de ese embrion, todos los sentimientos que nacen, todas las necesidades que se desenvuelven en el crecimiento progresivo de la gente así asociada, á medida que van saliendo de la esfera del individuo; siendo el complemento de esta vitalidad social, identificar de todo punto todos los intereses individuales, con la forma, con la organizacion de las instituciones y de los poderes políticos.

Esta asimilacion, Señores, es un trabajo gradual y lento, á veces contrariado, á veces interrumpido, á veces tambien, y en ciertos períodos, acelerado. En el efímero transcurso de nuestra individual existencia no nos es dado nunca asistir á su completo desarrollo; pero la Historia nos permite seguirle paso á paso, en el exámen y contemplacion atenta de todos los pueblos, que han alcanzado una época de civilizacion. Esta obra social, que poco há comparamos al crecimiento orgánico del individuo, recorre, como él, diversos períodos, terminados con crísis más ó ménos violentas, en las cuales á veces encuentran la muerte las naciones, y se desenvuelven de una manera análoga nuevos sentimientos, nuevas necesidades, nuevos medios, y nuevas fuerzas.

Sigamos este movimiento en sus manifestaciones exteriores, que es en lo que se igualan los pueblos. Ellos, —á la manera que los hombres tienen un carácter y una

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

profesion en la sociedad,—reciben todos un destino que cumplir, y un papel que representar en la historia del mundo. La vida es la existencia de unos y de otros, es la condicion necesaria de esta representacion y de este destino; pero no es el destino mismo. Dejemos ahora la consideracion de este destino, que es en lo que se diferencian; y examinemos solamente las fases y condiciones de su formacion y de su existencia, que es en lo que se equiparan y asemejan. Lo uno sería la moral de su historia: lo otro pertenece á la fisiología de su política.

En el primer período, que se ofrece á nuestra consideracion, la raza tiene por ocupacion material la ocupacion del suelo. Es indiferente para nuestro objeto, que sea agrícola, cazador ó pastor el hombre en esta condicion primitiva; condicion que determinan, en parte el terreno, en parte los hábitos, en parte la organizacion misma distintiva del pueblo. Lo que sí se puede afirmar, es que no se encuentra nunca en este período una raza que pueda llamarse agrícola, en el sentido completo de esta apelacion. Ordinariamente la agricultura de esta época, el aprovechamiento de los frutos de la tierra es tan comunal, como el de las aguas de los rios, como el de la caza, y el de la tala de los bosques. La idéa de propiedad privada, en embrion todavía, no sale del límite de las fuerzas, medios, recursos ó instrumentos del hombre. Pero el hombre entónces importa poco; como importa poco, siempre que hay una gran lucha, un gran esfuerzo, un gran peligro comun.

La existencia de la raza y del pueblo es entónces el interés social. Se ocupa detenida ó pasajeramente un territorio; y en ésta posesion, en éste aprovechamiento se concentra la fuerza colectiva. La materialidad de su ac-

cion es la conquista, la guerra, la defensa, ó la lucha. La vida moral reside en el sentimiento del poder actual y en la esperanza del poder futuro de aquella asociacion, simbolizada y concreta en la idéa de una religion y un culto, bajo la invocacion de un Dios, que preside á todas las operaciones de la sociedad; que guía, que protege, que encamina, ó regula los destinos del pueblo. En éste primer período, cualquiera que sea la forma que revista el poder social, no abarca más que estos intereses y sentimientos. Todo lo demás queda fuera de su círculo, é independiente de su accion. Si la familia existe, y existe poderosa y autorizada, es porque sólo dentro del hogar paterno se reconocen intereses privados. Pero la familia misma suele ser en esta época una excepcion, una aristocrácia, el gérmen de un nuevo período. Hay época en la Historia, en que poder nombrar uno á su padre es una distincion tan grande como en otras contar cien abuelos.

Como quiera que sea, en esta condicion, la existencia privada no tiene representacion pública: las faltas de hombre á hombre, la violacion de los derechos individuales no tienen castigo: las obligaciones del amor, de la gratitud, ó de la promesa no tienen otra sancion que la fuerza y la venganza. No hay más delitos que los atentados contra el órden social, contra la religion del pueblo. La ley criminal no tiene más que dos nombres en su código: traicion y sacrilegio. Por eso algunas veces los dos se confunden: por eso tambien se confunde la magistratura que representa y ejerce el poder social. Por eso son jueces los sacerdotes: por eso los Reyes son al mismo tiempo Pontífices. Por eso el sacrílego es enemigo de la Patria: por eso el traidor es maldecido y consagrado á los númenes infernales. Por eso la muerte del criminal

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

es un sacrificio: por eso á la víctima sacrificada se la llama *hostia*. Con estos caractéres se presenta siempre á nuestros ojos la fisonomía de las primeras tríbus, que dan principio á las civilizaciones antiguas, ó de las razas septentrionales, que en los primeros siglos de nuestra era se aprestaban á lanzarse sobre las provincias del Imperio.

Asentada ya la asociacion en un territorio robado á la naturaleza, ó á otra raza extinguida ó conquistada, tendida la poblacion en fértiles llanuras, ó guarecida á la espalda de quebradas montañas; acampada á la orilla de un caudaloso rio, ó en las playas de un golfo propicio á la navegacion, el carácter material del pueblo se determina, su subsistencia se fija, su ambicion se dilata, su seguridad interior dá lugar á la dilatacion de sus relaciones exteriores, los intereses individuales se desenvuelven, y la accion social que ántes los desatendía, ó los ignoraba, se asimila las nuevas necesidades, sentimientos y recursos de la sociedad.

La propiedad inmueble, que dimanando de la ocupacion colectiva, es en los principios, patrimonio público y de comunal aprovechamiento, se va repartiendo gradualmente en los individuos, primero en suertes, luego en fincas y heredades. De éste repartimiento nacen violaciones y conflictos, dudas y arbitrariedades; y la usurpacion de estos derechos y obligaciones de parte del interés individual, ataca el órden social, haciéndole retroceder á su condicion primera.

Entónces la asociacion política, que en el anterior período sólo comprendía la religion y la guerra, se vé en el caso de comprender otra relacion, otro sentimiento, otra necesidad; la justicia. Entónces nace la ley civil, y

sus primeras disposiciones son políticas todavía. La propiedad individual va perdiendo de dia en dia la consideracion de propiedad pública; pero la ley política va siguiéndola hasta el seno de la familia. Los derechos de las personas se deslindan y determinan; pero la emancipacion se consagra por la autoridad pública, sea pueblo ó príncipe. La propiedad obtiene el último grado de representacion individual, por medio de la transmision póstuma; pero la testamentifaccion se convierte en una ley del poder soberano; y aun allí donde las formas populares no existen, interviene siempre en éste acto solemne la representacion de la autoridad social, por medio de los delegados del poder público.

Con la ley civil nace naturalmente la criminalidad privada. El robo, el dolo y el fraude entran en la jurisdiccion de la autoridad política, como una violacion del órden social. Pero todavía las injurias particulares, los ataques al reposo doméstico ó á la honra personal, tardan en salir de la esfera de la individualidad, y algunos hay que no salen nunca, por grande que sea el adelanto de la civilizacion. Se observa con frecuencia en la legislacion de los pueblos nuevos, severamente castigado el robo, reprimido el fraude, condenada la falsificacion y prohibida la usura, al mismo tiempo que el homicidio, la mutilacion ó el adulterio quedan remitidos y abandonados á la venganza privada.

En estos dos períodos, la autoridad social, de política que era primero, se ha convertido en legislativa; pero queda mucha distancia todavía, —y han existido civilizaciones que no la han recorrido toda, —hasta el punto en que la accion del poder se hace gubernativa y administradora.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

En estas primeras épocas no hay gobierno sinó para las personas que ejercen la autoridad; no hay administracion sinó para los intereses de que el poder, como poder, dispone. El Gobierno se limita al nombramiento de los magistrados, ó de los guerreros; á la direccion de las operaciones militares, de las solemnidades religiosas y de las relaciones internacionales; la administracion, á la recaudacion de los impuestos ó á la gestion de aquellas propiedades, recursos y subsidios, que proveen á esta necesidad en las constituciones primitivas.

El ejercicio de la industria, la produccion de las riquezas, la facilidad de las comunicaciones, las transacciones del comercio, los inventos de las artes mecánicas, los adelantos de la navegacion, quedan por mucho tiempo fuera del alcance, inspeccion y asistencia de la autoridad social. Estos intereses tardan mucho en ser comprendidos y asimilados por el gobierno político de una sociedad. Cuando empiezan á salir del hogar doméstico ó de la esfera del individuo, es para agruparse bajo la influencia de sociedades particulares, ó de aquella asociacion local y limitada, que en los Estados de alguna extension reviste bajo diferentes nombres el carácter de *municipal*.

En este círculo empiezan ciertos intereses á hacerse comunes: se dictan medidas generales sobre la construccion de los edificios; sobre la disposicion de sus proporciones y de sus servidumbres: se reducen á método y sistema las faenas agrícolas: se reglamenta el uso de los pastos, la caza de los bosques, la tala de los montes: se señalan determinados dias para el cambio de los productos por medio de ferias y mercados. La multiplicacion de estas relaciones agranda el círculo de su importancia hasta convertirle en movimiento social; y desde entónces la autoridad política se apodera de este movimiento para dirigirle y regularizarle.

La autoridad se hace administrativa y reglamentaria de los intereses particulares en nombre del interés comun. El Gobierno, que sólo cuidaba de los caminos militares, construye carreteras públicas y veredas vecinales. El Gobierno, que tenía un servicio de pronta expedicion para la publicacion de sus leyes, y para la comunicacion de sus órdenes oficiales, asocia á este servicio la correspondencia privada de los ciudadanos. El Gobierno, que percibía sobre el lucro de las mercaderías extranjeras, tributos puramente fiscales, inventa derechos de proteccion. El Gobierno, que antes sólo cuidaba de la construccion y armamento de sus bajeles de guerra, adopta medidas y dicta ordenanzas sobre la navegacion comercial. El Gobierno reglamenta la industria; el Gobierno regulariza la caza; el Gobierno señala los métodos de la pesca; el Gobierno legisla sobre el comercio; el Gobierno interviene en la conservacion, precio y transporte de los frutos de la agricultura.

El Gobierno, en fin, se hace gerente, director y procurador de los intereses individuales; y el motivo de esta gestion suprema no es ciertamente jamás el interés individual, ni la necesidad misma á que este interés corresponde. Es siempre el interés comun: es todavía la grandeza y el adelanto social, representado en el poder público, que preside desde el principio á la nacionalidad y á la existencia colectiva. Ya veis, Señores, que no invento una teoría: refiero sencilla y desnudamente los hechos consignados por la Historia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

III.

No es completa, sin embargo, la asimilacion de la vida y del movimiento social por la absorcion que de ellos hacen estos materiales intereses. Afortunadamente para la humanidad hay otros que los dominan y los vencen; y sin cuyo desarrollo las naciones más ricas, las más pródigamente dotadas de prosperidad se enervan y empobrecen, como plantas de buena semilla y en feraz terreno, á las que faltara la luz del sol y la circulacion del aire. El desarrollo de la inteligencia, el sentimiento de la belleza, y el génio creador de las artes, el talento inventor de las ciencias son el más precioso y rico patrimonio de los pueblos; y las ciencias y las artes, y los talentos, no bien salen de la limitada esfera, en donde á las veces germinan, para dilatarse por el vastísimo campo en que se alimentan, se crian y florecen, no pueden dejar de pertenecer á la sociedad, cuyo conjunto de relaciones abarcan y poderosamente agitan. Hay siempre un momento en que la autoridad social tiene que hacerse á su vez centro del movimiento intelectual, y foco del sentimiento artístico.

No hay que dudarlo, Señores: las artes son eminentemente sociales: las artes no son nunca para el indivíduo; la ciencia no es nunca para el hombre. Á veces nace solitaria, como aquella planta de las inaccesibles montañas, ó de los desiertos climas, que van á buscar la Medicina y la Botánica para el placer de los sentidos, ó el remedio de las humanas dolencias: á veces no se sabe de dónde viene, como aquellos rios, de ignorada fuente, que sin embargo inundan y fecundizan con sus raudales

vastísimas regiones. El fruto de las artes es donde quiera un patrimonio público: la doctrina de los sábios no obtiene el nombre de filosofía, si queda reducida al secreto de una secta, ó al arcano de una sociedad tenebrosa. El arte y la ciencia necesitan un heredero, que recoja el patrimonio de la belleza, y que vele por la transmision de la verdad. La autoridad social está allí para recoger esta herencia, para conservar el fideicomiso de esta riqueza invisible, de esta propiedad inacotable.

La autoridad política se hará artística y literaria: fundará academias, protegerá escuelas, abrirá enseñanzas, establecerá premios, instituirá certámenes y solemnidades artísticas. Más tarde, hará obligatoria la educacion científica: luego al fin le señalará límites y reglas. Conocer los rudimentos y reglas de las ciencias físicas ó morales, materiales ó abstractas, podía ser en los períodos anteriores un portento individual. La civilizacion llegará á término de que el cultivo de la inteligencia se convierta en una obligacion social. En otras épocas la ley política exigió que el individuo se educase vigoroso, ágil é idóneo para las fatigas de la guerra, para los trabajos que demandaba la defensa de la Patria. En las nuevas fases de la civilizacion, la gimnástica militar, ó la coreografía religiosa ceden el puesto á la enseñanza científica, y á la educacion artística y profesional. El Gobierno se ha apoderado de la ciencia..... un paso más; y tambien se hará cargo de la virtud.

La beneficencia, la caridad, la limosna, el remedio de las dolencias humanas, habían nacido entre las paredes que abrigan el hogar doméstico, ó bajo las bóvedas de los templos. El Gobierno, asimilándose la filantropía ó la caridad, en nombre de las numerosas clases pobres y des-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

validas, es el primero en hacer obligacion pública las virtudes del corazon. No supieron siempre, es verdad, los Gobiernos, al tomar el pontificado de este sublime sacerdocio, que lo que desempeñaban como un servicio, alguna vez se les pretendería exigir como un deber: no adivinaron que cuando distribuían al pobre la ofrenda del rico, empezaban por enseñar de qué manera un dia podría el pobre aspirar á hacer obligatoria y coercitiva la beneficencia y la limosna..... Pero no adelantemos las idéas; que aún no estamos en situacion de profundizar cuestiones tan hondas. Que la beneficencia y la instruccion pública se incorporaron al dominio de la gobernacion del Estado, es lo único que nos cumple consignar ahora. Las grandes consecuencias ya vendrán de suyo.

¿Qué falta ya para que la gobernacion política comprenda todas las facultades, intereses, sentimientos, fuerzas, recursos é idéas, de que se compone el movimiento social? Fáltale todavía la vida íntima del individuo, la inspeccion de sus costumbres y de sus acciones privadas: fáltale el conocimiento de su moralidad, de su virtud, de su piedad, de sus pensamientos habituales, de sus ordinarias ocupaciones, de sus placeres, de sus viajes, de sus riquezas.

Y no hay remedio, Señores: la accion y la autoridad del poder político, acelerando esa fuerza asimiladora, que no detiene su impulso, se apoderará de la familia, de la morada, de la persona del hombre; y unas veces llamándose censura, intitulándose despues policía, ahora bajo la forma de estadística, ahora de administracion y vigilancia, penetrará en su hogar, se sentará á su mesa, acechará bajo las cortinas de su lecho, le acompañará en su carruaje, examinará los libros de su biblioteca, registrará los papeles de su escritorio, las herramientas de su industria, las mercaderías de su almacen, el grano de sus trojes, las monedas de su gabeta: pondrá en todo su mano, estampará en todo su sello: no quedará ninguna accion, ningun derecho, ni ocupacion, ni movimiento, ni interés alguno, de que no se haya constituido reguladora y gerente.

La autoridad depositaria del poder público dirá, en nombre del interés social: YO SOY EL INDIVIDUO,—como un Rey dijo un dia: YO SOY EL ESTADO.—Entónces el principio político habrá completado su evolucion: habrá llegado á sus últimas consecuencias: habrá cerrado su capullo. El poder creerá haber llegado á la perfeccion: la cultura y prosperidad del pueblo parecerán rayar en su más alto punto.

Pero hé aquí que en el seno de la muchedumbre se oye en aquel mismo momento una palabra atronadora que dice: ¡DEMOCRÁCIA! Hé aquí que se agita en el aire una bandera roja, donde está escrito: ¡COMUNISMO!.... Y cuando quiere el poder reconcentrar las fuerzas sociales para combatir estos dos espectros; cuando la civilizacion y todos sus progresos, miran aterrados delante de sí el abismo, que se abre á los piés de esa bandera, hay otra voz, que se levanta enfrente de ese poder y de esa civilizacion, gritándoles como el Ángel á Abraham: "¿Qué intentais hacer? Vais á sacrificar á vuestro hijo."—¡Si esa es vuestra misma obra! ¡Si ese es vuestro mismo sistema político! Ese era vuestro ideal de civilizacion; y esa revolucion y esas masas no han hecho más que volver las medallas, para que leyérais por su transparente reverso vuestras propias leyendas.

Donde habíais escrito "centralizacion," leeis ahora "co-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

munismo;" donde decía "intervencion del poder en todos los actos del ciudadano," dice ahora "intervencion del ciudadano en todos los actos del poder;" y en ese magnífico estandarte donde había bordado con oro la Economía política: "*El objeto de los Gobiernos es la riqueza de las naciones*," leed que dice ahora: "El único, el santo, el noble fin de la sociedad humana, es el placer, la riqueza, la abundancia y el ócio de los indivíduos."

¡Gobiernos y filósofos! ¡Estadistas y revolucionarios! ¡Habeis asentado unos mismos principios: no os aterreis de pavor, ni os restregueis los ojos de asombro, al encontraros cara á cara con unos mismos resultados!

IV.

¡La democrácia! ¡El comunismo!....

Harto sensible me es, Señores, dejaros con la inesperada sorpresa de esa consecuencia; pero para confirmarla, para quitarle las apariencias de paradoja, para apreciar debida y profundamente los resultados de éste trabajo de la política, necesito otra explicacion, tanto como necesito de vuestra indulgencia y de vuestra interpretacion benévola. Hemos llegado á un punto delicadísimo é importante: hemos llegado á una dificultad gravísima de nuestra taréa; hemos llegado al plazo de una obligacion grave y sagrada de nuestra enseñanza.

Era fácil, Señores, manifestar las consecuencias del error en la doctrina de los filósofos; es árduo, muy árduo en la presente época aplicar la piedra de toque de la crítica á la tendencia y á la obra de los Gobiernos. Una sola cosa tengo que advertiros, si ya no lo habeis comprendido, si ya no lo habeis adivinado. Mi crítica y mi exámen es general, es filosófico, es sistemático, es doctrinal; no es de ninguna manera polémico ni local; ni tiene nada absolutamente que ver con las querellas y pretensiones de nuestros partidos, con los principios, con el sistema, con la marcha de ningun Gobierno determinado. Lo que hice respecto á las teorías filosóficas, eso me cumple hacer, y lo haré general y rápidamente, con la conducta y con la tendencia de la política y de la administracion européa. Lo que he señalado en la civilizacion convertida en teoría, ó revelada en costumbres, eso mismo me toca hacer, una vez siquiera, con la civilizacion representada por el poder.

Y cuando digo la civilizacion, Señores, harto descubro á vuestra inteligencia mi pensamiento; harto comprenderéis que si yo tengo que señalar errores ó equivocadas tendencias en la marcha general de la gobernacion de la Europa entera, estoy muy distante de considerar á los Gobiernos bajo ese punto de vista, trivialmente revolucionario, que mira á los poderes del Estado como otras tantas conjuraciones contra la felicidad social, y á los hombres, que toman parte en las funciones políticas, como otros tantos enemigos públicos. Muy al revés, Señores. En esta época tan profundamente revolucionaria, me siento con el valor necesario para proclamar tan sincera como filosóficamente, que ahora considero yo, más que nunca, á los Gobiernos como venerandos custódios de la autoridad y del principio social; como los legítimos y más autorizados representantes de la civilizacion del mundo.

Y por esto sólo, Señores, y por este santo título, tengo que dirigir mis ojos á su elevada esfera. En nombre

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y por el interés de esa mision y de ese título, no puede ser su accion indiferente á nuestras consideraciones. Porque representan la autoridad, es porque nos cumple señalar en ellos cómo la autoridad se debilita: porque representan la civilizacion, es por lo que tenemos que estudiar en ellos cómo la civilizacion se exagera, ó se descamina. Nos reconocemos con la obligacion de investigarlo, y nos sentimos con el valor de revelárselo. Á la revolucion, al socialismo, á la democrácia hemos dicho: "Habéis sustituido á una creencia social un individualismo grosero: habéis reemplazado un sentimiento de unidad y de religion con el interés del oro y de la riqueza.....¡Estais perdidos!"

Tócanos ahora decir á los Gobiernos: "El curso de la civilizacion os ha llevado á asimilaros con vuestro poder la vida individual. No era esa vuestra mision: vuestra mision era la direccion de la sociedad. Habéis llegado á creer que el Gobierno podía ser una gestion de negocios, un sindicato. No: el Gobierno de los pueblos es un pontificado, y una magistratura. Habéis materializado vuestro propio principio vital, y habéis dicho: "El fin de los gobiernos es la riqueza de los pueblos." Á vosotros tambien os digo: "¡Error lastimoso!¡Fin insensato, fin quimérico, fin revolucionario!.... ¡Sinó virais de bordo, vais perdidos!"

Paradoja ó delirio es posible que parezca esta proposicion. Paradoja y delirio es, en verdad, atreverse á contradecir lo que de consuno profesan los economistas, los socialistas, los constitucionales, los monárquicos, todos los estadistas políticos: aquello, á lo ménos, que todos convienen en que debía ser la verdad.

—"¡Que los hombres sean ricos! Esa es la ciencia

esa es la ley."—Hace más de un siglo que los economistas lo están diciendo; hace más de un siglo que los Gobiernos lo repiten; hace algunos años que los socialistas lo proclaman. No me importa, Señores. No he venido yo aquí para deciros lo que dice todo el mundo. No me importa afirmar que hace más de un siglo que Gobiernos, y economistas, y socialistas se engañan, porque hace más de diez y ocho siglos que el Redentor del mundo nos dejó su nunca desmentida divina sentencia:—"*Siempre tendréis pobres entre vosotros.*"

En nombre de esa santa é infalible palabra, es hora, Señores, de decir á la política material: "—¡No! Procurando exclusivamente crear riqueza, no crearás sino revolucion....." Es hora, Señores, de decir á los Gobiernos: "¡No! No está en vuestra ley, porque no está en vuestro poder, que todos los hombres sean ricos. La ley de la humanidad es otra. La ley del Gobierno es que vivan con resignacion y esperanza la vida de su amargura y de su trabajo, los que han de ser eternamente pobres."

Y cuando llegue á esta deduccion, que os parece tan desapiadada, tenedme descubierta, economistas, una verdad más consoladora, sacada de los datos de vuestra estadística. Tenedme preparado, políticos del interés y de la riqueza, un resultado más satisfactorio. Y entretanto os permito que me trateis de paradójico, de visionario, de pesimista.

No me importa, os digo. La historia de lo pasado no me desmentirá; y en cuanto á la historia del porvenir, yo no os diré que desmentirá á la política, á la economía, y al socialismo; pero en nombre del cielo os juro que no ha de desmentir al Evangelio.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LECCION SEXTA.

CONTINUACION DE LA LECCION ANTERIOR. CONSECUENCIAS DE LA CENTRALIZACION ADMINISTRATIVA Y DE LA POLÍTICA DEL INTERÉS.

I.

Señores: reducidas estas explicaciones á un breve período de tiempo, y mediando entre una y otra un considerable interválo, sucede que la impaciencia de manifestaros un resultado, me obliga ó me impele á veces á anunciaros una deduccion, para la cual mi entendimiento ó mi fantasía tienen que salvar las idéas intermedias y las proposiciones preliminares. Y no sería extraño que la consecuencia de este aventurado proceder, fuera la necesidad contraria de retroceder parte del andado camino, y de volver á colocarnos en aquel punto de que me había lanzado el ímpetu de la impaciencia, y el temor de tener en demasiada suspension esa atencion benévola, que nunca podrá agradecer bastantemente mi corazon.

Al anunciaros en la noche anterior que tenía que elevar mi exámen crítico hasta la esfera en que funciona el poder público, era para mí una necesidad de conciencia, señalar desde luego hasta dónde iría mi juicio: no fuera que alguien sospechara, si por medio de una transicion violenta, ó de una disimulada maniobra, quería yo descender de la region filosófica á mezclar mi voz con la

estrepitosa algarabía de la discusion polémica ó de la crítica revolucionaria. Tuve y cumplí, Señores, la obligacion de dar á conocer mi propósito; tuve y cumplí tambien la de señalar de antemano con una línea de lápiz los contornos del razonamiento, que me llevaría á dirigir á la política los mismos cargos hechos á la filosofía, las mismas reconvenciones, con que había increpado á la presuntuosa civilizacion de nuestros dias.

Pudo creerse acaso que yo iba á sacar consecuencias temerarias de una proposicion aventurada, y debí prevenir que si mis juicios podían ser atrevidos, distaban mucho de ser peligrosos. Era natural que yo hubiese de censurar á la política moderna, de individual y materialista, despues de no haber vacilado en declarar que la política no estaba exenta de culpa, de influencia, de accion en el advenimiento del socialismo, en la generalizacion de la democrácia.

Era verdad, que yo había dicho,—y tengo que recogerlo y que repetirlo,—que el socialismo y la democrácia no fueron solamente creados por la revolucion, ni improvisados por la filosofía: que el socialismo y la democrácia, hijos de la civilizacion moderna, al paso que tomaban cuerpo y forma en una doctrina, habian encontrado acogida, y cobrado existencia en el poder: que el socialismo y la democrácia habían descendido de las regiones del Gobierno bajo la forma de centralizacion de intereses, bajo la forma de gobernacion individual. Y vosotros, Señores, al oir estas palabras que, si no fueron el término de mi leccion, pusieron realmente fin á mi discurso, pudísteis quizá confundir con una paradoja la sorpresa de haberos encontrado demasiado pronto con una consecuencia que no esperábais sin duda.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Hoy tengo que volver á ella: tengo que explicarla más: tengo que dar,—ya que otra cosa no me es posible,—la autoridad de una conviccion sincera, y de una deduccion rigurosa, á una verdad, que se presentó á mi pensamiento, casi sin buscarla. Tengo que recordaros cómo llegamos á ella, no por un raciocinio, sino por la Historia. Tengo que repetiros que esta observacion no nació del propósito de ejercer la censura sobre sistema alguno, sino de la obligacion de exponer el nacimiento y la filiacion de todos. Tengo que señalar los puntos por donde á veces, los que se creen movimientos de adelanto, se convierten en curvas de retroceso. Tengo que manifestaros cómo ciertos principios y ciertos resultados, poco antes de aparecer como un amago de barbárie, se presentan como un ideal de civilizacion. Tengo, Señores, por último, que subir á los orígenes de lo que parece una transformacion, ó una disolucion social, donde quiera que se escondan; y cuando se encuentran en la política que ha gobernado, con no ménos severa imparcialidad es nuestra obligacion juzgarlos, que cuando se anuncian como bases de la doctrina que aspira á gobernar.

Desde esta tribuna, puramente filosófica, una coleccion de decretos codificando la industria, reglamentando el comercio, y sistematizando la agricultura, no es más que una obra registrada en el mismo catálogo, que la organizacion del trabajo de Luis Blanc, que la asociacion doméstico-agrícola de Cárlos Fourrier, que el banco del pueblo de Prudhom. Desde esta tribuna, Señores, el lenguaje de una política, que hace cincuenta años no sabe hablar más que de azúcares, de algodones, de carbon de piedra, de aduanas y de bancos, debe merecernos la misma desconfianza que aquellas teorías, que no prometen al

hombre más que abundancia, comodidad y regalo. Desde esta tribuna, nosotros, que la noche anterior dirigimos contra ese epicureismo engañoso una sentencia evangélica, tenemos hoy que decir á esa política,—como hemos dicho á aquella filosofía,—que el Divino Maestro de los hombres, no en vano dijo al mundo: «No sólo de pan vive el hombre.» La Eterna Verdad nos ha enseñado con esta sentencia, que las sociedades que sólo de comer se ocupan, se disuelven; que los gobiernos que sólo al interés material presiden, pasan, caen y perecen.

Por eso, Señores, he procurado haceros una breve, pero exacta reseña de cómo nació el socialismo político. Nació, y no podía dejar de nacer, con la sociedad misma; creció, y no podía dejar de crecer, con su progreso. Se exageró, y no podía dejar de exagerarse, con las necesidades y con las tendencias de una civilizacion, que propende siempre á identificar la vida privada con la vida social, y la existencia social con la unidad política.

Hemos recorrido los varios períodos por donde pasa esta asimilacion, hasta llegar al punto en que una existencia se hace idéntica de la otra. Y á esta identidad, Señores, que es,—á no dudarlo,—la consumacion del socialismo, vosotros habeis podido ver cómo han contribuido fatalmente, sin distincion de épocas ni de principios, lo mismo los Gobiernos populares, que los absolutos; lo mismo aquellos poderes, que derivaban su orígen del derecho divino, que los que se bautizaron en las fuentes de la soberanía nacional; lo mismo las monarquías militares, que los Estados regidos por Asambleas aristocráticas; lo mismo la España de Felipe II, ó la Prusia de Federico, que la Inglaterra de Cromwell; lo mismo la Florencia de los Médicis, que la Francia de la Convencion.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

II.

De consiguiente, Señores, hay un período en que ésta tendencia es civilizadora, y en que éste socialismo es legítimo, como es legítimo todo lo que es necesario.

No en vano os indiqué en una de las primeras lecciones, que yo nunca podría comprender los derechos personales sinó comprendidos en el principio de la asociacion; y que para formar idéas exactas del individuo, era menester admitir préviamente la ley y la existencia de la sociedad. Lo que hemos dicho de todos sus derechos en general, tenemos que repetirlo de cada uno en particular. Lo que es verdad tratándose de su existencia, es verdad tambien tratándose de su propiedad, de su virtud, de su ciencia y de su justicia, como de su libertad. El hombre no puede ser individualmente libre, si la sociedad no asegura sus derechos; el hombre no pudiera ser individualmente rico, si la sociedad no diera valor á sus productos y empléo á sus capitales; el hombre no podría ser sábio allí donde la ciencia fuera para el hombre solo. En moral y en política, el indivíduo nos parece una abstraccion mental, como el punto y la línea en las matemáticas, que sólo goza de una existencia aparente, y no de una realidad metafísica.

Pues bien, Señores; si el indivíduo mismo no puede ser indivíduo, ¿cómo podría llegar á serlo la sociedad? Infinitamente ménos le sería dado prescindir de su ley general, de su principio colectivo, y considerar sus obligaciones y su destino bajo el punto de vista de la individualidad aislada. Ménos le es dado considerar la justicia, la

conveniencia ó la grandeza de cada uno, y no las condiciones necesarias para que puedan aspirar á ella todos; ménos puede ser su ley aquel interés individualista, que tiene en cuenta á un hombre ó á un ciudadano, en lugar de aquella unidad colectiva y dilatada, que tiene su conciencia y su razon en las grandes empresas y en las grandes instituciones.

Por eso, en tanto que el poder político aspiró á concentrar en la institucion social la direccion de todos los sentimientos, y la magistratura de todas las voluntades, no salía de los límites de unidad y armonía, que circunscriben la marcha de una civilizacion perfecta. La centralizacion de todo pensamiento, de toda accion y de toda fuerza en la existencia y grandeza de la nacionalidad, fué una obligacion de los pueblos y un derecho de los Gobiernos, mientras que la nacionalidad fuera el principio más eficaz y el círculo más dilatado de la sociedad humana. Por eso tambien hay un punto en que esa tendencia se exagera, en que esta unidad se quebranta, en que la fuerza de ésta rompe las fibras y corta los nervios de toda organizacion. Hay un momento en que la accion social se aplica y se sustituye al interés personal del individuo: en aquel momento el equilibrio se rompe, y en los miembros del cuerpo político, á la inflamacion succede la gangrena.

Sucede, Señores, con el poder, lo que con la luz y con la influencia del sol. Basta su calor derramado en el cielo y en la atmósfera, para la vejetacion y la vida de la naturaleza; pero si quisiérais concentrar sus rayos sobre cada planta, haciéndola foco de un lente ustório, la tornaríais en un instante ceniza.

Sí, Señores; no me cansaré de repetiros lo que la ra-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

zon demuestra, y la Historia de todas las épocas nos enseña. En el momento en que la idéa del poder se toca con el individualismo; en el momento en que la sociabilidad se ha transformado en democrácia, la revolucion social está consumada, la asociacion política está disuelta. La idéa de gobierno central se pierde, desde que la centralizacion gubernativa se sustituye á la actividad individual; y el sentimiento de un destino moral se extingue, así que en la accion colectiva prevalece la consideracion del interés privado. ¿Qué importa entónces que esta centralizacion se llame Gobierno?

Los comunistas reconocen tambien la necesidad de funciones gubernativas, para la gestion de los intereses comunes; pero el sentimiento de los pueblos, jamás ha asociado las altas idéas de mando y los principios elevados de autoridad, con aquellas necesidades, que en todos los grados de la asociacion humana, quedan á cargo de la iniciativa y de la responsabilidad individual. Hasta en la estrecha disciplina de un cuartel de soldados, hasta en el limitado recinto de un navío cargado de pasajeros, cuando del mando del buque ó del regimiento se trata, las funciones de fondista ó proveedor no se presentan á la imaginacion como empléos de gobierno.

La verdad, Señores, es que el comunismo de los intereses no es una sociedad política; que la direccion de las acciones privadas, no es la gobernacion social. La verdad es que esta centralizacion misma, que se proclama y se presenta en las épocas á que aludo, como más necesaria que nunca, no es más que un esfuerzo de agonía, un gemido de estertor de esa sociedad pulverizada, que demanda á los hombres y á los cielos un vínculo que la ligue, y una fuerza que la reuna. Y cuando los hombres

no pueden darle otra cohesion que la de un ataud de plomo que la encierre, la Providencia no puede darle otra unidad sino la de una tumba de mármol que la sepulte. ¡Oh Señores! Nosotros hemos visto alguno de esos Gobiernos muy centralizados, al frente de una sociedad hecha escombros y polvo; alguno de esos ostentosos mausoléos, que sólo encerraban un cadáver inerte y corrompido.

No es una vana declamacion, Señores. Es una verdad de la razon, y es una verdad de la Historia. Es un resultado práctico, que donde quiera veréis confirmado: es una consecuencia rigurosamente lógica de la naturaleza humana y de las condiciones de la asociacion. Los dos fenómenos, que hemos señalado como producto necesario de la absorcion completa de la vida individual, no son solamente de esta época y de esta civilizacion, ni han sido tal vez acompañados por los mismos sucesos, ó revelados por síntomas idénticos. En los pueblos de raza ménos enérgica, ó de más atrasada cultura, el socialismo político absoluto, arrebatando, por decirlo así, á la cabeza la vitalidad de los miembros, ha solido producir la servidumbre, la parálisis, la muerte.

El indivíduo que enajena todas sus facultades en la sociedad, empieza por perder su albedrío, despues su actividad, por último su inteligencia. Muy luego ésta postracion y marasmo concluye por apoderarse del mismo poder central; y las naciones presentan aquel triste espectáculo, que podeis contemplar en muchos pueblos orientales, y que se reproduce más señaladamente todavía en la fisonomía contemporánea de algunas sociedades européas envejecidas. Porque si es profundamente triste para la consideracion del hombre la desaparicion de un pue-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

blo, todavía es más aflictivo presenciar su degradacion y envilecimiento.

Es fúnebre y desconsolador que se dude en qué sitio florecieron Ménfis y Tébas, Nínive y Persépolis. Es horrible que no haya quedado nada de Tiro, y que el *delenda est Carthago* de Caton se haya cumplido al pié de la letra sobre las playas desoladas de la un tiempo opulenta patria de Aníbal. Pero hay una perspectiva más lúgubre, más desgarradora, y es ver á la Roma de los Gracos y de los Césares; á la Roma que venció á Aníbal y sobrevivió á Alarico; á la Italia de Bruto, de Boecio y del Dante, tan decaida, tan fraccionada, tan ajena de sus tradicionales destinos, que no ha podido hacer frente á extranjeros tiranos que la subyugan, sinó para prosternarse ante sicarios que la desgarren. Más le hubiera valido que Atila la hubiera dejado yerma y desolada!

Pero en las razas activas y vigorosas, en la mayor parte de las sociedades de la Europa moderna, el resultado de la sustitucion absoluta del poder á la accion del interés individual, toma otra forma, y se reviste de otro carácter. Ya lo he dicho, Señores: á despecho de los socialistas filosóficos y de los centralistas políticos, la omnipresencia del poder público produce la democrácia. É inevitablemente, Señores, tan rigurosamente como el panteismo produce el ateismo, tan rigorosa é inflexiblemente, con la absoluta democracia sobreviene la dictadura. En tanto que el Gobierno central reconcentra en su foco el sentimiento que preside al destino de la sociedad, el indivíduo, que no necesita chocar con la independencia del poder en las funciones de su actividad individual, conserva la espontaneidad de sus fuerzas.

Mas cuando el círculo de la asociacion política ha llegado á identificarse con su misma existencia; cuando por todos los puntos de su vida se siente tocado por la mano del poder social, la consecuencia natural es reconocerse partícipe de ese poder tan inmediato, es querer inspirar su voluntad á la accion que ha reemplazado á su interés, es proclamarse miembro integrante de una soberanía, que de tal manera se sustituye á su voluntad.

Cuando llega este caso, Señores, no es necesario que aparezca en el mundo J. J. Rousseau para invertir los términos de la proposicion, y para que los indivíduos de una asociacion política, "que se ha convertido en voluntad individual, proclamen alta y poderosamente, que la soberanía reside en la voluntad de todos."

III.

Sin embargo, esta democrácia podría no ser antisocial y disolvente, si la intervencion á que aspira el ciudadano en el gobierno de la sociedad, tuviera un objeto colectivo, ó un fin moral, que arrebatando al indivíduo de su esfera, le hiciera obrar y pensar, sentir y moverse en el interés comun de la nacionalidad y de la Patria. Pero desde que el poder proclama que no tiene otra razon que el interés privado, ni otro destino que el bienestar material del indivíduo, el sentimiento democrático pierde todo contrapeso, y la razon y la existencia del Gobierno quedan á merced de la pasion, de la fortuna, de la posicion, de la inteligencia, y hasta del carácter de cada uno de los asociados.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

En esta situacion, Señores, la preocupacion de los intereses materiales absorve exclusivamente la atencion pública: las necesidades positivas reemplazan á los sentimientos y á los principios: y en aquella region, en que los hombres y los pueblos estaban acostumbrados á ver una autoridad justiciera, ó una magistratura paternal, no queda más que una sindicatura de intereses, una procuracion de negocios, cuya bondad, cuya justicia y cuya sabiduría se calcula, como en las cuentas de una compañía de comercio, por la suma de las pérdidas y de las ganancias, por el número de los pobres y de los ricos.

Ahora bien, Señores: este resultado ha sido hasta el dia falaz y deplorable. En esta cuenta de caja de la política, no ha permitido Dios,—por más esfuerzos que ha hecho la ciencia económica,—que el saldo esté en favor de la civilizacion; que el dividendo de la riqueza satisfaga las exigencias de la mayoría. Parece una ley inescrutable de la Providencia, que, á proporcion de los medios materiales, de los recursos y goces de una parte de la sociedad, se aumente el número indefinido de los que viven en la agonía eterna de la privacion, de la miseria, y sobre todo, de la incertidumbre del siguiente dia.

En vano es que la cultura de las grandes metrópolis alcance el más alto punto de esplendor y de magnificencia: en vano fertiliza los campos una agricultura científica, esmerada, exuberante: en vano se acumula en las ciudades una industria lujosamente productiva: en vano agita los pueblos una actividad comercial, afanosa y calenturienta: en vano se cruza el suelo con carreteras magníficas, con canales de navegacion, con grandes líneas de caminos de hierro: en vano surcan los mares innumerables bajeles, llevando á los dichosos de apartados climas

los ricos productos de que carecen las cuatro quintas partes de los mismos que los elaboran.

Á través de todos esos resultados magníficos, más allá de todos esos cálculos pomposos de la estadística territorial, y de la balanza mercantil, enmedio de esa paz profunda, y de esa prosperidad tan bonancible, encontraréis siempre, como fatal resultado, el desconsolador fenómeno, de que á mayor paso que la actividad industrial, se ha desarrollado una poblacion, siempre superior á la riqueza: hallaréis que esos grandes intereses nunca llegan á ser los intereses de la totalidad: hallaréis que numerosísimas clases de esa sociedad opulenta no tienen más patrimonio que la privacion, que la envidia, la ignorancia y la fuerza brutal. Hallaréis, en fin, Señores, que delante de ese tremendo concurso de acreedores, el poder que no tiene que rendir otras cuentas que de oro y fortuna, está siempre en quiebra, y se levanta todos los dias amenazado de ser preso por deudas.

La poblacion menesterosa y desvalida le pide pan, le pide sustento; y aquel poder, que se proclamaba exclusivamente económico, vé que no tiene con qué alimentarla: aquel poder, cuyo destino se había anunciado exclusivamente materialista, no tiene con qué dirigirla. Habia escrito en su programa "riqueza," y la democrácia hace revoluciones en nombre de la miseria. Había escrito en su ley "bienestar y fortuna para todos," y las clases desvalidas y desafortunadas aspiran á apoderarse del Gobierno para realizar su programa, no por el largo camino de la produccion, sino por el más corto del repartimiento.

Su raciocinio es lógico, Señores: el principio del Gobierno es el que era falso. Se les había dicho que en la sociedad había bienes para todos; y ellos creen que si to-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dos no tienen lo bastante, es porque muchos tienen demasiado. En la hora del terrible desengaño; en la hora en que se descubre cómo en la sociedad más floreciente, si se repartiera la riqueza general, todos serían mendigos; en la hora en que se demuestra que para que muchos millones de hombres tengan lo bastante para no morirse de hambre, es menester que haya algunos, cuyo capital exceda en mucho á sus necesidades, no hay ningun principio preparado, no hay sentimiento alguno capaz de hacer comprender á las masas la ley de la humanidad, y de hacerlas someterse resignadamente á su suerte.

Las clases inteligentes se levantan aterradas para hablar á la muchedumbre, de deberes y de principios, de conciencia y de obligaciones. Pero ¡ay, Señores; que estas palabras se habían desterrado ya del lenguaje de la política! Las clases inteligentes reclaman entónces los derechos de la libertad individual y de la propiedad privada. Pero la política había ya dado el ejemplo de reglamentar la actividad personal, y de intervenir en todos los usos del trabajo, y en todas las modificaciones de la propiedad. Las clases inteligentes aspiraron á fundar la soberanía, y á cimentar la asociacion sobre un principio colectivo, superior á las exigencias de la muchedumbre; y burladas por la economía, como desamparadas de la moral y de la religion, no encuentran en ese cataclismo otro elemento, ni otro principio que la fuerza!....

Entónces, Señores, sobrevienen entre las clases de la sociedad aquellas luchas tremendas, que en los tiempos primitivos trababan dos razas enemigas, para apropiarse un territorio; y cuando estas luchas se encarnizan, aunque la inteligencia y la propiedad tengan una hora fuerza para vencerlas, no tienen un principio ni un sistema para extinguirlas.

Entónces la nacionalidad se ha disuelto, y la asociacion ha desaparecido. Ha perdido su unidad, porque ha faltado á su ley, porque ha renunciado á su destino. Su ley y su destino eran la influencia moral, la influencia intelectual, religiosa ó política de la Nacion: su ley y su destino se han hecho el interés y la riqueza del indivíduo; y la riqueza y el interés del indivíduo, no son la ley social, porque no son la condicion de la humanidad: no son siquiera la situacion, en que los hombres y los pueblos consuman más grandes é importantes hechos sobre el teatro del mundo, y en el dominio de la Historia.

Dios permitió á la vista de los pueblos, como á la de los ejércitos, que Roma sóbria, pobre y religiosa, triunfara del mundo; y que el Imperio romano, abrumado con todas las riquezas del universo, fuera presa de un puñado de bárbaros. Dios permitió que seis falanges griegas anonadaran en una campaña los ejércitos innumerables del Rey de Reyes. Dios permitió que el potentísimo Imperio de los visigodos se hundiera en el Guadalete, bajo el alfanje de los rústicos y escasos secuaces de Tarik, y que pocos millares de montañeses cántabros arrojaran á las arenas de África el fastuoso poderío de los Califas del Guadalquivir. Dios permitió que quinientos soldados de Castilla conquistaran un Imperio de muchos millones de habitantes. Dios ha permitido, en fin, que una nacion de treinta y dos millones de almas, fortísima y opulenta, haya estado á punto de hundirse y desaparecer en la barbárie, al dia siguiente de una revolucion política, por no poder gastar en dar sustento durante un mes á doscientos mil obreros; la mitad de lo que costó

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cualquiera de las catedrales que levantó la piedad religiosa en los tiempos bárbaros.

Por último, Señores; Dios permite que el socialismo político haya llegado al mismo punto que el materialismo filosófico, para decir al uno: "¡no tienes porvenir!...." ó para decir al otro: "¡no tienes remedio!"

IV.

Es muy dura esta palabra, Señores; es muy desconsoladora esta sentencia: lo sé. Es un anatema demasiado absoluto para que no pueda ser modificado. No es, á la verdad, mi propósito, Señores, repetir en este recinto las fatídicas palabras: ¡*Lasciate ogni speranza*!—Mi corazon las abriga fervientes y sinceras. Al consignar la historia y filiacion de estos fenómenos, la razon y la filosofía quizá pueden deducir que el espectáculo, que presenta la situacion actual de Europa, no será perdido para el sentimiento de los pueblos, ni para la inteligencia de los hombres encargados de dirigirle.

Cuando hemos dicho "no hay remedio," hemos querido decir: "no le hay por ese camino;" pero no pudimos pensar que sea imposible apartarse de esa senda fatal, en cuya rápida pendiente pueblos y Gobiernos han perdido, en su precipitado impulso, el equilibrio de las fuerzas sociales. Que el equilibrio se restablezca, y veréis cómo aparece el órden. Que la sociedad viva para la sociedad: que el poder sea para la Nacion: que las naciones no crean que existen con sólo el fin de que el individuo viva y goce: que comprendan que la riqueza y el

bienestar son un accidente individual, como el génio, como el saber portentoso, como la fuerza hercúlea, como la hermosura perfecta, como la virtud heróica, como la religiosidad santa; pero que no son éstas dotes el patrimonio comun de los individuos. Que el poder interpréte de una manera más inteligente y elevada la mision de sus obligaciones; que la sociedad tenga una conciencia más moral, más severa, ménos epicúrea y ménos falsa de sus derechos; y que demostrado que el interés material no puede ser nunca el interés de todos, haya, superior, en el centro de la esfera social, un interés político, comun á los que gozan y á los que nada poseen.

Veréis cómo entónces la democrácia se convierte en patriotismo; cómo las revoluciones varían de rumbo; cómo las clases sociales se armonizan; cómo las predicaciones del socialismo materialista pierden su cebo. ¿Sabeis cuál es el antídoto más activo contra la democrácia revolucionaria? La inteligencia filosófica de la libertad individual por parte del poder. ¿Sabeis cuál es el freno más poderoso contra el nivelador comunismo del interés? La comunidad de un sentimiento desinteresado.

¿Creéis que voy á concluir por la fraternidad republicana? No, Señores: harto sé ya lo que significan las palabras en el diccionario de unos hombres que, al llamarse hermanos, niegan que la humanidad tenga Padre!

De otro principio, de otro orígen sabíamos todos más antiguo, más eficaz, más alto, más sublime, más poderoso: PER QUEM OMNIA FACTA SUNT, ET SINE QUO FACTUM EST NIHIL; pero antes de llegar á él, antes de tocar á la última consecuencia de nuestros raciocinios, bien comprenderéis, Señores, que tenemos que hacer todavía muchas paradas y reconocimientos en el andado camino. He

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

indicado con demasiada lijereza algunos resultados, para que no reconozca el deber de ilustrarlos. He presentado incidental y accesoriamente algunas proposiciones demasiado controvertibles, para que me atreva á esquivar el compromiso de tratarlas de deliberado propósito.

Me someto al deber de mi conciencia y de mi posicion. Sin querer, estoy luchando con tres adversarios poderosos: con la filosofía socialista, con la economía política, y hasta cierto punto, con la política constitucional. Para sostener esta lucha en nombre del órden social y de la verdad filosófica; para atreverme á ser más liberal que los demócratas, y más conservador que los Gobiernos, es menester, Señores, que pueda retroceder á proposiciones que dejo asentadas. Conozco que esto podrá hacer pesados mis trabajos, áridos y fatigosos mis discursos. Pero de vosotros, Señores, espero la indulgencia necesaria para realizar mi propósito: de vosotros, que me habeis sostenido en mi taréa, y fortalecido en la sinceridad de mis convicciones: de vosotros, que tan ámpliamente me indemnizais de la oscuridad en que se sepultan y ahogan estos estudios y trabajos, cuando no lleva un nombre francés ó aleman, sinó un apellido español, quien á ellos se consagra.

LECCION SÉPTIMA.

DE LA PROPIEDAD CON RELACION Á LA RIQUEZA.

I.

Señores: La economía política, el socialismo y la oratoria no han descubierto todavía el secreto de hacer derramar lágrimas de ternura, ó hacer palpitar de entusiasmo, en cuestiones en que se trata del orígen de la propiedad y de la formacion de la riqueza. Cúmpleme, pues, en ésta noche, como en alguna de las anteriores, advertiros y suplicaros que mireis con indulgencia la aridez indispensable de mis palabras.

Sin poder negar nosotros que las hipótesis han conducido á veces al descubrimiento de verdades importantes para la felicidad del género humano; sin desconocer que á veces ha sido necesaria la suposicion gratuita de ciertos datos, para venir á la demostracion real y absoluta de su certeza, no podemos tampoco dejar de confesar que la razon humana ha solido abusar del procedimiento hipotético, especialmente cuando no sólo se han asentado como ciertos los datos necesarios para resolver un problema, sinó que la suposicion ha recaido sobre el problema mismo que se intentaba resolver; y sobre todo cuando era menester, no ya suponer, sinó inventar este resultado. Tal vez es fácil, y es permitido, que la medicina,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

indicado con demasiada lijereza algunos resultados, para que no reconozca el deber de ilustrarlos. He presentado incidental y accesoriamente algunas proposiciones demasiado controvertibles, para que me atreva á esquivar el compromiso de tratarlas de deliberado propósito.

Me someto al deber de mi conciencia y de mi posicion. Sin querer, estoy luchando con tres adversarios poderosos: con la filosofía socialista, con la economía política, y hasta cierto punto, con la política constitucional. Para sostener esta lucha en nombre del órden social y de la verdad filosófica; para atreverme á ser más liberal que los demócratas, y más conservador que los Gobiernos, es menester, Señores, que pueda retroceder á proposiciones que dejo asentadas. Conozco que esto podrá hacer pesados mis trabajos, áridos y fatigosos mis discursos. Pero de vosotros, Señores, espero la indulgencia necesaria para realizar mi propósito: de vosotros, que me habeis sostenido en mi taréa, y fortalecido en la sinceridad de mis convicciones: de vosotros, que tan ámpliamente me indemnizais de la oscuridad en que se sepultan y ahogan estos estudios y trabajos, cuando no lleva un nombre francés ó aleman, sinó un apellido español, quien á ellos se consagra.

LECCION SÉPTIMA.

DE LA PROPIEDAD CON RELACION Á LA RIQUEZA.

I.

Señores: La economía política, el socialismo y la oratoria no han descubierto todavía el secreto de hacer derramar lágrimas de ternura, ó hacer palpitar de entusiasmo, en cuestiones en que se trata del orígen de la propiedad y de la formacion de la riqueza. Cúmpleme, pues, en ésta noche, como en alguna de las anteriores, advertiros y suplicaros que mireis con indulgencia la aridez indispensable de mis palabras.

Sin poder negar nosotros que las hipótesis han conducido á veces al descubrimiento de verdades importantes para la felicidad del género humano; sin desconocer que á veces ha sido necesaria la suposicion gratuita de ciertos datos, para venir á la demostracion real y absoluta de su certeza, no podemos tampoco dejar de confesar que la razon humana ha solido abusar del procedimiento hipotético, especialmente cuando no sólo se han asentado como ciertos los datos necesarios para resolver un problema, sinó que la suposicion ha recaido sobre el problema mismo que se intentaba resolver; y sobre todo cuando era menester, no ya suponer, sinó inventar este resultado. Tal vez es fácil, y es permitido, que la medicina,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

por ejemplo, aspire á resolver el problema de llegar al término de la vida sin dolencias ni enfermedades. ¿Pero le sería lícito aspirar á preservarnos de la ley de la muerte? ¿No sería irracional, no sería extravagante una doctrina, que se anunciara con las pretensiones de prolongar por dos ó tres siglos ese período de la existencia humana, que no sólo es una consecuencia de las leyes del mundo físico, sinó que le encontramos en consonancia y armonía con las condiciones del mundo moral? Ciertamente, Señores. Y no sería necesario grande esfuerzo de la razon para negar desde luego hasta el exámen y crítica de esa afirmacion absurda.

Sin embargo, la razon humana y la más racional filosofía han procedido de esta manera en muchas cuestiones, sin incurrir en condenacion. Sin embargo, la filosofía y la política se han propuesto con frecuencia, no sólo en el campo especulativo de la teoría, sinó en la region práctica de la experiencia, en la esfera misma de la administracion y del gobierno, la resolucion de problemas, para cuyo resultado hubiera sido menester preguntarse primero, si el fin á que se aspiraba estaba en los límites de lo posible, y si no era una quimera absolutamente incompatible con la existencia del hombre y con la existencia de la humanidad.

¿Qué diríais, Señores, de quien hubiera invertido muchas vigilias y cálculos profundos en el medio de llegar á convertir toda la masa del Océano, no sólo en agua potable y dulcísima, sinó en una bebida regalada, en limonada gaseosa? (*Risas.*)

¿Os reís, Señores? Pues este problema no es invencion mia. En este siglo se ha propuesto, y sobre él se ha escrito; y de esta singular transformacion se ha dicho por

cierto célebre escritor, que llegará el caso de suceder fácil y naturalísimamente; que la condicion del globo se modificará hasta ese punto, no ya, Señores, por las leyes geológicas ó por las variaciones astronómicas, sinó por la accion de los adelantos de la industria del hombre sobre el planeta que habita.

¡Y qué! Os parece tan absurdo este problema, y tan delirante este pensamiento, porque se os presenta de bulto á vuestros ojos, porque lleva consigo la idéa del cambio de la naturaleza física; y no tendríais reparo en admitir á discusion otro, cuyo resultado supusiera el trastorno de la naturaleza moral, la variacion de aquellas leyes y condiciones, con que ligó á las sociedades y á las generaciones humanas la mano misma que saló las aguas del Océano, que escondió en el polo los tesoros de la nieve, y afirmó en la luna el punto de apoyo de la invisible bomba que mueve las maréas!—Sí, la filosofía y la política lo admitirian á discusion; y no solamente anunciarian su posibilidad, sinó que esta posibilidad la harian el objeto de su ciencia, el ideal de su perfeccion.

No lo dudeis. La política y la filosofía tambien se pusieron á contemplar ese océano, que se llama la humanidad; tambien le miraron agitado de tempestades; tambien le gustaron amargo y salado, con el sudor del trabajo del hombre, y con el llanto de sus dolores. No se contentaron con descubrir de qué manera, á pesar de las tormentas, y á riesgo de naufragios, podrian construirse bajeles que pusieran en comunicacion las apartadas orillas; no se contentaron con que en la inmensidad del piélago, donde no se veía ribera, hubiera para su rumbo señales en el cielo, y que en las caliginosas noches en que se encapotaba el firmamento, quedara á bordo la brújula que se-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ñala el polo. No pusieron su consideracion en que sobre esa inmensidad de aguas salobres, ardía un sol que las filtraba en tenuísimos vapores, para llevarlas dulces y cristalinas á los veneros de las fuentes, á las lagunas de las montañas, á la corriente tranquila y fecunda de los rios caudalosos. Ellos variaron, al compás de su cálculo, de su tipo de hermosura y de sus idéas de conveniencia, el órden y el destino de la divina creacion, y fingieron un ideal de perfeccion y felicidad en la anulacion de las leyes de la naturaleza.

Ellos dijeron á ese mar: "no tendrás tormentas, ni huracanes, ni correrá el tifon sobre tus ondas, ni se levantará de tus abismos la manga gigantesca. No nos basta el agua dulce de la lluvia y del rocío, de la fuente y de la laguna, tenuísima cantidad comparada con tus inmensos depósitos. Harémos que esa ley desaparezca, y que ese amargor eterno se convierta por todas las zonas, por todas las latitudes y por todas las riberas, en azucaradas dulzuras.—Mar de las generaciones, salado océano de las humanas dolencias, nosotros te harémos apacible como la taza de alabastro de los jardines; te harémos dulce y sabroso como el licor de los banquetes!

Y llamaréis á esto poesía, imaginacion; ya lo sé. Y yo tambien, Señores. Pero cuenta que esta es la poesía *de los otros*; que esa delirante quimera, la combato. Yo no la créo; yo no la invento para combatirla: ese absurdo y fantástico problema, propuesto está por la política y por la filosofía; y la solucion ideal, que el socialismo y la política buscan hace tiempo á la cuestion de la armonía de los intereses materiales, la solucion á que de consuno aspiran, y que resueltamente proclaman; el ideal, que se proponen, de felicidad, de ventura, de prosperidad, de

grandeza, no es otro que el que hemos anunciado. Es desalar el mar, que ha sido siempre amargo; es hacer opulenta la humanidad, que ha sido siempre necesitada; es convertir en placer y en reposo la ley universal, indeclinable y divina, que ha dicho al hombre: "suda, llora y trabaja:" que ha dicho al mar: "agítate y brama!"

Esa es, y no otra, la solucion que han buscado la filosofía y la política, cuando para resolver este problema, han querido agitar la cuestion de la propiedad, han querido buscar una solucion á lo que se ha llamado *cuestion del trabajo*.

No os sorprendais, Señores, si por tan extraños caminos hemos llegado nosotros tambien á estas regiones tempestuosas y ardientes. Teníamos que llegar: no eran nuestro punto de arribo; pero estaban señaladas en el derrotero de nuestro viaje, y no podíamos dejar de reconocerlas. Advirtamos que há tiempo que las estamos bordeando: cuestiones son que se presentan hoy á nuestros ojos natural y lógicamente, porque corresponden á esos dos objetos, que ha tomado por blanco de su direccion la civilizacion de los Gobiernos y la doctrina de los socialistas; la cuestion de la propiedad, que es la cuestion de la riqueza; la cuestion del trabajo, que no puede ser cuestion, sinó en cuanto se aspira á modificar esta ley de la naturaleza humana, convirtiéndola en placer, ó dándole la ociosidad por recompensa.

Tambien os extrañaréis, Señores, de que yo vuelva á equiparar en este comun designio, y á confundir en la unidad de intento, á los socialistas y á los políticos. Despues de haberme oido en las anteriores lecciones, no debéis extrañarlo. No he profesado en vano mis principios en las explicaciones precedentes, ni creo haber ex-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

puesto inútilmente á vuestra consideracion la filiacion de los sistemas, y la direccion convergente que habian seguido estadistas y filósofos. Lo que he hecho respecto á unos y otros en la universalidad de un sistema, eso mismo pudiera hacer en la especialidad de una cuestion. Los socialistas, los comunistas de todos géneros, los innovadores, los utopistas de todos los tiempos, y con más particularidad los de nuestros dias, han agitado, es verdad, —y demasiadamente lo sabeis,—la cuestion de la propiedad, hasta remover sus eternos fundamentos. Pero ¿no la habian agitado antes los poderes? ¿No había sido siempre esa cuestion objeto de atencion esencial y preferente de parte de los Gobiernos?

No hay que dudarlo, Señores: ni podía ser de otra manera. La cuestion de la propiedad es inherente á la cuestion misma de los Estados: ó ha nacido con ellos, ó ha nacido por ellos, ó al mismo tiempo de su organizacion se ha organizado. La propiedad es tan antigua como el hombre social: la cuestion de la propiedad es tan antigua como la asociacion política.

Y digo, Señores, tan antigua como la asociacion, y como el hombre asociado, porque bien conoceréis que la idéa de la propiedad, que parece tan individual, es cabalmente la idéa que más implica, que más directamente lleva consigo la vida de relacion y la idéa de sociabilidad. El hombre sólo no tendría propiedad. Ó se creería dueño de todo, ó no sería dueño de nada. Para que nazca la propiedad,—que es la limitacion de las facultades de los demás sobre lo que uno posee,—es menester que haya asociacion. En la vida individual,—si de alguna manera podemos formar idéa de esta vida,—sólo se concibe posesion y fuerza. Para que haya reconocimiento de un derecho, es menester la SOCIEDAD. La propiedad, como fuerza ó como facultad, puede comprenderse entre las necesidades individuales; pero la propiedad, como derecho, no puede existir en la naturaleza individual. Por eso, Señores, la propiedad ha nacido con la sociedad, y ha nacido con la ley. Por eso, Señores, no debe parecernos extraño que la idéa y el derecho de propiedad, haya residido en los Gobiernos y en las legislaciones, ántes que en los indivíduos.

Y en efecto: el derecho de propiedad, examinado en la historia de las naciones, ha sido primero un hecho colectivo, que un derecho individual. Las primitivas adquisiciones, las antiguas conquistas territoriales, el aprovechamiento de tierras ó de pastos, la colonizacion de los desiertos, y aun la fundacion de los establecimientos industriales, nunca se nos presentan como un fenómeno individual. Esos hechos grandes y primitivos, son siempre obra de una poblacion, de un ejército, de una colonia, de una tribu numerosa, de una raza. Hasta las cazas y las pescas de los pueblos salvajes, son siempre operaciones sociales. Cabalmente en esa condicion ruda y mísera, es donde el hombre es más débil y necesitado; donde nada pueden contra las fuerzas naturales y las necesidades físicas, los impotentes esfuerzos de su mísera y endeble organizacion individual. El plantador solitario, el agricultor aislado, el cazador errante, el obrero en su taller no se encuentran nunca, en esas épocas primitivas.

Estas condiciones y estas existencias son producto de una civilizacion adelantada; son resultados de la fuerza, poder y seguridad, que dan al indivíduo la existencia de un poder, y la seguridad y eficacia de los medios y de los recursos sociales. Entónces es cuando hay propiedad

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de apropiacion; pero en el orígen de los pueblos, Señores,—si nos es dado llamar con este nombre á ciertos períodos de muy informe y limitada cultura,—la propiedad de ocupacion es siempre propiedad social; la propiedad individual no es más que de repartimiento. En esa primitiva condicion de las sociedades humanas, no encontramos más que ejércitos, que caminan á la conquista del mundo. La propiedad social se adquiere por la razon de la victoria; el disfrute individual, por la ley del botin.

Sin embargo, éste derecho ha sido siempre reconocido por la sociedad, y no podía dejar de serlo. Propiedad social y colectiva, propiedad individual y de repartimiento, las dos nacieron y coexistieron con el hombre desde sus primeras y necesarias asociaciones; las dos eran un complemento de la obra, como de su misma existencia; las dos han existido siempre inseparables y correlativas; las dos reconocían una comunidad de orígen, en su principio originario y metafísico; las dos tenían un objeto y un destino comun, en la organizacion de la sociedad humana. La una y la otra tienen su fundamento en la existencia misma y en la voluntad del hombre; fundamento que no es muy recóndito, fundamento muy sencillo, y que está al alcance de nuestras primeras observaciones.

La propiedad no es más que el ejercicio de la voluntad humana sobre los seres y objetos sometidos á la accion de su necesidad y de su deséo. La propiedad social no es más que la dilatacion de la existencia de la sociedad: la propiedad individual, la dilatacion de la existencia misma, de la personalidad del hombre. Ni la actividad del uno, ni la accion de la otra, se comprenden sin la propiedad, porque no se comprenden sin la apropiacion. No

comprendemos un cuerpo sin espacio donde se coloque, ni una accion sin tiempo en que suceda.

La idéa de la propiedad es tan metafísicamente necesaria, como éstas dos nociones eternas y fundamentales de nuestro espíritu. Pudiera decirse, Señores, que es idéntica con ellas. La propiedad es el espacio en que la vida humana se agita; es el tiempo en que la vida humana obra. Y tan positiva, y no figuradamente, es esto cierto, que toda propiedad material del hombre es en su condicion primitiva, adquisicion de espacio en que moverse, adquisicion de tiempo en que existir. Terreno y subsistencia; espacio y duracion, son las formas de toda propiedad, porque son en el hombre las condiciones de existencia, que le son comunes con todos los séres organizados. Su vida, su existencia, son su propiedad fundamental: propiedad es el rayo de luz que le alumbra; propiedad, el aire que respira; propiedad, el agua que templa su sed; propiedad, el fruto que sacia su hambre; propiedad, la sombra del árbol, ó la gruta de la peña en que reposa su sueño; propiedad, la piel que cubre sus miembros, ó el heno de que mulle su lecho. No hay accion ni momento de la vida, que sin propiedad puedan comprenderse.

Pero si extendeis la idéa de la propiedad hasta la pertenencia exclusiva; si avanzais hasta la seguridad de que aquella sombra de aquel árbol, de que aquella gota de agua, de que aquel fruto, y aquella guarida no han de venir á arrebatárselos ni otro hombre, ni una fiera; esta idéa, Señores, ya no entra en el dominio de la propiedad individual, porque las fuerzas del hombre aislado no alcanzan á tanto. Esa propiedad es una propiedad de civilizacion y de sociabilidad; es una propiedad de dere-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cho y una propiedad de ley. Es una propiedad de participacion. La sociedad ha podido hacer lo que al hombre le está negado. La sociedad ha podido reunir sus fuerzas contra la naturaleza y contra los individuos. La sociedad ha necesitado tambien espacio, territorio, subsistencia, vida; y esta dilatacion, sin la cual el hombre solo hubiera faltado y perecido desde el principio; esta asimilacion colectiva de la accion y de la personalidad social, es la cualidad fundamento de la propiedad–derecho.

II.

Por eso, Señores, esa propiedad reside primitivamente en el poder político. Por eso la sancionaron y la modificaron eternamente las leyes. Por eso la posesion y aprovechamiento del territorio fué la última en individualizarse. Por eso la propiedad no se consideró de tal manera consagrada exclusivamente al hombre, que le libertara de ciertas prestaciones, deberes y obligaciones para con los demás indivíduos. Por eso la propiedad, cuanto más originaria y primitiva, tanto más se presenta comunal y colectiva. Por eso cuanto más se individualiza, cuanto más se limita y se consagra al dominio privado del hombre, tanto más necesita y supone la intervencion, la fuerza, la accion del poder. Por eso en todos los tiempos los hombres partieron los productos de su propiedad con el Estado. Por eso la adquisicion y los contratos fueron objeto de solemnidades públicas: por eso la política intervino siempre en la propiedad, por medio de la ley de las herencias, de las succesiones, de los

jubiléos, de las sustituciones, y hasta en nuestros dias, Señores, nosotros hemos presenciado dos grandes revoluciones en la propiedad por medio de la ley política: la una en la propiedad industrial, por la abolicion de los gremios: la otra en la propiedad territorial, por las desvinculaciones.

Y no importa que estos cambios, tan radicales y profundos, hayan sido para repartir é individualizar más la propiedad. Esto prueba la verdad de nuestro aserto: esto afirma con un ejemplo patente que la política y la civilizacion, han procedido siempre de lo comunal á lo individual: que lo comunal era lo primitivo y originario; que lo individual ha necesitado para su confirmacion y estabilidad, de la ley y del Derecho. Pero es más todavía: ésta reparticion individual no se ha verificado ni en nuestros dias, ni en las épocas anteriores, en nombre del interés particular. Ese interés, por el contrario, luchaba por la conservacion del régimen existente. Esa transformacion se hizo en nombre del interés público, en nombre de la prosperidad general, en nombre de la sociedad, por la ley, y por la fuerza del poder político, que á la sociedad representa.

La sociedad, por consiguiente, en todas las épocas y en todos los países, bajo todas las formas de Gobierno, se ha considerado propietaria; y ha tenido razon para ello. Su título era tan legítimo en su orígen, como el del indivíduo. Pero en su objeto y en su fin todavía lo era más.

Efectivamente: así la propiedad particular como la propiedad social, además de tener un orígen inherente á la naturaleza humana, tienen tambien una causa final. Si la primera estriba en la accion, en la fuerza asimilado-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ra, y en la voluntad activa de que Dios ha dotado al hombre; la segunda se funda en la satisfaccion de sus necesidades, en la conservacion de su existencia, y en la mejora progresiva de su condicion material. El objeto de la propiedad privada es la satisfaccion de los deséos y necesidades del hombre; pero el deber de la sociedad tiene un objeto todavía más alto y más difícil: la subsistencia de la sociedad misma, sin la cual la misma economía política ha venido á reconocer que nada podría adquirir ni apropiarse el indivíduo.

En efecto; una pareja de hombres, desprovista de todo recurso anterior, y abandonada en manos de sus propias fuerzas, enmedio de la naturaleza más próvida, y del terreno más propicio á la satisfaccion de sus necesidades, perecería irremisiblemente de inanicion y de miseria, en la lucha sobrehumana de las fuerzas individuales, tan endebles y limitadas, contra los obstáculos inmensos de una naturaleza inculta, vírgen y resistente. Para que la palanca del humano poder llegue á superar estos obstáculos, y á dominar estas fuerzas, necesita un punto de apoyo, necesita instrumentos, necesita agentes, necesita los productos de otro trabajo anterior, necesita, en fin, lo que estamos acostumbrados á llamar *capital* ó anticipacion.

Ahora bien, Señores, tengo que asentar una proposicion, cuya controversia necesitaría un volúmen entero, y de la cual volverémos á tratar en la leccion siguiente; pero cuya verdad y meditacion profunda no creo que desmentirán los economistas más adictos á considerarlo todo desde el punto de vista de la accion del indivíduo: «la creacion de los capitales es absolutamente un imposible para la individualidad humana en el estado de aislamiento: la creacion de los capitales es un producto eminentemente social.»

No importa que en las civilizaciones adelantadas el trabajo del hombre llegue á apropiarse un número de productos tan superior á sus necesidades, que deje un sobrante para la produccion subsiguiente. Pero en esta condicion, ese trabajo y esa industria, si se examinan detenida y profundamente, obran y se ejercitan sobre capital anteriormente adquirido, ya sea de la sociedad, ya de otros indivíduos colocados en la misma posicion; sin lo cual no sería posible que el trabajo humano alcanzara á cubrir ni las primeras necesidades de la vida. Y bien, Señores; en la suposicion vulgar de un hombre ó de algunos hombres, empezando con solas sus fuerzas la obra de la produccion, estad seguros de que apénas llegarían á cubrir su diario sustento, y de cierto no serían capaces ni de perpetuar su especie, ni acaso de vivir, por la declinacion de sus fuerzas.

Prueba clarísima de la verdad de este fenómeno es que ahora mismo, en las naciones más adelantadas y opulentas, el capital social no es capital para todos los indivíduos; ese capital, repartido entre la masa general de la asociacion, no tocaría á nada, no serviría de nada; siendo propiedad alícuota de cada uno, no sería bastante para ser elemento de trabajo; se confundiría con la ganancia, con el salario, con la produccion diaria y estrictamente necesaria, y desaparecería en un momento, quedando la sociedad en la indigencia primitiva.

El capital necesario para este trabajo de subsistencia y adelantamiento, es una creacion á que nunca puede arribar en su orígen la fuerza individual; y donde quiera que se encuentre una sociedad organizada, teneis que en-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

contrar, Señores, una acumulacion de medios, de recursos, de instrumentos, de fuerzas y de métodos, que se deben exclusivamente á la accion de la sociedad, y son un elemento necesario y una condicion rigorosa de la vida y del progreso: primero, para la subsistencia social, y en seguida, y como natural consecuencia, para la existencia y empléo de las fuerzas del indivíduo. No importa,—vuelvo á decir,—que ese capital se encuentre hoy en manos de muy pocos. Esto, si bien se mira, no es tan absoluto como se cree, y como á primera vista aparece; pero aun cuando, léjos de esto, las transformaciones sociales hubieran conducido la propiedad hasta el punto de casi universal repartimiento, á nosotros nos basta para nuestro propósito observar que la subsistencia social necesita capital y anticipacion; que ese capital es necesariamente en su orígen producto de las fuerzas de la asociacion, y que ese capital, repartido individualmente entre todos los asociados, perdería desde luego su naturaleza; y que en este caso dejaría de haber riqueza para ninguno, y anticipacion ó capital para todo y para todos.

De aquí se deduce, Señores, una consecuencia muy transcendental para la cuestion que vamos á examinar en breve. Este capital, que es necesario para la sociedad, y que no ha sido nunca, ni puede ser, propiedad y patrimonio individual de la totalidad de una nacion, ó ha tenido que pertenecer á la sociedad colectivamente, ó que concentrarse en manos de unos pocos: ha sido preciso, ó que pertenezca á una clase, ó que lo posea el poder.

Ahora bien: esto último era imposible: el poder por sí ni le puede crear, ni le sabe conservar. Ha tenido, sí, que comprender siempre, y reconocer instintivamente, la obligacion de velar sobre esta riqueza y este patrimonio de algunos, en nombre de ese mismo interés de todos, que no podian poseerle, porque le hubieran poseido para consumirle: ha tenido la mision conservadora y legítima de velar por ese bien de unos pocos, cuyo sobrante más allá de las necesidades representaba la subsistencia de la generalidad. Sí, Señores; ley es esta de la humanidad y de la economía. Para que los hombres no sean enteramente fieras selváticas, para que haya pilotos, que puedan conducir un bajel por el Océano, maquinistas que aticen el fuego de los vapores y locomotoras, soldados que evolucionen estratégicamente en un mes; es menester que haya inteligencias eminentes, ilustradas y científicas; que hayan venido al mundo Newton, James Watt, y Napoleon.

Lo repetimos, lo resumirémos formulándolo. Es necesaria la riqueza para la subsistencia de la sociedad, porque es necesario el capital para que sea útil y fructuoso el trabajo; así como tambien, sin el trabajo, desfallece luego y se disipa el capital: es necesaria la opulencia individual, no para que las naciones vivan ricas, sinó meramente para que puedan vivir. Sin este capital, sin este sobrante, sin esta riqueza, ya lo hemos dicho: no hay que pensar que serían pobres; desaparecerían completamente de la haz de la tierra, como desaparecieron las tribus natches é iroquesas de la América Septentrional.

Y véase cómo la cuestion de propiedad no es para nosotros, ni puede ser para la política social, cuestion de riqueza: es cuestion de subsistencia; es cuestion de vida. Por eso no ha sido nunca nuestro propósito, tratar á fondo la cuestion de la propiedad. Bástanos solamente señalarle su puesto y su jerarquía, en el órden de las cuestiones inscriptas en nuestro programa.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Y aun por eso, la existencia de la propiedad no es problema, ni una cuestion, ni una pura teoría, ni solamente una verdad. Es más que todo esto, Señores. Es un sentimiento, es una creencia. Sin la idéa de la propiedad, no existiría, ni tendría objeto en el mundo, el sentimiento ni la virtud de la justicia. La existencia de la propiedad no es un principio de utilidad ni de interés material; es una grande idéa moral. Avanzamos más. La propiedad, cuando pudiera ser controvertible y problemática en el terreno de las cuestiones humanas, sería todavía de revelacion y de derecho divino. No es verdad, Señores, que el cristianismo haya sido en ningun tiempo comunista. Los que lo han asegurado, no han comprendido el espíritu del Evangelio, ni tienen memoria de la letra de la ley santa.

Dios dijo entre los truenos del Sinaí: "No robarás." —Decidme qué es esto sino santificar la propiedad. Jesucristo predicó á los hombres la caridad y la limosna: la caridad á todos, ricos y pobres; la limosna ¿cómo había de recomendarla á los pobres y á los mendigos? La limosna por la caridad, y el repartimiento y distribucion de los frutos de la propiedad, por virtud del amor de Dios y del amor del prójimo; la sumision tambien, en nombre de la caridad. —¡Oh! Esta sí que es la perfeccion: esta es la resolucion del problema de la miseria humana.

Dios impuso á los hombres el trabajo. Á los ricos hizo entender que siéndolo, tenían obligacion de ser más caritativos, de trabajar más para los necesitados, de consolar á la miseria: y á esta obligacion, que no podía ser ley de la tierra, le dió en el cielo su sancion y su corona. Los fundamentos de la religion están más altos que toda filosofía. Por nuestras propias fuerzas no podríamos llegar á ellos; ni la caridad ha sido nunca ni invencion humana, ni invencion filosófica.

Explicada así para nosotros la sociedad, y comprendida á esta luz, para tratar de la propiedad, en sí misma y por ella misma, ni nos sentíamos con fuerza y con talento, ni hubiéramos podido abarcar en un curso entero el conjunto de consideraciones y principios, necesario para tan árdua y complicada taréa. Y además, Señores, ¿qué importarían mis trabajos al lado de los que acaban de consagrar á tan delicado asunto, los hombres más eminentes, los talentos más claros, las inteligencias más altamente reputadas de nuestros dias? No. Nosotros sólo hemos debido exponer con qué derecho y con qué título, con qué fin y para qué objeto, se han mezclado y han intervenido los Gobiernos en la cuestion de la riqueza, demostrando cómo era legítima esa intervencion.

Acaso tengan que reconvenirnos algunos, arguyéndonos que pues afirmativamente la resolvemos, hemos ido á parar á un resultado contrario al fin que nos habíamos propuesto. De ninguna manera, Señores: nosotros no podemos detenernos en este resultado. Por lo mismo que hemos llegado á punto de demostrar que la principal y privilegiada accion de los Gobiernos en la esfera de los intereses materiales, consiste en hacer que vivan y subsistan las naciones, por eso mismo tenemos que concluir que no puede esa subsistencia, ni para la filosofía, ni ménos para la política, convertirse en cuestion ni en problema, ni ménos revestir las formas de una quimera, ni los visos de un imposible.

Y en el terreno práctico, Señores, para nosotros, ántes de la cuestion de la creacion de la riqueza, hay en el órden del interés material otra cuestion más profunda,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que es á la vez su elemento, y que la comprende; la cuestion de subsistencia. Para nosotros,—no nos cansarémos de repetirlo,—el problema no puede plantearse proclamando el medio de que todos puedan gozar. La verdadera cuestion es cómo todos pueden vivir.

Pues bien, Señores: desde que para llegar á este resultado creemos necesaria la existencia de un capital, bastante grande para que puedan conservarle algunos; desde que averiguamos, desde que consignamos que por inmenso que fuera, si lo poseyeran todos, sería para disiparle y hacerle morir, la cuestion de la propiedad quedaba reducida á saber si la posesion de ese capital debía estar en manos del poder colectivo, por medio de una organizacion comunista, ó en manos de una clase de la sociedad, por medio del fenómeno social de la produccion de la riqueza.

Propuesta así la cuestion, Señores, claro es,—ya lo habeis podido echar de ver en vuestra ilustrada penetracion,—que no podíamos ménos de llegar á las consecuencias que habíamos anunciado. La organizacion comunista, confundiéndose en último resultado con la distribucion del capital, no satisface las condiciones de la civilizacion y de la humanidad; la organizacion política y social, fundada en el interés individual de una clase más ó ménos libre, más ó ménos limitada, puede llegar á la solucion del problema de la subsistencia; pero al ideal de la riqueza y de la fortuna, como el socialismo y la economía política lo habian propuesto, no puede llegar organizacion alguna.

Este problema, Señores, no en vano lo hemos comparado al de endulzar el Océano. La cuestion para nosotros no podía ser esa absurda quimera. Resignados tambien

en cuanto á esto, á la ley de la naturaleza, tenemos que contentarnos con esa ténue evaporacion del sol, y pensar en aprovechar para la sed, para el riego, para la navegacion y para fecundar la tierra, los veneros de las fuentes, el raudal de los rios y la benéfica lluvia de los cielos.—Al Océano, Señores, tenemos que dejarle su amargor y sus tempestades, sus maréas, su bramido y sus inevitables naufragios.

III.

El mundo va siendo ya viejo, Señores: todo se ha ensayado ya en él prácticamente por la política y por los Gobiernos; hasta el régimen comunista, hasta la concentracion del capital y de la tierra por el poder político. Y aun allí donde se dejó á una clase la propiedad de la tierra y el poderío de acumular riqueza, vemos conservada como obligacion directa de los Gobiernos, y como cargo del Estado, el cuidado inmediato y diario de la subsistencia de la muchedumbre.

Pero en las sociedades en que se hicieron estos ensayos, y en que se reconocieron estas obligaciones, nunca se llegó al resultado que se logra para la subsistencia general por medio del trabajo y de la produccion pacífica. Las sociedades en que el poder se encargó de la subsistencia general, necesitaron el despojo, la guerra, la depredacion, la conquista, y despues de todo, la servidumbre. Roma y las repúblicas griegas necesitaron robar para vivir. Para distribuir á la plebe hambrienta el diario sustento, necesitaron reducir á la esclavitud y á la miseria á la mitad del mundo; y esas distribuciones, que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

abolían el trabajo, y ahogaban el estímulo de la actividad humana, no hacian más que perpetuar la miseria y la degradacion.

Pero todavía para concebir éste régimen, para dar consistencia á ésta organizacion, para sostener y dilatar el principio de la guerra y del despojo, condicion indispensable de esa precaria subsistencia, tenemos que recordar que no era ésta necesidad misma el principio en cuyo nombre se hacía la guerra; que ninguna nacion del mundo había tenido la impudencia de proclamarlo, y que en nombre de este intento y de este propósito, no hubieran podido nacer el patriotismo, las virtudes y el heroismo necesarios para realizarlo. El poder de Roma y de Grecia sobre las demás naciones, representaba la civilizacion y la ley; la unidad y la ciencia; la libertad y la proteccion. Sobre la necesidad de vivir descollaba un fin y un principio más alto, de grandeza moral y de superioridad política; y no eran solamente los trigos de Egipto y los vinos de Chipre los móviles de aquellas formidables legiones, que oían resonar en los bosques de la Germania, como en los arenales de Palmira y en las gargantas del Pirinéo, aquella voz eléctrica y sagrada, que gritaba desde la altura del Capitolio:

Tu regere imperio populos, Romane, memento.

Y la otra solucion que conocemos, la organizacion moderna, distribuyendo la riqueza, y remitiendo la formacion de los capitales á la actividad del trabajo y de la industria humana, no olvideis, Señores, que esta organizacion,—aun cuando tan satisfactoriamente se explica y se comprende,—no se improvisó así; que á la posibilidad de esta situacion hemos llegado, despues de pasar por

otras condiciones muy distintas del régimen que en el dia alcanzamos; que la libertad actual de la produccion se fundó sobre la base de un capital préviamente acumulado ó recogido por la sociedad; que necesitó tambien la intervencion del poder público, y revistió asimismo diversas formas y caractéres distintos, que sería curioso é instructivo seguir á través de la historia de los pueblos modernos.

Tambien esta organizacion en sus principios necesitó la guerra; tambien necesitó del trabajo social; tambien se fundó en la ocupacion de la conquista; tambien tuvo que repartir el territorio en manos de una clase; tambien tuvo que asegurar la subsistencia de las masas por medio del vasallaje feudal y del trabajo obligatorio; tambien tuvo que dejar á clases menesterosas aprovechamientos comunales; tambien se vió obligada á impedir el repartimiento individual de las tierras y de los capitales, por medio de la amortizacion y de las vinculaciones; tambien dictó leyes á la industria por medio de los gremios.

Y si es verdad, Señores, que todas estas instituciones se presentan ahora á nuestros ojos como fenómenos de la barbárie, ¿serémos capaces de afirmar que sin estos elementos, é instituciones y formas, hubieran llegado esas sociedades bárbaras al período de cultura y de civilizacion, en que nos ha tocado vivir? ¿Serémos capaces de afirmar que estas naciones en sus principios hubieran provisto á su subsistencia, y á su crecimiento y desarrollo, por medio de un repartimiento individual y comunista del capital primitivo, por medio de la libertad omnímoda de las desvalidas y niveladas muchedumbres? ¿Podrémos atrevernos á afirmar que las sociedades

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hubieran andado desde el primer dia fuertes, erguidas y vigorosas, sin estos, que ahora nos parecen andadores y castillejos? Cuestion es esta, Señores, demasiado árdua y profunda, para que nuestras limitadas fuerzas se atrevan á resolverla.

Examinando las condiciones de la civilizacion presente, aprendamos, Señores, á respetar la historia de lo pasado, como obra de la Providencia y de la necesidad. Esa barbárie ha producido la civilizacion actual. Lo que de esta civilizacion hereden los siglos futuros, no lo podemos predecir nosotros. Lo único que sabemos es que ésta organizacion satisface más completamente que la antigua á las necesidades de los pueblos; que las sociedades y las razas antiguas casi desaparecieron; que los pueblos de nuestros dias, por más que presenten fenómenos de revolucion, no ofrecen síntomas de decadencia, de desaparicion y de muerte. La subsistencia material de las naciones modernas está asegurada; y esta es una gran conquista sobre lo pasado. Preguntadlo á la Historia.

Pero la subsistencia nada más, Señores. De las dos soluciones que dejamos enunciadas, de los dos sistemas, que más ó ménos completamente han ensayado las sociedades,—ya lo véis,—ninguno ha podido resolver el problema de la riqueza universal, de la riqueza individual, de la riqueza de la mayoría. Luego esta condicion, Señores, no es la condicion de la sociedad. Luego cuando se le señala éste fin quimérico por la filosofía, y cuando se propone por la política éste resultado imposible, se lanza en el seno de las sociedades un gérmen de luchas, se arroja sobre las muchedumbres una téa de revolucion, se destila en el ánimo de los indivíduos una corrosiva ponzoña de encono y de egoismo.

Luego hay que señalar á las sociedades otro destino, á los Gobiernos otra mision; luego hay que fortalecer á los individuos en una creencia ménos falsa que esa esperanza irritante y engañosa. Luego tenemos que decir á los hombres y á las sociedades, á los súbditos y á los Gobiernos: «La riqueza de una minoría es una condicion necesaria para la subsistencia general; pero la condicion general, es la expresion vulgar—profundamente filosófica y sencillamente cristiana,—*ganar la vida.*» Y para conservar y dirigir á las sociedades en esta condicion, es menester vivificarlas con un principio, con un sentimiento, con una virtud ó con una creencia, indispensables para someterse á esta desigualdad y á esta ley, como nos sometemos ó resignamos á la necesidad del dolor y de la muerte.

Y luego me diréis que saco consecuencias duras, tiránicas, desapiadadas..... ¿quién sabe si revolucionarias? ¿quién sabe, si demagógicas? ¿quién sabe, si absolutistas y opresoras? Es verdad, Señores, que á las veces el hombre no es dueño de sus idéas, aunque sean errores: y si lo fueran las mias, nunca he abundado tanto en mi propio sentido, que me avergonzara de retractarme de mis juicios ante el escándalo ó el peligro de desastrosas consecuencias. Pero si el hombre no siempre es dueño de sus raciocinios, lo es de su voluntad, lo es de sus intenciones; y yo puedo responderos de la sinceridad y rectitud de las mias en la exposicion de mis doctrinas, en el dogmatismo,—que tal vez parezca escéptico,—de mis modestas creencias.

No faltará quien piense que yo quiero condenar á eterna y estacionaria pobreza á las naciones. No, Señores; no es ese mi intento. Solo quiero decir que considerando

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

siempre á los pueblos y á la humanidad como un sér colectivo, he creido encontrar, que por medio del interés, ni aun las cuestiones de interés se resuelven; y que el adelanto material de los pueblos nunca puede llegar á tan alto punto, que baste él solo para ser la ley y el destino de las sociedades. Afirmo que esta satisfaccion de todo deséo y de todo interés, será siempre escasa é imperfecta; y que si las sociedades antiguas conservaron su vida y su unidad, á favor de principios más fecundos y activos que el interés, cuando á su satisfaccion se oponía el atraso de una civilizacion imperfecta, no ménos necesario es un sentimiento, una creencia, una virtud social, cuando la satisfaccion de las necesidades solo tiene por obstáculo la limitacion y natural flaqueza de la condicion humana.

Si esto es duro, y bárbaro, y desconsolador, Señores, proclámese lo contrario. Que la inteligencia de los que meditan, y la experiencia de los que mandan, sigan erigiendo en principio que el interés individual se basta y se sobra á sí mismo; que el interés material basta y sobra para la sociedad. La lucha, la revolucion, la guerra, la demagógia, los intentos de trastornos radicales, el levantamiento de las masas, la irritacion de las pasiones y apetitos sin freno, y la agitacion corrosiva de esperanzas burladas y escarnecidas, vendrán, Señores, de donde vengan; pero de seguro no vendrán como consecuencia de estas palabras..... que se llaman duras, de estas doctrinas despiadadas; de estos acentos de un corazon empedernido, que no sabe decir á las turbas: "Teneis derecho á ser ricos ó á despojar á los que lo son: teneis derecho á gozar, ó á degollar á los que gozan."

¡Oh! sí, es mucha barbárie, mucho retroceso, mucha dureza, mucha impiedad decir á los hombres: "trabajad

y sufrid! Algunos de vosotros seréis ricos, y esa riqueza sobrante será el elemento del trabajo y de la subsistencia de los demás. Trabajad y vivid; que vuestra taréa es el trabajo y la vida. La riqueza es un fenómeno excepcional, necesario para la subsistencia social; pero vuestra condicion general no es físicamente más que lo que llamais "ganar la vida." Trabajad y vivid; y los que no llegueis á ser poderosos y opulentos, sabed que sin ese fausto y esa opulencia de algunos, no trabajaríais, ni viviríais, porque os moriríais de hambre. Trabajad y vivid: y pues que la riqueza general es un fin quimérico sobre la tierra, otro será el fin, y otro el destino, y otro el objeto para que vosotros vivais, para que las sociedades vivan, para que vosotros formeis parte de esa sociedad, cuya existencia sola no puede ser tampoco su fin último y exclusivo.

Soldados de fila de los grandes ejércitos de la humanidad!.... los caudillos célebres á cuyos piés se prosternó el mundo, no tenían oro para todos sus soldados, no tenían el baston de mariscal, ni los tres entorchados de Capitan General, sino para muy pocos. Y cuando llevaban sus tropas por dilatados y desiertos climas, desnudos, helados y hambrientos, á algunos podría sonreirles la fortuna; pero ellos no prometían á sus legiones sinó la victoria. No tenían para todos un manto de armiños, ó una corona ducal; pero para todos tenían una sonrisa de entusiasmo, y una cinta teñida con los colores de la gloria. No tenían para todos pan candeal y viandas exquisitas; para todos, sí, palabras de fuego, y miradas magnéticas, y gritos de entusiasmo.

Y ellos iban á la muerte sin pan y sin zapatos, porque no peleaban por vestirse y calzarse; ellos iban al marti-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

rio, sin goces y sin esperanza, porque el nombre de la Patria, ó el amor de su General, eran su bien y su tesoro. Ellos hacían prodigios de heroismo en los dias de batalla, empeñándose mil veces, aunque la fortuna no les alcanzara; y en los dias de la desgracia, y en la confusion de la derrota, enterrados en masas de hielo ó de arena calcinada, ó envueltos en las ondas de un rio impetuoso, luchaban desde el fondo del abismo, por subir un momento sobre la superficie de las aguas, para poder gritar en su agonía: "¡Viva el Rey! ¡Viva España! ¡Viva el Emperador!» y morirse en un éxtasis de gloria.

Y bien, pobres soldados de la humanidad: ¿no seréis capaces de creer que lo que hicieron Viriato y el Gran Capitan, y Hernan-Cortés, Napoleon, ó César, ó Alejandro, ó Pedro el Ermitaño, ¿no lo puede hacer el Dios poderoso, que os ha dado el alma y la vida, y que encendió las de ellos? Por lo mismo que no habría ejército si todos hubieran de ser mariscales y caudillos, ¿no comprendeis que el destino de vuestra vida es el resplandor de la aureola de su gloria? Porque no es sinó de algunos la carroza del triunfador, y porque la suerte de todos no es más que la racion del soldado, ¿no imaginais que esa hueste va á otro fin y á otra conquista, que al mero y pobre goce del diario sustento?

Soldados de fila de la humanidad: en esa campaña no concluida, cuya epopeya es la historia del mundo, ¿creeis que el Dios de los ejércitos os ha enviado al campo de batalla para daros festines y banquetes, y que no hay al fin de esas penalidades, y de esos rudos trabajos, un destino más grande que la conquista del Asia, un sol más resplandeciente que el sol de Bailen ó el de Austerlitz? Si los soldados de Bonaparte se embriagaban de entusiasmo en los arenales del Nilo, porque una voz les gritaba á vista de las Pirámides: "cuarenta siglos os contemplan..... " si los españoles los contrastaban despues, y vencian con su sublime "NO IMPORTA!...." ¿no podréis reconoceros invencibles, cuando en los desiertos del mundo, os grita una voz poderosa: "Dios os vé: la Patria os sonríe; la eternidad os espera!...."

¡Oh! Yo sé que cuando esta voz suena en vuestro corazon, no reparais en la marcha penosa, ni en el calor que ahoga, ni en el suelo que punza, ni en el pobre alimento, ni en vuestros gloriosos harapos. No creéis desventura ni desastre que haya cadáveres mutilados, heridos que se lamenten, columnas barridas por la metralla, divisiones que se dispersen, batallones que se hundan en una sima. Más allá está la gloria, el placer, el lauro, el Hossana y el *Te Deum!* Soldados de la humanidad: esa es la vida, ese el destino..... lo pasado y el porvenir!

Un ejercito sois: un caudillo os guía; á una conquista vais. ¿Cual es ésta? Ese es el secreto del que os lleva. Pero cuando por el desierto os conduce, y con tantos padecimientos os prueba, no, no hay que dudarlo, yo puedo decíroslo: que no para ese desierto, ni para ese padecer os sustenta; despues de esas asperezas está el más allá!.... Y ese más allá es la Patria verdadera, donde todos son ya ricos, donde cesó el trabajo, donde se ignoran las lágrimas, donde con la realidad queda ya ociosa la esperanza!

Esa es la palabra que yo os digo: que sea esa vuestra creencia, y veréis cómo no se encrudecen sobre la tierra ni el disolvente y seco anhelar del egoismo, ni el odio de la riqueza, ni la desesperacion de la miseria, ni la insolencia de la fortuna; ni esos grandes motines sobre pan, que han dado en llamar revoluciones.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Y ahora, Señores, decid lo que querais de la dureza de mi doctrina, y buscad otra de más consuelo. Decid lo que querais de lo fantástico de mis promesas, y dad otras al mundo, de mayor verdad.

Que la verdad de las mias, Señores,—ya lo sé,—no es la verdad del socialismo, ni de la filosofía, ni de la economía política; pero es la verdad de la Historia, es la verdad del corazon, es la verdad del sentimiento y de la conciencia del género humano.

LECCION OCTAVA.

DEL TRABAJO, Y SUS CONDICIONES.

I.

Algunos han dado en creer, Señores, que ninguna verdad práctica puede ser demostrada sinó por la Estadística, y que todas las proposiciones que se asientan en aquellas ciencias y doctrinas que interesan á la condicion del hombre en la sociedad, deben estar sostenidas en séries muy compactas de números.

Yo tampoco acostumbro despreciar, y no desdeñaré nunca las observaciones estadísticas. Más de una vez han rectificado algunos errores: más de una vez han puesto á los hombres en camino de llegar á verdades profundas; pero tambien sé que con números solos nada se prueba, por la razon sencilla de que con números se prueba todo.

Los números sirven para calcular la progresion de un hecho general; no para encontrar la ley del hecho mismo. Con la Estadística se hacen las comprobaciones de la mortalidad humana; pero de seguro no necesitamos de ella, para saber que dentro de un siglo no quedará nadie de la generacion actual; ni es ella la que nos ha de demostrar el problema fatal de la muerte. De la misma manera no fué el cálculo, no fué el álgebra la que reveló á Newton la ley de la gravitacion celeste, por más que haya

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Y ahora, Señores, decid lo que querais de la dureza de mi doctrina, y buscad otra de más consuelo. Decid lo que querais de lo fantástico de mis promesas, y dad otras al mundo, de mayor verdad.

Que la verdad de las mias, Señores,—ya lo sé,—no es la verdad del socialismo, ni de la filosofía, ni de la economía política; pero es la verdad de la Historia, es la verdad del corazon, es la verdad del sentimiento y de la conciencia del género humano.

LECCION OCTAVA.

DEL TRABAJO, Y SUS CONDICIONES.

I.

Algunos han dado en creer, Señores, que ninguna verdad práctica puede ser demostrada sinó por la Estadística, y que todas las proposiciones que se asientan en aquellas ciencias y doctrinas que interesan á la condicion del hombre en la sociedad, deben estar sostenidas en séries muy compactas de números.

Yo tampoco acostumbro despreciar, y no desdeñaré nunca las observaciones estadísticas. Más de una vez han rectificado algunos errores: más de una vez han puesto á los hombres en camino de llegar á verdades profundas; pero tambien sé que con números solos nada se prueba, por la razon sencilla de que con números se prueba todo.

Los números sirven para calcular la progresion de un hecho general; no para encontrar la ley del hecho mismo. Con la Estadística se hacen las comprobaciones de la mortalidad humana; pero de seguro no necesitamos de ella, para saber que dentro de un siglo no quedará nadie de la generacion actual; ni es ella la que nos ha de demostrar el problema fatal de la muerte. De la misma manera no fué el cálculo, no fué el álgebra la que reveló á Newton la ley de la gravitacion celeste, por más que haya

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

servido á Keplero para encontrar las relaciones entre el impulso, la órbita y la densidad de los cuerpos planetarios.

Y luego, Señores, la Estadística es falaz, é inexacta: y luego, los que tienen la pretension de llevar la aritmética y las matemáticas á la region de las ciencias morales y de las doctrinas políticas, suelen olvidarse con frecuencia de la verdad más trivial de su ciencia favorita, á saber, de que no se suman sinó cantidades homogéneas: suelen olvidarse todavía más, de que en los problemas del álgebra moral los signos son tambien incógnitas, y que empezamos por ignorar cuál es la cantidad positiva, cuál la negativa, cuáles son los exponentes que se adicionan, cuáles son los que se destruyen. Y luego, Señores, la Estadística es un trabajo muy lento: es la obra de los siglos, y Dios no ha permitido que aquellas verdades en que se funda la existencia de los pueblos, la organizacion de las sociedades y la conservacion de la especie humana, quedaran á merced de la lentitud de estos trabajos, y de la dificultad ímproba de estas problemáticas observaciones.

Dios ha dado al hombre un instinto y una conciencia, que desde el principio se las revela; ó le ha dotado de facultades intelectuales y de sentimientos para dirigirse y obrar, como si aquellas verdades le fueran conocidas. Así, Señores, el hombre había usado de la palanca muchos siglos ántes de que naciera Arquímedes: así, Señores, el ave se remonta á los cielos, sin que le sea dado calcular la fuerza que necesita para encontrar punto de apoyo en los aires. No ha menester calcularla: siente que la tiene.

Muéveme á hacer esta reflexion la necesidad, en que

algunos me creerán, de probar con datos exactos un principio, que nos ha servido de fundamento en la conferencia anterior, para algunas deducciones importantes. En ella partimos del supuesto y del resultado, de que no había en la sociedad capital para todos; de que la produccion general, repartida igualmente entre todos los indivíduos de una Nacion, no dejaría sobrante para ninguno.

Este principio podrá redargüirse de aseveracion infundada: contra éste resultado se querrán abrir delante de nosotros las tablas de la Estadística. Contra las deducciones que nos ha suministrado, podrá decirse que hemos partido de un supuesto falso: ó llevando,—y en este caso, con más apariencia de razon,—á otra esfera nuestro raciocinio, todavía pudieran replicar, si en datos numéricos y experimentales lo fundábamos, que estos datos estaban tomados de una civilizacion imperfecta, de una condicion social atrasada; que nos encerrábamos en un círculo vicioso, y para encontrar un límite eterno á la prosperidad de las sociedades humanas, buscábamos sus condiciones perennes en las mismas de su situacion presente, cuya mejora es el problema propuesto.

Pues bien, Señores: esta propia razon nos hace conocer que de nada hubiera servido apoyar en números la verdad de mi principio. Siempre sería un cálculo fallido; siempre se podría apelar á otros guarismos; siempre se me podría decir que aunque la Estadística demuestre rigorosamente que el capital social repartido en la totalidad dejaría de serlo, esto no significaba más que la necesidad imperiosa de que las sociedades salieran de condicion tan mísera y precária, para elevarse á un grado de prosperidad en que haya sobrante para todos. Y aquí teneis cómo para explicar este hecho, cómo para dar la ra-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

zon ó señalar la influencia de otros muchos, no es bastante saber y decir que suceden; sinó inquirir y averiguar hasta qué punto es menester que sucedan, y si no pueden suceder de otra manera.

II.

Dije en verdad, Señores, y vuelvo á repetir, que para que hubiera trabajo para todos, era menester capital en manos de algunos; y que sin este capital, el trabajo no proveería á la subsistencia.—"Pero ¿y con qué razon,—se me dirá,—limitais el número de los poseedores del capital? Si para que una sociedad viva, es menester que una clase tenga sobrantes, ¿no viviría mejor si sobrara produccion para todas las clases sociales? Si el capital de unos pocos, como elemento del trabajo subsiguiente, se reparte escasamente entre una gran muchedumbre, ¿no sería más fecundo el trabajo, no sería más reproductivo, á medida que hubiera mayor número de capitales? Si en una sociedad pudiera llegarse al punto de que todos tuvieran capital..... "

—No concluyais..... Parad; que ahí está mi respuesta; que ahí está la imposibilidad de eso, que os parece fácil y naturalísimo. Parad; que en esa consecuencia está la razon eterna de nuestra proposicion, y el límite insuperable de ese progreso, que creeis ilimitado é indefinido. Parad; que os vais á encontrar con una consecuencia, cuya explicacion no se halla ni en la economía política, ni en las utopías socialistas, porque está en la naturaleza y en la organizacion humana. Parad; que

cuando me preguntais: ¿Y si todos los hombres tuvieran capital? Es como si dijéseis: ¿Y si todos los hombres llegaran á cien años, como llegan algunos? ¿Y si todas las mujeres parieran diez hijos, como muchas?....—Y yo, en verdad, os digo desde ahora, que si estos hechos sucedieran, se perturbaria el mundo moral; que en el órden físico no habría terreno para las generaciones humanas.

Si todos los hombres tuvieran capital..... todos serían capitalistas: no habría trabajadores. Si todos los hombres tuvieran sobrante, no habría necesidad ni estímulo: no habría ni trabajo, ni produccion. Si todos los indivíduos fueran capitalistas, tendrían que llamar de otra parte masas de obreros, ó emigrar adonde los hubiera, y el vacío de las clases necesitadas estaría al momento colmado; porque si todos los hombres tuvieran sobrante, lo consumirían hasta nivelarse con lo necesario, y hasta tener que trabajar por el estímulo de la miseria. Porque si es bastante para la disposicion útil del capital el uso de la inteligencia, la condicion del trabajo es el dolor y la fatiga del empleo de la fuerza; porque si basta para el uso del capital el aliciente de la comodidad, para la adquisicion de lo necesario es menester el aguijon del hambre, y la incertidumbre del sustento de la vida; porque, en fin, la rotacion de la actividad humana, lo mismo que el movimiento de los astros, no describe una línea indefinida, sinó que tiene una órbita, regulada por las fuerzas de su impulso y de su peso, que son en el mundo moral la actividad y el reposo.

En la esfera del interés material, y de la subsistencia del hombre, hay dos polos tambien, y dos condiciones: el capital y el trabajo: el capital, sin el cual el trabajo no puede producir; el trabajo, sin el cual el capital es es-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

téril: el capital, que se consume sin la necesidad de trabajar; el trabajo, que no busca el capital, sinó por la necesidad de producir para vivir. En esta armonía, que corresponde á la generacion de todos los séres, capital y trabajo son como los dos sexos de la produccion humana. Uno solo es infecundo, y perece. La reunion de uno y otro en un mismo sér, constituiría un hermafroditismo, no ménos estéril y más monstruoso. Con la universalidad de los elementos del trabajo, sin capital no hay trabajo posible: con capital para todos, no hay necesidad de trabajo para ninguno.

Y hénos aquí, Señores, cómo tambien hemos llegado natural y lógicamente á la cuestion tan debatida en nuestros dias, tan complicada, tan obscurecida, desde que se la ha querido examinar y resolver en sí misma, y con independencia de las demás leyes y condiciones de la naturaleza humana; desde que se la ha querido examinar y resolver como una cuestion puramente mecánica, y en vista de un interés exclusivamente material; desde que se la ha querido examinar y resolver, como tantas otras, á la luz de un punto de vista aislado, y concretada á un sólo indivíduo; sobre todo, desde que se la ha querido examinar, no con la intencion de resolverla, sinó con el propósito de abolirla.

Porque esa es la cuestion, Señores; ese es el problema que hemos visto plantearse en nuestros dias; la cuestion no ha sido hacer el trabajo productivo para todos, sinó dar al trabajo la seguridad de producir siempre; la cuestion ha sido asegurar al trabajo la produccion de un mínimum y de un sobrante; la cuestion ha sido quitar al trabajo la fatiga y la incertidumbre; la cuestion ha sido aliviar sus molestias, disminuir sus horas; la cuestion ha

sido *convertir el trabajo en placer*. Y esta cuestion, como las anteriores, lo mismo se la han propuesto el socialismo que la política; en los mismos términos ha intentado resolverla el epicureismo sensualista de las modernas utopías, que el propósito formal y concienzudo de los Gobiernos más ilustrados, más morales y más entendidos.

III.

Ahora bien, Señores: propuesta así la cuestion del trabajo, desde luego me confieso incompetente para tratarla, aunque á mi fin y á mi propósito cumpliera. Y esto, no solamente, y de seguro, por lo árduo, por lo difícil, por lo complicado: que por estas solas razones, ya que no me fuera dado aspirar á resolverla, á lo ménos no me abstuviera de plantearla. Pero en esto consiste para mí precisamente, no la dificultad inmensa, sinó la imposibilidad absoluta.

Ya lo hemos dicho, Señores, en la explicacion anterior. Los imposibles no pueden ser cuestiones para nosotros, los absurdos no pueden llamarse problemas; y variar las condiciones físicas y morales de las leyes de la humanidad, es, para mi manera de concebir la filosofía y la política, un imposible y un absurdo. Algunos filósofos de nuestros dias han intentado, Señores, escribir la historia del trabajo; otros, en mayor número, han aspirado á resolver el problema de su organizacion. ¡Colosal pensamiento, Señores, el de los unos! ¡Titánico y prodigioso esfuerzo el de los otros!

La historia del trabajo es la historia del mundo, la his-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

toria del hombre. La organizacion del trabajo es la organizacion de la sociedad misma, de la cual el trabajo no es más que una funcion, un aparato, un sistema, usando del lenguaje de los fisiólogos. En el organismo de la humanidad, el trabajo se puede equiparar á la fuerza muscular; y bien, Señores!.... todos los estudios fiisiológicos no alcanzarán á variar la estructura de un músculo. Dado es tal vez á la gimnástica desenvolver y vigorizar las fuerzas humanas en la condicion de su natural empléo; pero nunca podrá hacer que el hombre se sostenga en los aires con sus brazos, como el águila con sus alas; nunca podrá evitar que, abandonado á su peso, caiga desde la altura; nunca podrá hacer que los ojos vean sin luz, que el pulmon respire, y que la sangre circule sin el oxígeno del aire.

Por eso, Señores, está, ahora más que nunca, léjos de mi propósito, hacer lo que se ha llamado *historia del trabajo*, ni buscar las leyes de su organizacion; pero cumple, sí, al objeto que nos hemos propuesto, hacer con ésta cuestion lo que he intentado con la de la propiedad; no profundizarla; mucho ménos resolverla: es más modesta mi pretension. Bástame con señalarla puesto en el órden de nuestras meditaciones; con indicar su filiacion en el desarrollo de nuestras idéas; con manifestar su enlace con las doctrinas que vamos examinando; con demostrar la exageracion á que la ha conducido la preocupacion exclusiva de los intereses; con caracterizar la clase de influencia, que tal exageracion puede tener, y ha llegado á alcanzar, sobre las pretensiones de la política y de la filosofía; finalmente, con distinguir y determinar el papel que la ley del trabajo representa en el órden y mecanismo de las cuestiones sociales y del destino de la humanidad. Y cuando me reconozco insuficiente para inquirir las leyes de su organizacion, tal vez adelantaré más camino para mi propósito, ciñéndome á considerar las condiciones fundamentales de su existencia.

No me detendré por consiguiente, Señores, en la ruidosa controversia de lo que se ha llamado "derecho al trabajo." Confieso que despues de haber estudiado diez años la ciencia del Derecho, y de no haber pasado quizá un solo dia de mi vida sin tener que usar de esta palabra, cada vez entiendo ménos su sentido, cada vez me parece más inoportuno y estéril su significado, cuando se la aplica á ciertas funciones, actos ó necesidades de la vida. ¿Es de derecho, trabajar? ¿Hay derecho á trabajar? —Señores, no lo entiendo. Esta cuestion significa demasiado, ó no significa nada, porque no explica cosa alguna.

He nacido en una provincia donde es muy frecuente responder á una pregunta con otra, y aun no ha perdido del todo mi espíritu esta costumbre del país natal. ¿Es derecho trabajar?—Yo os preguntaré primero: "¿Es derecho ver, es derecho sentir, es derecho pensar, es derecho querer, es derecho vivir?" Puede ser que alguien me responda afirmativamente: puede ser que me contesten rotundamente que sí; que todos esos son derechos, y derechos imprescriptibles, y derechos sacrosantos. ¿Quién sabe? Posible es que yo mismo se lo haya llamado así alguna vez; pero, como dijo Prudhom de su famoso principio "la propiedad es el robo," hay palabras que se sueltan, y no se repiten: hay frases, que no son idéas; hay locuciones, que cuando no son fórmulas, son figuras; y no de figuras, ni de fórmulas, ni de frases sin sentido podemos pagarnos, cuando se trata de deducir consecuen-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cias transcendentales, y de asentar principios con el propósito de llegar á resultados.

Para mí, Señores, la palabra derecho, aplicada á trabajar, como aplicada á vivir, es una frase que no llamaré vacía; pero sí impropia é incompleta. Trabajar,—como vivir, como querer, como pensar,—no es un derecho, ni aun tampoco, en cierto sentido al ménos, es sólo una obligacion: es más todavía que esto; es un hecho, es un fenómeno, es una condicion, es una funcion, es una necesidad. Trabajar,—como querer, como pensar,—es existir, es respirar, es sér: es nuestra ley, nuestra existencia, nuestra personalidad, nuestra organizacion, nuestro destino.

El Libro de la Verdad, Señores, ha dado á esta ley divina la misma antigüedad y la misma importancia, que á la creacion del mundo. Dijo el Eterno desde las profundidades del cáos: «Hágase la luz, y la luz se hizo.» Y es aquella misma voz, Señores, que creó el cielo y los mundos, la que truena sobre el desterrado de Edén con aquella palabra formidable: «Con el sudor de tu frente comerás tu pan,» la misma que dice á la Madre del género humano: «Tu vientre parirá con dolores.» ¡Pues bien, Señores! La palabra de la creacion es eterna, como el poder del Altísimo: se está repitiendo siempre en el tiempo, para que los mundos se conserven. La palabra de la sentencia no podía ser ménos inmortal, ni más transitoria; estará tronando de contínuo en el oido de todos los hombres, para que el género humano viva.

En vano el orgullo del hombre se sublevará contra ella, y agitará en el calabozo su cadena, como el Encélado de la fábula removía en el fondo del Etna sus encendidas entrañas: los esfuerzos de su satánico intento no

servirán jamás, sinó para revelarle la extension de su flaqueza, y la insensatez de su impotencia. COMERÁS EL PAN CON EL SUDOR DE TU FRENTE, tanto quiere decir para el hombre, como para el sol, «Alumbrarás al mundo;» como para los planetas, «Rodaréis en derredor del sol mientras que tengais vida.»

Comerás el pan con el sudor de tu frente!.... y no pienses que eludirás esta ley, porque á fuerza de trabajo tengas un dia sobrante el pan de tu boca: porque yo daré á tu inteligencia y á tu corazon cien estómagos insaciables, que no se llenarán jamás, y que te hagan sudar eternamente para colmar su estimulante vacío. Con el sudor de tu rostro comerás el pan de tu hambre; y cuando el hambre se sácie, tambien será con dolor y con jadeante y desvelada fatiga, con lo que comerás el pan del saber, el pan de la ambicion, el pan del orgullo, el pan de la codicia, el pan del amor, el pan de la gloria y hasta el pan delicioso de la virtud, y el pan angélico y sagrado de la esperanza del cielo!

IV.

No es el objeto de éstas palabras entregarme á estériles ó místicas declamaciones. Mi intento es manifestaros que el trabajo es, ántes que todo, la condicion, la vitalidad misma de la humanidad, colectivamente considerada: que no es de ninguna manera una ley y una condicion individual. Fácil es sin duda representarse en la imaginacion la condicion y la existencia del hombre desocupado y ocioso, como podemos considerar á un hombre impotente, ó á una mujer infecunda. Pero á la humanidad no podemos verla de la misma manera: á las

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sociedades no podemos nunca considerarlas inactivas, por más que se nos presente con frecuencia el espectáculo de individuos inertes.

El trabajo es el movimiento, es la corriente, es la maréa y el oleaje del género humano y de las sociedades. ¿Qué importa que algunas gotas se estanquen y reposen en el hueco de una peña, en el remanso de una playa? La condicion y la vida del Océano es que se agite y se remueva: parado, se corrompería; y allí donde los hielos dejan en reposo su superficie, así en el mar de las aguas, como en el océano de las humanas generaciones, esa quietud es la calma, es la muerte, es el frio, es el invierno polar, es la desolacion hiperbórea y la noche eterna!

Pero como el trabajo es la condicion social, el trabajo social es la primera forma del trabajo. Sin el trabajo social, no existiría el trabajo del indivíduo; porque éste no tendría en qué trabajar. Faltaríale suelo, faltaríanle agentes, faltaríale morada, faltaríanle instrumentos, faltaríale anticipo, faltaríale capital; y nada de esto, no lo dudéis, Señores, puede procurárselo el indivíduo. El indivíduo por sí solo no puede ocupar un territorio: el indivíduo no puede asegurar y defender una sola cabaña: el indivíduo no puede abrir una comunicacion por la tierra: ni construir una mala canóa para surcar las olas: el indivíduo no puede llegar á obtener una onza de metal alguno, de cuantos están en las entrañas de la tierra: el indivíduo no puede arrancar una sola piedra, de las canteras que asoman á su superficie: el indivíduo no puede derribar ni un tronco de árbol, y si alcanzara á abatirlo, no podría transportarlo: el indivíduo solo no puede ni domar, ni dar la muerte á un animal poderoso.

No nos cansemos, Señores: en cualquiera de los ramos

de la industria y del trabajo humano, á que volvais los ojos, encontraréis imposible primitivamente el trabajo individual. Para ser fructuoso en el principio del mundo, hubo de concurrir á hacerle tal, para que el mundo se formara, Aquel á quien está reservada únicamente la creacion, el que sólo es poderoso á sacar el todo de la nada.

Fuera de esto, siempre encontraréis la necesidad de que para el trabajo humano haya precedido el concurso de la sociedad. El trabajo individual no es originariamente productivo: no es ni suficiente; y la primera condicion de todo trabajo es satisfacer las necesidades, y alimentar la vida del que lo ejecuta. Sin eso, tan inútil es como imposible. Vosotros concebiréis al hombre de la naturaleza, trabajando un dia entero: si aquel trabajo no le ha dado su sustento, si no ha sido produccion, si deja de serlo un solo dia, al dia siguiente el hombre habrá perecido.

El trabajo,—como la vida, como la ciencia, como el lenguaje,—necesita una generacion anterior, necesita un gérmen, necesita una fecundacion, necesita una maternidad, necesita una infancia, durante la cual no viva de sus propias fuerzas, sinó de ajenos cuidados y de anticipados recursos. No podeis comprender la existencia física del hombre, sin una madre que le haya criado, sin una familia, en cuyo seno se hayan guarecido sus infantiles años. Para asegurar en la edad adulta aquella suma de fuerzas, que es el capital de la vida, Dios ha hecho necesaria la familia: para dar al hombre robusto el conjunto de medios, que hacen posible su sustento y su adelanto, Dios ha hecho necesaria la sociedad.

Acabais de ver, Señores, cuál sería la condicion del trabajo individual, abandonado á sí solo; y que en esta

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

condicion la humanidad no hubiera podido durar un solo dia. Para que un indivíduo pueda hacer productivo su trabajo aislado, es menester que hayan pasado siglos; que la sociedad se halle muy asentada, muy constituida; que la civilizacion haya hecho muchos progresos. La primera produccion ha sido social, Señores; y el primer trabajo ha tenido que serlo: es imposible dejar de someterse á la necesidad de esta verdad histórica; pero no temais que de ella se deduzca ningun principio comunista, ni aun el del derecho al trabajo.

No. Considerada la sociedad en su condicion primitiva, y en la necesidad originaria de proveer á su subsistencia, no encontrarémos ese derecho, ni ese principio, no. Un principio muy diferente, una verdad más dura, un hecho ménos halagüeño es lo que se desprende de esta primera consideracion. No encontrarémos, —de seguro, —que el indivíduo tenga derecho al trabajo: no se presenta de esta manera el primer aspecto de ésta necesidad: lo que encontramos y deducimos infaliblemente, es que la sociedad tiene el derecho de hacer trabajar al indivíduo.

Por eso, Señores, los que de este socialismo primitivo quisieran sacar ejemplos y consecuencias para la civilizacion, tendrian que retroceder ante la anulacion de esa misma libertad individualista que invocan. Ese socialismo es la barbárie con todas sus consecuencias, porque es la infancia con todas sus miserias. En ese socialismo del primitivo trabajo, la sociedad tiene derechos; el indivíduo no los tiene todavía. La sociedad entónces no tiene cuenta más que con el trabajo social, no con la individual reparticion y recompensa. Que en aquellos trabajos el operario muera, ó el esclavo no goce, no afectará seguramente á la sociedad, como ella viva y adelante.

Que centenares de soldados queden en el camino, muertos de fatiga, de miseria, ó de inclemencia, poco es para el General, si ha sentado sus reales en el campo enemigo.

El trabajo social no se fundaba ciertamente en derechos: tenía su orígen en necesidades: los derechos no podían nacer, hasta que aquellas necesidades estuvieran satisfechas. Los derechos individuales suponen la accion social en la aptitud de asegurar su disfrute al hombre: ántes que esto suceda, es menester que la sociedad tenga fuerza; y para que tenga fuerza, ántes se ha menester que tenga vida.

Afirmarse en un territorio, allegar un capital, asegurar los elementos de la general subsistencia, eran las condiciones de este primer período, y de este primer trabajo. El trabajo social pudo ser desde los principios, productivo: el trabajo individual no podía serlo hasta el momento en que la sociedad le asegurase esta posibilidad. Pero ¿ésta posibilidad era un derecho? Yo no lo sé, Señores: á mí no me toca por ahora decidirlo: fáltanos todavía averiguar si podrá ser un resultado: fáltanos todavía examinar las condiciones del trabajo individual, no solamente en lo que toca á su propio interés y á su necesidad privada, sinó como formando parte de la asociacion. Las cuestiones, como las presenta la ciencia individualista, son, en verdad, mucho más sencillas; pero os dejo juzgar si sus soluciones pueden ser de esta manera satisfactorias y completas.

Respecto á mí, Señores, no vacilo en confesar lo distante que me encuentro todavía de considerar el trabajo como derecho, cuando á la altura actual de mi raciocinio, no bastándome mirarle como una necesidad, aún no se me presenta sinó como una obligacion.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

V.

No hay que dudarlo, Señores: desde que hemos visto que el hombre entregado exclusivamente á sus recursos individuales, era impotente para producir; desde que hemos reconocido que la existencia del indivíduo sería imposible de todo punto, sin la subsistencia de la sociedad; desde que al trabajo individual sólo podemos comprenderle como resultado y progreso de una civilizacion que le dé posibilidad, elementos, y seguridad, no queda duda de que el primer aspecto, bajo el cual se ofrece á nuestros ojos el trabajo del hombre, es ciertamente como cooperacion del indivíduo á la obra social y colectiva.

Pero tambien hay que tener entendido, Señores, que entónces la obra social, no es otra que asegurar su existencia y su perpetuidad, su presente y su porvenir. Presente y porvenir social, Señores; subsistencia y perpetuidad colectiva, subsistencia de la mayoría, adquisicion de los medios necesarios para la subsistencia futura de la generalidad; *de ninguna manera* la subsistencia del indivíduo. No hay que dudarlo, os tengo que repetir; —yo á lo ménos no lo dudo:—en esta primera condicion no encuentro derechos en el indivíduo: no tiene más que necesidades; no tiene más que obligaciones.

Tal es la condicion dura y tremenda de este socialismo; y tal será siempre, Señores, la condicion de cualquiera socialismo que se establezca y se organice. Si desde el primer momento hubiera llegado la sociedad á asegurar la subsistencia de todos, y á tener para todos trabajo productivo y fecundo, la sociedad hubiera llegado

desde su infancia á un resultado, que no han podido alcanzar todavía las más completas y adelantadas civilizaciones.

Y como esto sea un absurdo y un imposible, Señores, es menester que el trabajo social se haya verificado, sin la esperanza y sin la posibilidad de que la produccion y la subsistencia, hubieran de alcanzar á todos los indivíduos: es menester, Señores,—por dura y atroz que os parezca esta consecuencia,—que el trabajo social se haya verificado sin la seguridad de la recompensa.

¡La seguridad! ¿Sabéis lo que es ese resultado? Pues nada ménos hubiera sido, Señores, que haber empezado por anular las primeras condiciones de ese mismo trabajo individual que aquel necesitaba para su fin. Semejante seguridad no la pudieron alcanzar las sociedades nacientes; pero yo os digo más, Señores: me atrevo á aseguraros que no la alcanzarán jamás las sociedades futuras más adelantadas.—¿Y porqué? me diréis, ó aterrados, ó incrédulos. Ya sé dolorosamente que no vengo á profesar verdades halagüeñas, ni á anunciar esperanzas consoladoras. ¿Porqué? Por un principio eternamente contrario á todos los que han proclamado los socialistas y los economistas, dando al trabajo por móvil y agente la seguridad de la produccion, la infalibilidad de la subsistencia. No, Señores, no. Ese principio es falso: ese principio no se funda en la naturaleza del hombre.

Juzgadme, Señores, como os plazca; yo me atrevo á sustentar el principio opuesto. Yo proclamo que para que haya trabajo individual, no basta la necesidad del dia de hoy: es menester la incertidumbre de poder subvenir á la necesidad de mañana. Quitad esa incertidumbre, y la necesidad desaparece: quitad esa incertidumbre, y con-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

vertiréis al hombre en un autómata: quitad esa incertidumbre, y abolís todos los cálculos de la prevision: quitad la incertidumbre de tener lo necesario, y destruís de un golpe la produccion de lo sobrante, la formacion del capital. Dad al hombre la seguridad de que ha de trabajar *siempre* lo suficiente; y *nunca* producirá lo necesario. Quitad la incertidumbre, aunque le dejeis la necesidad, y le veréis cómo no adelanta ni progresa más que el bruto: el bruto no prevé, ni teme. Quitad esa incertidumbre, y veréis para qué sirve la libertad: cabalmente el trabajo del esclavo no la tenía. Quitad, Señores, quitad al hombre el miedo, la posibilidad de morirse de hambre mañana aunque trabaje, y empezará por no trabajar hoy. Quitadle el temor de no tener mañana en qué emplear sus fuerzas, y no las empleará nunca.

Sí: meditad, profundizad, discutid, analizad este paradójico principio; y cuando le hayais examinado detenidamente en la organizacion del corazon humano, y en el orígen y desarrollo de sus facultades y de su actividad, volved la vista al ideal de perfeccion, que os presentan algunos deslumbradores sistemas, que aspiran á la perfeccion social, anulando ó desconociendo las leyes de la naturaleza.

El principio que yo consigno, no le busqueis en la economía política, no; ni en eso, que se llama la historia ó la teoría del fenómeno de la produccion. Pero examinad la condicion moral del hombre, y en ella, —y no en sus brazos ni en sus fuerzas, —encontraréis la primera condicion de su actividad y de su empléo. Veréis, Señores, que es la misma condicion de su vida y de su existencia, la incertidumbre de sus dias. Dad al hombre la seguridad absoluta de que no ha de morir ántes de ochenta

años, y sería un mónstruo de vicios, de pasiones y de excesos. Dad al hombre la seguridad absoluta de que nunca podrá ser víctima de la miseria, y habréis creado en el órden económico y social una criatura no ménos monstruosa y depravada, creyendo hacer una obra perfecta.

No querais,—que no es posible,—enmendar nunca las obras de Dios. Él ha permitido que la vida del hombre no vicioso, ni desarreglado, ni endeble, sinó robusto, morigerado y continente, pueda apagarse de súbito al soplo de su aliento. Él ha permitido que el hombre honrado, laborioso, inteligente, pueda encontrarse en la indigencia y en la miseria, hasta apurar sus últimas consecuencias. ¿Son éstas, imperfecciones de la creacion divina? ¿Qué podemos nosotros decir, sinó que son leyes de su Soberana Providencia! Probemos á destruirlas nada más que con el pensamiento; y vereis destruida con ellas, de una parte la armonía del mundo; de la otra, la vida de la humanidad y el progreso de la civilizacion.

Continuarémos en las conferencias siguientes el estudio de estas condiciones.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LECCION NOVENA.

CONTINÚA EL EXÁMEN DE LA CUESTION DEL TRABAJO Y DE SUS CONDICIONES. [1]

I.

El deseo, Señores, de adelantarme á prevenir las objeciones contra mis asertos, y de dar á conocer de antemano y de léjos, —por decirlo así, —la tendencia de mis principios, me ha obligado á detenerme con preferencia en una condicion originaria del trabajo, no tanto porque la crea la primera en revelarse, cuanto porque me parece que no ha sido hasta ahora demasiadamente observada, ni exacta y profundamente comprendida. Pero ciertamente en esta condicion, por fundamental que sea, y por transcendentales que hayan de parecernos sus consecuencias, no se resumen todas las condiciones del trabajo individual. Claras son, sin embargo: á la vista de todos están. Son tan óbvias y tan naturales, que no nos detendrémos en explicarlas, ni tal vez las hubiéramos señalado siquiera, si la mayor parte de las cuestiones, que acerca de ellas se han suscitado, no tuvieran por objeto más bien que darlas á conocer, abolirlas ó modificarlas.

El trabajo del hombre, Señores, no es más que el empleo y ejercicio de sus fuerzas, dirigido por su voluntad

[1] Esta leccion fué la que hizo más efecto en el Atenéo, cuando en él se pronunciaron. (*Nota del Compilador.*)

y por su inteligencia, para la satisfaccion de sus necesidades y deseos, y para el cumplimiento de sus obligaciones.

El trabajo, pues, tiene, Señores, condiciones físicas, tiene condiciones morales, tiene un objeto, y debe tener un resultado. Su condicion física es la lucha y la fatiga, cuyo extremo es el dolor y la penalidad. Emplear fuerzas, vencer resistencias, luchar á brazo partido con las fuerzas de la naturaleza, sufrir la accion de los elementos, y la inclemencia de las estaciones, arriesgar la salud, exponer la vida, arrostrar el dolor, sacrificar el reposo, privarse á veces del diario sustento, son las formas y accidentes físicos y naturales de la actividad humana en todas las variadas manifestaciones de su empléo.

En ésta parte, las lenguas son más filosóficas que la ciencia. En todos los idiomas, trabajo es sinónimo de dolor, de padecimiento; y es altamente significativo, Señores, aunque parezca una vulgaridad; es altamente digno de notarse, porque revela el sentimiento y el instinto del hombre, que en nuestra lengua, para significar desgracias y desventuras, y padecimientos y privaciones sufridas, se haya consagrado la frase *pasar trabajos.*

Yo sé bien, Señores, que esta expresion, más que filosófica, es profundamente cristiana: ella explica la resignacion al dolor: ella significa la conformidad del hombre á la ley de su miseria, y á la flaca condicion de su existencia: ella quiere decir que los padecimientos y las tribulaciones no son una excepcion monstruosa de la naturaleza, ni un rigor inmerecido de la suerte, ni un producto maléfico de la sociedad, sinó la condicion natural de su vida, tanto como cavar la tierra, tanto como arrostrar los furores del mar, ó las inclemencias del cielo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Hay una piedad inefable, hay una moralidad sublime en esta sinonímia, que confunde los infortunios del alma y las calamidades de la vida, con las ocupaciones habituales, con las circunstancias ordinarias y comunes de la humana existencia. Pero siempre será cierto que esta paridad, si puede servir para endulzar la desgracia, quitándole la calidad de excepcion, ó de anatema, no sirve sinó para identificar más y más al trabajo con la idéa y con el sentimiento del dolor y de la fatiga.

Lucha, fatiga, padecimiento, esfuerzo, violencia, dolor;—no hay que dudarlo, Señores,—tales son las condiciones físicas del trabajo del hombre. En vano algunos sofistas elevarán clamores contra este riguroso principio, proclamando que intentamos hacer decreto del cielo, y condicion de la naturaleza, lo que no es más que resultado de la sociedad, y obra del hombre mismo. La providencia de Dios, y el sentimiento universal del género humano protestarán eternamente contra esos sofismas de la inteligencia orgullosa y rebelde. Tanto valdría decir que las dolencias y enfermedades no estaban en nuestra naturaleza, ni en nuestra condicion; sinó exclusivamente en nuestros excesos, en nuestra educacion, ó en nuestra falta de precauciones.

Hubo un hombre, Señores, en nuestros dias, que pasó toda su larga y penosa vida en proclamar la doctrina de que el trabajo es placer; y en todas sus páginas,—regadas las más de ellas con las lágrimas de la miseria y de la amargura,—se está revelando que su vida, empleada en el trabajo de predicar á los hombres lo que él creía la verdad, fué un contínuo y prolongado martirio. Este hombre fué Cárlos Fourrier, una de las más raras y poderosas inteligencias que ha visto el mundo. Demasiadamente olvidado y desconocido de la sociedad en que vivió, solamente porque no supo, como Juan Jacobo Rousseau, dar á sus pensamientos la forma de folletos elocuentes, ó de novelas interesantes, descendió á la tumba, predicando el placer, y repleto de dolores.

¡Fuéraisle á demandar en el miserable lecho de su agonía, por la verdad de su principio! Tal vez no le hubiera querido desmentir: tal vez os hubiera contestado que su pasion por la verdad, había sido más grande que todos sus infortunios. ¡Su pasion!—Tambien yo le respondería con la filosofía de la lengua..... ¡La pasion! Cuatro mil años de Historia han consagrado esta palabra. *Pasion* es el padecimiento; y pasion han llamado los hombres y los siglos á la exaltacion de nuestros afectos, al desarrollo, al empléo, á la aplicacion tenaz y exclusiva de las fuerzas morales. Pasion, padecimiento, angustia, dolor, han llamado,—¡coincidencia admirable!—los hombres y los siglos al trabajo del alma, como han llamado trabajos á los dolores del cuerpo!

II.

Perdonadme, Señores, si, al parecer, insisto demasiado sobre verdades muy triviales; sobre principios y hechos demasiadamente conocidos. Vosotros, los que con atencion tan bondadosa habeis escuchado desde el principio mis explicaciones, teneis la experiencia de que otros, sin duda innumerables, podrán ser mis defectos y mis errores; pero que no ha sido mi costumbre detener por mucho tiempo la consideracion sobre idéas muy conocidas,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sobre principios muy vulgarizados. Si hoy insisto con tanta pesadez sobre estas nociones, sobre estas creencias, sobre estos sentimientos, que son hace tantos siglos, que son, desde el principio de los tiempos, patrimonio comun del género humano, y que han sido en todos los países y en todas las edades, el catecismo práctico de los hombres, debeis sospechar que no en vano recuerdo estas verdades triviales y primitivas, y que de alguna manera vendrán á colocarse en el órden de las consideraciones, que forman el objeto de nuestros estudios.

Sí Señores; no lo dudeis un momento. De estas verdades viejas y comunes, de estos aforismos triviales y repetidos por las eternas lamentaciones del género humano, es de donde tenemos que tomar nosotros la refutacion de aquellos sofismas malévolos, ó de aquellos sistemas bien intencionados, que aspiran á reformar las condiciones generales de las leyes sociales y económicas de la humanidad. Todos estos sistemas, Señores, resumidos, destilados, exprimidos, alquitarados y reducidos á la más ténue dilucion, como dicen los médicos homeópatas, se reducen á suprimir la condicion moral y la condicion física, que es la penalidad y la fatiga. Todas las pretensiones del socialismo, por lo que toca á la cuestion de la cual nos ocupamos, se reducen á estos dos resultados, á estas dos consecuencias, hechas ya principios fundamentales de todos esos sistemas: convertir el trabajo en placer; asegurar de tal manera el trabajo productivo, que en ninguna condicion pueda faltar al hombre la necesaria subsistencia.

Debemos confesar, ante todo, que nada en verdad nos parece más filantrópico, nada más humano que estas pretensiones. Guardémonos, por tanto, de condenar

el espíritu que les ha dado vida, la intencion generosa que les ha comunicado impulso, que las ha lanzado en la arena de la discusion y de la teoría. Nadie cultiva las ciencias; nadie se consagra á las penosas taréas de un estudio profundo, sinó con la intencion del bien, y con la pasion de la verdad. Puede haber, Señores, en los instrumentos y agentes secundarios de toda reforma y de toda revolucion, personas que no busquen otra cosa que el provecho de sus intereses, ó la satisfaccion de sus pasiones. Hay en todos los sistemas, como en todas las revoluciones, ciertos hombres, que vienen detrás de los de iniciativa ó de doctrina, para recoger en bienes y ventajas personales, y en voga y proselitismo de interesados adeptos, los frutos de una situacion, que otros han creado; de un principio, que otros han descubierto ó extendido.

Afortunadamente, Señores, estos hombres nunca son de ciencia; son de medianía ó de ignorancia: léjos de extender principios, aborrecen, difaman, persiguen ó combaten, ridiculizan ó insultan á los que los profesan; y su accion, —que se limita á desacreditar en el terreno de la práctica la causa que no sirven, pero de la cual se aprovechan; los principios que falséan ó abjuran, pero á los que han debido su primera fama,—su accion, decimos, no puede alcanzar á envolver en su anatema á los que errada ó acertadamente se arriesgan á ser los apóstoles, y con frecuencia los mártires, de una innovacion política ó de una reforma social.

En estos hombres, que han consagrado su existencia con perseverancia y entusiasmo al culto de una idéa, ó al desarrollo de un principio, no seré yo jamás el que deje de reconocer el más noble, más loable, más generoso empléo de las facultades humanas, aunque el princi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pio sea falso, aunque las consecuencias sean erróneas, aunque el intento sea una ilusion. Y si esto lo miro así, aun respecto de aquellas doctrinas, que pueden presentarse desde luego como peligrosas y trastornadoras, ¿cómo podrémos dejar de hacer justicia al corazon y á la inteligencia de aquellos hombres, cuyo pensamiento constante, cuya idéa capital, cuyo móvil eterno, cuya pasion de toda la vida fué sin duda el alivio de las miserias humanas, y la mejora y perfeccion de lo que ellos creían, de lo que ellos pudieron y debieron pensar que era efecto y resultado, no de la organizacion misma de la humanidad, sinó de las instituciones sociales?

Justicia, sí Señores; justicia para todos. Y justicia sobre todo para aquellos, que en el camino de una ilusion generosa, no dejaron de sembrar verdades fecundas, y de recoger observaciones luminosas, que podrán emplearse útilmente en provecho de la misma causa, á que con tanta abnegacion y con tanto fervor se consagraron. Justicia, sobre todo, para el halago y la risueña perspectiva con que debió presentarse á sus ojos el objeto á que aspiraban, y los filantrópicos resultados á que sus estudios y trabajos les conducian.

Convertir en placer el trabajo del hombre; quitarle toda su dureza y su fatiga; asegurar la subsistencia de las masas; hacer desaparecer la miseria y el embrutecimiento, que la acompaña, en las clases condenadas á los rudos trabajos mecánicos; dejar á todos los indivíduos de la especie humana ócio y tiempo para cultivar las facultades intelectuales, y los afectos de su corazon; asegurar á todos un puesto digno, noble y decoroso en lo que se ha llamado el banquete de la vida; quitar la incertidumbre del sustento y el temor de la miseria, y dar una esperanza segura al empléo de todas las fuerzas, á la direccion de todos los talentos, y hasta al impulso y natural desarrollo de todos los instintos y de todas las pasiones, era, Señores, un objeto tentador, tanto como un resultado glorioso; y la posibilidad de alcanzarle podía justamente presentarse á la imaginacion, en cierta manera, como una nueva redencion del género humano.

La Redencion del cristianismo había dado ya por consecuencia ostensible y material, la abolicion de la esclavitud, y el ennoblecimiento y hasta la santificacion de la pobreza. La redencion del socialismo ha aspirado á mucho más todavía, proclamando la abolicion de la miseria, la rehabilitacion de las pasiones, y la desaparicion de las grandes fatigas y penalidades, que acompañan al trabajo del hombre. Sólo que los socialistas debieran haber advertido, á lo ménos, que si para lo primero había sido necesaria la intervencion divina, la segunda no podría obtenerse de ninguna manera con los medios humanos.

Para aquella redencion se había necesitado la palabra de Dios y la sangre del Hijo del hombre. La que ellos anunciaban, era demasiado radical y profunda para que fueran bastante á consumarla la inteligencia y la sangre de la humanidad entera. La divina sentencia había condenado al hombre á vivir en un valle de lágrimas con el sudor de su frente; le había desterrado de la presencia divina. La redencion moral del Hijo de Dios, dejando subsistentes las condiciones físicas y materiales de la humanidad despues de su caida, convirtió en rehabilitacion y prueba la penalidad de su destino, imponiéndole la obligacion, y ordenándole la esperanza de alcanzar una perfeccion, una grandeza y una gloria, de la cual el Eden primitivo no era más que un pálido reflejo, y un imperfecto

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

símbolo. La redencion socialista aspira á resucitar este Eden sobre la tierra; aspira á que se borre de las creencias y de las religiones la expresion *valle de lágrimas*; aspira á que desaparezca de la humanidad la doctrina y la ley del sacrificio; aspira á que no haya en el trabajo del hombre el sentimiento del dolor; aspira á que no penda sobre la cerviz de la humanidad, encorvada hácia la tierra, esa tremenda espada de Damocles que se llama incertidumbre.

Enhorabuena, Señores, concedamos la generosidad, reconozcamos la nobleza de estas aspiraciones; pero la cuestion está en su posibilidad. Y sinó ¿porqué al anunciar todos estos resultados, no proclamaron tambien la inmortalidad, la inmortalidad corporal y física, sobre el suelo que habitamos? ¿Qué más razon había para no purgar la tierra de cadáveres, que para purgarla de pobres? ¿Es más triste el espectáculo del dolor, que la presencia cuotidiana de la muerte? ¿Es por ventura, porque se vieron atajados por una ley indeclinable, física, mecánica, eterna, que regula, independientemente de la voluntad humana, la duracion de nuestros órganos, y la extension de nuestras fuerzas?

¡Y si la misma ley preside á su desarrollo y á su empleo! ¡Y si la misma condicion, que está impuesta á nuestros endebles órganos, es la que regula nuestras limitadas facultades! Y si la ley del dolor y del trabajo es idéntica con la ley de la mortalidad humana ¿no vendríamos á concluir en que el principio de la moral de sacrificio es más consolador y más filantrópico que la triste idéa de que la miseria del mundo es creacion exclusiva del hombre, y que se sujeta á ella por su voluntad ó por su ignorancia? Y tambien ¡cuánto más dulce, más bello,

más consolador, y más verdadero es, Señores, padecer la muerte como una necesidad natural y como una ley divina, con la certidumbre de la inmortalidad del espíritu, y de su eterna felicidad, que si abrigáramos la aterradora y desesperada creencia de que el hombre llegaría á ser inmortal sobre la tierra; pero que hasta que descubriera este secreto, la muerte es y había de ser la nada!

Por eso, Señores, estoy muy satisfecho con la que algunos seguramente llamarán mi triste creencia. El destino físico y moral del hombre representa en nuestra imaginacion y en nuestra doctrina una unidad indisoluble; y por muy bellas que aparezcan las esperanzas de los que quieren la rehabilitacion de la carne, y la realizacion de una especie de gloria milenária sobre este mundo perecedero, estamos persuadidos de que en último resultado, el consuelo y la esperanza, la verdadera filantropía, la mejora y la perfectibilidad están de parte de éstas, que pretenden llamar tristes doctrinas; de estos, que pueden parecer místicos, ascéticos, duros y desconsoladores principios.

Nosotros creemos, Señores, que esas aspiraciones, que esas tendencias, que esas pretensiones,—por nobles, por generosas, por seductoras que sean,—no son más en la region moral, que en la esfera de la medicina el elíxir de vida eterna; y vuelto el rostro con impavidez á la contemplacion del hombre, como es, y de la humanidad, como Dios la ha hecho, tenemos que buscar la ley de su perfeccion y de su progreso en ese círculo fatal, trazado por el hambre, la muerte, el dolor y el trabajo, leyendo en cada uno de esos pilares del estádio de la vida, la triste y antigua, pero eterna y verdadera sentencia: ***Homo natus de muliere, brevi vivens tempore, repletur multis miseriis.***

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

III.

Una de estas miserias, Señores, es el trabajo; una de estas condiciones, anexas á la misteriosa organizacion humana, el trabajo penalidad, el trabajo fatiga, el trabajo dolor, el trabajo lucha, el trabajo incertidumbre.—Pues qué! ¿No es posible el trabajo diversion, el trabajo entretenimiento, el trabajo ócio?....—No, Señores, no. Esta es una ilusion que desaparece estudiando la historia del hombre, y consultando su corazon.

Todo lo necesario que se ha hecho en el mundo, todo lo grande, todo lo bello, en toda la dilatada esfera de las facultades humanas, ha sido producto de la necesidad. Para el estudio de los grandes fenómenos sociales no pueden tomarse en cuenta existencias excepcionales y privilegiadas, producto, resultado, ó más bien, anomalías de la civilizacion; sinó los hechos generales, las fuerzas que obran con igual y uniforme peso sobre todos los puntos de la humanidad. Y no hay que dudarlo; sin ese primer móvil, sin ese primer despertador y estímulo de la actividad humana, ni su cabeza hubiera dado á luz un concepto, ni su brazo existencia á un solo producto, como sin un estímulo instintivo y poderoso, las entrañas de la mujer no hubieran dado la vida á un solo sér de su especie.

Suprimid, Señores, la necesidad, la necesidad material, física, diaria, poderosa, irresistible, apremiante; y no existirían en el mundo ni riqueza, ni civilizacion, ni grandeza, ni hermosura: nada habría dejado el hombre á su paso por la tierra: nada habrían heredado, una de otra, las generaciones humanas. Consultad la historia de

las ciencias: consultad los orígenes de las artes; examinad el principio y crecimiento de la industria humana, la acumulacion de sus medios, el aprovechamiento de sus fuerzas, la formacion de sus capitales, la invencion y desarrollo de sus métodos, el progreso y extension de sus descubrimientos; y no encontraréis nunca presidiendo á estos hechos fecundos, y al frente de esos resultados importantes ó útiles, á esas existencias desocupadas y libres de los cuidados de la vida, que segun la opinion de algunos, son las que pueden consagrarse más fácilmente al servicio de la humanidad.

No, Señores, no. En la historia, en la práctica no ha sucedido así. Las eminencias de la industria han nacido en las regiones del trabajo penoso. Los grandes génios de las artes han sido criaturas necesitadas y desvalidas. Los maestros de las ciencias no han ilustrado al mundo sobre la pluma de los cojines, ni bajo los artesones de la opulencia.

Desde Homero á Cervantes; desde Thales y Pitágoras á Newton, y á Kant; desde los primeros inventos,—que cuando se atribuyen á divinidades, dicho se está que no se debieron á los magnates del mundo,—hasta las maravillas de Arkwright, Jacquart y James Watt; desde Zéuxis á Goya, y desde Fídias á Thorvaldsen,—reparadlo bien, Señores; seguro estoy que os servirá más de orgullo y de consuelo, que de desesperacion;—veréis que todos los pasos que la humanidad adelanta, que todos los portentos con que se ilustra, que todas las comodidades con que se enriquece, que todas las luces con que se ilumina, salen de aquellos lugares, *donde toda incomodidad tiene su asiento, y donde todo triste ruido hace su habitacion;* y que son muy contados, muy excepcionales,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

insignificantes ciertamente, en el adelanto de la humanidad y en el progreso de las naciones, los frutos del ócio, y los trabajos de las existencias regaladas y tranquilas.

Y no os hagais, Señores, ilusion con que el trabajo tiene tales encantos, que la actividad humana vuelve de suyo á ejercitarse en las más rudas faenas; que si por falta de necesidad las abandona, quedan siendo enmedio de la civilizacion, fuentes y orígen de los más vivos placeres, y á las veces, de ardientísimas pasiones las primitivas y rudas faenas del trabajo corporal más afanoso.

Veréis todos los dias entretener los ócios del rico las ocupaciones del campo: os hablarán de que el muelle habitante de las ciudades se lanza á las inclemencias y fatigas del placer de la caza, con el ardor que todos conocemos, y que alguna vez admiramos. Sí, Señores, hasta las industrias penosas, hasta los trabajos malsanos y ahogados del herrero, del mecánico, del ebanista, han venido á alojarse en los palacios opulentos; y hemos visto á algun Rey olvidar los graves cuidados del Gobierno, por asir con inexplicable deleite el torno del mecánico y las herramientas del cerrajero.

Todo esto es verdad, Señores. Porque es tal la necesidad de accion y de fuerza, que forma el carácter de nuestra organizacion, que la naturaleza parece que se complace en hacer todos los dias enérgicas protestas, y solemne reivindicacion de sus derechos en favor de la primitiva condicion y de la energía nativa de las razas humanas. Sí: el trabajo del hombre es placer muchas veces, aunque sea siempre fatiga: es placer moral, cuando deja de ser placer físico, la agitacion que le arrebata en los peligros, y que le dá el orgulloso sentimiento de sus fuerzas y de su superioridad en el órden de los séres que pue-

blan la tierra; y hasta el marinero sobre un frágil leño, en la inmensidad de los mares, siente con frecuencia el vértigo de la embriaguez del orgullo de ser hombre, y de poder hacer frente él, —miserable y pigméa criatura, —al huracan que conmueve los elementos.

Sí: hay placer, hay atractivo, hay fascinacion en el trabajo, en el peligro, hasta en la muerte á veces. Pero en este placer no veis más que un lado, el lado luminoso de la condicion humana. Extended un poco vuestra consideracion. Dad á ese agricultor de la civilizacion la ocupacion exclusiva, y la necesidad imperiosa de vivir del fruto de sus cosechas: esas fatigas halagüeñas y esos gozosos sudores del cazador de las ciudades, transportadlos al hombre que no tiene con qué mantener á su familia, sinó con el precio del ave cogida ó de la fiera despedazada: convertid á ese rico, que agita por entretenimiento los fuelles de su laboratorio, en el mísero trabajador que aviva, bañado en sudor y ennegrecido con el hollin, la chimenéa de un vapor: destronad á ese Rey cerrajero, y ponedle en condicion de que no coma otro pan que el que le den sus limas y sus tornos.....

¿Qué mas, Señores? ¿Las ocupaciones artísticas os parecen descansadas y deliciosas?—Pues á esa jóven, que se embelesa y os encanta con sus dedos en el arpa, ó con sus manos sobre las teclas de un piano, colocadla ganando el sustento con su habilidad ó con su armonía; y veréis cómo varía en un momento de naturaleza y de perspectiva la condicion del trabajador y la índole de su taréa. Veréis que ese Monarca os parece acaso ménos digno de compasion en un patíbulo, que su hijo en la tienda de un zapatero: veréis cómo sobre ese instrumento melodioso hay por las noches otras lágrimas que las de la ternura!....

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¡Ah, Señores! Hasta las caricias del amor, y los éxtasis más deliciosos de la vida, miradlos diariamente convertidos en medio de remediar la indigencia, y de subvenir al sustento de una mujer, de una familia, á veces de padres enfermos y desvalidos; y examinad despues porqué y de qué manera sucede que todas esas ocupaciones,—ora penosas, ora placenteras,—se convierten en dolor, desde que se convierten en trabajo.

No acuseis á la sociedad, no: acusad á la Providencia..... Pero no acuseis á nadie, si despues de habérseos desvanecido la ilusion de que los trabajos podían ser placeres, tenéis que desengañaros de otra alucinacion no ménos halagüeña, reconociendo en la historia de todos los tiempos y en la comparacion de todos los trabajos del hombre, que los ejercicios de pasatiempo y de ócio, de conveniencia y de recréo, son estériles; y que sólo los de necesidad, y de fatiga y de anhelo, son verdaderamente fecundos, productores, progresivos, de individual recompensa, y de social y duradera utilidad. Al trabajador por recréo, que lo es en brazos del ócio, y contra el ócio mismo, nada le importa su resultado: al trabajador por necesidad, le vá en ello la vida y la fortuna; y nunca está seguro ni de su conservacion, ni de la estabilidad de su bienestar.

Hé aquí, Señores, la diferencia inmensa, que créa un abismo entre ambas condiciones. Hé aquí, lo que hace al trabajo individual duro y aflictivo: hé aquí lo que le dá el estímulo de ser incesante, tenaz, expansivo, inteligente, codicioso; y hé aquí, Señores, tambien lo que hace sus frutos tan preciosos, y sus adquisiciones tan queridas del hombre. Aún por eso ha dicho un hombre de talento, que vive en nuestra intimidad, que «la necesidad es la Musa de estos tiempos.»

No en vano la Providencia reproduce en la obra de sus manos y de su inteligencia, en el hombre, lo que se consuma en las entrañas de la mujer. Ella concibe con deséo, y pare con angustiosos dolores, que la matan á veces. Nunca sabe si quedará viva: nunca si el fruto de sus entrañas será un cadáver ó un mónstruo; pero escrito está,—así en la naturaleza como en el Libro de las verdades eternas,—que, á la vista del hijo que nace, olvida todos sus dolores, y por la vida de aquella criatura, que ha puesto en peligro su vida, volverá á arriesgar mil veces la existencia.

¿No reconoceis, Señores, en estos caractéres, la identidad de una misma ley misteriosa y divina para todo lo que la criatura humana deséa, para todo lo que la criatura humana produce, para todo lo que ama, para todo lo que posee? ¿No os parece necesario que todo sea fugaz, que todo sea transitorio, que todo, empezando por su propia existencia, sea incierto é inseguro, y que todo,—y lo primero sus hijos,—le cueste llanto y suspiros, y afan y dolor? ¿Es esto ó nó verdad, Señores? ¿Es esto,—repito,—una vision poética de la imaginacion, ó una verdad profunda y positiva, de notoria é irrecusable evidencia, que enlaza la historia de los fenómenos económicos con la region de las idéas morales?—Pues si es verdad..... vosotros, los que pretendeis variar las condiciones del trabajo, ¿porqué no habeis de variar primero las condiciones de la maternidad y las del amor, y las de toda pasion humana, y las de toda la vida?

¡Oh Señores! Alguna vez hemos visto en los escritos de los socialistas modernos poéticas y deliciosas pinturas de la felicidad del ócio y del bienestar, que se prometían en el paraiso de sus utópicas creaciones: hemos visto

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

animadísimos cuadros, en que se elevaban á la region de la más alta poesía las escenas más prosáicas de la vida, y en que se revestían de las ilusiones de un cuento de Hadas, ó de una comedia de mágia los trabajos, al parecer más penosos y repugnantes, á que vemos diariamente entregadas las nueve décimas partes de la poblacion humana.

Nosotros hemos visto las descripciones de esas siegas, de esas talas, de esas cortas, de esos desmontes, de esos descuajes, de esas explotaciones, de esos grandes trabajos industriales, como nos los pinta Fourrier, con todo el aparato de las evoluciones militares, con sus pendones al viento, con sus músicas al frente, con sus banquetes sociales, con sus cantos, y con sus fiestas, en cuya comparacion nada serían los festines de los Baltasares modernos. Hemos visto, á favor de la aplicacion de la maquinária, convertida en una decoracion teatral hasta la cocina de esos encantados palacios del pueblo, que llamó Falansterios, y hechos agradables y ennoblecidos hasta los súcios trabajos de la limpieza y aseo.

He meditado tambien, Señores, en todo lo que, sin llegar á tan orientales ilusiones, han creido posible otros organizadores, teniendo en cuenta el impulso que reciben todos los dias los adelantos de la mecánica y los maravillosos medios, que á cada momento adquiere el hombre; y ciertamente ni mi imaginacion es de aquellas que repugnan la dilatacion de lo bello, de lo grande, de lo maravilloso; ni mi corazon, Señores, es de los ménos entusiastas por toda gran mejora, por toda innovacion que afecte á la condicion y bienestar del pueblo y de la humanidad; yo, Señores, que sólo por cruzar el suelo de mi Patria de caminos de hierro, sería capaz de ir vestido

con el saco del penitente y con los piés descalzos, pidiendo de puerta en puerta, como decía Colbert á Luis XIV que podía hacerlo él para la expedicion de la Polonia.

Sí, Señores: yo he visto sin desden esas pinturas, y sin repugnancia esas fantasías; y alguna vez, llevado por el entusiasmo de esas apocalípticas revelaciones, y admirando esa belleza y fausto, y hermosura, y suntuosidad, en que colocaban la morada del hombre y el taller de su trabajo, confieso, Señores, que he dicho en mi flaqueza, parodiando la sabida expresion de nuestro gran Poeta: ¡Ay! ¿porqué tanta belleza no ha de poder ser verdad? ¿Será acaso permitido que la imaginacion del hombre vaya más allá de la bondad de Dios?....

Pero, Señores, cuando hube meditado más fria, más profunda, más filosófica y más religiosamente sobre las condiciones del mundo, comprendí que aquella confianza sería tan irrisoria, como sacrílego éste pensamiento y aseveracion; y que si fuera dado al hombre realizar todo lo que su imaginacion concibe, empezaría, como Luzbel, por querer usurpar al Criador el gobierno del mundo, y por arrebatarle su omnipotencia y su inmortalidad.

Entónces comprendí cómo más allá de la posibilidad física, ciertamente muy grande en el hombre, porque es la aplicacion de una inteligencia espiritual, hay leyes morales, que encadenan y limitan su pensamiento, como las leyes fisiológicas limitan la duracion y alcance de sus fuerzas. Entónces comprendí que en esas pinturas ideales de la armonía social, de la civilizacion perfecta, del trabajo hecho con placer, del hombre vuelto al Paraiso por la fruta del árbol mismo que de él le había lanzado, hay no más que una belleza física, una belleza material, una belleza epicúrea é incompleta, como la belleza su-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

perficial de una estátua perfecta, que nada sin embargo tiene de humano, sinó las líneas exteriores.

En esa pintura del Eden civilizado falta la vida; en ese globo aereostático de la civilizacion, que atraviesa magestuosamente el éter, falta el hidrógeno: en ese convoy magnífico, que conduce la sociedad por un camino de hierro, falta el carbon de piedra, y el penacho de humo de la locomotora; falta el impulso; falta la resistencia. Y sin resistencia y sin impulso, yo no concibo el movimiento, Señores; y la resistencia y el impulso son en la vida humana la lucha, el combate, el temor, el peligro, la esperanza!.... Y para todo esto, la necesidad, el dolor, la fatiga, el combate, el sudor de la frente que se encorva para el trabajo, el hervor del cerebro que batalla con el pensamiento; el jadear del pecho con el esfuerzo duro de la palanca ó del martillo, y el palpitar del corazon, entre la esperanza de un resultado feliz, y el miedo de un desengaño ó de una ruina.

Y entónces, Señores, por último, vueltos mis ojos á consideraciones más graves, y mi imaginacion á regiones de más alta belleza, comprendí cuánta vanidad, cuánta ilusion, cuánto error se encierra en ese mal entendido progreso del placer; cuánta esterilidad y mentira en esa pretendida poesía del ócio; y de cuánta mayor grandeza, y de cuánta más noble y más poética hermosura aparece revestido ese triste espectáculo, esa deplorable condicion, esa infeliz y desventurada, prosáica y desastrosa empresa, que se llama *ganar la vida*; esa fatigosa condicion, que se llama el trabajo, ese heroismo de todos los dias y de todas las noches, que se llama dolor y cansancio; y sin el cual, sin embargo, ni habría un esfuerzo noble ni útil en la humanidad, ni un instante de

placer sobre la tierra, ni un solo deséo, ni un solo goce de los que la especie humana privilegiadamente saboréa.

No habría lucha, ni combate, ni esfuerzo; y sin esfuerzo, ni lucha, ni combate, no se desenvolverían en el hombre esas facultades prodigiosas, esas gigantescas fuerzas, que á veces hacen dudar de si es la raza de los mortales, como dijo un Poeta, un ángel desterrado, que se acuerda de los cielos; esos descubrimientos portentosos en el órden físico, ó esos actos extraordinarios en la region moral, que todos han nacido en el conflicto del dolor, en las angustias del peligro, á veces al contacto de la muerte misma; ninguno, en el descanso de la vida regalada, en el reposo de la abundancia, en el letargo del placer satisfecho.

Por eso no extrañeis, Señores, que las invenciones de la guerra hayan precedido en tantos años á las de la industria; ni que haya rodado ántes un carro de combate, que una carreta de labranza: que cuando apénas sabían construir una choza, fortificasen, como una ciudad, el campamento de una noche; que el mismo guerrero, que no tenía un lecho cómodo en que recostarse, ni un sillon decente en su cámara, revistiera sobre su caballo de batalla una prodigiosa armadura, maravilla de arte y de trabajo; y que siglos ántes de empujar un carruaje ó un navío á impulsos del vapor, se inventara el medio de arrebatar con explosion de pólvora una bala de hierro, á través de los muros ó de las columnas enemigas. Y es que las invenciones de la guerra nacen entre la sangre, entre el dolor, entre la exaltacion de los inauditos peligros, y siempre irán más allá que los pacíficos métodos de cultivo, y que las ocupaciones, más sedentárias, de la industria.

Pero hoy la industria tambien es guerra,—me diréis:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Tambien tiene ejércitos de grandes masas: tambien tiene escaseces, y epidemias, y sitios, y bloquéos, y mortandades horribles. ¡Tambien! ¡tambien!.... Por eso ved cómo avanza; por eso todos los dias inventa máquinas de produccion, que son como proyectiles de guerra; por eso descubre diariamente nuevos é ingeniosos métodos, que son como estratagemas de campaña; por eso tiene ya en sus manos el vapor, la electricidad, el galvanismo: sí; por eso tiene ya su artillería.

IV.

Esta reflexion, Señores, que como otras muchas, podrá parecer una mera declamacion, tal vez un adorno oratorio para amenizar la aridez de estas materias; nos podría, sin embargo, conducir á un campo de consideraciones, que por muy nuevas y extrañas que os parecieran, veríais que no eran ni estériles, ni perdidas para el objeto general de mi trabajo y de mis explicaciones, aunque os parecieran un episódio, ó un extravío de la cuestion que en este momento debatimos.

La actividad que dan á la industria y á la inteligencia humana la presencia del peligro, la enseñanza del dolor, el hábito de la fatiga, podía llevarnos á observaciones de la mayor transcendencia, sobre la situacion y porvenir de las sociedades européas, y sobre las condiciones necesarias para la prosperidad de los pueblos; y tal vez á desvanecer algunas preocupaciones muy generales de la época presente, algunas ilusiones de los que consideran siempre los fenómenos sociales por sus últimos resultados materiales, físicos y más aparentes, sin detenerse en las causas eficientes y más ocultas, que residen en las fuerzas y en los principios morales.

Pero aquí creo conveniente anticiparme una objecion. Porque algunos acaso podrian decirnos, que segun nuestros principios, las naciones más necesitadas y más combatidas serian las más industriosas y aplicadas; las más pacíficas y las más prósperas, las ménos activas é industriosas; los tiempos de más riqueza y de más adelanto, los de guerra, de temores y de peligros; y los de bienandanza y calma, épocas de estancacion y decadencia y retroceso.

Y como corolario de ésta deduccion, si hubiéramos de venir á parar en ella, nos citarian los ejemplos, tan visibles de la civilizacion del presente siglo, el espectáculo extraordinario de la Francia y de la Inglaterra, nunca elevadas á mayor altura de prosperidad industrial, y de riqueza y de trabajo inteligente y productivo, que despues de la terminacion de aquellas grandes guerras y violentos trastornos, que ensangrentaron y conmovieron á la Europa en los primeros años del siglo presente; nunca más activas ni emprendedoras que á la sombra de esa paz, que quiere conservar á toda costa el interés mercantil, industrial y explotador de esos dos grandes centros de la actividad européa. Nos citarían además el singular fenómeno de la poblacion anglo-americana, ofreciendo al mundo un ejemplo de maravilloso desarrollo, cual no lo presentan los anales de ninguna otra colonizacion, de ningun otro pueblo del mundo.

Sin embargo, Señores, ¡cuánto no se ocurre á la imaginacion del hombre pensador, cuando reflexiona un poco sobre la singularidad misma de los hechos que se nos señalan; y que precisamente la época más espléndida de es-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tos dos pueblos, sea la que sigue inmediatamente á sus grandes guerras y á sus grandes peligros! Se nos habla solamente de la actividad de la raza anglo-sajona; yo por mi parte no la desconozco, ni hay nadie que dé más importancia que yo,—así en la historia pasada, como en los hechos contemporáneos,—á la condicion de las razas, que es á mis ojos como la edad, el carácter y el temperamento de las sociedades.

Pero ¿no era la misma raza, y aún más cercana á su orígen, en los calamitosos tiempos de Enrique VIII, de Jacobo II, de Cárlos I, y aún más modernamente en las vergonzosas administraciones de los Walpole y de la Cábala? ¿De dónde viene, Señores, ese nuevo vigor de carácter, ese rejuvenecido ardimiento, esa actividad expansiva y devoradora que quiere asimilarse todo el mundo; esa inteligencia siempre despierta, ese instinto profundamente calculador, ese admirable buen sentido por una parte, y por otra, esa romancesca y aventurera osadía, que les hace no ver imposibles en empresa alguna, ora se trate de llevar calles magníficas por debajo de los rios caudalosos, ora de arrastrar centenares de vagones por encima de los techos de las ciudades, ora de llevar el pensamiento en minutos á través del Atlántico, ora de atravesar éste en ocho dias en buques, grandes como magníficos palacios? ¿De dónde ha venido ese hervor de actividad, esa sed de creacion, esa confianza en su voluntad y ese desprecio del riesgo y de los obstáculos? ¿De dónde, Señores?—De la paz, me direis, de la seguridad, del deseo de gozar.

—¿Y porqué no de la guerra y de la costumbre de padecer, y de la conquista de la India, y de las expediciones desesperadas y penosas á los dos polos, y al Senegal,

y á los horribles mares de la Austrália? ¿Porqué no de sus titánicos esfuerzos contra Napoleon, y de sus temores y peligros durante tantos años, y de la sangre derramada en Trafalgar, en el Nilo, en la Península y en el tremendo duelo á muerte de Waterloo? ¿Sabeis qué educacion y qué aprendizaje han tenido todos esos ancianos estadistas de su Cámara alta, todos esos negociantes de su banca poderosa, todos esos industriales y capitalistas de sus formidables talleres, todos esos ingenieros de sus ferro-carriles, de sus aéreos viaductos, de sus puentes tubulares, de su poderosa maquinaria?

El cañon de todos los campos de batalla del mundo; la muerte, el trabajo y el sufrimiento bajo todas las formas horribles de que se reviste sobre la tierra; la inclemencia del cielo en todas las zonas; al aire libre de los campamentos y de los viajes temerarios; los naufragios y penalidades de esos expedicionarios, á quienes no asustan la muerte de Cook, ni el ignorado desastre de Franklin, y la ruda juventud que pasa el hombre para abrirse carrera y *ganar su vida*, desde el aventurero plebeyo, que va á la India ó al Canadá á arrostrar las más duras fatigas, hasta el jóven aristócrata que va á mandar su compañía en las calenturientas márgenes del Gánges, ó en los páramos helados que devastan los vientos del Thibet ó del Himalaya.

¡Ah! Vosotros no veis á ese pueblo sinó en su isla, en su retiro, en el lugar de su paz, de su descanso, de su fortuna; en el paraíso á donde no vuelven sinó los escogidos, y á donde vienen á depositar, al fin de sus trabajos, todo el fruto de su penosa vida. Y no mirais que cada vara de tierra de aquel jardin, y cada parterre de aquellas flores, y cada bomba de aquellas manufacturas, y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cada braza de aquellos carriles, y cada plato y cada copa de aquellos espléndidos festines, representa el duelo de Waterloo, y los desastres de Caboul, y las noches heladas del Cabo de Hornos y de la bahía de Hudson, y los ardores de la Arabia, y las fiebres del Senegal, y la peléa de todas las razas, y la lucha á brazo partido con todos los elementos; que cada hora de esos placeres, y cada una de esas glorias, se ha comprado con el dolor diario de millares de existencias, con el sufrimiento de millones de privaciones y martirios, con la inminencia cotidiana de otros tantos riesgos de muerte, con el desprendimiento habitual y desdeñoso de la vida.

Esa, Señores, es la muelle paz, que dá á la Inglaterra su riqueza, que ha templado tan enérgicamente los muelles de su carácter, y que ha dado tan gigantesco vuelo á su trabajo. Napoleon, la India y la América fueron sus escuelas: en la América Septentrional, luchó con una naturaleza llena de mil riesgos, y cuya virginidad poderosa ofrecía obstáculos sobrehumanos á la actividad del hombre: con la Francia de nuestros dias, con la Francia revolucionaria, sangrienta, ébria, atormentada y belicosa, atravesó en constante peligro, y arma al brazo, los dias de nuestros padres. Aquella actividad, aquella gloria, aquella sangre, aquella tormenta de treinta años, fué seguida de treinta años de prosperidad, de fausto, de industria, de vida, de trabajo productivo.

Pero vedla ahora, Señores; mirad con ojos atentos á la Europa. El dia que no tenga miedo á la guerra, y que el movimiento de aquella tremenda sacudida se haya apagado en otra generacion, veréis lo que será el trabajo de la tranquilidad profunda del ócio y de las dulzuras de la paz; de la ausencia de todo peligro para las sociedades y

de toda eventualidad de ruina para los intereses. Veréis, sí, veréis en mayor escala los resultados de la paz y de la riqueza del Imperio Romano, cuando le invadieron los bárbaros, y le prostituyeron los Emperadores. Veréis el resultado de la paz y riqueza de los españoles, cuando los godos se corrompieron en nuestro opulento suelo. Veréis, en fin, la pobreza de la degradacion llenar de asombro á los que sólo creían en la pobreza de la guerra; y tocaréis en suma, cómo puede ser verdad, apreciada en resultados materiales, y en ventajas positivas, ésta proposicion, que me atrevo á lanzar enmedio del miedo, del egoismo, y de las preocupaciones de este *Bajo Imperio* que nos rodéa: «La paz á toda costa, es la barbárie á toda prisa.»

Pero me he dejado llevar, Señores, á proferir una proposicion, que sin otras explicaciones y correctivos, pudiera parecer aventurada ó peligrosa, sólo para manifestaros por una parte cómo en las cuestiones económicas, y que parecen solamente de interés material, puede entrar por mucho la consideracion de las causas y de los principios morales, á que,—por lo comun,—se dá poca importancia en esta clase de cuestiones, casi siempre tratadas aritmética ó mecánicamente.

Aspiraba tambien á indicaros, por otra parte, que hasta considerado el trabajo colectivamente, y en la extension de la actividad de un siglo, y de una sociedad, no está exento de la ley general, que le ha hecho inseparable del dolor y del sufrimiento; para manifestaros que la fantasía humana puede crearse sin duda un ideal de reposo, de bienestar y de placeres, que tenga en la imaginacion aquel encanto y hermosura con que naturalmente convidan el deleite y el regalo; pero esa, Señores, no es la belleza del sentimiento humano, ni la grandeza de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nuestra especie, ni la ley del mundo, ni el designio de Dios.

Esa, repito, podrá ser la belleza epicúrea; la belleza poética; de seguro, no es la verdad ni la belleza moral.

Hay algo en nosotros que nos dice, y todo en derredor y como en coro, nos responde, que lo bello, lo grande, lo noble, lo fecundo, hasta lo útil, es esfuerzo, es lucha, es combate; y que sufrir, padecer, luchar, es el fondo de grandeza, de hermosura, de verdad de todos los sentimientos, de todas las acciones, de todos los progresos, de todas las creaciones del hombre y de la humanidad.

Lucha y dolor, Señores, es no sólo el heroismo, sinó la virtud; preguntádselo á los que quieren ser hombres de bien: lucha y dolor, Señores, es la ciencia; preguntad á los sábios: lucha y dolor es la produccion de la riqueza; preguntádselo no á los que la disfrutan, sinó á los que la crean: lucha y dolor es la creacion, la expresion, la imitacion de la belleza; preguntadlo á los artistas. Lucha y dolor es gobernar á los hombres; que os respondan Moises y Solon; Alfonso el Sábio y Cisneros; Richelieu y Luis Felipe; Cromwell y Pitt: lucha y dolor es la gloria; demandadlo á las sombras de César, de Cárlos V y Napoleon: lucha y dolor es el amor y los sentimientos domésticos; consultadlo con todos los corazones tiernos, con todos los honrados y amantes Padres de familia: lucha y dolor es el trabajo; lucha y dolor es ganar la vida: lucha y dolor, Señores, el ganar el cielo. *Regnum cœlorum vim patitur, et violienti rapiunt iliud*, ha dicho la Verdad Eterna: El reino de los cielos padece violencia; y los que se hacen violencia, se alzan con él.

El cielo no está aquí: ni él, ni la vida, ó á lo ménos la prolongacion de la vida, se nos dan gratis. Y ¿porqué

hemos de creer que se nos había de dar la felicidad sin sudor y sin sangre, cuando vemos que no es dado á la recien nacida criatura vivir un minuto de existencia sobre la tierra, sin llanto y sin dolor?

V.

Pero, "á lo ménos, la seguridad,"—me dirán los que se asusten ó se extrañen de la aparente amargura y desconsuelo de mis doctrinas,—"á lo ménos la certeza de que la lucha y el dolor, el sufrimiento y el trabajo han de tener una recompensa....."—Ah, Señores!: que no hay esa recompensa tampoco!

Yo la he buscado tambien con afan, y con esperanza; pero no he encontrado más que la misma ley de la vida física, repitiéndose inexorablemente en la existencia moral y en la existencia económica; la incertidumbre de nuestros dias, por mucho que nos preservemos; la incertidumbre de nuestro sustento y de nuestro producto, por mucho que trabajemos. La sociedad y la civilizacion pueden llegar, como la higiene, á aumentar la probabilidad, á disminuir el número de las contingencias desgraciadas, de las eventualidades desastrosas; pero estad seguros de que todas las combinaciones de la filosofía y de la política, no serán capaces de impedir que el hombre vea malogrado en un dia el fruto de sus afanes; como las prescripciones de la medicina jamás alcanzarán á evitar que la más vigorosa existencia no pueda caer en un segundo, tocada por el rayo del cielo, ó por la explosion interna de la electricidad de su propio cerebro.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Desde que es preciso lucha y combate, Señores, claro es que es necesaria,—cuando ménos,—la duda; porque, por mucha fé que tengan los hombres en la superioridad de su valor, y en la santidad de su causa, nadie peléa con esfuerzo estando seguro de la victoria, y aún más desesperadamente se combate, cuando no se está cierto de la retirada. Por lo que se tiene por seguro y necesario, no se combate ni se trabaja: lo que ha de suceder irremediablemente, se olvida: por eso nos olvidamos de la muerte: por eso nos olvidamos de los muertos. Lo que ha de suceder infaliblemente no se espera siquiera.

Dad al hombre la seguridad absoluta del dia de mañana. ¿Sabeis lo que le quitais? El más grande de los bienes de este mundo, el más santo de los consuelos de la humanidad, el alimento más fuerte, y el aire más vital de su corazon; el placer de la esperanza, que nunca es la certeza; de la esperanza, que siempre es el afan y el recelo; de la esperanza, que nunca puede ser de la dicha y de la fortuna, del logro ó de la posesion, sin que haya probabilidades, ó cuando ménos, contingencias de desgracia y de miseria, de pérdida ó de desventura; de esa esperanza, que hace que el hombre deba dar gracias á la Providencia por el bien que conquista; de esa esperanza y de esa incertidumbre, Señores, que ha santificado la Divina Palabra, cuando al enseñar á los hombres lo que debian pedirle, puso en su boca esta peticion, que resume toda la filosofía económica, y que anonada ella sola toda la utopía antisocial: EL PAN NUESTRO DE CADA DIA, DÁNOSLE HOY.

El Divino Maestro de los hombres santificó en ésta oracion sublime el cuidado que aqueja eternamente al hombre por su diario sustento. En esta oracion, donde

el hombre no pide al cielo la vida, sinó, despues de ella, el reino de Dios, tiene que demandarle todas las mañanas el pan de cada dia. Siempre, Señores, siempre encontraréis al Evangelio elevado sobre todas las teorías de la ciencia; porque el Evangelio está fundado sobre la ciencia eterna de la verdad y de la moral, y sobre el conocimiento profundo y divino de la condicion nativa del corazon humano, por el mismo que le hizo, y sabe medir sus abismos, y profundizar sus misterios.

Nuestros contemporáneos han querido redimir de nuevo á la humanidad: han querido predicar un nuevo Evangelio; han querido formular un nuevo *Padre nuestro*: han protestado contra ese pesado yugo del temor diario de la subsistencia, y ántes de llegar á la realizacion de ese sueño generoso de la riqueza universal, han procurado asegurar la existencia de las masas, ó por mejor decir, la subsistencia de los indivíduos, organizando una sociedad, en la cual el más desvalido y mísero de los hombres tenga garantizado el derecho de obtener un mínimum de subsistencia.

El pensamiento no es nuevo, Señores. El socialismo antíguo había tenido la misma pretension: había querido asegurar el trabajo y la subsistencia de los trabajadores; y al arrebatarles la independencia de sus acciones y la disposicion de sus medios, les había indemnizado ámpliamente, apartando de su ánimo el cuidado y la inquietud de su subsistencia.

Pero ¿no recordais, Señores, cómo se llamaba, y qué era en resúmen aquella humanísima y filantrópica organizacion? Todos lo sabeis: era y se llamaba *la esclavitud*.

De cierto, el trabajador esclavo no vivía estrictamente del fruto de su trabajo; pero los frutos de su trabajo ó de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

su inteligencia, no eran suyos jamás. Nunca podía faltarle lo estrictamente necesario; pero jamás llegaría á tener sobrante: no tenía miedo de ser pobre: era bestia de carga, ó animal doméstico. No se despertaba con la inquietud de que el hambre pusiera término á sus dias; pero su amo se había encargado de poderle echar por pasto á los peces de sus estanques. No tenía ciertamente la sociedad el miedo de que á aquellos desventurados les faltase la pobre pitanza que los igualaba con las otras reses pecuarias de sus ciudadanos; pero en cambio el trabajo del esclavo no sostenía los consumos del pueblo, ni fecundaba el capital social, ni adelantaba en una sola línea la industria, ni hacía ese fondo de actividad, prosperidad y movimiento, que distingue á las sociedades libres.

El trabajo del esclavo no constituía una riqueza progresiva: el trabajo de la esclavitud no era productivo siquiera. La sociedad, en aquella condicion y en aquel régimen, no vivía del trabajo, no vivía de la industria: la industria y el trabajo habían perecido; y se habían esterilizado, bajo el influjo de aquella indolencia servil del hombre á quien falta la responsabilidad de sus propias acciones, y de la certidumbre de una multitud, á la cual se hacían distribuciones gratuitas de pan en la plaza pública.

Roma no pudo vivir de ese trabajo. Una ciudad sola era, y no pudo subsistir del trabajo y de la agricultura de una de las comarcas más favorecidas del mundo. Su trabajo, su subsistencia, su capital, su industria, su verdadera produccion fué la guerra; la guerra, que bajo el aspecto económico, era la expoliacion y el robo. Pero hay que notar, Señores, que la guerra se hacía bajo un régimen distinto de la organizacion interior de la sociedad romana. En la guerra había disciplina; pero no había esclavitud: al ejército iban los proletarios; pero no iban los esclavos: en la guerra había incertidumbre y peligros; pero los pobres de la plaza pública podían volver cargados de botin, y los veteranos de los conquistadores venían á repartirse las tierras y posesiones del labrador pacífico.

Y todo esto no bastó, Señores, en aquella organizacion monstruosa y violenta. Un mundo entero no bastaba para subvenir á la subsistencia de una ciudad ociosa, y para los consumos de una muchedumbre esclava. Fué preciso robar más, conquistar más..... y la esclavitud entró tambien en los ejércitos. Los esclavos fueron tambien soldados: los soldados entraron en la condicion del esclavo y del ocioso. Y entónces, Señores, se acabó el Imperio romano: entónces el oro del mundo no bastó para alimentar aquellas turbas famélicas y degradadas. Habían empezado por vender su libertad personal: siguieron por vender sus votos y sus magistraturas: luego, vendieron por oro sus libertades y sus derechos políticos: luego, pusieron á pública subasta el Imperio, y el mando de las legiones, y concluyeron por otorgar el cetro del universo á los que les ofrecian un pan al dia y una representacion en el circo todos los meses.

Entónces, sobre aquel mundo de ociosos y de esclavos, vino el fuego del cielo, el de Sodoma y Gomorra. La espada de Alarico y el caballo de Atila hicieron justicia de aquella sociedad y de aquella organizacion; y la Palabra divina no tuvo más que ennoblecer el trabajo, y restituir al esclavo á la dignidad de hombre, para renovar el mundo, y echar los cimientos de la nueva faz de las naciones modernas.

Desde que supo el hombre que podía matarle la miseria todos los dias, pero que ya no tenia un amo que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pudiera darle una cruz por lecho, ó el charco de las murenas por caja de ahorros, las condiciones de la humanidad, Señores, se han ennoblecido, las seguridades del trabajo han crecido en una proporcion prodigiosa, y la condicion del indivíduo, sinó ha podido hacer frente á la necesidad de vivir, y al riesgo de perecer,—que es su ley providencial sobre la tierra,—ha adquirido la confianza de que le es dado combatirlas con su fuerza, con su actividad, con su energía, con su parsimónia, con su templanza, con su virtud. Y en este combate, ha podido esperar del cielo la victoria, ó soportar resignadamente la desgracia, como esperar tranquilo y humilde la dolencia ó el golpe de la muerte.

La humanidad ha conservado una memoria tan horrible de aquellos tiempos, en que por huir la aparente tiranía de las leyes de la creacion, habia librado la subsistencia de sus hijos en el capricho y el cuidado de otros hombres, que ha quedado en sus entrañas una horripilacion instintiva á todo lo que sea abjurar el cuidado penoso de sus dias, por el dominio de sus brazos y por el señorío de sus acciones. El mínimum de subsistencia, á costa de la esclavitud, no le quiere; y sin embargo, Señores, ved si los socialistas modernos, ved si los reformadores le dejan la libertad.

No, Señores; lo que cambia es el nombre y la índole de la tiranía. El dueño de esos nuevos esclavos no se llama Vitelio, no se llama Caton, no se llama Luculo; no se llama sinó la SOCIEDAD: la sociedad, Señores..... la sociedad, que tantas veces se ha llamado Neron y Calígula!

Pero el tiempo ha pasado en demasía, y la cuestion de la libertad del trabajo bien merece mayor detenimiento que las apresuradas frases de mi fatiga y de vuestro cansancio.

LECCION DÉCIMA.

COMPARACION DE LA ESCLAVITUD Y LA LIBERTAD DE LOS PUEBLOS CON LA INFANCIA Y LA MADUREZ EN LOS INDIVIDUOS.

I.

Hay, Señores, en la vida humana, una edad de dolor, de necesidades, de flaqueza y de impotencia, en que el hombre perecería sin los cuidados maternos; y en la cual gran número de las humanas criaturas perece efectivamente, á pesar de ellos. Esta edad es la infancia. Hay otra época de más vigor, pero de mayores necesidades, de más grandes obligaciones, de más sérios cuidados, de más penosos padecimientos, de pasiones, de infortunios, de peligros y de trabajos. Este período es la edad adulta.

Hay en la vida de los pueblos una condicion mísera y abyecta, degradada y envilecida, menesterosa y atormentada, que se llama esclavitud. Hay otra condicion más noble, más elevada, más digna; pero penosa todavía, llena de cuidados, de afanes, de tribulaciones, de peligros, de deberes, de esperanzas, de alternativas, de contratiempos y de inquietudes, que se llama libertad. La una es la infancia, la otra es la edad adulta de las sociedades. La ambicion, la esperanza, el ideal, la ventura del niño, no es ser feliz; es ser crecido, ser hombre. La esperanza, el afan, la aspiracion eterna de la humanidad

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pudiera darle una cruz por lecho, ó el charco de las murenas por caja de ahorros, las condiciones de la humanidad, Señores, se han ennoblecido, las seguridades del trabajo han crecido en una proporcion prodigiosa, y la condicion del indivíduo, sinó ha podido hacer frente á la necesidad de vivir, y al riesgo de perecer,—que es su ley providencial sobre la tierra,—ha adquirido la confianza de que le es dado combatirlas con su fuerza, con su actividad, con su energía, con su parsimónia, con su templanza, con su virtud. Y en este combate, ha podido esperar del cielo la victoria, ó soportar resignadamente la desgracia, como esperar tranquilo y humilde la dolencia ó el golpe de la muerte.

La humanidad ha conservado una memoria tan horrible de aquellos tiempos, en que por huir la aparente tiranía de las leyes de la creacion, habia librado la subsistencia de sus hijos en el capricho y el cuidado de otros hombres, que ha quedado en sus entrañas una horripilacion instintiva á todo lo que sea abjurar el cuidado penoso de sus dias, por el dominio de sus brazos y por el señorío de sus acciones. El mínimum de subsistencia, á costa de la esclavitud, no le quiere; y sin embargo, Señores, ved si los socialistas modernos, ved si los reformadores le dejan la libertad.

No, Señores; lo que cambia es el nombre y la índole de la tiranía. El dueño de esos nuevos esclavos no se llama Vitelio, no se llama Caton, no se llama Luculo; no se llama sinó la SOCIEDAD: la sociedad, Señores..... la sociedad, que tantas veces se ha llamado Neron y Calígula!

Pero el tiempo ha pasado en demasía, y la cuestion de la libertad del trabajo bien merece mayor detenimiento que las apresuradas frases de mi fatiga y de vuestro cansancio.

LECCION DÉCIMA.

COMPARACION DE LA ESCLAVITUD Y LA LIBERTAD DE LOS PUEBLOS CON LA INFANCIA Y LA MADUREZ EN LOS INDIVIDUOS.

I.

Hay, Señores, en la vida humana, una edad de dolor, de necesidades, de flaqueza y de impotencia, en que el hombre perecería sin los cuidados maternos; y en la cual gran número de las humanas criaturas perece efectivamente, á pesar de ellos. Esta edad es la infancia. Hay otra época de más vigor, pero de mayores necesidades, de más grandes obligaciones, de más sérios cuidados, de más penosos padecimientos, de pasiones, de infortunios, de peligros y de trabajos. Este período es la edad adulta.

Hay en la vida de los pueblos una condicion mísera y abyecta, degradada y envilecida, menesterosa y atormentada, que se llama esclavitud. Hay otra condicion más noble, más elevada, más digna; pero penosa todavía, llena de cuidados, de afanes, de tribulaciones, de peligros, de deberes, de esperanzas, de alternativas, de contratiempos y de inquietudes, que se llama libertad. La una es la infancia, la otra es la edad adulta de las sociedades. La ambicion, la esperanza, el ideal, la ventura del niño, no es ser feliz; es ser crecido, ser hombre. La esperanza, el afan, la aspiracion eterna de la humanidad

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

esclava, no es ser rica, no es ser feliz; es ser libre. Para la sociedad, ser libre es ser crecida, ser adulta, ser verdaderamente sociedad, ser humanidad, ser lo que Dios ha querido que sea.

¿Es más venturosa la edad viril que la infancia? Al niño le parece que sí; al adulto suele parecerle que no.

¿Es el bien supremo la libertad? ¿Es la felicidad de la vida hacerse hombre? Para el que estos bienes no obtiene, no es esto cuestion, ni problema; no es tampoco la esperanza, ni un objeto, ni un impulso. Es el destino, la necesidad. Era forzoso crecer; era forzoso emanciparse. Era necesario adquirir personalidad é independencia; era necesario llegar á una condicion imprescindible y señalada de la existencia social. Era menester llegar á la libertad, ó desaparecer; como llegar á la juventud, ó morir. Sólo que despues quedábale al hombre considerar que con la libertad, como con la juventud; con la emancipacion social, como con la emancipacion doméstica, se había dilatado su razon y su fuerza; pero que se había ensanchado más todavía el círculo de sus necesidades, de sus deséos, de sus trabajos, de sus padecimientos, y sobre todo, de sus obligaciones.

Será desgracia mia, Señores, haber de parecer paradójico y exagerado; pero tened presente,—os ruego,—que cuando por una larga série de años, ha sido principio reconocido entre los hombres una verdad incompleta ó exagerada, el combate ó la rectificacion de este principio no puede dejar de presentarse como una paradoja. Así ha sucedido con todos los principios y sentimientos de libertad, donde quiera que se ha tratado de aplicarlos ó de defenderlos. Habiendo succedido su aparicion á una época de servidumbre, no se les ha examinado sinó desde un

punto de vista reaccionario, y dicho se está que falso é incompleto.

La libertad del hombre, Señores, ora se haya considerado en su orígen metafísico, ora haya sido examinada en la region de la moral y de la política, siempre se ha presentado á nuestros ojos nada más que como un bien adquirido, como una fortuna lograda, como un placer que se alcanza, como un derecho que se conquista. Y es preciso reconocerlo y decirlo: ésta manera de ver y de considerar á la libertad, es bastante parecida á lo que ántes hemos dicho; á la manera con que los niños se representan la emancipacion de su infantil dependencia.

Es tiempo, Señores, de abandonar ésta preocupacion pueril; es tiempo de considerar á la libertad de una manera más formal, más grave, más profunda, más completa, más verdadera. La libertad es un cargo, es una obligacion, es una responsabilidad, es una condicion de la existencia, que impone deberes,—por lo mismo que confiere derechos;—y que por consiguiente lleva consigo todas las penalidades, vicisitudes, contratiempos, infortunios é inquietudes, inherentes á la naturaleza humana.

Consideradlo bien, Señores. La libertad no es un derecho sobre las cosas y sobre las personas ajenas; no es más que el derecho del hombre sobre sí mismo, la direccion de su propia voluntad, la posesion de sus medios, la regularizacion espontánea de su albedrío, el señorío independiente, de su moralidad; es el dominio absoluto de sus acciones, es la responsabilidad propia de su vida física y de su existencia moral delante de Dios, delante de la sociedad, y delante de su propia conciencia. El hombre es libre, á precio de cuidar y responder de todo aquello, sobre lo cual le es dado por la Providencia y por la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sociedad, tomar la iniciativa, y continuar la espontánea y cabal direccion.

El hombre es libre moralmente, á precio del crímen; es libre intelectualmente, á precio del error y de la locura; es libre socialmente, á precio de que la sociedad le deseche ó le extermine; es libre económicamente, á precio de la indigencia, del abandono, de la miseria; hasta es libre delante de Dios, á precio de la condenacion de su alma.

De otra manera, Señores, no se puede concebir ni puede significar cosa alguna la libertad humana. El libre albedrío ha supuesto siempre, en religion, la posibilidad de la culpa y la posibilidad de la virtud; la justicia del castigo, y la necesidad de la recompensa. La fatalidad, que es la servidumbre moral, sería una contradiccion con la pena, ó con la remuneracion de la gloria. La esclavitud política y social implicarían de la misma manera una contradiccion absurda con la desigualdad de la suerte, y con la diversa condicion y destino de todos los asociados.

El esclavo de la sociedad, como el esclavo de un dueño, tiene derecho á exigir de su señor la seguridad de su existencia y la conservacion de sus dias. La organizacion social ha sido declarada incompetente para alcanzar, por medio de la servidumbre, este quimérico resultado. La sociedad pudo proveer á su vida propia, á la existencia colectiva, que era su mision y su destino. Pero desde que en el mayor adelanto de su civilizacion, el indivíduo no podía contar con la seguridad de lo que la sociedad le prometía, el natural progreso del desarrollo de los medios físicos y de las nociones y sentimientos morales, ha conducido al resultado de trocar la insuficiencia absoluta y la inútil injusticia de la esclavitud, por la esperanza probable y por la justicia de la libertad individual.

El hombre hubo de decir á la sociedad: "El cuidado individual no es tu destino, porque nunca podrás alcanzarle. Déjame la iniciativa de mi pensamiento, y la libre disposicion de mis fuerzas; y yo te relevo del cuidado de mi subsistencia. Quédate tú con la proteccion de tus derechos, con la vigilancia de tus capitales; déjame á mí la libre fecundacion y empléo de mi inteligencia y de mi industria. Ampárame contra la naturaleza, contra las fieras, y contra la fuerza de los demás hombres; pero abandóname la tutela de mí mismo, y déjame el fruto de mis medios y de mis afanes, ora me eleven mi aplicacion ó mi fortuna á la más alta cumbre de la opulencia, ora me sepulten la desgracia ó mi torpeza en lo más hondo y abyecto del abismo de la miseria."

Este es el orígen, Señores, esta es la genealogía, y la índole, y la condicion de la libertad. Este es el fundamento de esa admirable armonía entre el principio social y el individual: ésta es la combinacion establecida por Dios entre las fuerzas sociales y los sentimientos del indivíduo, para que funcionen y giren en su movimiento de rotacion las sociedades humanas, como giran en el espacio los sistemas planetarios, entre las fuerzas generales del mundo, y las afinidades químicas ú orgánicas de los átomos. La insuficiencia del hombre para vivir y perpetuarse por sí propio, había hecho necesaria la asociacion; había hecho que el hombre naciera asociado; la insuficiencia de la sociedad para proveer al mantenimiento de todos los hombres, ha sido la razon de que el hombre social sea declarado libre. La ley social es una necesidad del indivíduo; la libertad del hombre es una condicion y una necesidad del progreso y de la justicia social.

Veréis, Señores, cómo apreciados de esta manera los

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

principios, son fáciles y claras las consecuencias; veréis cómo son ménos aparentes, y sobre todo, ménos reales las contradicciones; y veréis tambien cómo quedando siempre á la misma altura,—ó tal vez más realzada,—la nobleza de ciertos principios, se reducen á sus naturales proporciones la exageracion reaccionaria de ciertas consecuencias, y la ilusion alucinadora de ciertas perspectivas. Veréis cómo esa libertad, cuyos fundamentos morales, y cuya representacion económica acabo de bosquejaros rapidísimamente, está muy léjos de ser un patrimonio suficiente y abundoso para todas las necesidades de la criatura humana. Está muy léjos de ser la posesion de todos los bienes que su corazon deséa, la realizacion de todas las esperanzas que su fantasía alimenta; está muy léjos de ser el maná, que sepa á todos los manjares, que su paladar saboréa; está, sobre todo, muy léjos de ser el título ó el derecho á todos los goces de la fortuna, á todos los halagos de la riqueza, á todas las seguridades de su porvenir y de su suerte.

No, Señores, no. La libertad individual no la emancipará de las eternas condiciones de su destino, de su flaqueza física, de su organizacion moral. Muy por el contrario: entónces es cuando toma más plenamente posesion de este destino: entónces es cuando tiene que habérselas más frente á frente, más cuerpo á cuerpo, con esas fatales condiciones. Al aceptar la soberanía de su individualidad propia, contrae la sagrada obligacion de conservarla. No es éste en verdad el contrato que nos describe J. J. Rousseau para la organizacion de las sociedades libres, verdad que no. La libertad supone la posibilidad de la miseria individual; la libertad dispensa á la sociedad, del derecho de la asistencia individual.

Con quien contrae grandes obligaciones y solemnes empeños el hombre libre, es consigo mismo, cuando al entrar en el disfrute de sus medios y de su albedrío, renuncia á la asistencia ajena y obligatoria, y dice á la sociedad: "Nuestro patrimonio está dividido: nuestras particiones están hechas. Cuida tú de tu subsistencia; que yo cuidaré de la mía. Guárdame los muros de esa ciudad; que yo levantaré mi casa, ó moriré á la inclemencia. Defiéndeme del robo á la salida de ese taller de trabajo; pero no pongas á racion mis brazos ó mis fuerzas; que yo sabré trabajar un dia para holgar seis."

Y la sociedad le responde: "Sea. Pero yo, que no podía asegurarte el sustento, cuando á racion trabajabas, ahora de seguro te dejaré morir de hambre, si el trabajo de siete dias no te basta para el sustento de tres."

II.

Yo creo, Señores, que habréis comprendido todos, sin necesidad de ninguna advertencia ni explicacion, el enlace, que tienen las reflexiones que acabo de someteros, con la cuestion que nos ocupaba, y que habíamos dejado pendiente en las conferencias anteriores. Al tener que tratar de la libertad ó de la obligacion del trabajo, mal podíamos pasar ni una línea adelante en nuestras investigaciones, sin fijar la condicion y la naturaleza de la libertad humana. Pero al hacer la explicacion anterior, hemos debido quedar satisfechos de un resultado, en que sin duda al principio no pensábamos; á saber, que la libertad del trabajo y la libertad individual, no se derivan

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

una de la otra; que no se puede decir eso de dos cosas, que son idénticas, de dos palabras que son sinónimas.

En efecto, Señores, siendo el trabajo la condicion necesaria de la vida humana, ¿comprendeis sin la libertad del trabajo, la libertad de la vida?—Y por mejor decir: ¿comprendeis que pueda existir siquiera otra libertad? ¿Tendría sentido la libertad de las acciones humanas, sin la libre disposicion de las facultades, que constituyen su ejercicio y su empleo? ¿Tendrían objeto, y serían más que una irrision absurda, la libertad de la razon, la libertad de la inteligencia y de la palabra, desde el momento que pudieran admitirse la coercion, la violencia y la servidumbre, para todo lo que constituye en la humana vida la aplicacion del pensamiento, y el empléo constante de la voluntad? Tal suposicion, Señores, sería un absurdo, que no merece de nuestra parte una sola palabra de refutacion.

La libertad de trabajar no es otra cosa para nosotros que la libertad de vivir. La libertad de trabajar comprende desde la idéa más espiritual y profunda, que podemos revelar á la enseñanza de los hombres, ó aplicar al dominio de la naturaleza, hasta el último latido de nuestro corazon, cuyos objetos de amor se identifican con nuestra vida, y son el móvil de todas nuestras acciones y el estímulo de nuestras facultades. La libertad del trabajo es esencialmente toda la libertad del hombre. Lo que se llama libertad individual, y libertad de conciencia, libertad civil y libertad social, no es, Señores, si bien lo considerais, otra cosa que el *trabajo libre*.

Pero aún hay más, Señores: no solamente es la libertad del trabajo toda la libertad del hombre, sinó que la libertad es la condicion esencial y elemental de la misma

accion del hombre, á que hemos dado el nombre de trabajo. Nosotros hemos reconocido en él las condiciones de que sea productivo; de que sea suficiente; de que es fatigoso, de que es incierto é inseguro.

Pues bien, Señores, para la reunion de estas condiciones es menester que sea libre. Sin la libertad no tiene sus condiciones físicas: sin la libertad no llena sus condiciones morales. La violencia le quita su inseguridad; pero le quita su estímulo: la organizacion socialista le asegura una infalible recompensa, pero le despoja de su iniciativa. La esclavitud y la organizacion socialista son como los antiguos cielos de cristal para la armonía del mundo.

Para que el planeta de la actividad humana ruede, es menester dejarle en el espacio. Eso, que os parece vacío, sólo puede llenarlo el impulso de su órbita. Sujetadle para que no se aparte de su carrera, y caerá en reposo. Dadle un límite á su actividad, y pronto tendréis que buscar una dilatacion á su fuerza. Dad una amplitud calculada á su recompensa, y no tendréis en breve con qué hacer frente á la más escasa y diminuta reparticion. Emplead la fuerza para el desarrollo del trabajo; pero id inventando primero unas máquinas de hacer trabajar, que no se llamen hambre, y un carril de vapor para conducirlas, que no se llame libertad. No lo dudeis, Señores: despues de reconocer que la libertad del trabajo es toda la libertad del hombre, hay que reconocer todavía, que la libertad no es otra cosa que el trabajo mismo, con todas sus naturales, verdaderas y genuinas condiciones.

Y despues de asentadas estas proposiciones, ¿habrá todavía quién me pregunte, si dada la libertad del trabajo, no es posible que la sociedad deba poner un límite á la concurrencia de la produccion? ¿Habrá quién me pregunte

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

si lo que se ha llamado concurrencia libre, lo debemos considerar como una consecuencia natural, lógica, necesaria, imprescindible, de la misma libertad, que tan resueltamente proclamamos?—¡Consecuencia! No, Señores, vuelvo á decir: no admito siquiera esta palabra: para mí no es esto una consecuencia; es una identidad. Para mí no es consecuencia de un principio ó de un fenómeno aquello que no es más que la manifestacion misma, que la forma, que reviste el principio ó el fenómeno de que se trata.

Para mí la concurrencia libre no puede ser, de manera alguna, la consecuencia, ni la deduccion de la libertad del trabajo, cuando no es más que la libertad misma, considerada bajo el punto de vista de las relaciones sociales; cuando no es otra cosa que el nombre mismo de la libertad de trabajo, aplicado al cambio de los productos, aplicado á la fecundacion de los capitales, aplicado al ejercicio de las fuerzas físicas, aplicado al empléo de las facultades intelectuales, aplicado, en fin, á todos los ramos y diversificaciones de la actividad humana, y de aquella accion individual, que con una apelacion genérica y colectiva, hemos comprendido bajo el nombre de trabajo.

Para comprobar esta verdad, Señores, no es necesario comparar las idéas: basta averiguar sencillamente la significacion de las palabras. Respecto á las cosas mismas que las palabras significan, las dejo al arbitrio del sentido comun más vulgar, y ménos experimentado. Os dejo concebir lo que significaría proclamar la libertad, y limitar la concurrencia. Os dejo explicarme de una manera, no ya satisfactoria, pero siquiera comprensible, cómo la limitacion de la concurrencia no es una limitacion de la libertad; cómo cuando no se pudiera concurrir con el

trabajo ó con el producto, podría decirse que libremente se trabajaba. Os dejo, sobre todo, que me expliqueis de qué manera aquellos sistemas de economía social, y sobre todo, de administracion pública, cuyo principio, cuya tendencia, cuyo exclusivo objeto ha sido constantemente, y continúa siendo en Europa, y en el mundo entero, la regulacion de la concurrencia y la disciplina de la industria, se han horripilado de espanto, y han creido ver desplomarse en derredor de ellos toda la máquina del edificio social, cuando se ha pronunciado á sus oidos el principio de la organizacion del trabajo.

¿Qué tenía de horrible, Señores, qué tenía de absurda y de anárquica esta palabra, para que pronunciara Luis Blanc en un escrito: "que había de durar tres meses lo que todos los estadistas de Europa habían estado escribiendo en códigos y en pragmáticas, en instrucciones y ordenanzas, en aranceles y en tratados, por espacio de tres siglos?»

¿Qué tenían de horrible y de monstruoso, Señores, aquellos talleres nacionales, limitados á cien mil obreros, en que se dijo que el erario público gastó sumas enormes para obtener un resultado mezquino, para sustentar la holgazanería y la pereza, para dejar sin freno ni moderacion alguna, los instintos brutales y los groseros apetitos de las últimas clases obreras; cuando la taréa de la administracion pública desde Colbert hasta nuestros dias, no ha sido otra cosa, en materia de industria y de produccion, que convertir al Estado en taller, asegurar consumo forzoso, y mercado de privilegio y Real órden, á los productos de determinadas industrias y de determinadas localidades, y hacer que Provincias y Naciones enteras no fueran otra cosa que talleres nacionales?

¿Sabéis en lo que consistía lo absurdo, lo mónstruo,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

lo espantoso, del abortado engendro de los socialistas franceses?—En que, por lo pequeño y diminuto, por lo reducido y limitado de la escala, en que aparecieron aquellos fenómenos, se podian medir y apreciar las consecuencias de lo que en la extension de un Estado y de un país, se confunde, borra y desvanece entre las demás circunstancias de su situacion general; así como se vé en un mapa reducido, la configuracion y límites de las costas y de las montañas, que no puede abarcar de una sola mirada la vista natural de los ojos del viajero.

En los talleres nacionales franceses se notaba la degradacion de los hombres: no hubo tiempo, como en estotros talleres, organizados por las leyes fiscales, para que se notara la degradacion de los productos y la miseria de los países. En aquellos establecimientos se vió despuntar en breve la altanería é insolencia de hombres audaces, que con su audacia sola demandaban la remuneracion que los más tímidos y prudentes sólo podían obtener con su trabajo. Pero los que así obraban, no eran más que indivíduos: no eran clases enteras y provincias populosas, que vinieran á pedir con las armas en la mano, á las demás clases ó á las demás provincias de una Nacion el doble precio normal de sus mercancías.

En los talleres de la Francia revolucionaria se consumía el capital mismo, para obtener una retribucion mezquina: en los países regidos por el socialismo gubernamental, que se llama proteccion de la industria, la imposibilidad de formacion de grandes capitales, fruto de la paralizacion y estancamiento de la industria misma, perpetúa la miseria general, aunque oculte algunas veces, por falta de puntos de comparacion, la pobreza relativa.

El sostenimiento de las manufacturas socialistas pareció costar sumas enormes al presupuesto de la nacion francesa. Porque aquellas sumas fueron bastante reducidas para poderse contar, bastante limitadas para pasar por las manos de una administracion, para inscribirse en las columnas de los libros de cuenta y razon de los gastos públicos. Pero los millones, á que asciende en cada dia del año la contribucion forzosa, con que todos los ciudadanos de un país concurren á sostener las industrias privilegiadas por la administracion, no parecen enormes, porque no se lleva cuenta de ellas, porque salen del sudor y del bolsillo de otros trabajadores, sin pasar por la mano de ninguna administracion intermedia, y sin que haya tenedor de libros que los anote en su cuenta, ni que pueda saldarlos en su balance.

Los talleres de París no han sido monstruosos y absurdos, sinó porque han condensado como un pequeño destilador, en su retorta transparente, algunas gotas del extracto corrosivo y deletéreo del principio sustentado, y del sistema seguido en tan dilatadas extensiones de territorio, como aquellas en que pesa todavía la organizacion de la concurrencia y la esclavitud de la industria. La diferencia entre la institucion socialista de París y entre el sistema antisocial de los Gobiernos, no consiste sinó en que una innovacion absurda, local, tiene un aspecto más amenazador que una rutina desastrosa y envejecida, cuando es universal; en que un muladar infecto se percibe más que cuando hay gérmenes de pestilencia é infeccion en la atmósfera.

Y sobre todo, señores, porque en aquellas circunstancias, los nombres de libertad y de emancipacion, que se pronunciaban sacrílegamente en un ensayo de retroceso á la servidumbre, asustaban mucho más que la realidad

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de la continuacion de la esclavitud y del servilismo feudal, con los especiosos nombres de mejoras administrativas y de limitaciones beneficiosas.

El resultado,—habida relacion á la diferente escala de ambos fenómenos,—debía ser el mismo en sus efectos inmediatos, y en su irrisoria esterilidad, para el objeto apetecido. La condicion de los obreros bajo aquella disciplina y organizacion unitária y reglamentada, era más miserable y ménos retribuida que bajo el régimen de la concurrencia libre: la seguridad de ese salario mezquino hubiera tambien llegado á faltar, sin una nueva violencia en proporcionar mercados y salidas; esto es, sin una organizacion forzosa y obligatoria de los consumos, ó sin una diminucion progresiva del capital, que llegaría en breve á su extincion completa.—Hé aquí, Señores, los dos resultados de la organizacion del trabajo y de la represion de la concurrencia: la esclavitud y la pobreza.

Nosotros todavía comprendemos la primera, cuando los hombres hayan de resignarse á la segunda. Comprendemos el monaquismo espartano con la salsa negra y la túnica de sayal. Lo que no comprendemos en la organizacion socialista y en las combinaciones del comunismo, es que ofrezca á los asociados un progreso ilimitado de libertad, y una adquisicion indefinida de riqueza. Lo que no comprendemos es que se diga al hombre trabajador: «Tú ahora eres víctima y esclavo, más ó ménos voluntario, del capitalista, que puede despedirte cuando no te necesite, ó no pueda darte trabajo; en cambio de que tú puedes dejarle, cuando no necesites de su auxilio y cooperacion. En reemplazo de esa incertidumbre contínua, vas á obtener una seguridad completa: en lugar de esa tiranía múltiple, vas á colocarte bajo la dependencia unitaria de un solo y universal capitalista, que se llamará la sociedad.

«Todas tus acciones, todas tus facultades, todas tus disposiciones estarán sujetas á una regla y á una escala; á una tarifa y á una recompensa, que no será arbitraria como ahora, porque no estará sujeta á tu voluntad. Tu voluntad y tu albedrío eran la anarquía y la concurrencia: tu juicio y tu pensamiento acerca de tu propio interés, eran la pobreza y el desamparo. La sociedad va á tomar la tutela de todas tus necesidades, y de todos tus medios: ella pensará por tí: ella dirigirá tu trabajo: ella será la dispensadora de tu capital: ella dispondrá de tus dias y de tus horas: ella arreglará tus taréas, y te hará el pedido de tus productos. Ella te señalará las horas de tus trabajos, los dias de tus ócios, el género de tus distracciones: ella fijará tus consumos, te repartirá tus alimentos, te señalará tu habitacion, te modelará y te dará tus vestiduras: ella prevendrá todos tus deséos, y dará el compás y la órden de todos tus movimientos.

«Ni un solo pensamiento de tu mente, ni un solo movimiento de tus músculos, ni un solo latido de tu corazon, ni una sonrisa de tus labios, ni una lágrima de tus ojos estará fuera de su prevision, de su alcance y de su poder; y serás libre como el aire, porque no tendrás nunca que pensar en mañana; y serás rico, más que los potentados, porque nunca te alcanzará la miseria.»

—¿Libre en qué, Dios mio, cuando se estrecha la vida en un círculo de bronce, y se convierte la sociedad en un vasto presidio? ¿Rico en qué, si nunca podré tener sobrante, si nunca he de poder reunir capital, si no tengo ni motivo, ni aliciente para reunirlo, si puedo disipar sin temor todo el fruto de mi trabajo, cuando está asegura-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

da mi subsistencia y la de mis hijos, y si cuando quisiera ó pudiera reunirlo, no podría disponer de él, porque es la sociedad el único capitalista? ¿Feliz en qué, si hoy soy bastante feliz, y si quitándome de pensar en mañana, al quitarme la incertidumbre, me arrebatais el bien de la esperanza!....

Señores: tal vez creeréis que exagero, porque pongo de realce, é iluminadas con fuertes colores, la vanidad de estas promesas y la ilusion de éstas insensatas esperanzas. Pero meditad bien todos los proyectos de organizacion socialista y comunista, aún los de aquellos, que han querido legitimarse á los ojos de sus impugnadores, protestando contra la legitimidad de estas deducciones; y no dudeis que en el término de sus teorías encontraréis siempre estos resultados; porque ellos no están tanto en los medios que proponen, como en los fines á que aspiran.

La servidumbre no está en la cadena del esclavo, ni en el grillete del presidiario: está en la direccion forzosa que ha quitado la iniciativa á su pensamiento, y en la disciplina, que ha paralizado la espontaneidad de su accion. El retroceso está en la falta de actividad, de estímulo, de invencion y de adelanto, que succeden á la limitacion del pensamiento libre; la miseria está en la supresion de las necesidades, y en la certidumbre de la satisfaccion de los deséos. La desaparicion del capital está en que quitado á la actividad y temor individual el estímulo de acumular sobrante, tendría que hacer por cálculo la administracion, sobre la masa de los productos, una deduccion, que sería absurdamente mezquina, al lado de la que hace la actividad humana, en el régimen de libertad de sus inclinaciones. Tanto valdría aplicar el mismo sistema á la procreacion de los hijos para el aumento de

la poblacion. Está en que esta deduccion sería de todo punto irrealizable, desde que la sociedad se viera obligada á atender á todas las desgracias, á todas las contingencias, á todos los casos adversos, á todas las miserias, á todas las flaquezas, á todas las enfermedades del indivíduo que librara en ella su cuidado.

Sí, Señores: la esclavitud y la pobreza de todos están en el fondo de ese intento sacrílego y antiprovidencial de querer anular las condiciones físicas y morales del trabajo del hombre, intentando organizar un poder sobre la tierra, capaz de impedir la miseria, la ruina y la infelicidad.

¡Sacrílego intento, he dicho, Señores; esfuerzo impotente é insensato!.... tanto valdría querer encadenar al sol en su carrera, para que no fuera jamás de noche; ó encarrilarle en un signo del Zodiaco, para que fuera eternamente primavera!.... La libertad de la actividad humana, como la armonía de los mundos, es el gobierno de la Providencia. La libertad humana es el verdadero derecho divino!

III.

No decimos esto, Señores, como una frase sonora, como un pensamiento ya vulgar, para finalizar,—como algunos podrán creer,—una paradoja con una declamacion. Este pensamiento, al parecer hiperbólico y declamatorio, es el complemento de nuestro raciocinio, porque es la refutacion de un error de nuestros adversarios.

Ellos creen que lo que nosotros llamamos libertad, es la anarquía; que lo que llamamos concurrencia, es el

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cáos; y que donde no hay prescripciones acordadas, resultados préviamente calculados y sujetos á números, y reglamentos escritos en caractéres de imprenta, y sancionados con las penas humanas, ó ejecutados por los funcionarios políticos, la sociedad y el mundo tienen que girar á merced del acaso y de la aventura.

Ellos no saben que en la sociedad, como en la literatura y en las artes, sólo se pueden dictar reglas y leyes sobre lo que no debe hacerse. Pero que en el dominio de la creacion artística, como de la actividad industrial, la produccion humana sólo puede reconocer por leyes y por móviles aquellas fuerzas eternas, que ha conservado en sus manos el Legislador Supremo de las sociedades y de los mundos. Ellos ignoran que la libertad es un régimen; que la concurrencia es una organizacion. Ellos desconocen que las necesidades y las fuerzas de la sociedad humana están calculadas, reguladas y puestas en armonía, de la misma manera que las fuerzas mecánicas de los cuerpos; que la accion de los flúidos y de los gases; que las propiedades de la luz, del magnetismo y de la electricidad; que las afinidades de los elementos químicos; que la vitalidad de los séres orgánicos.

Porque han visto que los hombres se enriquecen ó se mueren de hambre, se elevan hasta la ciencia de Newton, ó hasta la habilidad de Vauban, ó de Arkwright y Jacquard; porque ven que hay Polonias, que desaparecen en la servidumbre y en la opresion, y Uniones americanas, que nacen de repente á la prosperidad y á la vida política, han llegado á figurarse que estas alternativas de los pueblos y de los indivíduos, eran un movimiento irregular y desordenado, como el de las arenas, que levanta un torbellino; y que escribiendo en un código ciertos artículos, se fijaría el período de las revoluciones, el curso de la ascension y prosperidad de los pueblos, la existencia y la armonía de las clases, la concordia de los intereses, el antagonismo de la produccion y del consumo, de la necesidad y del goce, de la pena de producir y del deleite de poseer; y se fijaría el carro de la Fortuna, y el cuerno de la Abundancia, cerrándose la caja de Pandora, y sus males, en contra de la existencia de los indivíduos.

Presuncion satánica y orgullosa, sin duda, Señores: fuente emponzoñada de tantas instituciones calamitosas, como de tantas utopías absurdas! Tanto valdría querer sujetar á una ordenanza las facultades de nuestra inteligencia y los sentimientos de nuestro corazon: tanto valdría hacer códigos para la amistad, escuelas para el amor; establecer premios para los afectos de familia, ó constituir en obligaciones positivas el heroismo de la virtud y la sublimidad del talento: que todo esto,—al decir de esta clase de filósofos,—está en anarquía, en desconcierto y en desequilibrio, porque está entregado á la Providencia y á la eterna lógica de sus medios.

Es verdad que no vemos el código de estas leyes; que no conocemos, ni podemos sujetar á nuestro cálculo, y sobre todo, á nuestra individual voluntad, el conjunto de este misterioso organismo. Pero ¿podemos nosotros algo sobre nuestra misma organizacion interior? ¿Podríamos cambiar la circulacion de nuestra sangre, la respiracion de nuestros labios, la vision de nuestros ojos, la fuerza de nuestros músculos, y la electricidad misteriosa de nuestros nervios?

El desempeño de estas funciones, y la concordancia de estos movimientos ¿dejará de ser un sistema admirable, y una organizacion indestructible, porque no nos es dado

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

variarle, porque no nos es dado hacer dependiente de nuestra voluntad aquello que se ha reservado á la naturaleza; ó porque, al revés, pueda hacerse involuntaria é igualmente por todos, con la misma fuerza y con igual medida, lo que Dios ha querido que necesitara el concurso de nuestro albedrío y la direccion de nuestra conciencia? ¿Será tal vez una anarquía de nuestra constitucion orgánica, y un vicio ó defecto, á que debamos poner término y norma algun dia, el dolor y la enfermedad, la desorganizacion de una entraña, la perturbacion de nuestro cerebro, la ruptura de un vaso, la parálisis de un músculo, el espanto de una muerte repentina, ó los crueles sufrimientos de una agonía prolongada?

Estas perturbaciones, Señores, estas anomalías, estos desórdenes entran en la misma organizacion: son sus consecuencias, no sus excepciones: son sus pruebas, no sus contradicciones: son la sancion misteriosa de sus leyes. Y la abolicion de estas aparentes contrariedades y anomalías sería la variacion, el trastorno, la muerte, y el cáos de la obra maravillosa de la creacion.

De la misma manera que la naturaleza física, está organizada la naturaleza moral. De todos los fenómenos que constituyen la sociedad humana, ved y considerad cuán pocos quedan bajo el dominio y la accion de los reglamentos, de las ordenanzas, de las prescripciones escritas del poder social. Y sin embargo, la sociedad vive; y sin embargo, la sociedad funciona; y sin embargo, la sociedad adelanta; y sin embargo, la sociedad trabaja; y sin embargo, la sociedad progresa; y sin embargo, la sociedad se enriquece. "Y con todo eso,—decis:—la sociedad declina, la sociedad se deprava, y la sociedad perece." ¡Ah! ¿Pensais que puede haber una organizacion inventada y calculada por vosotros, para que adelante con más rapidez, para que se enriquezca más, y para que no perezca nunca? Capaces sois tambien de inventar un sistema, para que el niño sea adulto en seis meses, y para que sea robusto y potente al cabo de cien años!

En ésta parte, Señores, permitid que os diga que la más elevada y transcendental filosofía no se eleva tanto como el sentido comun y vulgar de los hombres. En ésta parte la razon y el instinto de la humanidad ven más claro que los ojos del génio.

El error de ésta clase de filósofos y de organizadores, está en desconocer hasta dónde el albedrío del hombre es impotente para comprender y dominar el conjunto de aquellas relaciones y fenómenos, cuya combinacion no ha dejado Dios á su cálculo ni á su limitacion. El error está en no comprender que la libertad del hombre, que parece el último grado del individualismo, es el primer principio de la organizacion social, y que tiene su razon de ser en el sistema general de la humanidad, que sin ella no existiría. El error está, por último, en creer que ésta libertad y ésta armonía no puedan desenvolverse y organizarse en virtud de sus propias leyes y de sus propias fuerzas, y que pueda haber un sistema y una organizacion que empiece por destruirlas ó modificarlas, apelando á fuerzas y á medios distintos ó contrarios de aquellos de que se vale la Providencia para continuar la obra sublime, cuya direccion inmediata se ha reservado, como se ha reservado la vida, como se ha reservado la perpetuidad de la especie, como se ha reservado el destino de la humanidad y la direccion del mundo, y como se ha reservado el corazon del hombre.

Tambien se ha reservado su libertad; y todos los es-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

fuerzos para comprimirla ó encadenarla, serán en el órden de su accion física, como en la esfera de su responsabilidad moral, estériles luchas contra los designios de la Omnipotencia, desde el momento en que la sociedad ha llegado á la posesion de sus medios de vida, y el indivíduo al sentimiento de responsabilidad propia, que hoy es ley del mundo. En esta época el hombre toma resueltamente la iniciativa en la fecundacion del capital social para la produccion de la riqueza, por medio de la concurrencia; como en la plenitud de sus fuerzas es llamado por un estímulo,—espontáneo respecto á él, libre en su ejercicio respecto á la sociedad, pero dependiente de Dios y de la naturaleza,—á la multiplicacion de la especie y á la perpetuidad de la familia.

IV.

—Pero se me dirá; que "por mi confesion propia, y sobre todo por la verificacion histórica y estadística de tantos hechos, como se reproducen diariamente á nuestros ojos, la libertad del trabajo y la ilimitacion de la concurrencia ofrecen riesgos y ruinas, desastres y miserias, siempre dolorosas, y hasta tal punto, á veces, lamentables, que sin acusarnos de ese ciego y brutal fatalismo, que hace á los turcos no tomar precauciones contra la peste, ni acudir á la extincion de los incendios, es posible que dejemos de oponer á su aparicion ó á su posibilidad, el concurso de aquellos medios, que la Providencia misma ha confiado á las sociedades humanas."

Esta es ciertamente una reflexion naturalísima y óbvia; y ésta pretension ha dado lugar, sin duda, á una de las cuestiones más árduas y difíciles, que en nuestros dias preocupan la atencion de los poderes, y que más profundamente dividen y agitan las opiniones de los filósofos y de los economistas. Comprenderéis que no es mi intento, ni cabe en los límites de mi trabajo, tratarla en la inmensa extension de sus proporciones, ni en la asombrosa variedad de sus datos; pero tampoco, despues de lo que he dicho, cabe en mí rehuirla, y no dejar asentado acerca de la manera de considerarla, un principio, que deje á salvo nuestra conciencia y nuestra doctrina.

Sí, Señores; yo creo, yo sé, yo reconozco que la libertad del trabajo y la concurrencia tienen inconvenientes y peligros: no me detendré en señalarlos. Sin salir de nuestro siglo, los anales de la historia contemporánea están llenos de la relacion de sus desastres; y en las campañas de los ejércitos industriales y trabajadores, hasta la poesía ha cantado las dolorosas lamentaciones de los heridos y el numeroso martirológio de las víctimas. No seré yo, Señores, quien cierre los oidos para no escuchar estos tristes acentos; ni están—loado sea Dios!—endurecidas mis entrañas á la compasion, que inspiran los sufrimientos acerbos de las clases menesterosas.

Muy al revés, Señores: hay en la aparente dureza de mis palabras, y en el rigorismo, á veces misantrópico de mis doctrinas, una simpatía vivísima y profunda hácia las condiciones desatendidas, hácia las muchedumbres necesitadas. Muy al revés, Señores; yo siempre he creido ver en los apóstoles más ardientes y sinceros de las doctrinas de represion, de organizacion, de comunidad, de grémio, ó de monopólio, de trabajo organizado, de produccion reglamentada, de consumo obligatorio, la proclama-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cion de principios y de medios, que vendrían en último resultado á extender el privilegio de los privilegiados, y á hacer más intensa la miseria de los ménos favorecidos de la fortuna.

Por eso, al reconocer la verdad de algunos hechos, y la posibilidad desastrosa de los fenómenos, que ha producido la libertad bajo su forma de concurrencia, séame permitido, sin embargo, exponer dos dudas, que me asaltan siempre que se ponen delante de mis ojos esas dolorosas tablas mortuorias de la produccion libre. En primer lugar, Señores, no siendo todavía un hecho general, ni particular, de ningun país del mundo, la absoluta libertad del trabajo y la concurrencia ilimitada de la produccion, tengo derecho á dudar si todas esas desgracias, que se cargan en cuenta á la libertad, son un producto natural é imprescindible de la libertad misma; ó si, en gran parte, son efecto de la lucha de los dos sistemas coexistentes á un mismo tiempo y en un mismo lugar; á saber, el resultado de la perturbacion monstruosa, que produce en las condiciones de un trabajo aparentemente libre, la coexistencia paralela de una produccion privilegiada.

En segundo lugar, Señores, dada la condicion,—sin la cual no puede haber en estas materias certidumbre;—dada la condicion de una libertad general, y de una concurrencia universalmente desembarazada, yo me atrevo á preguntar,—porque me atrevo á no creerlo,—si hay ejemplo, si hay riesgo, si hay contingencia, si hay posibilidad de que los males de la concurrencia alcancen á la esencia de la sociedad misma; si los adelantos, si las invenciones y los estímulos del espíritu de libertad, considerado como móvil y estímulo del trabajo, han causado alguna vez la ruina, el empobrecimiento, el retroceso ó la

decadencia de una sociedad entera; si ha podido temerse de ellos que comprometan ó afecten profundamente la existencia y el esplendor de una civilizacion; y si todos esos desastres, pérdidas, ruinas y miserias, que se atribuyen al descubrimiento de nuevos métodos, á la introduccion de nuevas máquinas, al amontonamiento de muchos productos, y á la imprevision ó mal cálculo de salidas y desagües para el cambio y venta de la produccion, por grande que haya sido la escala en que se verifiquen, pueden pasar de la esfera de infortunios y desgracias individuales, para llegar á la extension de calamidades públicas.

Estoy seguro, Señores, de que estos fenómenos, detenidamente analizados; de que estos resultados desastrosos serían de menor extension de lo que aparece, y que en un golpe de vista general podrían pasar por insignificantes, comparados con la suma de bienes, que la sociedad entera reporta de los adelantos mismos, producidos por aquellos cataclismos y perturbaciones.

—"Pero, y si así fuera,—se me dirá,—¿no los tendríais en cuenta para nada? Y despues de haberos mostrado escéptico en economía, antiutilitario en política, y muy poco positivo y materialista en moral y administracion, volveis á incurrir,—al cabo de vuestros discursos y filosóficas aspiraciones,—en las mismas añejas vulgaridades, que poco há combatíais, y pasais de repente á hacer la apoteósis de la anarquía y desconcierto de la produccion, del cáos y de la guerra de la concurrencia; atento sólo al bienestar de la sociedad, á esa riqueza, que poco há colocábais en segundo término; sumando y restando—como cualquier vulgar economista, como cualquier empedernido *malthusiano*,—las lágrimas de los tra-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bajadores sin pan, las gotas de sudor de las pobres víctimas de un trabajo sin recompensa. ¿Son libres esos desventurados? ¿Son las consecuencias de la libertad esos infortunios? ¿Son las conquistas de la libertad esas espantosas saturnales de la miseria?»

Esto me decís, sin duda; pero escuchad:—¿Os dije yo por ventura, ni en ésta ni en otra alguna de mis lecciones, que la libertad era el bien supremo; que la libertad era el goce de todos los bienes, y el maná de todos aquellos deséos y necesidades del desierto de la vida, como os la pintaron y prometieron un tiempo, y os la prometen y retratan todavía los falsos profetas de algunas religiones políticas? ¿Os dije yo, por ventura, otra cosa, sinó que la libertad se os había presentado bajo un aspecto falso, cuando se os había hecho ver en ella el supremo bien y la beatificacion terrenal del indivíduo? ¿Os dije yo otra cosa, sinó que la libertad individual del hombre era la más penosa de sus obligaciones, la más costosa de sus conquistas, la más séria, la más árdua, la más arriesgada de sus obligaciones, y la más temerária de sus responsabilidades? ¿Os dije yo, por último, que la libertad humana, en todas y en cada una de sus importantes manifestaciones, se explicaba, ni se comprendía, por la condicion, por la naturaleza, por el destino, por el interés del indivíduo?—Ciertamente que no, Señores, y que, si de algo podeis culparme, es de ser inflexiblemente rígido en mis consecuencias.

El resultado adonde ahora os conduzco, harto os lo había anunciado de antemano; y cualesquiera que sean los resultados que despues vengan á contrarestar la dureza de nuestras consecuencias, por ahora no me cumple desengañaros de que la libertad tiene peligros, de que la concurrencia tiene desgracias, de que la concurrencia y la libertad conducen todos los dias á resultados tristes y lamentables para el indivíduo no más; para la sociedad en general y para la civilizacion, en ninguna manera. Peligros y calamidades y riesgos de miseria y de infortunio para el indivíduo, y no para la sociedad,—os repito,—no con ánimo de endurecer vuestras entrañas á la contemplacion de esas lástimas, ni para apartar vuestra inteligencia de buscar remedio á estos males; sinó para haceros conocer y palpar cómo la libertad individual es un principio social; cómo la libertad del trabajo es un elemento necesario de progreso, de perfectibilidad, de civilizacion para la sociedad; mientras que para el indivíduo es á veces una carga harto pesada, y una obligacion sobradamente penosa.

Os he querido hacer comprender cómo en las victorias, que va ganando siempre el ejército de la humanidad en la conquista de la naturaleza, el estímulo y la iniciativa individual, que es el valor y la intrepidez de esta lucha, puede, como el heroismo del combate, dejar tendidos muchos soldados en la peléa. Y en fin, os he querido conducir á que mediteis y contempleis por vosotros mismos, de qué manera el socialismo, queriendo prevenir los males de la concurrencia, invierte naturalmente su representacion y su papel, haciéndose individualista, en nombre de la sociedad, para combatir desgracias y miserias, que sólo afectan intensamente al indivíduo; en esa guerra encarnizada, á que ha querido compararse la concurrencia libre, no era á la hueste, no era á los caudillos, á quienes cumplía reprimir el ardor: era á los combatientes. El indivíduo podía hacerlo: el interés limitado de los indivíduos puede buscar un refugio contra las eventualidades

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de la libertad; el individualismo puede llegar hasta la garantía de la organizacion. Vaya en buen hora, Señores; pero en el extremo de ese camino en que huye los riesgos y martirios de la libertad, seguros estamos de que se ha de encontrar con las mazmorras y las cadenas de la servidumbre.

¡Y qué, Señores! ¿No hay más que esta triste alternativa? ¿No hay más albergues para la humanidad, que la orfandad ó la esclavitud; la inclemencia del campamento, ó el horror de la prision? Nosotros no lo creemos; no podemos de ninguna manera abandonarnos al fatalismo desesperado á que nos arrastraría esta creencia desconsoladora.

Creemos, sí, que este problema, no lo ha de resolver la filosofía de los sábios con utopías de un dia, ni la administracion de los Gobiernos, con sus instituciones contradictorias, y fundadas en principios puramente materialistas, y en estadísticas y cálculos de productos y de intereses. Creemos que el problema han de resolverlo la humanidad y la civilizacion, apoyadas en principios morales y en sentimientos ménos materialistas. La insuficiencia, que ofrecen los cálculos del interés positivo para la felicidad y adelanto del género humano, ya hemos dicho, tratando de la propiedad, que nos conducen á buscarla por otro camino que por el de esa riqueza indefinida, por el de esa opulencia universal, á cuya realizacion encontramos obstáculos por todas partes, y bajo toda forma de organizaciones.

En la condicion de la esclavitud encontramos á la sociedad pobre y al indivíduo degradado; en el campo de la libertad y de la concurrencia, vemos á la sociedad adelantada y floreciente; al indivíduo, rodeado de riesgos y

de peligros, víctima muchas veces de esa misma concurrencia, de esa misma iniciativa, que reconocemos necesaria para el adelanto social. No tenemos, Señores, todavía motivo alguno para dejar de creer que esta triste alternativa, y que esta condicion no sea una ley fatal del destino de la humanidad.

Tememos mucho entregarnos á esperanzas engañosas, á quiméricas ilusiones, que se nos presentan como contradictorias á la historia de la humanidad, y á la organizacion física y moral del hombre. Donde quiera que le examinemos, encontramos que su destino sobre la tierra está muy léjos de ser la perfeccion y la bienaventuranza.

Ora le contemplemos en la region de su desarrollo intelectual, ora en el dominio de sus sentimientos morales, ora en el ejercicio de su actividad física, siempre vemos que la ley del mundo no es el placer, no es la verdad, no es la riqueza. Esos son estímulos y móviles, pero no son destinos. La ley y la condicion del mundo es la lucha, es el combate, es la fatiga; y para ella el obstáculo eterno, la necesidad renaciendo siempre, el deséo, siempre estimulado; la curiosidad, siempre despierta; la incertidumbre, siempre vigilante; la pobreza, siempre buscando trabajo; la ignorancia, siempre escudriñando la verdad; el estómago, pidiendo todos los dias alimento; el corazon, variando en todas las edades sus necesidades de amor; la muerte, en fin, solicitando todos los dias la reproduccion de la vida.

Y entretanto, para que un sér quede vivo, es preciso que otros ciento se destruyan; para que la sabiduría humana se aumente con una verdad, es menester que pululen enjambres de errores; para un adelanto útil, es necesario que aborten miles de ensayos quiméricos; para

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que haya un Homero, un Virgilio, un Tasso, un Cervantes y un Shakespeare, es preciso que se cuenten por toneladas las producciones de la medianía. Para que haya un héroe en los altares, es menester que haya cien criminales en el patíbulo; para que haya un rico en la opulencia, es necesario que combatan, y lloren, y suden, y trabajen millares de criaturas en la pobreza y en la esperanza.

Vuelvo á decirlo, Señores. ¿Podrá el hombre variar esa ley? ¿Podrá la sociedad conseguir el que la verdad sea su patrimonio, la belleza su adorno, la virtud su culto, la grandeza su carácter, el bienestar su condicion? Todavía seguirémos esta investigacion. Entretanto, me atrevo á creer que sí; que la sociedad puede tener esperanza de alcanzar la posesion de todo esto.

La sociedad, sí, Señores; pero no me lisonjéa la idéa de que dejen de ser nunca el error, el crímen, el egoismo, la desgracia y la miseria, condicion ordinaria y posibilidad natural del indivíduo.

LECCION UNDÉCIMA.

DEL TRABAJO CONSIDERADO EN LA SOCIEDAD, Y DE SU CONCURRENCIA Á LA FORMACION DEL CAPITAL.

I.

Dice, Señores, un Poeta aleman, que de todas las astucias y habilidades, que se han atribuido al Diablo para influir de una manera perniciosa en la suerte de los hombres, no tiene verdaderamente el Espíritu malo más que una, con la cual le basta y le sobra para la perdicion de la humanidad; y que ésta única é infernal astucia, éste medio é instrumento de todo mal, consiste simplemente en separar de la luz el calor.

¿Quiere hacer de un hombre un malvado? Ilumina con vivísima luz sus ojos y su entendimiento, y le deja helado el corazon, y ateridas las entrañas. ¿Quiere que haya mónstruos de crímen y de pasion, muchedumbres enfurecidas, revoluciones absurdas, guerras impías, y que corra la sangre á torrentes sobre la tierra devastada? Derrama torrentes de fuego en el corazon del hombre, y deja enteramente á oscuras su razon, en profundísimas tinieblas sus ojos, sin guía, sin fanal, sin direccion sus pasos. Luz fria y tinieblas ardientes, hé aquí el orígen del mal, la fuente del *error* para el género humano, en el singular lenguaje del poeta austriaco.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que haya un Homero, un Virgilio, un Tasso, un Cervantes y un Shakespeare, es preciso que se cuenten por toneladas las producciones de la medianía. Para que haya un héroe en los altares, es menester que haya cien criminales en el patíbulo; para que haya un rico en la opulencia, es necesario que combatan, y lloren, y suden, y trabajen millares de criaturas en la pobreza y en la esperanza.

Vuelvo á decirlo, Señores. ¿Podrá el hombre variar esa ley? ¿Podrá la sociedad conseguir el que la verdad sea su patrimonio, la belleza su adorno, la virtud su culto, la grandeza su carácter, el bienestar su condicion? Todavía seguirémos esta investigacion. Entretanto, me atrevo á creer que sí; que la sociedad puede tener esperanza de alcanzar la posesion de todo esto.

La sociedad, sí, Señores; pero no me lisonjéa la idéa de que dejen de ser nunca el error, el crímen, el egoismo, la desgracia y la miseria, condicion ordinaria y posibilidad natural del indivíduo.

LECCION UNDÉCIMA.

DEL TRABAJO CONSIDERADO EN LA SOCIEDAD, Y DE SU CONCURRENCIA Á LA FORMACION DEL CAPITAL.

I.

Dice, Señores, un Poeta aleman, que de todas las astucias y habilidades, que se han atribuido al Diablo para influir de una manera perniciosa en la suerte de los hombres, no tiene verdaderamente el Espíritu malo más que una, con la cual le basta y le sobra para la perdicion de la humanidad; y que ésta única é infernal astucia, éste medio é instrumento de todo mal, consiste simplemente en separar de la luz el calor.

¿Quiere hacer de un hombre un malvado? Ilumina con vivísima luz sus ojos y su entendimiento, y le deja helado el corazon, y ateridas las entrañas. ¿Quiere que haya mónstruos de crímen y de pasion, muchedumbres enfurecidas, revoluciones absurdas, guerras impías, y que corra la sangre á torrentes sobre la tierra devastada? Derrama torrentes de fuego en el corazon del hombre, y deja enteramente á oscuras su razon, en profundísimas tinieblas sus ojos, sin guía, sin fanal, sin direccion sus pasos. Luz fria y tinieblas ardientes, hé aquí el orígen del mal, la fuente del *error* para el género humano, en el singular lenguaje del poeta austriaco.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Os dejo, Señores, meditar la profundísima verdad, que se encierra bajo la forma un poco estrafalaria de esta vision fantástica, para deciros á mi vez, que en la esfera de las doctrinas, en la region de los principios, en el vasto dominio de los sistemas, así filosóficos como políticos, una de las causas de error, que con más frecuencia se aparecen á nuestros ojos, uno de los errores más capitales, que han extraviado más á los filósofos y á los políticos, á los pueblos y á los Gobiernos, á los hombres de accion, como á los hombres de inteligencia, es la fatal manía de separar, en una cuestion ó en un juicio, en un fin ó en un resultado, en una solucion ó en un problema, en un sistema práctico ó en una doctrina teórica; en separar,—digo,—dos principios ó dos verdades, dos cualidades ó dos condiciones, que van juntas siempre, aunque parecen opuestas y contradictorias; ateniéndose en su criterio á la análisis ficticia, que en apariencia las excluye, en vez de buscar por la síntesis un vínculo que reuna en una conjuncion armónica, ese dualismo de entidades contradictorias, que es la esencia, ó, á lo ménos, la forma de todo sér en la naturaleza, de toda verdad en la filosofía.

Por eso, Señores, Hegel, en medio de sus desvaríos, y de las consecuencias lastimosas, que de sus doctrinas han derivado sus flamantes discípulos, ha dejado para la investigacion de la verdad, una fórmula luminosa y un instrumento más eficaz que el silogismo de Aristóteles, en su famoso principio de que toda verdad se compone de una tésis y de una antítesis, esto es, de una afirmacion y de la afirmacion contraria, reunidas por la síntesis, que es la verdad absoluta, á diferencia del absolutismo analítico, que es el aislamiento de una sola de las contradicciones.

Por eso este principio, que parece algo oscuro en la fraseología escolástica, y que alguna vez parece estéril en la limitacion de nuestros conocimientos positivos, es claro, sencillo y luminoso en la práctica; y si no siempre nos revela la verdad, dejándonos frecuentemente en la perplejidad de la contradiccion, nos pone en el camino de alcanzarla, ó nos enseña lo que nos falta para conseguirla, siempre que la observacion constante de dos contradicciones no nos conduce á anular la una, sinó á buscar el vínculo que las encadena á entrambas.

Kant había dicho: "El mundo soy yo." Hegel dijo: "En el mundo hay lo que es yo, y lo que no es yo; la reunion de estos dos principios, es lo absoluto." Y nosotros, elevándonos más, decimos: "Es Dios, es la creacion."

En el mundo, ¿hay materia, ó hay espíritu? La existencia exclusiva del uno es error de los unos; la negacion del otro es la ilusion de los otros. La armonía de ambos es la ley del mundo, es la explicacion de la naturaleza, es la síntesis de la creacion; lo que algunos han dicho que era la hipótesis de la fantasía.

Despues de estas dos preguntas tan sérias, permitidme que os proponga una cuestion ridícula. El género humano, ¿es macho, ó hembra? ¡Qué instruido será el mundo cuando pueda responder con la misma carcajada á la mayor parte de las cuestiones que hoy le proponen la filosofía, la política, la economía, la ciencia social!.... Hay muchos de esos problemas, Señores, tan difíciles y tan complicados, que no tienen otra solucion, porque no tienen otra dificultad.

La humanidad ¿es buena, ó es mala? Los pueblos, ¿son por derecho libres, ó es ley que sean esclavos? El hombre, ¿ha nacido para obedecer al hombre, ó es soberano

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

delante de Dios? ¿Ha nacido el hombre para ser venturoso sobre la tierra, ó es verdad aquello de *homo natus de muliere repletur multis miseriis*? ¿Tiene derecho á ser rico y opulento; ó es su condicion indeclinable comer el pan con el sudor de su frente? El fin y objeto de las sociedades y de la vida humana, ¿es la material existencia de este flaco y desnudo animal bípedo, ó dijo bien el que decía: *Non in solo pane vivit homo, sed in omni verbo quod procedit de ore Dei*?

Las necesidades y derechos individuales ¿bastan para constituir justicia y derecho en la sociedad; ó por el contrario, nunca hay razon ni justicia en el indivíduo contra el interés, el poder y la voluntad social? ¿Es natural, y justo, y sagrado el derecho de propiedad individual; ó es la sociedad la soberana propietaria, y no hay en toda propiedad humana más que un precario usufructo ó una abusiva é imprescriptible usurpacion? ¿Es el trabajo libre, independiente, anárquico, concurrente, el modo único y natural de existir de las sociedades humanas; ó reclama el progreso de la sociedad y de la inteligencia una organizacion en la industria, como hace tantos siglos que la ha recibido la guerra? ¿Es sólo inherente al indivíduo la condicion y el derecho del trabajo; ó es la sociedad á quien corresponde el plan supremo y la direccion de las campañas de la industria humana, como el órden y mando de aquellos otros trabajos, que se llaman defensa y conquista?

Os parecen difíciles, espinosas, inmensamente árduas estas cuestiones todas. Pues bien, Señores, no titubéo en repetirlo, no vacilo en afirmar que dentro de algun tiempo estos problemas así presentados, esas verdades puestas en disyuntiva, esas soluciones formando sistemas opues-

tos, representarán el mismo ridículo papel que la pregunta de que poco hace os habeis justamente burlado: el género humano, ¿es macho ó hembra?

No, Señores; no es ociosa esta cuestion, en cuanto puede ser una fórmula ó un símbolo de tantas otras, como se presentan y se proponen, por no considerar los hechos humanos y los fenómenos de la naturaleza moral como los de la naturaleza física, sinó por uno de los puntos de su múltiple perspectiva. Y si quereis otra fórmula más material y ménos extravagante, aunque no ménos absurda, del modo de presentar estas cuestiones, y de analizar estos problemas, figuraos á dos viajeros, ó á dos geógrafos, disputando sobre si la Suiza es un país de montes, ó un país de valles. Al hombre de sentido comun, Señores, le basta saber lo uno, para estar seguro de que no es lo otro; al filósofo que haya observado profundamente al dualismo de la naturaleza humana, tambien le basta saber la verdad de un hecho, para que se le presente en evidencia el hecho contrario. En esa region, más escabrosa y desigual que las sierras de las gargantas de los Alpes, las eminencias son las que engendran los abismos; la nieve helada de las cumbres la que alimenta los puros cristales de los hondos lagos.

No creais, pués, Señores, inútiles, ó de mero adorno y artificio estas reflexiones preliminares, que con frecuencia,—y tal vez con extrañeza,—me tomo la libertad de haceros. En estos tiempos de anarquía filosófica y de tanta libertad de espíritu, en que hay que demostrar los principios más evidentes, ó luchar contra errores acreditados por la autoridad de muchos siglos, las armas del raciocinio se gastan pronto, y estamos en el caso de aquellos trabajadores, que en ásperas faenas y con duros

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

materiales, al dar principio cada vez á su taréa, tienen que afilar sus herramientas.

Aplicad las consideraciones que acabo de hacer, á las materias que han sido objeto ya de nuestras investigaciones; y veréis cuánto os cumple tenerlas presentes para todas las demás cuestiones, que puedan presentarse en el camino de nuestros estudios.

Así vosotros habéis visto desde luego que el indivíduo no constituia la sociedad; que la sociedad no bastaba para el indivíduo; y que los que consideraban á la sociedad absolutamente, así como los que consideraban aisladamente al indivíduo, iban á parar á consecuencias absurdas, y con frecuencia contradictorias á sus mismos intentos. Nosotros nos hemos procurado poner al alcance de la síntesis, que une la ley social con el derecho y con las necesidades individuales.

Nosotros hemos visto á unos hombres, á una filosofía, y á una política decir al mundo: "El hombre no es nada delante de la grandeza, la fuerza, el derecho, el interés del poder social. Por la sociedad existe: para ella sólo le es dado existir."—Y hemos oido á otra filosofía responder en eco á esta doctrina: "La sociedad es un ente de razon, que no es más que lo que el hombre quiere que sea, y todos los poderes de que la sociedad se reviste, no son más que concesiones que los asociados le han otorgado." Nosotros, Señores, hemos visto ya cómo había verdad en lo que ambos decían, toda vez que había algo más que unos y otros no explicaban, y que explicaba lo que unos y otros no comprendían.

Nosotros hemos visto á los unos afirmar que la propiedad es un derecho puramente individual, y que la sociedad y el poder nada podían sobre este derecho fundamental y orgánico de la naturaleza humana. Los otros, por el contrario, nos han probado que la sociedad,—sin la cual no habría ni hechos ni derechos,—era la soberana propietaria de todo bien, el absoluto y supremo dueño de todo capital y de todo producto. ¿Y qué hemos encontrado nosotros, Señores? Que los individualistas y los socialistas tenían razon; que el error de unos y otros consistía en ver la cuestion á medias, y en encontrar contradiccion donde sólo había dualismo y complexidad; que había propiedad individual y propiedad social; y que, léjos de excluirse, la una había nacido de la otra; que sin la propiedad social, el indivíduo no hubiera tenido capitales; que sin la propiedad individual, el capital social no se aumentaría, ni sería fecundo.

¿Qué hemos visto respecto de la riqueza? Que la opulencia universal sería la miseria de todos; que la posibilidad de la miseria es el principio de la prosperidad.

¿Qué hemos visto, en fin, Señores, en la cuestion tan debatida, del trabajo, que tenemos pendiente todavía? Hemos encontrado las mismas contradicciones, que encontrarémos siempre en todo lo que se refiere á la naturaleza del hombre y á la ley de la humanidad. Hemos encontrado sus males enjendrando sus bienes; sus dolores creando sus placeres; sus goces causando sus privaciones: hemos encontrado, como en todas partes, la luz produciendo la sombra; la agitacion, el reposo; la vigilia, el sueño; la vida haciendo lugar á la muerte.

Hemos visto la organizacion del trabajo social produciendo la esclavitud; hemos visto la independencia y la anarquía del trabajo individual dando por fruto la prosperidad social; hemos visto la libertad del indivíduo, perniciosa á veces y funesta para el indivíduo mismo; nun-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ca para la sociedad. Y sólo nos falta para completar esta taréa, considerar el otro aspecto contradictorio ó complementario de la cuestion, examinando hasta qué punto, —además del trabajo individual, cuyas condiciones hemos descrito,—hay tambien en la humanidad, y en cada una de las sociedades humanas, trabajo social y colectivo, sin el cual no pudiera realizarse, ni por un solo dia, la condicion primera de la subsistencia del individuo. Y ved aquí, Señores, porqué en ésta, como en las demás cuestiones, nosotros no aspiramos á ser individualistas, ni nos contentamos con ser socialistas. Aspiramos á más: aspiramos á ser sintéticos. Por eso la contradiccion no nos arredra; y léjos de conducirnos al exclusivismo, vamos siempre atentos á encontrar el principio superior de la armonía.

Por eso, Señores, cuando encontramos que ninguna organizacion del capital y de la propiedad conducía á la riqueza general, nosotros no hemos insistido en buscar otra organizacion, que acallara todas las contradicciones del destino material del hombre. Hemos tomado estas contradicciones por su condicion natural y necesaria; y lo que hemos sacado por conclusion, es que la humanidad tenía un destino más alto, y un objeto ménos epicúreo, á que concurrían de consuno la opulencia de los pocos y la escasez y penuria de los muchos. Cuando despues os he hecho conocer que la organizacion del trabajo era imposible sin la esclavitud, y que la libertad individual era la condicion necesaria del trabajo del hombre, yo no pude arredrarme delante de las funestas consecuencias de esta libertad misma, cuya necesidad reconocía. Pero llevado por mi anterior criterio, las he reconocido fatales y necesarias, y espero de esta manera, —más bien que rechazándolas ó suprimiéndolas,—encontrar la ley que las concilia con la felicidad humana.

Así, Señores, un constructor de buques no pretende suprimir ni los huracanes ni las calmas; pero estad seguros de que si no construyera su buque para que resistiera á los temporales, ó para que navegara sin vientos, no se hubiera llegado á atravesar el Océano con tanta seguridad y rapidez, aun en los viajes en que no hay tempestades ni riesgos sobre los mares.

II.

Hemos asentado, Señores, que la cuestion del trabajo la habíamos considerado solamente por una de sus fases, por una de sus perspectivas, cuando hemos investigado las principales condiciones del trabajo individual; y todavía, Señores, este exámen es diminuto é incompleto.

Sin embargo, este es el único punto de vista, bajo el cual le han considerado los filósofos y los políticos, cuando han querido organizarle.

Cuando el poder social, tratando de someterle á su accion y á su régimen, se olvidó de su mision legítima, por buscar el cumplimiento de lo que estaba en su derecho, y en su posibilidad, quiso tomar por un camino donde sus esfuerzos y sus adelantos no habían de encontrar sinó lo imposible, lo absurdo. Olvidó ó desconoció que el trabajo, reducido una vez á la condicion de trabajo individual, estaba ya organizado, y que este trabajo, esta funcion, sometida á la fuerza misma que le impelía y le desarrollaba, á la actividad é inteligencia del hombre, á su responsabilidad y libre albedrío, no podía

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tener otra organizacion que esa libertad misma, cuyos móviles y cuyas limitaciones, cuyos obstáculos y cuyos resortes, dejados á merced de cada individualidad humana, constituían el gobierno directo de la Providencia Divina sobre la economía social, y sobre el destino y situacion de los pueblos y de los indivíduos.

Para variar esta organizacion, para sustituirse á esta Providencia, para anular esta libertad, la organizacion política ó filosófica tuvo que destruir las condiciones fundamentales de ese mismo trabajo, y esclavizar al indivíduo, total ó parcialmente, en la direccion de sus fuerzas, en el empléo de sus medios, en el logro ó en la esperanza de sus resultados. En esta taréa absurda ha encontrado el éxito que tendría el intento de quien, para dirigir mejor por la superficie de la tierra el agua de los rios, quisiera variar á su antojo la disposicion de las fuentes ó lagunas, de donde beben sus aguas.

La sociedad se ha creido la fuente, cuando le bastaba ser el cáuce: ha querido sustituir su voluntad á la voluntad del trabajador, y el trabajo se ha paralizado: ha querido sustituir su conveniencia al interés del indivíduo, y el trabajo se ha tornado infecundo: ha querido sustituir su inteligencia á la necesidad individual, y la produccion ha sido insuficiente: ha querido suplir con la confianza de su poder á la inseguridad de la naturaleza misma, y el trabajo ha sido inerte, improductivo: ha querido sustituir su ley al gobierno de la Providencia, encargándose de la subsistencia de las masas, ó—lo que es lo mismo, —de la reparticion individual de los frutos del trabajo; y la pobreza, y la miseria, y la degradacion de la servidumbre, y las revoluciones espantosas de las muchedumbres esclavas, y las hambres, y las epidemias, y la política de

expoliacion, y las guerras de rapiña y saquéo, y la venganza expiatoria de las naciones saqueadas, y el desenfreno de las muchedumbres corrompidas, y la decadencia rápida de las sociedades ociosas, epicúreas é inmorales, y la desaparicion segura de las naciones sostenidas sólo por la fuerza, han venido siempre en tales casos, y bajo toda clase de formas, á hacer cumplida justicia contra aquel sacrílego y descaminado intento.

¿Pero se deducirá de esto que nuestros principios han de tomar un rumbo enteramente contrario? ¿Se ha de concluir de nuestras reflexiones, que la sociedad no tiene existencia colectiva, respecto á la necesidad, á la obligacion, á la funcion del trabajo; y que, si la tiene, no tiene en ella representacion, ni atribuciones, ni responsabilidad, ni deberes?—De ninguna manera, Señores.

Tal juicio sería incurrir en el error que poco hace inculpábamos á los que no consideraban esta cuestion sinó por uno, acaso por el más fácil y más perspícuo de sus aspectos; en el error general ó comun de los que en todas las cuestiones filosóficas tienen por contradictorio todo lo que es opuesto, ántes de averiguar si esa oposicion es complemento ó integracion de la cuestion propuesta y debatida.

No, Señores, no: nosotros no podemos extraviarnos en un camino tan conocido, ni chocar contra unos escollos tan marcados ya en el derrotero de la filosofía. Nosotros nos hemos proclamado,—y no en valde,—demasiado socialistas, para dejar esta cuestion encerrada en los límites estrechos de aquel incompleto é insuficiente individualismo. Nosotros hemos dado demasiada importancia á la vida, á la ley, al principio y al destino social, para dejar ahora á la sociedad, cuando se trata de su princi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pal funcion externa y de su más ostensible empléo sobre la tierra, á merced de un principio y de una condicion individual, cuando hemos empezado por afirmar que no fué así originariamente, y que es un resultado tardío y lento de la misma sociedad, que trabajó y vivió primitivamente en otras muy distintas condiciones.

No, Señores, no: ésta primitiva y originaria existencia siempre será una necesidad, siempre será la condicion primera, fundamental, de toda asociacion humana; y cuanto más la civilizacion progrese, y la vida individual se ennoblezca y asegure, tanto más la sociedad necesitará asegurar las condiciones de su duracion, de su conservacion, de su engrandecimiento, de su prestigio y de su imperio. Sí, Señores; la sociedad tiene hoy, —como ha tenido ántes, como tendrá siempre y cada vez más, —la obligacion de todo sér vivo, y de todo sér inteligente; la obligacion de conservar su existencia y de trabajar para conservarla; la obligacion de emplear su vida en el destino, que Dios le ha repartido sobre la tierra, y la de dirigir sus fuerzas y su accion, su inteligencia y su trabajo al cumplimiento de este destino.

Por eso, Señores, hemos dado principio á la cuestion del trabajo en una de las primeras lecciones, asentando como verdades de observacion histórica y de necesidad metafísica, que hay trabajo social; que hay capital social; que el trabajo social había precedido al trabajo del indivíduo; que el capital era una creacion de orígen, pura y exclusivamente societario, y que era precisa la accion colectiva de la sociedad, para que el indivíduo llegara un dia á tener medios y recursos, instrumentos y métodos, seguridad y tiempo, para emplear útil y productivamente su libertad y su inteligencia.

Para este trabajo, Señores, sí que necesita organizacion; sí que necesita direccion; sí que necesita leyes; sí que necesita plan convenido y calculado; sí que necesita principios y sistemas; sí que necesita, por consiguiente, doctrina y filosofía; sí que necesita razon y sentimiento, porque necesita inteligencia y autoridad. La inteligencia y el sentimiento, que presiden á las acciones humanas en la esfera individual, están en el albedrío y en las necesidades del hombre, bajo la direccion de Dios, que se ha reservado su impulso y su desarrollo. Pero la accion social no tiene esta libertad; la accion social no tiene su centro y su guía en el entendimiento y en el corazon del hombre. La accion social tiene sus reglas y sus motivos, en aquellos principios y en aquellos hechos, que constituyen las instituciones de poder, y las instituciones de administracion.

La sociedad tiene su conciencia en lo que se llama Derecho público; tiene su inteligencia en lo que se llama razon de Estado; tiene su cabeza en lo que se llama poder y gobierno; tiene su corazon en lo que se llama patriotismo; tiene su actividad en lo que se llama con admirable y gráfica exactitud, espíritu público; sus motivos y sus resultados, en lo que se llama elevacion, engrandecimiento y prosperidad de los pueblos y de las naciones.

Permitidme, Señores, apelar otra vez á la fisiología—como lo hago con alguna frecuencia—en comparaciones que no son simplemente metáforas, porque son transportar á séres colectivos, como lo es una sociedad humana, las leyes, que vemos regir en un sér concreto é individual, que sin embargo es, á su vez, una coleccion de órganos. Hay en el hombre, fisiológicamente considerado, una série de fenómenos, que no dependen de su inteligencia ni

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de su voluntad. La vida local de la mayor parte de sus órganos no se refleja en su conciencia, ni obedece á su razon. Nada puede la voluntad humana sobre la circulacion de la sangre, sobre la digestion de su estómago, sobre la respiracion de sus pulmones, sobre todas las funciones orgánicas de sus entrañas.

Y sin embargo, para la direccion de su vida y para el empléo de sus fuerzas, para la percepcion de sus sentidos, y para la aplicacion de sus facultades y la combinacion de sus idéas, tiene un centro, en que se dá cuenta del conjunto de ésta vida, y una razon que la dirige, y una voluntad que la mueve. Pues bien, Señores. El mismo fenómeno, que observamos fisiológicamente en el indivíduo, le observarémos filosóficamente en la sociedad. El trabajo individual, la libertad individual, la responsabilidad individual, son como las funciones de los órganos y como el movimiento de las moléculas orgánicas. Sin la vida general no vivirian, no funcionarian; y son, sin embargo, independientes de ella, en cuanto están fuera del alcance de su voluntad, de su conciencia, de su percepcion, y sujetas solamente á las leyes de la vida, que su Dispensador eterno gobierna y rije.

La inteligencia social, la actividad social, el trabajo social son como el cerebro y la razon del hombre; son como la voluntad, que dirige el conjunto exterior de sus fuerzas; son como la conciencia, que se dá cuenta de sus afecciones y deséos; son como aquello que llamamos corazon, en donde obran nuestras pasiones y deséos; son como el pensamiento, que analiza y comprende aquello mismo que obra dentro de sí, como si fueran hechos exteriores; son como la razon, que modera, limita, estimula ó refrena, reune ó gobierna las fuerzas generales, que

le ponen en contacto con la vida física del mundo exterior, con la existencia moral de los otros séres, y con la misma fuerza de sus órganos y de sus miembros.

Por eso no extrañeis, Señores, que despues de haber puesto la actividad individual bajo el gobierno directo de la Providencia, haga dependiente la accion social de la filosofía humana. Ya lo veis. Este es un misterio de la creacion que se reproduce en el indivíduo. El hombre no puede detener el curso de una gota de su sangre en la más delicada de sus artérias. Aquel movimiento obedece exclusivamente á la vida, que es obedecer inmediatamente á Dios; y aquel hombre mismo, por un esfuerzo de su inteligencia, conduce un buque á través del Océano; ó por un extravío de su razon puede darse la muerte y derramar toda su sangre.

En último resultado, Señores, no hay contradiccion, sinó sabiduría infinita en estos fenómenos. Dios gobierna la vida individual por medio del albedrío humano; y la vida general, por sus eternas leyes. Dios gobierna las sociedades por la razon y la filosofía de los hombres; pero tambien se ha reservado, ó la exaltacion ó la decadencia, la ruina ó la prosperidad de las naciones, por medios que se escapan á las teorías y á la lógica; como la salud y la muerte del indivíduo se escapan al albedrío y á la prevision de su limitado entendimiento y de su impotente voluntad.

Dios ha depositado en el cerebro humano un agente inmaterial, que se llama el alma: tambien en esos cerebros sociales, que se llaman Gobiernos y poderes, hay un agente espiritual, á que hemos dado el nombre,—un poco vago—de principios: alma y principios que aunque sean del hombre, son primero de Dios; alma, sin la cual la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

criatura humana sería un ser automático, como el árbol; principios, sin los cuales la fuerza del poder cesa, y la organizacion social se disuelve, como la vida material del indivíduo cuando el espíritu le abandona.

III.

Pero la analogía entre las dos existencias vá más allá todavía, y no se limita solamente á la correspondencia que hemos encontrado entre la voluntad y la razon, que dirigen las fuerzas, que obedecen, y los órganos que funcionan y ejecutan.

La sociedad, como el indivíduo, tiene vida física y existencia moral; tiene vida propia interior, y tiene vida de relacion; tiene necesidades materiales; tiene necesidades afectivas é intelectuales; tiene funciones de fuerza, de resistencia, de movimiento; tiene facultades de sabiduría, de justicia, de enseñanza, de ley, de entusiasmo; hasta de imaginacion, hasta de fanatismo; tiene trabajo, Señores, tan variado, tan múltiple, tan contínuo, tan penoso, como el trabajo individual en la dilatada esfera en donde se ejercita. La sociedad tiene la defensa de su independencia, que es su personalidad; la proteccion de su suelo y de sus mares, que es la custódia de su independencia; la administracion de la justicia, que es el equilibrio de sus fuerzas; el cuidado de sus intereses morales, que constituyen su existencia en la esfera del sentimiento; la custodia de su religion, que dá la sancion divina á la conciencia pública; la adquisicion de las naturales conquistas, ó el establecimiento de colonias, que son

la dilatacion natural, ó la generacion política de su vida; las funciones políticas y de gobierno, que constituyen los órganos de su pensamiento y su voluntad colectiva. Y despues de todo, en la esfera de los intereses materiales, el capital social, sin el cual el trabajo del indivíduo sería escaso ó infecundo; la construccion de los caminos, la apertura de los puertos, el encauzamiento y navegacion de los rios, la tala ó conservacion respectiva de los montes; la seguridad de los campos, la policía de las ciudades, la defensa y proteccion de su produccion colectiva, la proteccion de sus colonias mercantiles, y la propiedad de sus minas, de sus tierras, de sus pesquerías, ó de todos sus demás productos comunes y sociales.

Ninguno de estos trabajos, Señores, es de la competencia, ni de la posibilidad del indivíduo: ninguno de estos trabajos, ninguna de éstas funciones representa un interés individual. No importa, ni nos toca examinar á nosotros ahora, si en el estado de civilizacion de muchos pueblos, muchos trabajos materiales de interés social pueden encomendarse, ó se encomiendan de hecho, en su ejecucion, á indivíduos ó asociaciones particulares.

Esta es una cuestion muy secundária, muy subalterna, que en nada desnaturaliza el carácter de aquellos. No llamamos nosotros solamente social á aquello que se ejecuta de hecho, dirije, explota ó administra por los poderes políticos, ó por los encargados oficiales de la administracion pública. El espíritu y el interés de la sociedad puede llegar á obrar fuera de ese círculo, segun la índole, carácter é instituciones de cada país, y crear transitoriamente sus órganos de accion fuera del círculo limitado y reconocido de sus funcionarios públicos; pero será siempre el interés social el que satisfagan, y al que correspondan estos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

esfuerzos individuales, estas asociaciones extraoficiales.

Una carretera pública, un canal de navegacion, un ferro-carril, pueden llevarse á cabo con fondos y por empresas particulares. Pero reparad en una circunstancia de estas obras mismas de que os hablo: la empresa del carril de hierro, ó del canal navegable, no producirá al empresario particular más beneficio que si hubiera empleado sus fondos, su inteligencia ó su trabajo en cualquier objeto de industria privada, en cualquiera construccion, en una fabricacion cualquiera; y frecuentemente, muchísimo ménos. Al paso que la sociedad reportará de aquella obra, de aquel trabajo, de aquella empresa, un beneficio, que centuplique tal vez sus intereses, sus productos y sus comodidades. Y es que estos trabajos son eminentemente sociales; y es que su interés es esencialmente social; y es que pertenecen á aquel capital colectivo de la asociacion, cuyo beneficio, cuyo aprovechamiento, cuya ganancia está en la posibilidad de todos, pero que no se puede apreciar individualmente por cada uno, y del cual tal vez es posible que queden excluidos muchos.

Éstas obras y éstas funciones constituyen el capital y el trabajo social: sus productos constituyen la conservacion moral, política y material de la sociedad, y su adelanto y su progreso. En el círculo de esta accion no puede haber la libertad absoluta, que hemos proclamado como ley orgánica del trabajo individual: en la creacion de estos productos no puede haber albedrío y arbitrariedad discrecional del indivíduo. La libertad, y el albedrío, y la espontaneidad individual quedan para su reparticion, para su aprovechamiento, para su utilizacion, para su uso. En eso cabe la igualdad, la justicia, la democrácia; en eso puede distinguirse una nacion de privilegios y de

monopólios, de injusticias y de tiranía, de otra sociedad libre, de un Estado democrático, ó de una asociacion jerárquicamente fraternal.

Pero en el conjunto de los trabajos y funciones, que atañen y afectan á la existencia y ventajas de la sociedad misma, considerada como un sér colectivo, el pensamiento que créa, y el brazo que ejecuta; la inteligencia que predomina, y el esfuerzo que la obedece, estarán siempre subordinadas fatal y necesariamente, á la ley de la sociedad, á una organizacion que limite ó encadene el interés y el trabajo individual, cualesquiera que sean las instituciones políticas y las formas administrativas de ese pueblo; cualquiera que sea la índole y carácter que predominen en su gobierno y en sus costumbres. Y esto, ora tenga ésta direccion, éste pensamiento, éste trabajo y éste sistema sus agentes y sus órganos determinados y reconocidos en la jerarquía de sus funcionarios; ora la opinion y el interés público se identifiquen de tal manera en el ánimo y en el corazon de los indivíduos, que espontáneamente se constituyan en órganos y representantes suyos, todas las veces que habla muy alto la voz del interés general, ó el estímulo generoso de la necesidad pública, de la mejora, de la civilizacion, del progreso y del engrandecimiento nacional. Sin ésta organizacion, sin ésta asistencia, sin éste espíritu, sin ésta mira y éste fin social, el concurso del indivíduo sería improductivo y anárquico para la sociedad; así como sin ésta cooperacion de los medios y elementos sociales, el trabajo del indivíduo sería estéril, sería mísero, sería imposible, sería de todo punto insuficiente para su propia é individual subsistencia y mejora.

Esto, Señores, es muy sencillo, es trivial, es vulgarí-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

simo, y obedezco en este momento á una necesidad harto desagradable y penosa, cuando me estoy ocupando delante de vosotros en la explicacion de verdades tan óbvias y de principios tan triviales, con algun más detenimiento de lo que sabeis que acostumbro. Pero, Señores, ésta necesidad, —tan desagradable para mí, por lo que tiene de enojosa para vosotros,—no creo que sea enteramente estéril para el resultado á que van encaminadas nuestras explicaciones.

Muy comunes son, en efecto, estos principios; muchas veces, y bajo diferentes formas, se han repetido éstas distinciones, hasta llegar á ser el rudimental catecismo de todos los que hayan asomado sus ojos á los primeros estudios de las materias económicas ó administrativas. Pero hay, Señores, en todos los ramos del saber humano, una distancia muy grande entre consignar principios, y derivar de ellos consecuencias; y yo me atrevo á creer que las consecuencias de la distincion vulgar, que acabo de haceros entre el trabajo social y el trabajo individual, no están todavía, ó con bastante claridad deducidas, ó con suficiente distincion apreciadas; y que la mayor parte de los filósofos ó de los políticos, que se han aplicado á estas consideraciones, despues de haber establecido ésta diferencia, ó la han desconocido, ó la han olvidado, ó la han confundido en sus aplicaciones.

Así, Señores, nadie desconoce la existencia de un capital, pura y esencialmente social; pero de lo que se han olvidado algunos es de que siendo éste capital, no solamente un hecho, sinó una necesidad, ésta necesidad constituía para la sociedad una obligacion. Pocos han examinado cómo siendo necesario conservar éste capital para la conservacion social, y aumentarle para el adelanto y mejora de la condicion individual, hay un trabajo á que la sociedad

tiene derecho, hay un trabajo, á cuyas condiciones y á cuyas leyes, á cuyo ejercicio y á cuya ejecucion no basta la libertad del hombre, porque no corresponde al estímulo diario y directo de sus necesidades y deséos. Poquísimos son, Señores,—y yo casi no puedo citar á ninguno,—los que se hayan propuesto explicar de qué manera, y hasta qué punto, la sociedad puede desempeñar esta obligacion; de qué manera, y hasta qué punto, la sociedad puede llevar el ejercicio de este derecho; de qué manera, y hasta qué punto, la sociedad podía asimilar á su obra la taréa y la libertad del indivíduo; de qué manera, y hasta qué punto, el indivíduo está empeñado en su produccion y en su trabajo, para concurrir á la accion y á la obra de la sociedad.

Ya lo veis, Señores: los economistas y los socialistas no han propuesto así la cuestion, cuando los unos han hablado de fomento, de proteccion, de direccion y de inteligencia central; cuando los otros han tratado del derecho al trabajo por parte del indivíduo. Los economistas han hecho descender el interés de la sociedad y la accion del Gobierno á la region de los intereses puramente individuales. Los socialistas han colocado al indivíduo demandando á la sociedad trabajo, cuando primeramente debian habernos explicado que el trabajo, que podía dar la sociedad, sólo podía suministrarlo en forma de capital; y cómo, y con qué fatigas, y bajo qué ley y con qué condiciones se había creado, formado y reunido éste capital, que ni la sociedad ni el indivíduo poseen nunca, sin que sea la obra y el producto de un trabajo anterior. Por eso, Señores, ántes del derecho al trabajo, ya he dicho en otra ocasion que había para nosotros, y hay para la ciencia, una cuestion más fundamental y difícil; que es el derecho de las sociedades al trabajo del indivíduo, y su

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

obligacion de conservar y aumentar y engrandecer la masa de ese capital público, cuya existencia y superabundancia es la que ha de dar, no el derecho, sinó el hecho real y efectivo, al empléo, á la fuerza, á las facultades del trabajo del indivíduo.

Sí, Señores; es cuestion árdua, espinosa: es explicacion difícil. Para algunos tal vez no. Todos aquellos para quienes *derecho* corresponde inmediatamente á *fuerza*, concluirán sin vacilar que la sociedad tiene un derecho inconcuso de coercion sobre los indivíduos, y que la concurrencia del indivíduo á la obra social es desde luego una taréa irremisible y obligatoria. Pero deben considerar primero los que así concluyan, que donde la taréa es obligatoria, es obligada tambien, y rigurosamente debida, la remuneracion y la recompensa. Por eso nosotros hemos desechado toda coercion, toda violencia, cuando hemos examinado simplemente el trabajo individual. La obligacion y disciplina de éste trabajo concluía rigorosamente á la obligacion de satisfacer las necesidades y subsistencia de todos los indivíduos; lo cual ya hemos visto cuán imposible era y absurdo.

Al trabajo social, Señores, ¿le corresponderá la misma obligacion, las mismas condiciones; y vendrémos á parar á lo absurdo de su organizacion, por lo imposible de su recompensa?—No, Señores; preciso es reconocerlo. La recompensa, la produccion del trabajo social alcanza y puede alcanzar á todos, porque alcanza á la sociedad; porque constituye su existencia y su vida; porque conserva su organizacion; porque ensancha la esfera de su actividad por robustecer su fuerza; y porque á medida que se desenvuelve el crecimiento y adelanto social, se aumentan las esperanzas, los medios y las probabilidades del bienestar y del engrandecimiento del indivíduo.

Pero cuenta, Señores, que ésta recompensa, ésta produccion, éste engrandecimiento, éste resultado es social tambien y colectivo, como la accion que lo produce, y la inteligencia que lo dispone: ésta recompensa, ésta ganancia, ésta riqueza no es directa é inmediatamente individual. No se puede distribuir entre todos por reparticion alícuota, y por goce seguro; sinó por participacion de las ventajas sociales, y por la posibilidad cada vez mayor que todos adquieren, de aprovechar para el trabajo individual la accion del capital, patrimonio de la sociedad, sin cuya existencia el primero sería imposible; sin cuya extension, sería insuficiente; sin cuyo aumento, todo progreso y toda mejora es irrealizable.

Y hé aquí la razon material,—haciendo abstraccion por ahora de las causas morales y políticas;—hé aquí la razon material, la causa física y mecánica, que enlaza el bienestar social con la riqueza del indivíduo; al mismo tiempo que la explicacion racional de la relacion, que existe entre la riqueza social de las naciones, y su libertad individual. Pobre, limitado, reducido, insuficiente el capital social de una nacion, la mayor parte de la accion de los indivíduos tiene que convertirse, ejercerse y aplicarse hácia el trabajo, hácia la existencia, hácia la vida social, precária, mísera y necesitada. Por eso entónces hay poca libertad, porque el trabajo social no es libre: por eso las sociedades nacientes y pobres aparecen,—como hemos visto en nuestras consideraciones históricas,—bajo un punto de vista eminentemente socialista; por eso la subsistencia individual es tan precária, y su trabajo tan incierto; por eso la vida material del indivíduo es tan miserable; y su significacion moral tan insignifican-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

te, aun en períodos en que la sociedad se presenta poderosa, y su representacion colectiva, temible y respetable. Hasta que las necesidades absorventes de la conservacion social no aseguren el trabajo y la emancipacion del indivíduo, no hallaréis en éste, ni la independencia, ni la grandeza, que le dan la disposicion de su tiempo y de su trabajo, y la libre disposicion de sus fuerzas, que constituye su libertad.

Pero cuando el capital social crece y se ensancha; cuando la existencia de la sociedad está colectivamente asegurada; á medida que la vida social se agita ménos premiosamente, y absorve con ménos rapidez y extension ese trabajo del indivíduo, que socialmente no puede ser libre, el hombre encuentra más medios y más multiplicadas ocasiones de ejercitar su trabajo social; el hombre agranda la esfera de las probabilidades de proveer á su subsistencia, por medio de un trabajo, que encuentra en mayor abundancia capital y empléo. Entónces tambien el hombre, más abandonado al espontáneo ejercicio de su trabajo libre, contrae el sentimiento de su responsabilidad y de su accion, y reconoce la importancia de su personalidad; y por medio de esa armonía, que enlaza los indivíduos con la sociedad, como los rios con el Océano, se encuentra en estado de concurrir con más desahogo á la obra social, sin tanta mengua y absorcion de su independencia, de su albedrío, de su trabajo, como experimentaba con la condicion originaria de la primitiva pobreza, y de aquella absorvente y socialista servidumbre.

De la misma manera, Señores, —por volver á mis comparaciones fisiológicas, —procede la vida en la naturaleza, en el desarrollo de los séres, y en la dilatacion de las especies. De la misma manera, Señores, en la infancia de la humana criatura todas las fuerzas de la vida están ocupadas en la nutricion y crecimiento, y todas no bastan para que no sucumba con frecuencia en el conflicto con el mundo exterior. En ese período no hay más que el desarrollo orgánico, y no hay más que dependencia y flaqueza en lo físico; no hay más que ignorancia y aprendizaje en el órden moral.

Pero llega el hombre al complemento de sus fuerzas y al término de su educacion; y sólo entónces tiene accion; sólo entónces adquiere verdadera inteligencia y libertad; sólo entónces adquiere personalidad; sólo entónces ha llegado á su emancipacion natural. Sólo entónces entra en relaciones de fuerza y de asimilacion, de produccion ó de ciencia, con la naturaleza física, ó con el mundo de las idéas. Sólo entónces sus pasiones y sus afectos ponen en relacion fecunda y sensible con sus semejantes, aquellas facultades que han estado absorvidas en el egoismo de su propia existencia. Sólo entónces puede aplicar al desarrollo parcial de sus sentidos, de su aptitud mecánica, ó de su capacidad intelectual, aquellas disposiciones especiales, que no podían funcionar; cuando todas se empleaban en adquirir aquel capital disponible de fuerzas, de medios y de conocimientos, que constituye en la edad adulta la personalidad de un hombre, como el capital social constituye, en el progreso de los pueblos, la personalidad, la aptitud, la suficiencia de las naciones civilizadas.

Pero, os veo, Señores, fatigados de este escabroso análisis. —Tomemos algun respiro, que yo tambien he menester; y en la próxima sesion todavía continuarémos éste importante asunto, que ha de dar márgen aún á consideraciones de algun interés, que habréis de deducir en gran parte por vosotros mismos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LECCION DUODÉCIMA.

CONTINÚA LA EXPLICACION DEL TRABAJO COLECTIVO, Y LA FORMACION DEL CAPITAL SOCIAL.

I.

En las áridas y dialécticas observaciones, que tuvísteis la indulgencia de escucharme en la conferencia anterior, no hice otra cosa que consignar el hecho, y presentaros el fenómeno del dualismo del trabajo del hombre en las sociedades civilizadas.

Nada más que un hecho sencillo, nada más que una distincion vulgarísima os he presentado. Sin embargo, Señores, las consecuencias de aquel hecho, os darán, meditándole, la solucion de algunos problemas difíciles y complicados, la explicacion conciliatoria de algunos fenómenos, que se presentan como intrincadas contradicciones.

Vuestra meditacion sola podrá deducir cómo se establece la armonía entre la ley social y la libertad individual; entre la abnegacion y disciplina, que reclama el interés público, y aquella libertad é independencia, sin la cual no llega la sociedad misma á su perfeccion y complemento. Vuestra meditacion sola, sobre aquel hecho sencillo, verá dibujarse las primeras líneas, que marcan los límites entre la accion legítima del poder público, y los derechos naturales del hombre asociado. Vuestra razon sola comprenderá la manera exacta de plantear el problema del derecho al trabajo; problema que no tiene sentido cuando se aplica al ejercicio del trabajo individual, y á la gestion de los intereses privados; pero que cuando se le considera en el conjunto de la existencia social, representa para la sociedad la obligacion de concurrir á su conservacion y á su adelanto; representa para los indivíduos la mayor facultad, la esperanza, la posibilidad de convertir en provecho propio, y en produccion privada, el empléo de aquellas fuerzas, que á no existir la riqueza colectiva, ó no existirían, ó serían impotentes é infecundas.

Hallaréis, Señores, la clave del error capital de las doctrinas absolutas y radicales, que consiste en examinar estas cuestiones sólo por uno de sus aspectos, ora haciendo pesar sobre la condicion humana el yugo nivelador de una abyecta servidumbre, ora conduciéndole á la divinizacion de su personalidad, para llevarle, en el órden político, á la anarquía; en el órden intelectual, á la ignorancia; en el órden histórico, al estado salvaje; en el económico, al desvalimiento y á la miseria. Vislumbraréis tal vez—á través de las contradicciones de la teoría, y de las anomalías aparentes de la Historia—la armonía que puede existir entre la prosperidad material de un pueblo, y su grandeza moral y preponderancia política.

Y por último, comprenderéis, Señores, que no es exacto el juicio, que de mis doctrinas hubieren formado aquellos, que solamente por la impresion aislada de una de mis explicaciones, pensasen que era mi tendencia ó mi conclusion predicar á la humanidad la ley de la eterna pobreza, y el desprendimiento y olvido de los intereses

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

positivos, de los trabajos industriales. Nunca, Señores, ha podido ser esa mi intencion: nunca ha cobijado mi ánimo semejante retrógrado propósito.

Nunca estarán unidas en la filosofía,—porque no lo están en la naturaleza,—el adelanto físico con la perfeccion moral; el sentimiento de la belleza y el de la virtud; el desarrollo de la inteligencia de un pueblo, con los bienes materiales de que disfruta. No, Señores. Debajo del aliciente de la fortuna, que puede, cuando exclusivamente prepondera, degenerar en corrupcion, está la necesidad del trabajo de adquirirla; del trabajo, Señores, que es el sentimiento moralizador de los pueblos y de los indivíduos; de ese sentimiento y de ese hábito, que es para la sociedad, siempre riqueza; para el indivíduo, siempre virtud. En la carrera de progreso,—que sigue variando de lugares, pero no retrocediendo jamás en su camino, la civilizacion del mundo,—no he encontrado nunca que las naciones más pobres y más bárbaras fueran las más justas, las más libres, las más morales. Yo no predicaré nunca la miseria y la barbárie, como elementos de moralidad, de grandeza, y de libertad.

Únicamente, Señores, en ésta,—como en todas las demás cuestiones,—he procurado separar lo que es ley y principio social, de lo que es destino, condicion ó patrimonio del indivíduo. El principio, que preside á la organizacion de la una, no es siempre verdadero respecto á la existencia del otro. La perfeccion social se obtiene con frecuencia, á costa y riesgo de las contingencias individuales, consecuencia necesaria de la libertad humana. Los principios que rigen á la humanidad, son inmutables, como su existencia: las necesidades del hombre se modifican, segun la voluntad de su albedrío. No es una

contradiccion: es la ley orgánica de la naturaleza: es la oscilacion del péndulo en el reloj maravilloso de la Providencia.

El indivíduo perece: la humanidad no muere. El hombre envejece, ó decae: la sociedad se perfecciona y adelanta. El trabajo hace la riqueza y la prosperidad de un pueblo: el trabajo hace á veces la miseria y la desgracia del hombre. Lo mismo sucede con otros sentimientos. El amor y el deséo que perpetúan la especie, y engendran los afectos santos de la familia, suelen hacer la miseria y el tormento, la degradacion y la ruina de muchos hombres. La sociedad ha buscado la ley de la armonía del amor en el matrimonio: la ha encontrado, sí, en la virtud, la ha consagrado en la Religion; pero no se ha atrevido á responder de que esa armonía fuera la felicidad individual, bastándole que fuera el destino noble y natural del hombre civilizado.

Tampoco, Señores, he querido confundir los efectos con las causas; los resultados con los medios; lo accesorio con lo principal; la posibilidad de mejora con la perfectibilidad ilimitada. Porque haya anunciado que los intereses materiales no constituyen por sí solos el destino de la humanidad, así como tampoco los goces físicos constituyen la existencia del hombre; no creeré jamás que el hombre hambriento y desnudo, es el hombre de la sociedad, ni aun el de la naturaleza. No contará nunca mi doctrina entre las naciones civilizadas, ni entre las organizaciones perfectas, aquellos tristes períodos en que el hombre no ha llegado á adquirir, con la responsabilidad de su vida, el cabal ejercicio de su pensamiento y el empléo libre de su trabajo. No llamaré nunca en mis votos, ni abonaré jamás en mis principios aquellas épocas cala-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mitosas, en que masas innumerables de criaturas humanas perecen de hambre, si llega á faltar una sola cosecha, ó son víctimas de la inclemencia al rigor de un invierno crudo, ó bajo el ardor febril de un verano sofocante. Donde quiera que se repitan estas ó análogas escenas, diré al siglo y á la civilizacion en que sucedan: "Todavía eres barbárie: todavía eres pobreza: todavía eres esclavitud!"

Pero ni daré nunca á la civilizacion perfecta el imaginario límite de la individual opulencia, ni en las consideraciones históricas ó aplicaciones contemporáneas, me dejaré deslumbrar por ilusorias apariencias. Por eso, Señores, al soldado de la sociedad, como al soldado de la guerra, diré siempre: "Tu destino es pelear, tu esperanza vencer; pero sabe que el logro de la victoria no excluye la posibilidad de tu muerte, ni la general derrota disculpará la ignominia de tu desercion ó cobardía."

Por eso podrá suceder que al aspecto de una sociedad, no tan ilustrada, no tan rica, no tan próspera, no tan influyente como algunas, digamos con esperanza: "Ese pueblo es un jóven honrado, valiente y generoso, laborioso y paciente. Él medrará; él se enriquecerá; él se ilustrará; él adquirirá fortuna, independencia, poder, y posicion de influencia y de respeto en el mundo."

Por eso podrá suceder tambien que al mirar á alguna nacion abrumada de riquezas, repleta de goces, entronizada en grandeza, y coronada de sabiduría, tengamos que decir: "Mirad: ese pueblo es un anciano decrépito: en derredor de su lecho de muerte se ostentan los tesoros que adquirió en su vida afanosa: mañana llevarán á la sepultura sus restos corrompidos: sus criados y concubinas se repartirán sus riquezas, y su palacio desmantelado pasará á la pertenencia de un heredero lejano!"

II.

Sin embargo, Señores, estoy bien léjos de creer que con la division, que hemos hecho entre el trabajo individual, y el que la sociedad colectivamente ejecuta y desempeña, se resuelven todas las cuestiones y se superan todas las dificultades, que presenta este delicadísimo asunto. No soy yo tan presuntuoso acerca del valor de mi doctrina; ni por mucha importancia que dé á la claridad de un raciocinio y á la clasificacion de las idéas, soy tan esclavo de la lógica, que me haga la ilusion de que, en materia alguna, las dificultades, que existen en el seno mismo de los hechos y en la complicacion de los principios, se resuelven con una cuestion de método. No, Señores.

Despues de nuestra exposicion de las formas y primeras condiciones del trabajo colectivo, quedan y aparecen todavía puntos muy árduos, complicadísimos problemas, espinosísimas dificultades, obstáculos, ya graves, ya escabrosos, que sería por demás ridículo presentar como de fácil exámen y de solucion expedita. Presentar un objeto bajo el punto de vista que parece más fácil de ser iluminado, no es darle luz todavía.

Nosotros dividimos las condiciones y forma del trabajo individual, de las formas y condiciones de aquel otro trabajo colectivo, que reclama y ejecuta la sociedad en todas las variadas funciones de su existencia. Es verdad, Señores: toda la distincion bajo este punto de vista explica y aclara hechos y fenómenos, contradictorios al parecer, en cualquiera órden de idéas á que se aplique.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Aplicadla á la propiedad; y ella os dará la base de la conciliacion y coexistencia de los derechos de dominio privado, y de los intereses comunales, limitados por el derecho social. Aplicadla á la moral; y hallaréis la fuente del principio, que consagra las virtudes domésticas; que exalta y sublima el heroismo de las virtudes públicas. Aplicadla á la política, y á la legislacion; y ella os abrirá la puerta del recinto, que separa la rigorosa justicia, de la razon de Estado. Aplicadla, en fin, á la literatura y á las artes; y veréis la diferencia, que existe entre ellas, consideradas como expresion del sentimiento individual, ó como pasatiempo de la imaginacion y del espíritu; ó si miradas como la representacion del espíritu, del gusto, del pensamiento de una sociedad, ó de una época, se elevan á la categoría de instituciones, y á veces, á la de religion y de culto.

Pero tambien es verdad, Señores, que éste dualismo, que ésta complexidad, que ésta separacion no se manifiesta tan clara en las cosas, como en las doctrinas: no aparece de la misma manera en los hechos, que en su descomposicion y análisis: no se presenta,—por decirlo así, —en facetas separadas, ó en líneas paralelas, sinó que se confunde y se combina en la existencia y realidad de los fenómenos morales ó políticos, industriales y literarios, como dos elementos químicos que forman un cuerpo; como dos fuerzas que determinan un movimiento; como dos tintas de luz, que se combinan para formar un solo color. Por eso, Señores, la necesidad del trabajo individual, y de las condiciones que le hemos asignado, para la conservacion y adelanto del capital social, del bienestar posible de la muchedumbre, y de la seguridad probable de la subsistencia.

Por otra parte, la necesidad no menor del trabajo colectivo, del concurso de los asociados á esta taréa primitiva, é indispensablemente generadora de la existencia de toda sociedad humana, queda muy léjos de explicarse satisfactoriamente en sus relaciones mútuas, ó en su combinacion sintética, sólo por el hecho de la division, que hemos asentado entre dos séries tan distintas de fenómenos y de resultados.

Ántes bien, Señores, podrá aparecer á primera vista, que de este análisis mismo resultan consecuencias y principios, que, léjos de admitir combinacion y armonía, de todo punto entre sí se chocan, se combaten y aniquilan. Porque ora se considere el capital de la sociedad como remanente del trabajo del indivíduo; ora, como resultado directo del concurso individual, es innegable que la sociedad habrá de intervenir en éste trabajo, de la única y especial manera con que la sociedad siempre interviene: á saber, de una manera obligatoria, disciplinária, coactiva, ejerciendo una accion que,—por suaves que sean los medios de que se valga, y las palabras con que se denomine— siempre se resolverá, con mayor ó menor dureza, con mayor ó menor violencia, en empléo de fuerza, de imperio, de mando, de sumision y de servidumbre.

Tan evidente es ésta dificultad, Señores, que en la manera de ejercerse éste trabajo, hemos señalado ántes de ahora la diferencia capital y ostensible entre las sociedades bárbaras y los pueblos civilizados; entre los períodos de libertad, y las tristes edades de infancia y de servidumbre. Cuando el capital social se elabora pura y simplemente con el trabajo social no retribuido, y que ésta retribucion es únicamente la parte que sobra ó se distribuye de la taréa colectiva, la condicion de éstas

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

épocas y de éstas sociedades ha sido siempre,—con caractéres más ó ménos violentos—una condicion de servidumbre.

En estas épocas no hay contradiccion, no hay dualismo, no hay lucha, no hay dificultad, no hay cuestion, ni conflicto. Pero desde que, adquirida la seguridad de la existencia social, el capital se diferencia, la propiedad se descentraliza, la riqueza se reparte, y el trabajo se individualiza, entónces es cuando se presenta la dificultad de señalar la línea divisória entre el trabajo que la sociedad colectivamente dirige y ejecuta, y el que al indivíduo corresponde. En estas épocas, en que el capital social no puede alimentarse sinó del sobrante de la produccion individual, es cuando aparece toda la dificultad de explicar y concebir la designacion, la inversion y empléo de este remanente, sin que la sociedad se arrogue y ejerza el derecho de intervenir, y limitar el uso de las riquezas, y de las facultades y medios del ciudadano ó del súbdito.

Difícil, sí, Señores,—vuelvo á repetir:—difícil, sin salir de los principios que hemos asentado, es trazar los límites en que obren y funcionen, sin que se choquen y combatan, el poder de la sociedad, tan necesario, tan legítimo, tan santo, para la existencia y la vida del indivíduo, á quien lleva en su seno,—como una madre que le amamanta á sus pechos, como un fruto que crece y madura en su árbol,—y entre la libertad del indivíduo, cuya independencia y derechos se identifican con la dignidad moral de toda la especie humana, con la conservacion y progreso de esa sociedad misma, fuera de cuyo seno es menester que trabaje el hijo para alimentar á su madre; de cuyas protectoras ramas necesita desprenderse un dia

el gérmen, que ha de perpetuar el nacimiento de nuevos árboles, y hasta la hoja seca que ha de abonar sus raices. Más difícil, Señores, encontrar esta conciliacion, acostumbrados, como estamos, á no reconocer por verdades y principios, sinó aquellos derechos absolutos, aquellas fuerzas omnímodas, que se nos presentan sin limitacion ni contrapeso; derechos aislados, regulares y definidos, como los astros enmedio del firmamento.

Pero, Señores, lo primero que debemos considerar es, que ni en la naturaleza ni en la filosofía, los hechos se realizan jamás de esta manera. Los mismos cuerpos planetarios se nos presentan, sólo porque se esconden á nuestros ojos esas corrientes inmensas de fuerzas ocultas, que llenan el espacio, y que los atraen é impelen; el elemento químico más simple, no le vemos nunca, sinó en composicion de sustancias, que encierran propiedades múltiples y calidades encontradas. Lo mismo sucede con los principios morales, políticos ó sociales, que os parezcan más primitivos, más fundamentales. Estad seguros de que sometiéndolos al análisis, siempre os encontraréis con una combinacion de diferentes fuerzas, de extrañas á veces y de difíciles afinidades.

No os extrañeis que cuando se trata de aplicar principios generales al empléo de las fuerzas humanas; cuando trateis de examinar los movimientos de este planeta viviente, que se llama el hombre, ora gire sobre sí mismo, ora en la órbita del sistema, que se llama la sociedad; la inteligencia más poderosa y el génio más sintético, ó la razon más analítica, se vean embarazados entre las fuerzas que presiden y regulan la rotacion de éstos giros, la diversidad de éstas órbitas.

Verémos—á lo más—globos que se mueven, átomos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en el cielo, como los hombres; moléculas en el tiempo. Pero la atraccion, pero el impulso, pero el resorte de esas fuerzas y el cálculo de esas curvas; ese magnetismo, esa vida, esa electricidad, ese espíritu, que los anima, los influye, los penetra, los conserva y los fecunda, eso está mucho más allá de nuestros telescopios, de nuestros electrómetros y de nuestros cuadrantes.

III.

Por eso, Señores, no extrañeis la discordancia y contradiccion, la dificultad y el detenimiento en la gravísima cuestion que nos embaraza y nos ocupa. ¿De qué manera puede la sociedad llegar á asimilarse la produccion sobrante del trabajo del hombre, sin intervenir en el trabajo individual, que hemos proclamado emancipado é independiente?

Aquí, Señores, tenemos que retroceder de nuestro camino: tenemos que recordar distinciones, algunas anteriormente explicadas, algunas omitidas por demasiado óbvias y vulgares. Á esta clase pertenece la diferencia rudimental entre el trabajo mismo, y el fruto de este trabajo ó la produccion; á la otra, la diferencia esencial entre la produccion que se consume, y la que se destina para agente, materia, ó elemento de una produccion nueva.

Desde este momento, Señores, empieza la dificultad, y se plantéa el problema. Desde que la produccion se ahorra, desde que la produccion se capitaliza, es cuando nos vemos conducidos á averiguar si hay en la sociedad título, derecho, obligacion de intervenir en su seguridad y en

su conservacion. Desde que el resíduo de la produccion se convierte en capital, es desde cuando nos cumple averiguar si cáe inmediatamente bajo la direccion y dependencia de la sociedad, de la cual hemos asegurado en otra ocasion que los capitales eran obra especial y exclusiva.

Las dificultades de una resolucion absoluta y afirmativa, se presentarán seguramente de golpe á vuestros ojos; y lo que es más, se deducirán naturalmente de los principios asentados. Me diréis, con apariencia de razon, que siendo libre el indivíduo en consumir ó capitalizar una parte de su riqueza, los productos capitalizados no pueden variar de naturaleza, por un hecho sólo, que queda á merced de la voluntad, de la pasion, del capricho ó de la necesidad del productor. Pero yo os contestaré que tambien había sido acto voluntario del hombre dar la vida al hijo suyo; bien había entregado la Providencia y la sociedad á su albedrío y á su responsabilidad, á su prevision y á su cálculo, á sus deséos ó á su continencia, la reproduccion de su especie y la dilatacion de su progénie.

Pero desde el momento que la obligacion voluntaria del hombre se ha cumplido, y la obra santa y misteriosa de la naturaleza se ha consumado; desde que en las entrañas de la mujer hay una nueva vida, ó que desprendido del seno materno, la sociedad y la familia cuentan con un nuevo indivíduo de la humanidad; desde aquel mismo punto, Señores, el pensamiento de la ley moral y la moralidad del derecho civil se apartan de la lógica material y grosera de los hechos físicos; y no solamente la vida del nuevo sér no queda á merced de sus padres hasta la posibilidad de destruirla, sinó que la ley castigará con más rigorosa pena, la moral pública execrará con más acerbos anatemas el crímen de dar la muer-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

te á un hijo, que si sucumbe éste á manos de un homicida extraño.

Os añadiré, que—aunque en esferas distintas, y obedeciendo á principios muy diferentes,—los caractéres del indivíduo y de la sociedad se desenvuelven y manifiestan en una y en otra funcion, bajo condiciones de notable analogía. Porque la generacion de la vida y la procreacion de la riqueza son fenómenos, que no sólo se asemejan en el curso de la Historia, sinó en el progreso de la civilizacion. Hasta el espíritu de la legislacion, hasta la moral elevada y sintética de los dogmas religiosos las han igualado más de una vez en el estímulo ó la represion, en la glorificacion ó vituperio de los sentimientos que á una y á otra presiden. La religion y la política las han equiparado en la regulacion y deslinde de los derechos y obligaciones que de la una y de la otra se derivan.

Y por último, Señores, el derecho civil de las legislaciones reconocidas por más humanas y equitativas, ha equiparado de tal manera la autoridad paterna con la propiedad material, que no ha vacilado en reconocer las obligaciones de la una, como correctivo de los derechos de la otra; y ha limitado en todas partes la libre disposicion de los frutos del trabajo, en favor de la subsistencia y fortuna de los frutos del amor, ó más bien del matrimonio; sin abandonar el uso de la riqueza y de la propiedad á las sugestiones del egoismo, sin confiar absolutamente la subsistencia de la familia á los afectos naturales del corazon.

Tambien acaso hallarán otros el límite ó la injusticia del derecho de la sociedad sobre la formacion del capital, y sobre el trabajo que á ella concurre, en la misma razon principal que para atribuírselo indicamos. «Enhorabuena,—me dirán tal vez:—nosotros podemos reconocer la

obligacion, que á la sociedad incumbe de transmitir á la posteridad los medios y elementos de produccion, que ha recibido de las generaciones anteriores, como debe un padre á sus hijos el patrimonio de sus mayores.—Enhorabuena que la produccion, que se aparta del consumo para resarcimiento del capital acumulado, sea para la sociedad, como lo es para el indivíduo, de conservacion rigurosamente obligatoria. Su consumo haría disminuir el capital existente, producto del trabajo ya acumulado; y al dia siguiente habría faltado en alguna parte de la sociedad un elemento de trabajar y una posibilidad de vivir. Pero desde que la sociedad, lo mismo que el indivíduo, han nivelado con su produccion el capital que les asiste; el sobrante de su trabajo, el producto líquido,—como dicen los economistas,—queda indefectiblemente bajo el dominio absoluto del productor, que es árbitro de consumirle hoy, ó de consumirle mañana; que puede así destinarle á las necesidades de la produccion, como á las exigencias imperiosas de la necesidad, como á los caprichos de la pasion pródiga, ó de la fantasía dilapidadora.»

El mismo raciocinio, Señores, pudiera aplicarse al ejemplo precedente. Tambien pudieran decirnos que el Padre de familias había cumplido con dejar dos hijos á la sociedad, en reemplazo de los dos cónyuges, de su matrimonio. No hay para ésto más inconveniente, sinó que en este caso, para conservar la poblacion del mundo, el matrimonio tenía que ser forzoso, y la procreacion de dos hijos irremisiblemente obligatoria; esto es, que para limitar un derecho social, había que sujetar al indivíduo á la más horrible y absurda compresion y tiranía.

Trasladad la consecuencia á la produccion de la riqueza, y al empléo del trabajo, y os encontraréis con el mismo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

resultado. La Providencia y la naturaleza, Señores, se han apartado de esta mezquina organizacion, de esta lógica aparente; y por eso la naturaleza y la Providencia se presentan á nuestros ojos con esas contradicciones aparentes, en cuyo fondo se vislumbra, sin embargo, tan admirable armonía. La lógica de la Providencia y de las leyes naturales ha aspirado á ser inexorable y certera en sus resultados generales; pero ha permanecido generosa, elástica y libre en sus individuales aplicaciones. La Providencia y la naturaleza no han querido que el hombre calculara cuántos hijos debía á la sociedad; ni para su conservacion apeló á la violencia. Dejó al hombre en el uso pleno de su libertad: al frente de esa libertad colocó un deséo, y una pasion; y por si el deséo y la pasion no bastasen para asegurar los resultados de su obra, dió á la familia la sancion sagrada de las leyes morales y de las instituciones religiosas. Y ni la naturaleza ni la Providencia han querido tampoco que cada indivíduo de la especie humana se viera en la obligacion de calcular cuánto había deteriorado y consumido del capital anterior, ántes de poder llevar á la boca la racion de su diario sustento.

Al repartir entre la humanidad las pasiones y facultades de sus indivíduos, ella sabía que al lado de aquellos que no podrían cercenar un óbolo de su diario sustento, ó de su mezquino trabajo, habría existencias y condiciones, destinadas á acumular la produccion sobrante á sus necesidades, ó á disponer de medios superiores á los que representa la actividad y la industria de un hombre solo.

Ella quiso sembrar á trechos en el campo de la produccion, como en la extension del territorio, depósitos que recogieran el sobrante no consumido del trabajo de la

muchedumbre; como las fuentes y los lagos, donde vienen á reunirse las lluvias y las nieves, que destilan los montes, y que sobran de los campos, para alimentar los rios y los arroyos, que fecundan perenne ó periódicamente la vegetacion de aquellas regiones, donde falta el agua del cielo, en los meses en que huyen las nubes de la atmósfera serena. Para esta obra ha dejado á los unos su inteligencia, á los otros su inferioridad; á los unos su incuria ó su imprevision, á los otros su cálculo ó su destreza; á los unos el empléo de su fuerza ó de su habilidad, á los otros el uso y empleo de su capital; á los unos la prodigalidad ó la penuria; á los otros ó la fortuna ó la avaricia; á ninguno el ócio; á todos, empero, la libertad y el albedrío en la parte que les cabe de la comun taréa.

Pero desde el momento, Señores, en que la obra de ésta libertad se consuma, y el fruto de ésta libre y natural organizacion se ha realizado; desde el momento que el fruto sobrante del trabajo del hombre ha venido á acrecer el fondo de la riqueza social, como sus hijos á empadronarse en el catálogo de la poblacion humana; no puede quedar duda que desde aquel momento, la sociedad adquiere sobre la conservacion de su riqueza, como sobre la existencia y educacion de la familia, derechos y obligaciones, que no estamos en el caso de negar, porque en apariencia contraríen su libertad, sinó en el camino de investigar y comprender de qué manera se ejercen en un caso, como vemos que en el otro se verifican, no destruyendo, ántes bien completando su misma propiedad, su misma independencia, su mismo derecho y autoridad, natural, santa y legítimamente adquiridos.

Tenemos, Señores, la obligacion de salir del círculo de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

consideraciones, en que nos han encerrado el derecho y el trabajo, la existencia y la libertad del hombre, para elevarnos á aquella esfera, en que campéan y prevalecen el fin y el objeto, la existencia y el progreso de la sociedad misma. Tenemos que remontarnos á las condiciones indispensables para que la masa general de la sociedad,—dado que no pueda alcanzar la riqueza,—tenga siempre capital y trabajo para su subsistencia; para que esa generalidad, que no puede llegar á ser capitalista, sea siempre productora, y para que las muchedumbres, que no pueden ser opulentas, no sean, á lo ménos, esclavas. Debemos pugnar, finalmente, para que, si á la humanidad no le es dado resolver el problema de obtener todos sus indivíduos una realidad epicúrea de placeres, alcance la sociedad el adelanto necesario para ofrecer á todos una esperanza, y una posibilidad de emanciparse de aquel trabajo, que es miseria y esclavitud, para llegar á una condicion, que sin ser ócio ni regalo, sea libertad, y nobleza, y civilizacion siempre, aunque no deje de ser trabajo, y peligro, y combate nunca.

IV.

Pero ántes de dar un paso en ésta cuestion capital, que es tal vez la clave de todos los problemas políticos y sociales, en su organizacion material y económica, estoy oyendo salir de entre vosotros una voz, que me pára y advierte que estoy ofuscando hace tiempo vuestra razon y vuestro juicio, con la confusion de todos los nombres, con la mezcla incoherente de todas las idéas, con el deplorable embrollo de todas las cuestiones.

Repararéis que habiéndome detenido en el camino de mis investigaciones, para tratar ex-profeso la cuestion del trabajo y de sus condiciones, nada de lo que acabo de explicar corresponde á la idéa, á la significacion, ni al mecanismo del trabajo. "No es del trabajo,—me diréis,—de lo que ahora os ocupais, so pena de arrogaros la absurda pretension de alterar la nomenclatura y la doctrina de todos los economistas, de todos los políticos, de todos los socialistas, de todos los filósofos: no es del trabajo de lo que tratais; es de la produccion, y de los productos.

El producto convertido en subsistencia, se llama salario, jornal, sueldo, honorario, segun las clases y condiciones del trabajo á que se debe: el producto ahorrado, la produccion concreta, no destinada al consumo, se llama propiedad; y esa propiedad, destinada y aplicada á la produccion de otros productos, el fruto del trabajo, desviado del consumo para servir de instrumento y de agente de otro trabajo, es el capital. ¿Quereis tratar todas esas cuestiones de la economía política, salario, jornal, propiedad, capital? Tratadlas, si quereis, si podeis..... si os atreveis á tanto: tratadlas por dos ó veinte cursos; que materia tendréis para tanto en la inmensa extension de tan dilatadísimo campo; pero no comprendais en la síntesis absurda de una denominacion, propiedades de tan diferentes hechos, condiciones de tan diversos fenómenos, la categoría y clasificacion de tan distintos resultados."

Señores: ya veis que anticipándome, como lo hago, á vuestros juicios y reconvenciones, debeis conocer que esta confusion que me atribuís, es un tanto voluntaria, y un si es no es, de propósito deliberado, conducida. De tal manera repugna á mi imaginacion señalar las transicio-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nes, que acaso habré sacrificado algo en esta ocasion á un hábito más literario que filosófico, en virtud del cual puede suceder que se encuentre úno engolfado en cuestiones, sin que sepa demasiadamente cómo ha llegado á ellas; ó se halle fuera de ellas, sin saber á punto fijo cuándo ha salido.

Pero en la ocasion presente debo asimismo confesar que conozco bastante el significado de esos nombres, para querer confundirlos; que tengo en demasiada cuenta las ventajas del método, para querer identificarlos; y que he meditado sobre estas cuestiones,—si no lo necesario para resolverlas,—á lo ménos lo suficiente para saber que no se resuelven enredándolas. Mi ánimo no ha sido confundir las cuestiones: si ellas se han venido enlazadas, culpa será de la cohesion de los hechos; no de la incoherencia de mis deducciones. Hemos llegado á la propiedad, al capital, se nos dice.—Me doy la enhorabuena, Señores. De la propiedad y del capital partimos no hace mucho. Examinándola bajo un nuevo aspecto,—en cuanto su adquisicion podía contribuir á la general riqueza,—este exámen nos llevó lógicamente á la cuestion del trabajo; y las condiciones del trabajo nos vuelven á traer naturalmente á un terreno que antes habíamos ya rápidamente, y por una sola zona, cruzado.

Y si es verdad que al querer concretar y discutir las condiciones y especies del trabajo, nos encontramos con la cuestion del salario, del jornal, del consumo, de la propiedad, del capital y del interés, no culpeis, Señores, en todo á mi inteligencia ó á mi imaginacion. Culpad á la inexorable realidad de las cosas, más poderosa que el rigor de las palabras y que la exactitud de las fórmulas. De la cual depende que todos esos actos, y todos esos

productos, segun las condiciones que obran, y las relaciones que guardan entre sí, tomen los nombres de comercio, de industria, de produccion, de propiedad, de capital, de salario, de jornal, de interés y de renta, siquier no sean otra cosa que las diferentes denominaciones, dadas por el método y la lengua, á las categorías diversas, á los resultados distintos de un hecho mismo, de un mismo fenómeno, el trabajo.

Trabajo en vía de produccion, trabajo produciendo, trabajo abstracto, trabajo concreto, trabajo consumido, trabajo reproductor, trabajo representado por el capital que se presta, trabajo aplicado al capital ajeno, trabajo suficiente para ganar el primer sustento, trabajo que excede á la satisfaccion de las necesidades materiales, trabajo de la sociedad entera, trabajo del indivíduo; pero trabajo siempre, y nada más que trabajo, en todo lo que constituye la existencia material de las sociedades; como movimiento y fuerza, en todo lo que hace el órden del mundo; como vida, en todo lo que constituye la existencia de los séres animados.

A la economía política se ha llamado la ciencia de la riqueza: tanto valdría, Señores, llamar á la fisiología la ciencia de la digestion, ó la ciencia de la sangre. La fisiología es la ciencia de las leyes y de las funciones de la vida, como la economía social lo es de las leyes y funciones del trabajo. Hé aquí el orígen de mi aparente confusion. No tengo pretensiones ni fuerzas para hacer un curso de Economía; pero al encontrar estos problemas y fenómenos en nuestra taréa de examinar las relaciones entre la sociedad y el Gobierno, entre la vida social y la existencia individual, me he dejado ir naturalmente al método de los fisiólogos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Por eso he dado el nombre de trabajo á tantos fenómenos: por eso he hecho girar en derredor del trabajo, tantas cuestiones. No creais, sin embargo, que se han desnaturalizado, que se han oscurecido. Por haber llegado á este terreno, á través de deducciones morales y metafísicas, no receleis de poder volver á él por el camino que llevan los economistas. Si despues de tratar de la libertad del trabajo como fuerza, me he visto arrastrado á la cuestion del capital, al considerar el trabajo bajo el aspecto de organizacion, no penseis que ha sido ignorancia ó extravío el impulso que ha seguido la direccion de nuestro pensamiento.

La necesidad y la existencia, la formacion y el aumento de la propiedad y del capital nos condujeron á la libertad del trabajo, como ley de la sociedad misma. La libertad del trabajo puede conducirnos al problema de su limitacion posible por la ley social, sin afectar el derecho individual, desde que hemos reconocido que el trabajo-propiedad, que el trabajo-capital, que el trabajo concreto, que el trabajo reproductor están fuera de las condiciones de la posibilidad, de la competencia, de la accion exclusiva, del derecho absoluto del individuo.

Por eso no hemos vacilado en abordar el temeroso problema de las obligaciones y derechos, que á la sociedad corresponden sobre la conservacion de la propiedad capitalizada, sobre el trabajo necesario para el aumento de la riqueza reproductiva. Por eso no creerémos fuera de nuestro propósito investigar cómo ejerce la sociedad estos derechos, cómo cumple estas obligaciones. La temeridad de plantearlas sólo podría justificarse con la absoluta necesidad de no poder dejarlas atrás en nuestro camino. Y aun por eso he querido demostrar que no era

extravío encontrarnos detenidos por su dificultad imponente.

No olvideis, Señores, que el tema de mis estudios es las relaciones que median entre la sociedad y el Gobierno, en el actual estado de la civilizacion européa. Y si alguna vez parece que olvido mi tema hasta el punto de no mentarle en una larga série de reflexiones, estad seguros de que no puedo apartar de él la direccion de mi pensamiento, para venir á parar á los grandes problemas que se agitan hoy en el seno de la sociedad, y cuya solucion está encomendada, ó á la sociedad misma, ó al poder que la representa, ó á la Providencia, que la dirige. Dado que nosotros no podamos creer jamás que es dado resolverlos, al mísero y aislado indivíduo, que, sin la sociedad, es impotente..... y hasta inexplicable.

V.

No hay duda, Señores, que desde que se llega al punto que hemos llegado; desde que sobre el trabajo ó sobre la propiedad humana se admite un derecho ó una obligacion cualquiera, tutelar ó directiva de la sociedad, nos encontramos frente á frente con el problema más transcendental de toda la ciencia social y política; con el que encierra en su seno las consecuencias más graves para la existencia de los pueblos, y para la organizacion de los Gobiernos; con la cuestion, que ha hecho más ruido en el mundo; con la que ha excitado más tempestades en la atmósfera de las recientes discusiones políticas; con la que ha suscitado más estrepitoso tumulto en la polémica

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

revolucionaria ó conservadora de las últimas agitaciones européas.

En verdad que no se puede llegar á ella sin temor de vértigo, de alucinacion; sin aquel estremecimiento pavoroso, con que debían acercarse á la Esfinge, aquellos á quienes éste antiguo emblema de muchas ciencias modernas devoraba, sino acertaban sus enigmas. Sin embargo, Señores; delante de esa Esfinge tremenda hay un gran adivino, que se llama el Tiempo; un Edipo, muy probado en desventura, que se llama la Humanidad!....

Así acontece con todas las cuestiones más capitales de la ciencia y de la vida. La filosofía las consulta al paso; los siglos las resuelven pasando. Y es que no son cuestiones individuales; que no son sociales siquiera: son cuestiones humanas: son esos hechos encadenados y eternos, que empiezan con los tiempos pasados, y siguen despejándose, como eternas incógnitas, en la tabla de los siglos venideros. Á cada época no le es dado más que hacer la aclaracion de un término, ó el señalamiento de un signo, dejando el yeso y la pizarra á la época que le sigue, no á la inteligencia limitada y míope de un hombre, por muy alto que se le llame reformador, por muy grande que se le crea filósofo, por muy sábio y profundo que se le acate legislador y estadista.

Y sin embargo, tal vez se me dirá que he empezado por resolver la cuestion, audaz é intrépidamente, en un sentido afirmativo; que despues de haber proclamado la libertad absoluta del trabajo y la concurrencia, no he rehuido el reconocer derechos y obligaciones de la sociedad sobre la propiedad reproductora.—"La contradiccion fragrante, la antinómia imponente, que presentaban estos dos resultados, sin libertad de trabajo, no hay trabajo;

sin libertad absoluta de la propiedad, no hay propiedad; no se os ha presentado, se me dirá. Por mejor decir, harto la habeis conocido; y con todo eso la habeis arrostrado.

Y poco sería eso tal vez, si al decir de vuestra lógica, fuérais capaz de encontrar en esta contradiccion la armonía. Pero cuenta con que podeis incurrir en una contradiccion más importante, en un contrasentido más transcendental. Cuenta que despues de haber combatido con tanto ahinco y tenacidad las deducciones del socialismo, os dejais apoderar de su espíritu, os afiliáis irremisiblemente en su sistema, deslizándoos por la pendiente de sus más atrevidas, de sus más revolucionarias doctrinas. Cuenta con que toda la cuestion socialista estriba en esa cuestion: toda la revolucion socialista se contiene en ese resultado: toda la organizacion socialista reposa en ese principio: todos los tiros de su crítica van contra la libertad del capital, contra su posesion absoluta, contra su disposicion omnímoda."

"La sociedad se ha estremecido de espanto á la aparicion de esas doctrinas anárquicas, que han infestado mortíferamente la atmósfera de la civilizacion, cual si hubieran soltado en ella miasmas de pestilencia; y vos, despues de haberlas combatido, estais á punto de darles la razon en el más peligroso de sus dogmas. ¡Oh! De buen grado dejarán pasar todas vuestras objeciones, porque les concedais esa proposicion tremenda. Dejadle á la sociedad el dominio del capital: poco les importará que concedais al indivíduo la libertad del trabajo. Dejad que la comunidad se llame dueña y señora del capital; y veréis cuán poco les importa la propiedad que consagrais en el indivíduo. Quitad la libertad del capital, y veréis hasta don-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de vá esa tiranía social, contra la que os habeis levantado en nombre de la dignidad del género humano: veréis si la humanidad es ménos esclava de ese poder formidable, por haber hecho de dos eslabones la argolla de su servidumbre; por haber dejado al indivíduo libres los brazos, sujetándole por el cuello.»

Conozco, Señores, bastante bien la sociedad en que vivo, para no saber que sólo deteniéndome en ésta cuestion, que sólo por detenerme en ella, se me dirigirán tales objeciones.

¡Singular época, Señores, ésta en que vivimos! Nunca el espíritu innovador ha desplegado mayor audacia: jamás el instinto de conservacion ha obrado con mayor recelo. Jamás la razon ha tenido mayor libertad é independencia: jamás el interés ha estado más dispuesto á admitir y apoyar toda clase de servidumbre. Jamás se ha conmovido el mundo con mayor estímulo de actividad, con más febril excitacion de movimiento. Nunca los hombres han estado más prontos que hoy á sacrificar su dignidad, sus afectos, y hasta su honra y su vergüenza, á la tranquilidad y al reposo.

Desde la curiosidad de Eva, no ha habido nunca mayor afan del entendimiento, más grande ambicion de la conciencia, que ésta, por penetrar en los secretos de las ciencias metafísicas y morales. Nunca han visto los hombres, con mayor espanto la aparicion de un pensamiento nuevo, la simple fórmula de expresar un hecho, ó una relacion ya de antemano reconocida. Jamás han parecido ni los hombres de accion ni los de inteligencia, más preocupados de la realidad y de los resultados positivos; y nunca se han satisfecho, ó nunca se han amedrentado hasta tal punto con ilusiones de imaginacion, con

la extrañeza de nuevos nombres ó de frases peregrinas.

Comprendo, Señores, cómo óbra esta disposicion del ánimo, así en la presente, como en cualquiera otra exposicion de doctrinas. Conozco muy bien ese somnambulismo, que hace ver á los hombres, por todas partes, á los unos, hogueras y puñales; á los otros, cadenas y verdugos. Por eso me he adelantado á poner en su boca consecuencias á que no llegarán nunca mis doctrinas; por eso he puesto en sus lábios nombres, que á mí no me amedrentan, cuando á ellos no les asustan los hechos. Porque á los que se espantan con el pavor de innovaciones radicales y de proposiciones temerárias, á los asombradizos y meticulosos adoradores de la riqueza, á los santificadores fanáticos de la propiedad, á los *ancianos y Príncipes de los sacerdotes* del capital, que no saben discutir sobre los fundamentos de la misma justicia que les asiste, sin lanzar como una voz de conjuro la palabra «¡Anatema al socialismo!», tócame ántes de todo advertirles que en pleno socialismo están viviendo ellos hace más de cuatro mil años, como aquel protagonista de Molière, que toda su vida había estado hablando en prosa sin saberlo.

Yo no soy, Señores, el que incurro en la contradiccion, que existe entre la libertad del trabajo y la limitacion del empléo del capital; no he incurrido yo en ella; la he señalado. No he dado á la libertad por condicion necesaria y primitiva del trabajo; la he señalado por condicion histórica, de suficiencia, de produccion, de progreso, de civilizacion. Yo no he dicho que el trabajo sin libertad no sea trabajo, y trabajo muy duro. ¿Cómo me creeré en el caso de afirmar que la propiedad con límites no sea propiedad, y todavía muy querida y preciosa? No es verdad, no, que yo me atreva á resolver todavía esa

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cuestion abrumadora. Ya veis lo que cuesta solamente el llegar á ella; ya veis cómo se resiste á moverse sobre su inmensa mole.

Ántes de asegurar el fallo de la razon, ó el veredicto de la conciencia, hay ántes, Señores, otro juicio que debemos consultar: el juicio de la Historia, el fallo de la humanidad misma. Esta cuestion, como tantas otras de nuestro tiempo, no es una cuestion nueva, ni una dificultad improvisada. Tan antigua como el mundo,—ó como la humanidad por lo ménos,—sinó se ha presentado en teoría á las especulaciones de todos los filósofos, se ha presentado, en la práctica, á las instituciones de todos los pueblos, á la organizacion de todas las sociedades, á la legislacion, al gobierno de todos los poderes, en todos los tiempos. La organizacion socialista del capital, es el hecho y el derecho existente desde los orígenes de la Historia, por más que os extrañe y sobrecoja la sorpresa de este resultado.

Me explicaré, Señores, aunque me dilate algun momento más. Respecto al trabajo, la Historia no reconoce por muchos siglos ninguna organizacion, ningun precepto de autoridad, más que las consecuencias, que se derivaban de la misma situacion social. Los ciudadanos eran libres ó esclavos; libre y propio, ó forzado y ajeno, era el trabajo. Libertad ó servidumbre era su única condicion; condicion que no le imponía la ley, sinó la misma forma de la sociedad en que se ejecutaba.

Pero ¿recordais alguna legislacion, que guarde el mismo silencio sobre la disposicion de la propiedad, sobre el uso del capital? ¿Recordais alguna institucion, algun código, alguna ley política, de la cual estos dos derechos no hayan sido el principal y casi preferente objeto? No, Señores; la cuestion que nos ocupa, ha sido, desde las épocas más remotas, objeto de ley, materia de organizacion, asunto de autoridad y de poder.

Y no hay que negarse á la evidencia, Señores. Todas las legislaciones desde Moisés hasta Napoleon, han planteado y resuelto este árduo problema en el sentido de la soberanía suprema del poder social, en el sentido de limitacion á la propiedad individual, en el sentido de lo que se llamó por la antigua escuela, dominio eminente; en el sentido de lo que llamais vosotros, conservadores, principio de autoridad, cuando os alarmais ante las exigencias de la revolucion, en el sentido que apelais socialista, cuando no reconoceis ni los principios mismos del órden en que vivís, ni las condiciones del sistema social que defendeis, ni los fundamentos de la legislacion, que aclamais como protectora de vuestros derechos y de vuestras fortunas.

Sí, Señores: ese que llamais principio socialista, desorganizador y revolucionario, es vuestro principio mismo, vuestro mismo órden, vuestro mismo derecho, la ley de vida, que ha legado la Historia á la organizacion de todas vuestras sociedades. En ella siempre han presidido la autoridad y el poder á la disposicion de la propiedad, una vez concreta, ó visiblemente capitalizada. Ved ya en los hebréos impedida la posesion perpétua del terreno: ved el órden de succesion establecido en las familias: ved la tasa legal del interés usurario: ved la forma sacerdotal y teocrática del impuesto. Seguid por todos los pueblos orientales ú occidentales, Japhéticos ó Semíticos, de orígen griego ó latino, esclavon ó germánico; negociantes ó militares; gobiernos monárquicos ó democráticos; sociedades aristocráticas ó plebeyas; y sin que las unas

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

se deriven de las otras, encontraréis siempre las prescripciones del poder, regulando, circunscribiendo y limitando el empléo del capital y la disposicion absoluta de la propiedad. Las herencias, las vinculaciones, los fideicomisos, los derechos y límites de la adhesion, la expropiacion forzosa, y la condenacion de la usura, ¿tienen otra consecuencia, ú otra significacion?....

Y entre nosotros, Señores, en nuestro derecho civil, que pasa por el más equitativo, por el más humano, por el más liberal de los códigos modernos, ¿qué significa toda nuestra legislacion sobre herencias, sobre el testamento y particiones, sobre legítimas y dotes; nuestra prohibicion de donaciones universales, entre vivos, ó entre marido y mujer; nuestras prácticas y ordenanzas de pastos y aprovechamientos, y hasta hace poco, nuestra ley de arrendamientos, cuya abolicion, poco deliberada, ha de producir amarguísimos frutos á nuestra sociedad? No hay que dudarlo: todas estas leyes é instituciones están fundadas en ese principio, en el reconocimiento, en la legitimidad de este derecho. No es un principio revolucionario; no es una doctrina de innovacion, de trastorno. Lo innovador, lo subversivo,—ya lo veis,—sería el principio opuesto, sería el sistema de la libertad absoluta del capital, de la disponibilidad omnímoda de la propiedad, del uso ilimitado de la riqueza.

Hé aquí cabalmente, Señores, lo que debe contenernos: hé aquí lo que debe embarazarnos: hé aquí lo que ataja el razonamiento de mi lógica, y las aspiraciones de mi corazon, que, á la verdad, lo que buscan es el progreso,—si le hay,—de ese socialismo universal é histórico; la emancipacion,—si es posible,—de esa ley inexorable, que nos encadena á la sociedad, como la gravitacion al

globo de la tierra; la conciliacion, en fin,—si es dado encontrarla,—de la libertad humana, con las condiciones de la prosperidad colectiva; el acuerdo de la responsabilidad y albedrío individual, con la ley indeclinable, sagrada, tutelar, conservadora y fecunda del principio de la asociacion y de la fuerza orgánica, que constituye la unidad de los pueblos y la mancomunidad de los hombres.

Todo esto está encerrado en la cuestion que tenemos á la vista: todo esto se comprende en la cuestion del capital, á la que hemos llegado: en la cuestion de las atribuciones de la sociedad sobre los frutos del trabajo del indivíduo. Tal es, á lo ménos, la forma más ostensible y material, bajo que se presenta en nuestros dias ese misterioso enigma, esa cuestion temerosa, que encierra en su seno la paz ó la guerra, la armonía ó la disolucion, la civilizacion ó el retroceso de las sociedades; y sobre todo la hostilidad, nunca más excitada, entre las clases ricas y entre las clases menesterosas, que puede cubrir de sangre y de ruina el suelo de la Europa del siglo XIX, con más espanto y horrorosa desolacion, que en aquella época que la memoria aterrada de los hombres conserva como un hecho de ayer, y en la cual los que hoy se llaman ricos, se llamaban patricios romanos; y eran lo que hoy son los pobres, las hordas de Alarico, de Genserico, de Átila y de Clodovéo.

Dios los enviaba entónces, sin duda, para otros fines; pero, por lo que ellos venían, Señores, era por el vino y el pan, y el oro, y el sol, y el regalo de las tierras feraces del Mediodía.

Las clases menesterosas, Señores, y las clases ricas han llegado hoy, como entónces, á mirarse frente á frente, en ademan de espantoso desafío. Las clases menes-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

terosas representan el trabajo; las clases ricas están representadas en el capital. Ved si la cuestion del capital y del trabajo, es simplemente una cuestion de números, ó una cuestion de cálculos! Ved si el conflicto entre el capital y el trabajo no es el problema más importante que se puede presentar á nuestra consideracion en el vastísimo campo de la doctrina social. Considerad si un solo paso, que dé la razon humana en la solucion satisfactoria de éste problema, no puede contribuir á la paz del mundo, y á conjurar los horrores del cataclismo sombrío, que se cierne sobre la frente despavorida de la situacion presente.

Consideradlo; y disculpadme, Señores, si por tanto tiempo y con tan pesados preámbulos, os he detenido en los umbrales y avenidas de esta cuestion, ántes de decidirme á penetrar con vosotros en los recónditos caminos de ese laberinto, donde ruge más de un Minotauro, donde se devora más de una víctima diaria, donde el Teséo que derribe al mónstruo, debe ser conducido tambien por una Ariadna divina.

LECCION DÉCIMATERCERA.

CONTINÚA LA CUESTION SOBRE LA LIBERTAD DEL CAPITAL, Y DE LA PROPIEDAD. SI SE PUEDEN LIMITAR LOS CONSUMOS POR PARTE DE LA AUTORIDAD SOCIAL.

I.

Sucede, Señores, con las cuestiones filosóficas, políticas ó morales, cuando aparecen á primera vista en el conjunto de sus relaciones, y en su enlace con el destino de los hombres, lo que acontece en los viajes, al aspecto de las ciudades, que se presentan en magnífica perspectiva, ó edificadas en una situacion privilegiada y pintoresca.

Todos los que hayan navegado algunos mares, y recorrido algunas tierras, os hablarán de la encantadora sorpresa, que se experimenta al contemplar á Nápoles desde la bahía; á Constantinopla, desde el Cuerno de oro; y sin salir de nuestra pintoresca España, todos vosotros habéis visto á Cádiz desde el mar, á Sevilla desde el río, á Valencia desde el Miquelete, á la incomparable Granada desde los caminos de la vega. Hermosa es y encantadora esa vista; indeleble aquella impresion; ameno ó encantador, imponente ó risueño aquel conjunto; mágica aquella vision, y embalsamada aquella atmósfera.

Pero si desembarcais de vuestro navío, ó echais pié á

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

terosas representan el trabajo; las clases ricas están representadas en el capital. Ved si la cuestion del capital y del trabajo, es simplemente una cuestion de números, ó una cuestion de cálculos! Ved si el conflicto entre el capital y el trabajo no es el problema más importante que se puede presentar á nuestra consideracion en el vastísimo campo de la doctrina social. Considerad si un solo paso, que dé la razon humana en la solucion satisfactoria de éste problema, no puede contribuir á la paz del mundo, y á conjurar los horrores del cataclismo sombrío, que se cierne sobre la frente despavorida de la situacion presente.

Consideradlo; y disculpadme, Señores, si por tanto tiempo y con tan pesados preámbulos, os he detenido en los umbrales y avenidas de esta cuestion, ántes de decidirme á penetrar con vosotros en los recónditos caminos de ese laberinto, donde ruge más de un Minotauro, donde se devora más de una víctima diaria, donde el Teséo que derribe al mónstruo, debe ser conducido tambien por una Ariadna divina.

LECCION DÉCIMATERCERA.

CONTINÚA LA CUESTION SOBRE LA LIBERTAD DEL CAPITAL, Y DE LA PROPIEDAD. SI SE PUEDEN LIMITAR LOS CONSUMOS POR PARTE DE LA AUTORIDAD SOCIAL.

I.

Sucede, Señores, con las cuestiones filosóficas, políticas ó morales, cuando aparecen á primera vista en el conjunto de sus relaciones, y en su enlace con el destino de los hombres, lo que acontece en los viajes, al aspecto de las ciudades, que se presentan en magnífica perspectiva, ó edificadas en una situacion privilegiada y pintoresca.

Todos los que hayan navegado algunos mares, y recorrido algunas tierras, os hablarán de la encantadora sorpresa, que se experimenta al contemplar á Nápoles desde la bahía; á Constantinopla, desde el Cuerno de oro; y sin salir de nuestra pintoresca España, todos vosotros habéis visto á Cádiz desde el mar, á Sevilla desde el río, á Valencia desde el Miquelete, á la incomparable Granada desde los caminos de la vega. Hermosa es y encantadora esa vista; indeleble aquella impresion; ameno ó encantador, imponente ó risueño aquel conjunto; mágica aquella vision, y embalsamada aquella atmósfera.

Pero si desembarcais de vuestro navío, ó echais pié á

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tierra de vuestro carruaje, y queréis penetrar en lo interior de aquellas magníficas ciudades, Constantinopla os mostrará sus infectos callejones y sus enjambres de perros; Nápoles ostentará sus desnudos lazzaronis; Granada sus barrios moriscos arruinados; Cádiz su árida y triste monotonía; Valencia y Sevilla el laberinto de sus tortuosas calles, y el mosáico de sus informes edificios.

Así nos sucede á nosotros, Señores, en la cuestion, que es objeto actual de nuestras reflexiones. Os presenté delante de una poblacion magnífica, grandiosa, pintoresca: quisimos reconocerla y examinarla; y la magnificencia y pompa de la perspectiva ha desaparecido de nuestros ojos. Vamos por sus calles tortuosas, por sus oscuros pasadizos, por entre las ruinas de las viejas moradas, por entre los cimientos, empalizadas y andamios de las construcciones en proyecto; á veces entre el polvo, á veces sobre el fango, á veces sobre el cascajo pedregoso.

Os pido perdon, Señores, de ésta decepcion, que no es un engaño. Es el destino de los viajeros curiosos, de todos los exploradores y visitantes no del todo superficiales. He procurado á veces amenizar los contornos de los lugares que habíamos de recorrer, y aun algunos han podido creer que he sacrificado á esta consideracion la gravedad y mesura de estilo, la sobriedad de colorido que estas materias reclamaban. —Hoy tal vez podéis ya culparme del defecto contrario; que toda amenidad y halago ha desaparecido del tortuoso dédalo por donde vamos hace dos noches penetrando.

Sin embargo, Señores, ya que no puedo ser ameno y entretenido, no me queda en el punto á que hemos llegado, otro recurso que ser breve. No pudiendo dar color á mis idéas, ni cuerpo á mis doctrinas, las reduciré, las

condensaré. No pudiendo hacer un cuadro, habré de hacer un mapa en diminuta escala. Os he dicho que al examinar una cuestion que se presentó en nuestro camino en proporciones de grandiosa perspectiva, os traía ahora por sus tortuosas encrucijadas. Pues bien, Señores; las recorrerémos al galope; que al fin y al cabo vamos de corrida, y no es ésta cuestion sinó un punto de tránsito; no el término final de nuestra excursion, ni el puerto de arribo de nuestro viaje.

De galope y de corrida, es larga con todo eso nuestra digresion, y dilatado nuestro camino. La solucion del problema del trabajo nos condujo natural,—y como hemos dicho, fisiológicamente,—á la cuestion del capital y de la propiedad, considerada como elemento de reproduccion. Y si para entrar en ella, tanto nos hemos detenido y mirado; y si entrados en ella, tanto nos detendrémos aún, á pesar de la aridez que no os disimulo, y de la celeridad que me propongo y os anuncio, no culpéis de ello al extravío de mi lógica, ni á la confusion de mi doctrina, ni al olvido de mi natural propósito. Culpad, si queréis, á la importancia y transcendencia de una cuestion, cuyos datos es menester conocer suficientemente para otras muchas cuestiones, cuyas consecuencias se ligan y entretejen naturalmente con todos los demás objetos de estas consideraciones, y cuyo resultado y representacion en la sociedad son demasiadamente esenciales y prácticos, para que de su exacto conocimiento no se deduzcan proposiciones fundamentales para el asunto principal de nuestras meditaciones y estudios.

—"¿Tan importante es,—me diréis acaso extrañados,—la cuestion de la libertad del capital, despues de conocida su formacion; despues de bien ó mal determinada su

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

naturaleza? ¿Tan importante es la libertad del capital, una vez consignada su necesidad, y que, como los socialistas no quereis aniquilarle ni destruirle? ¿Tan importante es esa cuestion de interés práctico, de proporciones matemáticas y positivas, de política material, para vos, que lo subordinais todo á consideraciones morales, y colocais el álgebra de las idéas sobre la falaz dialéctica de los números?»

—Sí, Señores; tan transcendental la considero, cabalmente por esas mismas razones; tan importante, y tan vital, y tan transcendente. Y procuraré daros á entender ántes de nada,—porque esta satisfaccion os debo,—las razones más óbvias, ó más capitales de esta transcendencia, de esta importancia.

La cuestion de la libertad del capital, la cuestion de la limitacion de su empléo por la sociedad, ó de su disponibilidad omnímoda por el indivíduo, es importante, es transcendental, porque resume históricamente en sí la explicacion de cómo se forma y conserva, aumenta ó declina aquel patrimonio colectivo, aquel fondo y elemento primero de la subsistencia de un pueblo, aquella materia y base del primitivo trabajo de la sociedad, cuya necesidad es primero que todas las demás necesidades en el establecimiento de los pueblos, y cuya direccion *siempre* ha correspondido, por instinto y por ley, á la sociedad misma; y á nadie más puede corresponder nunca, que á los poderes que la representan.

La cuestion de la existencia y libertad del capital es importante económicamente, porque despues de ser el elemento y la condicion necesaria de todo trabajo público, y de toda produccion individual, significa y encierra el final objeto y ulterior destino de toda riqueza apartada del consumo, de toda produccion convertida en riqueza privada.

La cuestion de la existencia y condiciones del capital es transcendental é importante filosóficamente, porque capital, Señores,—como ya otra noche lo he indicado de paso—capital significa y representa, no sólo todo el progreso y desarrollo de la humanidad, sinó los adelantos intelectuales de su razon y de su espíritu; sinó todos los medios que vá conquistando el hombre, de emplear sus fuerzas sobre la naturaleza que le rodéa, y de multiplicar su poder sobre el mundo al cual domina y avasalla. Capital comprende toda la suma de descubrimientos, de invenciones, de métodos, de máquinas, de construcciones, de caminos, de edificios y ciudades, de monumentos artísticos y de obras literarias, de adelantos científicos y adquisiciones materiales, de empresas concluidas, de leyes é instituciones perfeccionadas, de todo aquello, en fin, que una generacion deja á la generacion que le sigue; que un siglo transmite al siglo que le succede; que una civilizacion entrega á la civilizacion que la reemplaza.

Capital es la civilizacion misma, considerada en sus fenómenos exteriores y permanentes: producto del hombre, como es el universo material la obra de Dios, que podría llamarse su capital tambien, si para la omnipotencia la creacion fuera trabajo, y si no pudiera sacar de la nada millares de mundos.

Delante de Dios no hay trabajo ni consumo; no hay principio ni progreso; pero bajo el punto de vista de la existencia y de la condicion humana, todas las creaciones y adelantos de su fuerza, en el capital se representan. Por eso es sólo del hombre, porque sólo del hombre es la razon, y sólo de la razon el progreso.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Los animales, aun aquellos que trabajan, aun aquellos que se asocian y producen, no elaboran capital; no le necesitan: su necesidad no va más allá del instinto. Las abejas, los castores, las hormigas no adelantan un paso de un siglo á otro siglo; no se dejarán nada unos á otros enjambres. Sus obras y sus productos han alcanzado desde el principio la perfeccion, porque no son el resultado de su propia inteligencia. La abeja hace sus alvéolos, y el castor su choza, como el marisco hace su concha, como el gérmen de un animal desarrolla su feto, como el corazon hace sangre, como el seno de la hembra madre segrega leche para sus hijos. Es un trabajo de la Providencia y de la naturaleza, que allí se detiene donde la necesidad, prevista por ella misma, está satisfecha. No hay capital, porque no hay necesidad de ahorro; no hay sobrante, porque en lo que Dios directamente provee, hay siempre lo suficiente.

Pero el albedrío humano es más mísero y más flaco; por eso necesitó la prevision: su trabajo podía ser insuficiente, por eso necesitó la acumulacion y el ahorro; su inteligencia es imperfecta y escasa, por eso fué creada progresiva y perfectible. Por eso el capital es el resultado y el resúmen de la inteligencia del hombre, y al mismo tiempo la prueba de su flaqueza. Por eso es la demostracion de su necesidad, de su insuficiencia, y al mismo tiempo el sello de su perfectibilidad y de la incalculable é indefinida extension de sus medios y de sus facultades.

Sí, Señores. Yo no he podido comprender jamás la doctrina de aquellos que, —en nombre de no sé qué clase de progreso, —combaten el capital como una calamidad ó una quimera, reclamando para el trabajo toda la fecundidad y todas las excelencias. Yo he hecho aquí mismo, y con toda la sinceridad de mi alma, la apología moral y filosófica del trabajo; pero debo al mismo tiempo reconocer y proclamar que el trabajo, que puede explicar la existencia de un hombre, de ninguna manera explica ni justifica la existencia de la humanidad.

El trabajo absoluto y aislado tiene, como el instinto, límites conocidos, límites fijados por la edad y por la fuerza del hombre; el consumo animal tiene tambien una limitacion trazada por las necesidades humanas. Pero el capital no tiene límites; su crecimiento y progresion es indefinida; el producto á que puede dar orígen, tan incalculable como los adelantos de la inteligencia humana. El trabajo sólo es igual siempre: con el trabajo sólo, la sociedad del siglo más adelantado, sería igual á la de una época más bárbara; el trabajo es acaso mayor en las épocas más atrasadas; y sin otro elemento que el trabajo sobre la naturaleza bruta, la humanidad sería siempre idéntica á sí misma, como las otras especies animadas y no progresivas.

Á los que, —como Prudhom, —niegan el poder del capital, y tratan de metáfora la virtud reproductiva ó fecundante de la riqueza, que un individuo entrega á otro, ó una generacion á la siguiente, exigidles, para que sean consecuentes, que supriman los idiomas con que nos entendemos, los números con que contamos, la manera de alimentarnos, vestirnos y alojarnos, que hemos aprendido de las otras edades; las casas y ciudades en que vivimos; los campos y la manera admirable con que los cultivamos; la industria y las artes ingeniosas con que la ejercemos. Exigidles que á cada dia y en cada año empiece el hombre su taréa con sólo el empléo de su trabajo ins-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tintivo y de su flaca fuerza, sobre la resistencia de una naturaleza vírgen, salvaje y rebelde.

No tardaría, Señores, en desvanecerse la declamacion sofística, y la preocupacion vulgar, fundada en la significacion limitada de un nombre. No podrían tardar en reconocer y confesar, que eso que apellidaban capital-quimera, capital-iniquidad, capital-monopolio y capital-servidumbre, es la sociedad y la humanidad misma, representadas en sus obras, y en sus atributos; es toda la sociedad-inteligencia, es toda la sociedad-progreso, toda la sociedad-riqueza y toda la sociedad-justicia, toda la sociedad-utilidad y toda la sociedad-belleza; en fin, toda la sociedad-libertad y toda la sociedad-trabajo fecundo. Porque la existencia del capital es la que hace posible la reunion y coexistencia de éstas condiciones.

Y ved tambien porqué la cuestion del capital es tambien importante bajo el aspecto moral. La formacion del capital es en su orígen, ó el fruto de una virtud privada, ó el de una virtud social. Su fecundacion y su empléo es la primera fuente de las relaciones sociales entre los indivíduos de un mismo pueblo. El empléo del capital ó necesita de la concurrencia y convenio de otros hombres, ó necesita su servidumbre. El empléo del capital ó determina el reinado de la justicia y de la libertad, ó funda la jerarquía de las castas opresoras y de las explotadas.

El trabajo aislado individual no pasa del círculo de la personalidad humana. La asociacion primitiva del trabajo para crear los primeros capitales, y la primera subsistencia, sinó viniera de Dios, como vienen la sociedad y las lenguas, no hubiera sido más que un comunismo bárbaro, mísero y precario. La asociacion que hoy conocemos; la seguridad de la vida individual enmedio de la asistencia

pública; el aprovechamiento individual de los medios sociales; la suficiencia del trabajo y la propiedad de la produccion; la civilizacion, en fin, como hoy la conocemos, se funda en la concurrencia del trabajo hácia el capital, ó en la solicitud del capitalista por el trabajador. Todas las estipulaciones de los contratos, todas las obligaciones que constituyen la vida social, y que consagra la ley civil, toda distincion de personas y jerarquías, y toda variedad de condiciones y de fortunas, reconocen por fundamento y por orígen las varias funciones que se distribuyen, y los productos que se reparten los poseedores del capital, y los dueños de fuerza y de trabajo; los trabajadores y los capitalistas.

Por último, Señores, ya podeis conocerlo y adivinarlo. La cuestion y las condiciones del capital, al trasladarnos de la esfera del trabajo del indivíduo á la region de la vida y del concurso social, no sólo nos conducen al estudio de otro órden de fenómenos, sinó que nos hacen reconocer la necesidad de otros principios. Examinando las leyes y condiciones del trabajo, en que se resume toda la existencia y actividad del indivíduo, hemos proclamado la ley de la libertad, que es la condicion metafísica de su inteligencia, la condicion moral de su responsabilidad y de su conciencia, y la condicion física de su desarrollo y de su progreso. Pero desde que se llega á aquellos hechos y fenómenos, en que intervienen la inteligencia, la razon, la conveniencia y el poder social, claro está que el principio de la libertad es insuficiente, cualquiera que sea la accion que se atribuya, la forma que se dé, el límite que se designe á la extension del poder.

La teoría más individualista, Señores, la que más influencia y más importancia dé á los intereses y senti-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mientos privados en la ordenacion general de la existencia pública, estará muy distante de llamar libertad al ejercicio mismo, á la misma accion é influencia de la fuerza, de la inteligencia de la actividad colectiva.

La vida y las funciones de la sociedad tienen otro principio, tienen otro móvil; y á este móvil y principio, que preside, domina y regula la vida social, los hombres y los siglos le han dado otro nombre. Unas veces opuesto al de libertad; otras veces conciliado con ella, nunca, sin confusion absoluta de las palabras, ni espantosa anarquía de las cosas, pudo ser con la libertad confundido.

Más ó menos influido por el interés de todos, ó por el provecho de una clase; más ó ménos personificado en un hombre, ó compartido entre muchos, el principio constitutivo y orgánico del poder social, no varía por estos accidentes, ni de esencia, ni de naturaleza. Unas veces con el nombre de ley, otras con el nombre de Dios, ya invocando la salud del pueblo, ya revistiéndose la sagrada diadema del derecho divino; unas veces con el nombre de Imperio, tomado de su forma; otras, con el de República, tomado de su objeto; nosotros le conocemos hoy dia, en su abstraccion más general, con el nombre y las condiciones de principio de autoridad.

El principio de autoridad es el principio de la vida colectiva, como la libertad el de la existencia individual. La autoridad y la libertad, Señores, no son la lucha y el antagonismo: son el complemento y la perfeccion de dos existencias; son los dos movimientos, que dirigen en su órbita el planeta de la sociedad humana. La libertad del indivíduo no es la perversidad, no es el crímen, no es la anarquía; pero puede llegar á serlo. La autoridad no es la tiranía, no es la opresion, no es la servidumbre; pero

con frecuencia lo ha sido. Mas no por eso dejará de ser cierto, que donde quiera que no exista libertad, no hay ciudadanos; que donde quiera que la autoridad desaparezca, no hay sociedad. Todo lo que tenga su principio en la iniciativa del interés, ó de la inteligencia, de la conciencia del hombre, ó de la libertad nace, y sólo en la atmósfera de la libertad se alimenta y respira. Todo lo que sale de la esfera de la accion individual, para entrar en la órbita y en la atmósfera de la existencia pública, con la accion de la autoridad se encuentra, y bajo la presion y ley de la autoridad es menester que viva y funcione.

Ahora bien, Señores: en la cuestion presente, la condicion del trabajo fué la condicion del indivíduo, y no salimos en ella de la esfera de su libertad. El capital, que tiene su razon de ser y su condicion de aumentarse en el interés de la sociedad, nos señala la frontera en que se tocan el campo de la libertad y la region de la autoridad. En la cuestion del trabajo, no habíamos salido de la metafísica y de la moral: las condiciones del capital nos conducen á la política.

II.

Señores: de las consideraciones que acabamos de exponer, no sólo se deduce la importancia y transcendencia de la cuestion que nos ocupa, sinó que parece que se desprende ya el primer rayo de luz, para alumbrar algunas de esas complicaciones y conflictos, que en tan tenebrosa oscuridad nos parecian al principio sumergidas. De su meditacion y estudio podemos deducir fácilmente cómo el capital puede someterse al imperio de la ley política,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

á los reglamentos de la potestad gubernativa, á las prescripciones de la ley civil, y hasta á los preceptos de la doctrina religiosa, con que se identifica la moral colectiva. Tambien vemos cómo todas estas leyes, que no son otra cosa que las varias y multiformes manifestaciones del principio de autoridad, pueden establecer derechos y crear limitaciones sobre la condicion y existencia del capital; miéntras que aplicadas directamente al trabajo, llevarían consigo servidumbre y tiranía, paralizacion y miseria.

—"¿Porqué?"—Ya lo hemos dicho, Señores; ya lo hemos, bajo todas las formas, repetido. El trabajo es el hombre; organizar el trabajo es organizar la vida; es suprimir al indivíduo; es quitarle su iniciativa; es substituirse á su conciencia; es inutilizar su moralidad; es contraer la obligacion de proveer á su subsistencia; es absorver su libertad en la vida colectiva; es el despotismo, con toda su dureza; la servidumbre, con toda su degradacion. Es á un tiempo la opresion social, la esclavitud privada y la tiranía política. Es el socialismo absorvente de las sociedades antiguas; la condicion degenerada y paralítica de los imperios asiáticos; la organizacion misérrima y precária de las clases ínfimas y menesterosas en todos los pueblos, y en todas las épocas de barbárie.

El capital, empero, no tiene esta naturaleza, Señores. El capital no es accion, es resultado; no es produccion, es producto; no es solamente, con frecuencia, creacion de un indivíduo; es la agregacion de los esfuerzos y de la vida de muchos. Las leyes del poder sobre el capital,—como las del matrimonio y de la patria potestad,—nunca pueden ser otra cosa que la designacion de un límite, dentro de cuyo círculo queda una esfera de eleccion, y una atmósfera de albedrío. Las limitaciones de

su uso no llegan fatal y necesariamente á atajar el desarrollo y la espontaneidad del trabajo creador y fecundante. La sociedad no tiene á su cargo la subsistencia individual, desde que la general está asegurada. Y aunque las instituciones políticas lleven hasta sus últimos términos la division ó el estancamiento de los capitales, el trabajo libre y espontáneo nunca puede temer tanto del monopólio oligárquico, que le explote, como del despotismo unitário organizador que le esclavice.

Si alguna vez llega la preponderancia del poder á una inmovilidad exagerada del capital, como la que hay material y física en el terreno, toda vez que sean libres los brazos que le cultiven, se llegará á la equidad, y á la justicia, y á la abundancia en la reparticion de sus productos. Los males y miserias que la Historia y la filosofía modernas han señalado en las épocas y en los países donde los capitales han estado más sujetos y regularizados por el poder, yo no los he encontrado, Señores, sinó cuando á la par de estas instituciones, existían otras, reguladoras y disciplinarias del trabajo mismo, y comprensivas de la libertad individual y de la concurrencia.

No consistía la servidumbre de la Edad media en la limitacion feudal de la propiedad y en el monopólio de la tierra, sinó en el vasallaje del colono, y en la condicion esclava del mísero bracero. La oligarquía política, creada por el monopólio del terreno, no impidió que al lado de las grandes baronías y heredamientos, se alzase el estado llano, en brazos de la industria libre y del trabajo emancipado. Pero cuando la autoridad política quiso convertir tambien en monopólio y feudalismo lo que al principio fué asociacion fraternal de trabajo; cuando el espíritu primitivo de las maestranzas, gremios y compañías de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

industria se convirtió en organizacion disciplinaria y reglamentada del trabajo mismo; y cuando la autoridad y el poder quisieron encadenar á sus leyes la actividad de la produccion, el interés y la vocacion del trabajador, y la iniciativa del pensamiento inventor ó progresivo; entónces sí que hubo miseria, y tiranía, y lucha, y conflicto de clases, y pugna espantosa de pasiones é intereses. Entónces sobrevino la revolucion social y política del siglo pasado, para restituir al trabajo la libertad perdida, y renovar sólo con esto la paz de la Europa, aun en aquellos países donde quedaron en todo su vigor las instituciones de oligarquía y monopólio, que sólo á la propiedad concreta y capitalizada alcanzaron.

Entre la Inglaterra, donde quedaron en pié hasta los tiempos presentes, la vinculacion de la tierra y los derechos de primogenitura, y la Francia, donde nada queda del antiguo edificio de sus instituciones feudales, ved, sin embargo, la notable diferencia entre ambas industrias y entre ambas civilizaciones. Yo bien sé que median para esta distincion causas morales más altas que los principios y los fenómenos económicos; pero moral es,—no lo dudeis, Señores,—moral es tambien, y de un órden más elevado de lo que económicamente estais acostumbrados á considerar, la diferencia que existe entre las instituciones protectoras de la libertad del trabajo y de la libertad del pensamiento, que forman la base de las instituciones sociales de la nacion británica; y entre el espíritu de ese otro país, que en esas aspiraciones de libertad omnímoda, que las más de las veces sólo han servido para remachar la opresion de sus vecinos, no ha sabido salir del régimen reglamentario, represivo, centralizador y socialista, que inició Colbert bajo la monarquía, y cuyo último

representante era Luis Blanc bajo la República, como lo habían sido Robespierre con la guillotina y el terror, Bonaparte con el sable y con la gloria.

Yo no desconozco, Señores, los inconvenientes y extremos de postracion y miseria á que puede conducir la concentracion excesiva del capital; pero reparad tambien en los medios que tienen sus poseedores para atajar las demasías de la autoridad invasora, ántes de llegar á los términos de aquella centralizacion total, que sería el señorío absoluto. Por eso hemos visto á las aristocrácias poderosas poner frenos al mismo poder despótico, que había subyugado á las muchedumbres trabajadoras. Por eso hemos visto á clases nobiliarias, las más duras y opresoras, iniciar en toda Europa la emancipacion política de los pueblos, y alzarse las primeras contra la absorcion despótica del poder de los Gobiernos. Por eso, donde el poder fué bastante omnímodo para confundir, bajo una misma disciplina, y abarcar en una misma servidumbre, al capital y al trabajo, no se puede decir que faltó el esfuerzo de oposicion y el instinto de grandeza á las clases capitalistas y opulentas. Fué que perecieron de esterilidad y de consuncion los capitales bajo la servidumbre opresora y acerina del trabajo, que debía darles vida, y multiplicar su existencia.

III.

Hé aquí, Señores, cómo no es tan antisocial ni tan antipopular la existencia del capital, como los socialistas han querido sustentar. Hé aquí cómo su limitacion y su tutela por parte de la sociedad, no tiene los inconvenientes

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y peligros, que tan exageradamente ha ponderado el fanatismo, no ménos ciego de la escuela liberal oligárquica, ó el de la economía política materialista. Estos no han visto más que opresion, tiranía, despojo y atentado en el principio de legítima intervencion é influencia, que la Historia y la política han atribuido en todos los siglos al principio de autoridad sobre la riqueza y la familia: aquellos, en nombre de la libertad, no han dejado de invocar las iras del pueblo y las fuerzas del poder contra la existencia liberticida y funesta de eso que, despues de habernos retratado con las proporciones de un mónstruo, reducen en seguida á las ilusorias apariencias de un fantasma.

En efecto, Señores: los secuaces del socialismo Prudhoniano, si socialismo se puede llamar la doctrina crítica y puramente negativa de este filósofo, despues de haber atacado al capital como una calamidad, pretenden borrarle de la categoría de las entidades positivas, reduciéndole á una ficcion. Despues de haberle asignado, como fuente y orígen de usurpacion y monopólio, todo género de propiedades odiosas, os negarán resuelta y absurdamente sus virtudes reproductivas. Los apóstoles de esta creencia os dirán, sin vacilar, que tomais una metáfora por una realidad; y que para todo aquello en que creéis necesario el concurso del capitalista y del trabajador, de la riqueza creada y del trabajo fecundante, para improvisar, en plena miseria, maravillas de riqueza, y tal vez, en plena barbárie, maravillas de progreso, básta y sobra el espíritu de asociacion entre los trabajadores.

¡La asociacion!.... ¡El espíritu de asociacion! ¡La asociacion del trabajo sin materia, sin capital!—Ésta sí podeis contestarles que es una quimera y una abstraccion, cuando no tiene realidad la materia, que han de animar y

poner en movimiento el espíritu y la fuerza vital de ese trabajo. Reunid diez mil obreros, llenos de robustez y de inteligencia y de actividad; dadles el sentimiento de la union más fraternal y los estatutos del socialismo más filantrópico; y luego, sin una herramienta, sin un arma, sin un instrumento y sin provisiones para un dia, lanzad esa muchedumbre sobre una isla desierta, sobre un suelo de arena, sobre un pantano infecundo. Veríais lo que podía, lo que era el espíritu de asociacion y la aptitud al trabajo. Lo que la potencia reproductiva sin mujeres. En cuarenta y ocho horas se hubiera devorado á sí propia la mísera tríbu. Y por el contrario, una sóla familia, arrojada con capital suficiente en el más pobre rincon del mundo, al cabo de un siglo habrá tal vez llegado á ser un pueblo.

Que se arrojen, pues, sobre el capital que maldicen, los secuaces ilusos de esa antisocial doctrina. Digan en mal hora: "sin el capital vivirémos; que con el trabajo nos basta." Griten furiosos: "repartámonos el capital, engendrador de tiranía y monopólio; y el ahorro y legado de cien generaciones consumámosle en un dia, para quedar iguales y ser libres." La sociedad que tal permita, y en donde tal calamidad suceda, correrá la suerte de la tríbu que dejamos desnuda y desamparada sobre la infecunda playa; no habrá para ella esperanza de regeneracion, porque no habrá posibilidad de vida. Donde no mueren más que los hombres, las sociedades reverdecen súbitamente, como el heno segado de las praderas. Donde, —como en la costa de África y en algunas regiones de Oriente,—desapareçen los capitales, la sociedad humana no vuelve á prevalecer en siglos; como las plantas cuya raíz removió el arado. Donde el capital se extingue,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

no se agota solamente la riqueza de un pueblo: concluye su historia; es que muere la raza; es que se hunde bajo sus piés el terreno. Las naciones no tienen sólo por suelo el territorio; es que tambien, y siempre, el capital les sirve de suelo.

La tierra sola no es más que un agente natural, como el aire ó como la atmósfera. Cuando representa el trabajo succesivo, y los instrumentos, métodos, fatigas é invenciones de muchas generaciones anteriores, es cuando se hace capital y riqueza, cuando produce y vale. Tended una horda mísera y atrasada por las feraces llanuras de la Mesopotámia, y no será más que un pueblo de beduinos. Dad riqueza, industria y produccion acumulada al veneciano en sus lagunas, al holandés robando al mar sus algosas arenas, al pueblo inglés en su reducido islote; y no temais por su existencia, que desplegando su capital sobre el mundo, ellos desdoblarán su territorio.

Y el territorio, Señores, nadie ha negado que cuando amenaza y peligra, á la sociedad entera pertenece su seguridad y defensa. Y el capital, Señores, que ya hemos visto es el territorio donde la civilizacion se alimenta y el progreso de un pueblo se asegura, nadie tampoco podrá desconocer que á la sociedad pertenece en su conservacion y en su existencia, en su seguridad y en su engrandecimiento.

IV.

Hasta ahora, Señores, todas las observaciones que he presentado para corroborar los fundamentos de mi primitivo aserto, tambien os deberán haber confirmado suficientemente en la creencia de que si considero el capital

sujeto á la tutela y prescripciones de la autoridad social, es solamente en la suposicion de que ha recibido ya su existencia, y se encuentra sólida y definitivamente constituido. Cuando ántes de ahora equiparé en alguna manera la generacion de la riqueza con la procreacion de la especie, harto he indicado que los derechos de la sociedad y las prescripciones del poder no podían ser anteriores, ni en un caso, á la existencia de una nueva propiedad, ni en el otro, al nacimiento de un nuevo sér, sin falsear y contradecir los planes y las miras de la Providencia y de la naturaleza.

Á mis ojos, la produccion y la riqueza dentro del cuerpo social, van como el chorro de un metal candente por los canales y tubos de una fundicion; el poder no puede tocarle ínterin está corriendo, sin producir una explosion, ó sin abrasarse la mano; y cuando atajarle pudiera, sería para impedir la obra. Sólo cuando el molde está lleno, cuando el metal queda sólido y frío, es cuando puede desprendérsele del armazon que le ha condensado.

No en vano, Señores, me cumple advertir que cada vez soy más consecuente en este mi primer juicio, que algunos quisieran modificar con sus propios raciocinios. De la importancia que acabo de atribuir, del papel que hago representar al capital en la constitucion y progreso de la sociedad, alguno pudiera deducir, ó querer que dedujéramos nosotros, que las atribuciones del poder empezaban mucho ántes de la época que le habíamos asignado, y que no había razon ninguna para evitar que al principio de autoridad, que á la sociedad gobierna y preside, no compitiera, con razon sobrada y con firmísimo derecho, preparar su nacimiento y determinar su creacion.

Y sin embargo, no lo creemos, Señores. La época en

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que entregamos los capitales á la influencia social, no es un señalamiento arbitrario; el límite en que hemos reconocido las fronteras del poder social sobre el campo de la propiedad privada, no ha sido nuestra voluntad y capricho. Le señalan inflexiblemente la naturaleza de las cosas y la índole misma del fenómeno especial, en cuya virtud el capital se encuentra formado.

Ya lo hemos dicho, Señores; y ántes de que lo hubiéramos dicho, ya todos lo sabíais. El capital se forma de la produccion, que se aparta del consumo directo; de los productos, que no destruye y aniquila la satisfaccion de las necesidades del hombre: el capital se constituye de los valores, que sirven al trabajo para la elaboracion de una nueva riqueza. Y de esta sencilla y vulgar explicacion resulta nada ménos que la incapacidad absoluta del poder y de la autoridad, para concurrir al acto de la formacion de los capitales.

—¿Porqué, Señores?—Porque formar un capital es ahorrar; formar un capital es no consumir; formar un capital es no gozar pudiendo, es abstenerse conservando; y os dejo considerar si podeis extender las facultades del poder y las atribuciones de la autoridad social, hasta el derecho de regular el consumo, de tasar el gasto, de limitar el goce, de calcular la necesidad y el ahorro; de ser ella, en fin, el último dueño y árbitro supremo en el repartimiento y disfrute de los productos del trabajo y de los objetos de posesion y de placer.

—¿Y porqué no?—conozco que me dirían muchos.—¿Porqué no? replicarán impávida y resueltamente los comunistas. ¿Porqué no? me dirán los enemigos sistemáticos del lujo y de la desigualdad de las fortunas. ¿Porqué no? me dirán los que han admirado en las antiguas ins-

tituciones, hasta las leyes suntuarias. ¿Y porqué no? podrían tambien decirme los que miran como ejemplar modelo de humana perfeccion la economía social de los institutos monásticos.....

Sí.....—" ¿Porqué no? me dirán. Poco há buscábais en la Historia ejemplos para abonar vuestra doctrina; y la Historia tiene ejemplos para todo. Las leyes suntuarias han sido de todos los tiempos: la tasa y medida de los consumos han estado en el fondo de todas las legislaciones, y en el espíritu de todos los cultos. Atrevéos, pues, á denegar el ejemplo de los Gobiernos más sábios, más justos y equitativos; atrevéos á contradecir el derecho, que la humanidad misma ha reconocido en aquellas sublimes instituciones, y en aquellos excelsos poderes que le hablaron y la dirigieron, en nombre de los más cultos principios y de los más elevados intereses."

—Sí, Señores. Me atrevo á negarlo, me atrevo á contradecirlo, con todas las fuerzas de mi conviccion y de mi sentimiento. Rechazo la legitimidad filosófica y política de toda ley sobre los consumos: rechazo el carácter económico de las leyes suntuarias. La tasa y limitacion de los gastos comunes y de los derechos personales, no han existido, sinó en aquellas épocas de barbárie y de socialismo primitivo, en que los derechos de propiedad se hallan todavía confundidos en el comunismo originario de las sociedades nacientes. Las leyes suntuarias no han sido jamás leyes económicas: jamás han tenido por objeto, ni la fortuna de los indivíduos, ni el aumento de la riqueza social. Han sido unas veces preceptos morales; en otra ocasion, prescripciones religiosas; con más frecuencia instituciones políticas, dirigidas á mantener la jerarquía de las clases elevadas ó dominadoras, ó á re-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

primir la representacion exterior de las que aspiraban á la preponderancia y al dominio.

Hoy mismo sucede en algunos Estados de la Union Americana, que la opinion excluye severamente de las funciones públicas á todos los que se hacen notables por su fausto; y nadie verá en esta prevencion, hija de la suspicacia democrática de aquellos republicanos, una tendencia de la autoridad á mezclarse en el repartimiento y disfrute de la riqueza. Nadie habrá visto en el fondo de aquellas costumbres, las más individualistas de nuestra época, el más leve asomo de introducir la autoridad del poder en el seno íntimo de la existencia doméstica, que es cabalmente el santuario, el templo, el supremo bien y el más preciado tesoro entre los hijos de aquella raza.

Porque esto sería, Señores,—no hay que dudarlo,—intervenir directamente en los consumos. No sería tan sólo hacer ilusória toda propiedad, y anular en su ejercicio todo derecho de dominio. Sería la opresion de toda libertad, la ineficacia de todo albedrío, la coaccion de todo deséo, la ordenacion prévia de toda accion humana: sería la regulacion de todo placer, la graduacion de toda necesidad, la tarifa de cada una de sus satisfacciones. Sería el venir la sociedad á la morada del hombre y al seno de la familia, á distinguir por sí misma entre lo productivo y lo improductivo; entre lo necesario y lo supérfluo de sus gastos. Sería substituirse la decision del poder público al estímulo de la necesidad, á la influencia de la pasion, á las decisiones de la conciencia y de la moralidad privada, á la exigencia de las circunstancias, á la diversidad de los temperamentos, á la influencia del clima, de la edad y de todos los accidentes naturales ó artificiales de la condicion humana.

Señores: en otra ocasion hemos visto lo que sería organizar el trabajo. Organizar el consumo sería más todavía: sería,—como véis,—aniquilar absolutamente toda la existencia individual; sería convertir todos los miembros de una sociedad en séres dotados de movimiento automático, para no conservar espontaneidad y representacion moral sinó en el conjunto de la sociedad misma. Sería, Señores, despues de hacer del indivíduo una máquina, hacer de la sociedad un mónstruo; porque sería invertir el órden de la naturaleza y el plan de la Providencia, que sujeta las sociedades al fatalismo de la ley; pero que deja los indivíduos á merced de las anomalías de la libertad.

La libertad, Señores, que no es el acaso, que no es el capricho, que es tambien una regularidad, de la cual sólo Dios tiene el secreto, porque no ha querido iniciarnos en la esencia de las cosas, ni en la individualidad de los fenómenos. Por eso solamente los hechos generales del mundo físico caben en nuestro cálculo; por eso solamente los fenómenos de la sociedad entera se pueden sujetar á nuestra prevision. Nada de lo diario, de lo individual, está sujeto á las reglas de nuestro cálculo. Hasta en el órden del tiempo sabemos exactamente el movimiento de los astros; pero no el de las nubes de nuestra atmósfera. Conocemos el órden de las estaciones; cuando llega el sol, y cuando se aparta de los límites que le están trazados entre los trópicos. Pero el calor y el frio, la sequedad ó la lluvia, la serenidad ó la tormenta de cada uno de esos dias, de cada una de esas horas fugaces, vano será que intente regularlas, ó predecirlas ninguna especie de cálculo matemático!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

V.

Mas ¿á qué fin, Señores,—en último resultado,—la regulacion de los consumos?—¿Para mayor ahorro de la produccion, para aglomeracion más grande de capital?—¿Y qué importaría este supuesto ahorro, atajándose la produccion misma en la fuente de donde nace, en el vital estímulo que la impele y anima?

La tasa de los gastos lleva indudablemente consigo la limitacion de los productos. Ya lo hemos hecho observar ántes de ahora: ya lo hemos procurado ilustrar con notables y abultadas analogías. La prevision reglamentada de ciertos actos produce la necesidad de la coaccion en los que son correlativos. Un límite legislativo ó religioso á la procreacion de los hijos en cada matrimonio, conduciría al matrimonio forzoso, ó á prescripciones más absurdas todavía. Limitada por una tarifa cualquiera, la extension de los consumos, sería forzoso señalar en la misma escala proporcional los límites de los productos. Esto es sin duda lo que los socialistas llamarán la seguridad de la demanda y la balanza genuina de la produccion.—Para nosotros es la seguridad de la tiranía, y el equilibrio de la miseria.

Es la sociedad entera entregada á la prevision y al cálculo del poder: es la autoridad encargada del repartimiento de los productos, como de la distribucion de los trabajos. Es el trabajo mismo, sacrificado al derecho abstracto de trabajar. Es, en fin, el despotismo nivelador de una democracia monacal, ó de una monarquía egipcia, cortando el nudo gordiano de todas las cuestiones económicas y de todos los problemas sociales; convertido el Gobierno, como el Faraon de José, ó el Mehemet-Alí de nuestros dias, en único capitalista, y en único empresario de industria, poniendo á racion á todos los que consumen, que son todos los que trabajan, y sujetos á taréa á todos los que trabajan, que son todos los que producen.

Sí, Señores: bajo este régimen todo sería sencillo, todo expedito. Donde se suprimen todas las libertades no queda nada vago, indeterminado, nada imprevisto. En una prision, en una penitenciaría, en un cuartel, en un presidio, ó en un monasterio, no hay cuestiones económicas, ni conflictos sociales. No hay pobres, no hay ricos: no hay capitalistas, no hay trabajadores: no hay desigualdades, no hay eminencias. Donde hay tasa para el consumo, hay coaccion para el trabajo: no hay miseria; no hay propiedad; no hay iniciativa; no hay personalidad; no hay progreso; no hay esperanza; no hay socialismo siquiera. Porque no hay obligacion mútua, ni simpatía recíproca: y los mismos, que en ódio á los privilegios de una clase que puede ser opresora, arrasan los fuertes en que puede atrincherarse, no tienen reparo en levantar sobre su sociedad democrática la espantosa Bastilla de aquella autoridad omnímoda, á quien en ódio del capital revisten de todo poder.

Hé aquí el peligro de no admitir sinó principios absolutos: hé ahí las consecuencias de no admitir en las sociedades sinó fuerzas sin contrapeso, fenómenos sin antagonismo, derechos sin limitaciones. No, Señores: en la sociedad, como en la naturaleza; en la filosofía, como en las cuestiones económicas, el órden y la solucion de los problemas está en el antagonismo. En un hecho, en un prin-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cipio, en una fuerza sola está el despotismo, el cáos, la muerte.

«Pero vos tambien,—me diréis,—tambien sentais principios absolutos; tambien habeis proclamado la libertad del trabajo sin limitaciones.» —¡Sin limitaciones! ¿Y quién os lo ha dicho?..... Cuando al examinar la cuestion del trabajo proclamaba la libertad, y defendía la concurrencia, harto sabía yo que en el problema del capital había de encontrarme con la autoridad y la limitacion. Harto conocía que en la necesidad de un principio había de hallar el correctivo del otro. No tengo miedo yo, no lo tengais vosotros jamás, á la extension y absolutismo aparente de los derechos y medios individuales, con tal de que conserveis á la sociedad los suyos. Que harto limitada será siempre la esfera en que permitais obrar al indivíduo, y la fuerza de que le doteis. Pronto conoceréis la gravitacion que limita su libertad, y que enfrena fatalmente su albedrío. Dejadle el dominio de su espíritu, de su córazon y de su conciencia, como le ha dejado la naturaleza el de sus miembros. Por mucho que acelere sus pasos, ó que extienda sus manos, no salvará el horizonte, ni tocará jamás al cielo. Por más que intente remontarse á las nubes, se encontrará pronto con atmósfera donde no respire; y si quiere salvarse bajando al abismo, le ahogará el aire mefítico y pesado.

Dejad al indivíduo todo lo que es de su pensamiento y de su personalidad, harto limitada, y de su existencia, harto efímera; que pronto la sociedad revindicará contra él sus títulos, y le enfrenará en sus aspiraciones, en nombre de cuanto en la vida le rodéa, de cuanto ántes de su existencia le ha precedido, de cuanto ha de quedar despues de su muerte. Dejad á la sociedad los santos de-

rechos de aquella moral colectiva, que empezando por ser religion, concluye hoy por ser doctrina; y no temais dejar á las pasiones individuales la representacion y el papel que les ha asignado la naturaleza. Dejad que el rico no ponga tasa á sus necesidades; que al fin, como la naturaleza ha igualado los órganos de sus verdaderos consumos con los del pobre, la mayor parte de sus gastos habrán de ser reproductivos, ó capitalizadores. Dejad el consumo tan libre como el trabajo, y buscad en otras condiciones la limitacion del capital, y la tutela social sobre su conservacion y progreso. Para la cortapisa de la concurrencia en lo económico, y para atajar el predominio de la fuerza bruta en lo político, está el capital y las categorías que su posesion establece. Para contrarestar el predominio económico del monopólio, ó la opresion política, á que los dueños del capital aspiren, dejad los peligros y las consecuencias mismas de la concurrencia ilimitada y del consumo libre.

Persuadíos de que en la dinámica de las fuerzas morales, como en la mecánica física, no hay una máquina con una fuerza sola; no hay un muelle sin resistencia; no hay motor sin punto de apoyo; no hay vapor sin válvulas y compensadores. No desecheis de la gran sinfonía de los fenómenos morales esas disonancias, que concurren á la general armonía; ni temais buscar la concordia, donde á primera vista no se os presenta sinó conflicto y contrariedad, lucha y antagonismo.

«¡Y bien!—me diréis;—despues de todo, si no admitís limitacion alguna en la esfera de los consumos, si no reconoceis en el poder y gobierno de la sociedad, autoridad competente para regular los gastos improductivos, á lo ménos le atribuiréis la obligacion de exigir y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

reservarse una parte de los productos. Y en tal caso, es posible y consecuente que lo que generalmente es mirado como una necesidad dolorosa, ó como un mal necesario, lo considereis como una funcion útil, provechosa y fecunda. Es posible que contra la opinion de la mayor parte de los economistas, considereis el impuesto como institucion beneficiosa y reproductiva. Es posible que—de acuerdo con muchos de los filósofos de la escuela socialista,—le mireis como el rédito justo que el rico debe al Estado, como el interés de la parte de capital social que beneficiosamente explota. Posible es sin duda que mireis el impuesto como el único medio y el único procedimiento de que el poder se vale para formar, conservar y acrecer ese capital social, elemento fecundo de su trabajo, á la manera que el sol levanta del mar y de los rios el agua con que alimenta, fecunda y mantiene lozana la vida de las tierras y la vegetacion de los campos.»

—No es hora ya, Señores, de contestar hoy á esta objecion. Por ella considerareis que el exámen del impuesto, que ha de ocuparnos en la leccion próxima, tiene para nuestras miradas otra perspectiva, y para nuestros principios otra mayor importancia que la que admite una cuestion de Hacienda. ¡Cómo ha de ser, Señores!.... He llegado á punto de no poder rehuir ésta materia ni ésta discusion.

El camino del desierto se dilata. Áridas fueron las explicaciones sobre la propiedad y el trabajo: más áridas se hicieron al tocar los problemas de la concurrencia y del consumo. Réstanos apurar las heces de esta aridez, llegando por la filosofía, por la moral y por la alta política, á la cuestion y á la doctrina de los tributos y del presupuesto.

LECCION DÉCIMACUARTA.

SIGUE LA CUESTION SOBRE LA FORMACION Y CONSERVACION DEL CAPITAL. CÓMO OBRA EN ESTA CONSERVACION EL IMPUESTO.

I.

Cuando en la noche anterior concluía mi explicacion con el anuncio de que pensaba consagrar la presente al exámen de la cuestion del impuesto, bien seguro estoy, Señores, que á ninguno de los que tan benévola como generosamente han prestado su atencion al curso de los presentes estudios, se le habrá ocurrido que iba yo á ocuparme en esta conferencia, de aquellas cuestiones y conocimientos especiales, de aquellos problemas,—más aritméticos que políticos, y más comerciales que económicos,—que constituyen en el dia la tan famosa especialidad del hacendista, la tan preciada ciencia de la administracion de las rentas públicas.

Estoy seguro, Señores, de que ninguno de vosotros creyó por mi anuncio que yo iba á traer á la discusion de esta tribuna el censo estadístico de la contribucion territorial; los derechos que pesan sobre el ejercicio de las industrias; el óbolo que dá el pobre, de sus consumos diarios, y la tarifa de esos costosos privilegios, con que en este período, que todavía llamamos de civilizacion

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

reservarse una parte de los productos. Y en tal caso, es posible y consecuente que lo que generalmente es mirado como una necesidad dolorosa, ó como un mal necesario, lo considereis como una funcion útil, provechosa y fecunda. Es posible que contra la opinion de la mayor parte de los economistas, considereis el impuesto como institucion beneficiosa y reproductiva. Es posible que—de acuerdo con muchos de los filósofos de la escuela socialista,—le mireis como el rédito justo que el rico debe al Estado, como el interés de la parte de capital social que beneficiosamente explota. Posible es sin duda que mireis el impuesto como el único medio y el único procedimiento de que el poder se vale para formar, conservar y acrecer ese capital social, elemento fecundo de su trabajo, á la manera que el sol levanta del mar y de los rios el agua con que alimenta, fecunda y mantiene lozana la vida de las tierras y la vegetacion de los campos.»

—No es hora ya, Señores, de contestar hoy á esta objecion. Por ella considerareis que el exámen del impuesto, que ha de ocuparnos en la leccion próxima, tiene para nuestras miradas otra perspectiva, y para nuestros principios otra mayor importancia que la que admite una cuestion de Hacienda. ¡Cómo ha de ser, Señores!.... He llegado á punto de no poder rehuir ésta materia ni ésta discusion.

El camino del desierto se dilata. Áridas fueron las explicaciones sobre la propiedad y el trabajo: más áridas se hicieron al tocar los problemas de la concurrencia y del consumo. Réstanos apurar las heces de esta aridez, llegando por la filosofía, por la moral y por la alta política, á la cuestion y á la doctrina de los tributos y del presupuesto.

LECCION DÉCIMACUARTA.

SIGUE LA CUESTION SOBRE LA FORMACION Y CONSERVACION DEL CAPITAL. CÓMO OBRA EN ESTA CONSERVACION EL IMPUESTO.

I.

Cuando en la noche anterior concluía mi explicacion con el anuncio de que pensaba consagrar la presente al exámen de la cuestion del impuesto, bien seguro estoy, Señores, que á ninguno de los que tan benévola como generosamente han prestado su atencion al curso de los presentes estudios, se le habrá ocurrido que iba yo á ocuparme en esta conferencia, de aquellas cuestiones y conocimientos especiales, de aquellos problemas,—más aritméticos que políticos, y más comerciales que económicos,—que constituyen en el dia la tan famosa especialidad del hacendista, la tan preciada ciencia de la administracion de las rentas públicas.

Estoy seguro, Señores, de que ninguno de vosotros creyó por mi anuncio que yo iba á traer á la discusion de esta tribuna el censo estadístico de la contribucion territorial; los derechos que pesan sobre el ejercicio de las industrias; el óbolo que dá el pobre, de sus consumos diarios, y la tarifa de esos costosos privilegios, con que en este período, que todavía llamamos de civilizacion

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

universal y de fraternidad de los pueblos, pagamos ó vendemos los frutos de la industria ó de la tierra, á las naciones que están á un paso de nuestras fronteras. No Señores: estoy cierto de que todos vosotros comprendísteis que estas cuestiones estaban muy distantes de poder ser objeto de mi actual discurso.

Y no ciertamente, porque yo las crea poco elevadas; porque me parezcan mezquinas y rastreras; porque se representen generalmente como poco compatibles con la doctrina generalizadora, ó con la imaginacion elevada; porque las considere como poco filosóficas, ó demasiadamente prosáicas, no. Yo estoy seguro de que si me propusiera examinar con vosotros esas cuestiones de Hacienda y presupuesto, que parecen ora tan áridas, ora tan positivas y mecánicas, no habríais de echar de ménos la amenidad de algunos poemas descriptivos, la filosofía de algunos pensadores graves y profundos, la imaginacion sombría ó caprichosa de algunos de los Goyas literarios de las costumbres modernas.

Estoy seguro de que las cuestiones de la cobranza y de la distribucion de las rentas públicas en el país mejor administrado de Europa, habían de suministrarme páginas más tremendas y excitantes que muchos capítulos de *Los Misterios de París*; que á propósito de aduanas, habíamos de escribir con tanta fuerza y tanto colorido, como las *Cartas de Junius* ó las *Veladas de San Petersburgo*, y que en materia de impuesto, de consumos y de trabas fiscales de la industria, no habíamos de dejar que desear nada en punto á vigor de invectiva, á vehemencia de expresion y á fantasía de imágenes, á las odas más amargas y á los desahogos más sombríos y sarcásticos de Byron y de Goëthe.

No dirían de nosotros, es verdad, como dijo Chateaubriand de Lamartine, con motivo de un discurso sobre el carbon de piedra, que hacía, como la naturaleza, diamantes con carbones: ántes bien, yo me atrevo á creer que convertiría á vuestros ojos en carbones muchas piedras brillantes, y muchos deslumbradores tesoros. Con esas áridas cuestiones, y con esos prosáicos asuntos, estoy seguro,—y hasta ese punto cuento con vuestro corazon, y por tanto, con mis fuerzas,—que ya que no os hiciese llorar, os haría más de una vez estremecer.

No, Señores, repito: si no pueden ser estas mis cuestiones; si vosotros no creeis, ni pensábais que habían de ser objeto de mi razonamiento, no es porque estén reñidas, ni con el género de mi filosofía, ni con la forma de mi estilo. Pero no es éste,—y bien lo conoceis vosotros,—no es éste hoy para mí el lugar de tratarlas; no es éste el tiempo de exponerlas. No es porque sean ajenas de mi filosofía, por lo que yo las desecho; sinó porque son enteramente extrañas á mi asunto: no porque estén distantes del objeto de mis meditaciones, y fuera del alcance de mis habituales estudios, sinó porque se encuentran á larguísima distancia de la cuestion, que iba con vosotros tratando; porque se encuentran remotamente lejanas, tanto de mi propósito, como del órden de mi discurso.

No, Señores, vuelvo á decir: vosotros sabeis que no he ofrecido tratar del impuesto, como hacendista, ni como administrador. El impuesto se presentó naturalmente á nuestros ojos, tratándose de la formacion del capital, y de la intervencion que cumplía tener al poder social en esta funcion importantísima de la economía, de la existencia, del adelanto y de la civilizacion de los pueblos; y bajo este aspecto sólo, bajo este punto de vista, era pre-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ciso acometer y no rehuir la cuestion, ó más bien el fenómeno que se nos presentaba.

El impuesto no se nos ofrecía solamente como el ejercicio de un derecho social, como la satisfaccion de una necesidad de la existencia pública, como un elemento de existencia de la institucion política, como un medio de fuerza para el empléo del trabajo social, y de la seguridad colectiva. Todo esto puede ser sin duda en nuestras consideraciones; y bajo todos estos aspectos pudiéramos legítimamente tratarle, sin desviarnos de nuestra cuestion, ni apartarnos de nuestro camino. Pero el impuesto se nos ha ofrecido más especialmente como una solucion inesperada de nuestro difícil problema: el impuesto se nos quería presentar como una explicacion satisfactoria, como una conciliacion afortunada de los conflictos y anomalías en que nos encontrábamos confundidos, perplejos y vacilantes entre el principio de la libertad, representado por el trabajo, y el principio de autoridad representado por el capital; entre la necesidad y la obligacion que á la sociedad incumbe de intervenir en el capital, y velar por su tutela, y la imposibilidad en que la hemos declarado de intervenir en los consumos; habiendo de dejar tan libre ó independiente la distribucion del gasto, como la creacion del producto.

Entónces el socialismo nos salió al encuentro, y nos dijo:—"Aqui tenéis el impuesto, que satisface vuestras condiciones. El impuesto es la igualdad; el impuesto es la libertad; el impuesto es la autoridad. El impuesto os permite dejar á la accion individual la iniciativa del trabajo, y emanciparos del concurso personal, que debeis á la sociedad para sus trabajos colectivos. ¡Hé ahí la libertad!—El impuesto, pesando, como debe, en una progresion ascendente sobre beneficios del uso del capital social, y sobre el mayor número de los frutos de la produccion, tiende constantemente á restablecer el equilibrio entre el rico y el pobre, entre el trabajador y el capitalista. Hé ahí la igualdad.—El impuesto dá á los Gobiernos los medios de aumentar el capital social de caminos, obras públicas, puertos, edificios, construcciones de guerra, monumentos artísticos, establecimientos de comercio, ó instituciones de enseñanza; de manera que el trabajo y la inteligencia individual hallen siempre ocupacion y empléo. El impuesto dá al poder los medios de cumplir su mision política y legislativa en la dilatada extension de sus varias funciones.—Hé aquí la autoridad.

Hé aquí, pues, satisfechas las condiciones de vuestro programa, conciliadas las contradicciones de vuestro conflicto, y despejadas las incógnitas de vuestro problema, donde ménos lo esperábais. Cesad, pues, de maldecir del presupuesto con los economistas vulgares; cesad de declamar contra las contribuciones, como los políticos adocenados. El impuesto es la perfeccion de la política, y el supremo esfuerzo de la civilizacion."

"El impuesto es la redencion de la servidumbre personal; es el rescate de la *corvéa* social; es el venero por donde el patrimonio del rico vuelve á ser tesoro y alimento de los esfuerzos y del trabajo del pobre; es el arma con que el poder mantiene y sustenta esa organizacion política, en la que la mayoría pobre se subordina y trabaja á la sombra, direccion y amparo de la minoría rica. El impuesto, en fin, es lo único que á través de las variaciones sociales y de las revoluciones antiguas, permanece subsistente é indestructible: el impuesto es lo que dejó intacto el Imperio cuando substituyó á la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

república: lo que la civilizacion conservó de la barbárie: lo que el liberalismo no destruyó al reemplazar á la monarquía absoluta; lo único, en fin, que el socialismo conservará y ensanchará todavía cuando substituya á las instituciones constitucionales. Cantad, pues, himnos de alabanza, y loores de gratitud al impuesto, y saludad el apogéo de la libertad, el colmo de la sabiduría, y el remedio de toda dolencia social, como la concordia de toda contradiccion económica, en eso que pensadores vulgares os están contínuamente señalando como orígen de miseria, como causa de parálisis y retroceso, como padron y resúmen de servidumbre y de tiranía.»

¿Creéis, Señores, que estoy hablando en tono sarcástico, ó que me dejo arrebatar, como más de una vez se ha creido, por una suposicion fantástica, por una interpretacion exagerada y poco leal de doctrinas no bastante conocidas? ¿Creéis que no hay filósofos, economistas, políticos en todas las escuelas, que no han considerado de esta manera la cuestion y la doctrina del impuesto? ¿Creéis, sobre todo, que el socialismo no la haya planteado así? y los que le conoceis un poco ¿creeréis que yo me atrevería á calumniarle; y los que no conoceis nada de esta doctrina, dudais, por oidas, de sus aspiraciones filantrópicas y de su temerario radicalismo, que quepa en el evangelio de sus apóstoles una exposicion de principios tan extraños, y de consecuencias tan contrarias á vuestras idéas de emancipacion y de libertad?

Si de cualquiera manera lo dudais, y para probaros de todos modos la necesidad en que me encuentro, no creada por mí, de tratar de esta manera la cuestion en que me veis empeñado, voy á leeros, Señores, una *epístola del San Pablo de las nuevas doctrinas*; voy á presentaros

textualmente una página, admirable por cierto, en que Proudhon considera la existencia del impuesto, como el único freno del monopólio, como el contrapeso de la influencia oligárquica de la clase rica y capitalista, como el resúmen de las altas funciones sociales, que debe ejercer la autoridad y el poder, para conservar el equilibrio entre el capital y el trabajo, entre la inteligencia y la fuerza. Veréis si he exagerado. «Leed y estremecéos, nada hay aquí de fabuloso,» como decía el epígrafe de una novela que leí cuando niño, y de cuyo título no me acuerdo siquiera [1].

«Al ir asentando sus principios,—habla Proudhon,—la humanidad, como si obedeciera á una órden soberana, no retrograda jamás. Semejante al viajero, que por sinuosidades oblícuas asciende del valle profundo á la cresta de la montaña, la humanidad sigue intrépidamente su camino en *zig-zags*, y marcha á su fin, con paso firme, sin nunca arrepentirse, sin hacer alto nunca. Llegado al ángulo del monopólio, el Génio social vuelve hácia atrás una mirada melancólica, y reflexionando profundamente, exclama: «El monopólio se lo ha quitado todo al pobre mercenario; el pan, el vestido, el hogar, la educacion, la seguridad y la libertad. Yo pondré á contribucion al monopolizador; á este precio le conservaré su privilegio. La tierra y las minas, los bosques y las aguas, patrimonio primitivo del hombre, están en entredicho para el proletario. Yo intervendré en su explotacion; yo tendré mi parte en sus productos, y el monopólio territorial será respetado.

La industria ha caido en feudalismo, pero yo soy el in-

[1] Proudhon.—Contradictions économiques.— Cap. VII. Quinta época. La policía, el Gobierno, el impuesto.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

fanzon de esos vasallos; los Señores me pagarán tributo y homenaje, y conservarán la baronía de sus capitales. El comercio cobra del consumidor ganancias usurarias. Yo sembraré su camino de portazgos; yo pondré timbres en sus documentos, sellos en sus fardos, guias en sus facturas, y así podrá pasar. El capital ha vencido al trabajo por la inteligencia. Yo voy á abrir escuelas, y el trabajador, hecho inteligente, podrá hacerse á su vez capitalista. Los productos carecen de circulacion; la vida social está comprimida: yo construiré carreteras, puentes, canales, mercados, teatros y templos; y todo esto será á un tiempo trabajo, y riqueza, y despacho. El rico vive en la abundancia, mientras que el obrero llora miseria. Yo estableceré impuestos sobre el pan, el vino y la carne, la sal y la miel; sobre los objetos de necesidad y sobre los géneros de valor; y estos impuestos serán limosnas para mis pobres. Y yo estableceré guardas á la orilla de los rios, y en torno de los montes; peones en los caminos, celadores en los campos, veedores en los mercados y agrimensores en las tierras; enviaré los cobradores del impuesto y los preceptores de la infancia; tendré un ejército contra los refractarios, tribunales que los juzguen y sacerdotes que los maldigan. Todos estos empléos serán dados al proletario, y pagados por los hombres del monopólio.—Tal es mi voluntad, cierta y eficaz.»

II.

Señores, ya lo veis: un volúmen entero de profundísimas consideraciones podría escribirse como explicacion ó

comentario de esa página formidable. Ella os demostrará,—entre otras verdades terribles, que de su meditacion se deducen,—algo de lo que con frecuencia os he advertido yo desde esta tribuna, al indicaros repetidas veces que muchos de los que declaman contra el socialismo sin conocerle, suelen estar más cerca de lo que piensan, de los principios y de las aplicaciones socialistas.

Ya lo veis. Los que en favor del Gobierno ensalzan el aumento de las contribuciones públicas; los que en favor de las clases proletarias reclaman la educacion, y la asistencia de parte del Estado, y la participacion en los empléos, y la intervencion de la sociedad en todas las grandes empresas y trabajos, y la tutela y vigilancia del poder social sobre toda explotacion de capital, sobre todo empléo de trabajo, sobre toda esperanza de producto, bien podrán llamarse monárquicos, y conservadores, y centralistas, y apellidar heresiarcas políticos y revolucionarios á los que profesen otras idéas ó abriguen contrarias tendencias; pero no por eso dejarán de ser acogidas sus aspiraciones por la nueva escuela, y de encontrarse hermanos de doctrina y creencia de la filosofía prudhoniana nada ménos.

Pero no es éste, Señores, el objeto que me habia propuesto, al leeros aquella página tremenda. Este objeto debo fijarle, debo precisarle ya, para que no me pidais cuenta de una divagacion indefinida. Yo he empezado estableciendo por principio, ó más bien casi se puede decir que he dado por supuesto, que la sociedad tenía derechos para limitar el uso y la disposicion del capital; y que así como la riqueza-trabajo y la riqueza-produccion representaban en la civilizacion el principio de libertad y de independencia individual, la riqueza concreta y repro-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ductiva, la riqueza-capital tenía que subordinarse al principio de autoridad, del cual recibe la vida y el destino.

Pero despues de asentar este principio, era menester encontrar su forma; despues de reconocer en la sociedad éste derecho, era menester buscar su aplicacion; de manera que no incurriéramos en contradiccion con los principios anteriores, y que encontráramos concordia, transaccion, armonía y coexistencia entre la autoridad y la libertad, entre el capital y el trabajo, entre el rico y el pobre, entre las clases de la sociedad, hoy dispuestas á hacerse la guerra, las unas por envidiadas y odiosas, las otras por desamparadas y temidas.

Y bien, Señores; la solucion de éste problema, la forma de éste derecho, el ejercicio de ésta obligacion, tenemos que buscarlos en dos escuelas, en dos doctrinas; la escuela que profesa el absolutismo del principio de la libertad, la escuela que proclama la preponderancia absoluta y absorvente de la autoridad; el liberalismo, al cual corresponden dos formas de poder, en que hasta ahora se han simbolizado el gobierno representativo y la república política: el absolutismo, ó la dominacion exclusiva del poder, el cual reviste dos formas, á saber: la monarquía absoluta en lo antiguo, y el socialismo en lo moderno.

Ahora bien: me había propuesto en la cuestion que nos ocupa, descartar todas las soluciones, que condujeran á una de las dos doctrinas extremas, á uno de los dos sistemas absolutos, manifestando de paso cómo eran los dos idénticos en sus varias manifestaciones; cómo la tiranía monárquica de los antiguos era igual á la democrácia social de los modernos. No en vano os anuncié en la noche anterior, que la cuestion del capital nos conduciría á la política; y sólo siento tener que adelantarme un momento á mis consecuencias y deducciones, sin perjuicio de volver oportunamente á ellas, para que no creyérais que íbamos á la ventura, descaminados ó perdidos.

Ya que os he dicho cómo no vamos fuera de la lógica, una palabra más para que no penseis quo estamos fuera de la verdad. No me basta orientaros en el temor de un aparente extravío: es menester defenderme, y asegurarme contra el cargo de paradoja.

Por eso, Señores, en esta investigacion voy buscando la solucion, la fórmula: que se nos presenten en abstracto las varias doctrinas, sin atender á su procedencia, sin atender á su intencion. Sólo atiendo á su resultado; sólo consigno su consecuencia; y donde quiera que veo absorcion y tiranía, socialismo demagógico, ó despotismo absoluto, mi deber es rechazar la aplicacion propuesta, consignar la identidad encontrada.

He manifestado que el capital formado podría someterse á la intervencion de la autoridad social; pero que su formacion misma debía ser espontánea é independiente del poder. La doctrina opuesta es el socialismo, es la tiranía, es la barbárie primitiva.

El capital se constituye de valores ahorrados, de productos no consumidos. Hay filósofos, hay sistemas, hubo legisladores, y hay políticos, que aseguran y proclaman que á la sociedad corresponde arreglar los consumos, tasar los gastos, intervenir los goces. Hemos visto en esta solucion lo absurdo del socialismo, lo tiránico y despótico de la compresion social, y hemos rechazado el régimen de la tiranía y el monaquismo de la democrácia.

Por último, hemos querido ver si se explica la funcion social y la intervencion económica de la autoridad, con la reserva y participacion de los productos; y en este

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sentido, y bajo este aspecto, hemos abordado la cuestion del impuesto. Algunos de vosotros habíais creido que, á lo ménos, en esta manera de considerar las relaciones entre el indivíduo y la sociedad, entre el poder y el ciudadano, entre la libertad y la autoridad, no encontraríais sinó á los partidarios del monarquismo puro y de la centralizacion omnímoda: yo os he mostrado en primer término la filosofía socialista en la última palabra del evangelio proudhoniano.

Pero, Señores; con haber llegado á este punto no está examinada la cuestion: con haber consignado los principios de la nueva escuela, no están declarados los nuestros: con haber manifestado el papel, que hace representar al impuesto y á su inversion la filosofía revolucionaria, no hemos podido asignar y definir el lugar que nosotros le damos, y las consecuencias que puede tener en nuestros principios. Porque Proudhon haya dicho una cosa, no dejará de ser cierta. En las contradicciones y paradojas de ese pasmoso talento hay mucho que estudiar, y mucho que aprender: en las investigaciones del socialismo hay mucho que meditar: en sus datos y deducciones mucho que aprovechar y admitir; y aun en sus mismas exageraciones teneis la prueba de cómo pueden aprovecharnos, mostrándonos en las consecuencias que ellos deducen, y en el resultado á donde llegan, peligros y tendencias que, sin su aplicacion, pasarían á nuestros ojos casi sin advertirlos.

En la cuestion presente sucede lo mismo. Lo que el socialismo deduce no es para que lo desechemos; es para que lo atendamos. Lo que Proudhon califica, lo que Proudhon señala en la cuestion del impuesto, no es tremendo, no es importante porque él lo dice, sinó porque lo

que dice pudiera ser verdad; porque la solucion que él presenta, que él acepta en principio, aunque para modificarla en sus aplicaciones, pudiera tener todas las consecuencias que él le asigna, y dar orígen á todos los fenómenos sociales, políticos y económicos, de que hace al impuesto solucion y causa, regulador y síntoma.

Veamos nosotros, por nuestra parte, lo que hay de cierto, lo que hay de exacto en la influencia y en la importancia del impuesto; veamos si tiene socialmente toda la extension que se le supone; económicamente, toda la importancia que se le atribuye, y políticamente, toda la transcendencia de compensacion, equilibrio y reciprocidad entre la accion del ciudadano y la accion del poder; entre los intereses del súbdito y la riqueza de la sociedad; entre el trabajo del proletario y los capitales del opulento; entre la iniciativa individual y los elementos de empléo, y los medios de aplicacion que la sociedad le entrega, porque los recoje y deposita. La sociedad los conserva, porque los reune; la sociedad los vivifica y consolida, porque ella sola puede transformarlos y convertirlos en aquellas grandes obras y en aquellos medios durables, que sólo es dado mover, que sólo es dado realizar y mantener á la fuerza social permanente y poderosa, y no á la actividad privada, de suyo endeble y transitoria.

Algunos creen, Señores, que sí, porque creen que todas las relaciones, que todos los deberes, que todas las obligaciones que el indivíduo tiene para con la sociedad, están resumidas y compendiadas en el impuesto; creen que desde que el indivíduo ha entregado al poder social los frutos de su trabajo, que le han correspondido, ningun otro deber le liga con la autoridad, á ninguna otra

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

limitacion puede estar sujeto, ni en su trabajo, ni en su personalidad, ni en su capital. Creen que el ciudadano ha satisfecho todos sus deberes, cuando, por medio del impuesto, paga á la sociedad el rédito del capital que la sociedad le entrega y pone á su disposicion, para emplear su trabajo, y para asegurar su producto. Creen que es el único medio que la sociedad tiene, para constituir, conservar, y acrecer y dilatar indefinidamente el conjunto de la riqueza colectiva, y de los medios sociales, sin los que—tantas veces lo hemos dicho—los recursos del indivíduo serían impotentes é infecundos.

Segun este raciocinio, la sociedad dice á los indivíduos: "Sin el capital que yo pongo á vuestra disposicion, vosotros no podríais dar un paso en la vida de la civilizacion, ni en la carrera del progreso. Para vuestras comunicaciones necesitais carreteras y puentes, necesitais puertos y canales y rios navegables; para vuestras industrias y vuestra morada necesitais ciudades; para la seguridad de vuestra vida y de vuestro trabajo necesitais órden y defensa; para la conservacion y transmision de los conocimientos humanos, necesitais enseñanza; para la decision de vuestros derechos, necesitais árbitros y jueces; para el conjunto, en fin, de vuestra vida social, necesitais Gobierno. Y todo esto es el capital de vuestro trabajo, el elemento fecundo de vuestra actividad; y el patrimonio comun de que todos vosotros vivís; y del cual, desheredados y destituidos, pereceríais en un dia.

Este capital, éste patrimonio, ésta riqueza, yo tengo que conservarle á vuestros hijos, como me lo han transmitido vuestros Padres: dadme el impuesto para entretenerle y repararle. Éste capital y éste patrimonio tengo que aumentarle, á medida de las nuevas necesidades de la civi-

lizacion y del mayor ensanche de vuestra actividad: dadme nuevos impuestos para nuevas adquisiciones. Éste capital y éste patrimonio, vosotros que le usais, vosotros que le empleais, vosotros que le beneficiais en tan desiguales proporciones, pagadme el alquiler, el interés del capital que os presto y alquilo en la mínima proporcion de su explotacion. Dadme de toda esa pingüe riqueza, puesto que mi capital os sirve á proporcion de vuestros grandes medios y de vuestras opulentas ganancias."

Y el ciudadano le dice: "Toma: parto contigo: del fruto de éstas ganancias, ahí tienes una parte de alquiler y una parte de imposicion; pero he cumplido mi taréa, y no me pidas más, porque todo lo he saldado contigo; porque nada te debo. No me pidas mi persona para los cargos públicos, ni mi sangre para la guerra, ni mi gloria para tu nombre, ni mi virtud para tu poder moral, ni mis hijos para tu defensa y tu esperanza. Ni sobre mi riqueza y fortuna, sobre mi patrimonio y herencia, pongas cuidado, ni afectes derecho; porque estamos quitos desde que te doy todo lo que para tus funciones necesitas. Toma el impuesto, si gano; mátame si en público mato, ó enciérrame si en público robo; y todos nuestros derechos, todas nuestras obligaciones han concluido. Todo lo que has menester, cómpralo; para eso te pago: todo lo que me das, de mi bolsillo y de mi trabajo, dia por dia te lo restituyo. Sociedad mercenaria, ahí tienes tu salario: sociedad fondista, ahí tienes el alquiler de mi vivienda: gobierno de industria, ahí te doy el interés de tu capital. Autoridad de tarifa, no me pidas adhesion, sinó tributo. Civilizacion meretriz, toma mi oro; que todos tus favores están pagados con dinero!"

¡Oh, Señores! sí, volvamos por Dios á Prudhom, y á

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

las consideraciones socialistas; que por tristes y amargas que parezcan, en el fondo de su filosofía hay todavía más calor, más vitalidad, más porvenir, más esperanza, que en el seno de ciertas doctrinas; que en el fondo de otros principios, que se llaman liberales, y progresivos; que se llaman tutelares y conservadores!....

III.

No, Señores, no puede ser. El Gobierno no todo es impuesto: la autoridad social no es toda dinero: la obligacion del ciudadano no es toda tributo: su libertad individual no es toda rescate: su dependencia no es toda contribucion. Las relaciones mútuas entre la libertad y la autoridad, entre el poder y el súbdito no se resuelven en ese materialismo mecánico, que no explica los fenómenos económicos y morales de la sociedad, mas que los círculos de carton de una esfera explican el magnetismo, la electricidad y la gravitacion del globo. Y las deducciones á que nos conducen, ora los principios y el espíritu socialista, ora el positivismo materialista de la Economía política, estoy cierto de que sólo porque sus miras son limitadas é incompletas, es por lo que principalmente nos parecen sus tendencias extremosas y exageradas.

Los que limitan todo el derecho de la sociedad á exigir el impuesto, deben limitar toda su obligacion á distribuirlo. Los que reducen toda la obligacion del ciudadano á pagar, reducen toda la accion social al poder político; y todo el poder político, á funciones administrativas.— Esto es falso, Señores, porque es incompleto: es inexacto, porque no es toda la verdad. Ni la administracion es

todo el gobierno, ni el gobierno es todo el poder, ni todo el poder político es la accion social. Fuera de las relaciones, que son objeto de la ley; fuera de los derechos sobre cuya aplicacion ó infraccion puede ejercerse la justicia; fuera de los intereses en que interviene la administracion; fuera de los actos, que caen bajo la competencia del Gobierno, quedan en la economía social derechos, obligaciones, intereses y relaciones, en que la sociedad influye por sí misma, y sin recurrir á sus instrumentos oficiales, ni á sus órganos reconocidos.

Así como hay para los trajes una autoridad invisible, que se llama la moda; y para otros actos, un reglamento que se llama el uso; así como hay para ciertas virtudes ó cualidades un premio social, que se llama la gloria, para ciertas faltas un censor público, que se llama el escándalo, un juez supremo que se llama la opinion, y un castigo irremisible que se llama la infamia, así, Señores, en toda la extension moral y material de la vida del hombre, existen, y constituyen la más noble parte de su existencia, intereses y sentimientos, aspiraciones y deberes, trabajos y empresas, hechos y resultados; que pertenecen á la sociedad, que sin la sociedad no se explican, ni se comprenden, ni se ejecutan. La sociedad los determina; la sociedad los dirige; á la sociedad refluyen; y para toda su accion y su influencia, y su ordenacion y su progreso, ni la sociedad ha tenido nunca magistraturas, ni el indivíduo se ha atenido á códigos. Para el ejercicio de estos derechos y obligaciones ni ha mediado nunca estipulacion prévia, ni se ha convenido precio, ni hay servicio que tenga tarifa, ni intervino nunca agente retribuido.

En esta vastísima region no hay leyes escritas, ni autoridades establecidas; no hay Reyes ni Asambléas; no

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hay cargos ni tributos; no hay impuesto ni contribucion. Y sin embargo hay utilidad; y sin embargo hay derecho; y sin embargo hay accion é influencia, y estímulo recíproco de la sociedad al ciudadano, y del ciudadano á la asociacion. Y sin embargo, hay trabajo, y trabajo el más activo y entusiasta; y sin embargo, hay capital; y sin embargo, de ésta vida social no escrita, de ésta existencia pública no oficial, de éstas obligaciones y derechos no sancionados, de ésta actividad fecunda y de esa asistencia acumulada, nacen consecuencias y hechos, que pertenecen á la accion del poder oficial; que se desarrollan ó terminan en la region de la administracion pública.

Pero ésta consecuencia es un accidente; el poder político tiene una esfera más limitada; el trabajo colectivo un círculo más definido, y una extension más reducida. Sus medios de existir y de obrar, por satisfechos que estén, por atendidos que se encuentren, no satisfacen á toda la extension de la vida de un pueblo: por cubiertas que estén sus necesidades, no son éstas todas las necesidades públicas; por conservado que esté su capital, no es su capital bastante para aquel tan múltiple ó inmensurable trabajo.

Y aquí, Señores, llegamos á una consecuencia importantísima, y de que es menester tener gran cuenta, porque se liga y enlaza con deducciones muy transcendentales. Si el trabajo social fuera todo el que la administracion dirige, no habría más capital que el que el poder conserva y administra. Sólo en este caso el impuesto sería todo; sólo en este caso el capital social se formaría exclusivamente del impuesto, y sólo en este caso, á pagar el impuesto estarían reducidas todas las obligaciones públicas del ciudadano.

Pero hay más, Señores; hay otra consecuencia más extremada todavía. Si no existiera más capital social que el conjunto de los medios que el Estado posee,—ó lo que es lo mismo,—si todo el trabajo de los indivíduos se empleara en beneficiar el capital que el Estado administra, en tal caso no habría impuesto, no habría contribucion; no habría riqueza, no habría propiedad, no habría sobrante, no habría participacion siquiera; no habría más que trabajadores puestos á jornal por el poder; y el poder les daría su racion y su salario. Todo sobrante, todo ahorro, toda capitalizacion, toda propiedad sería una usurpacion de soberanía. Siendo el Estado el único capitalista, sería el único dueño, el único propietario: el ciudadano no cumpliría con la sociedad, sinó dándole el alquiler de su vivienda, y el interés de su capital, y el salario de su asistencia. La sociedad sería quien le diese una racion por su trabajo, y le concediese, como gracia, el derecho de fabricar en su taller, y de darle por alimento el pobre rancho de los hospicios; por todo abrigo, la pobre blusa de los talleres, y por todo estímulo, el azote de los capataces en un ingénio de negros.

Y hé aquí, Señores, cómo por este camino, cómo por esta confusion, cómo por este exámen inexacto é incompleto tambien, venimos á parar al socialismo; y no ménos vamos tambien á estrellarnos contra la tiranía: tambien vamos, aunque por medio de principios de igualdad y de protestas liberales, al despotismo de Oriente y á la centralizacion económica de sus degradados Imperios.

Y es en vano suponer, Señores, con algunos pesimistas de la civilizacion, que la organizacion económica que hoy presenciamos en las sociedades européas, dista muy poco del cuadro que acabamos de trazar; y que la mino-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ría, en la cual se encuentra el capital, es tan reducida respecto á la masa inmensa de la sociedad obrera, que ésta no pudiera encontrarse más desvalida y más explotada, que lo estaría si los que se llaman hoy depositarios de la riqueza, fueran los agentes del poder; y que el mismo efecto se produce apartando por el impuesto la totalidad del producto, ménos el jornal, que con el actual sistema, que no permite al pobre más que el diario y mísero sustento.

Señores, ya lo he manifestado en otra ocasion, y tratando de la propiedad. Con la concentracion absoluta del capital, ni ese mísero sustento habría. Con la centralizacion socialista,—ó lo que es lo mismo,—con la absorcion despótica, no hay que figurarse que sólo habría trabajadores. No habría capital. El Estado no puede formarle; el Estado no puede reunir sinó el que corresponde al trabajo público de las primeras edades. El capital, que se forma con el sobrante de la produccion privada, no existiría, no se formaría. Con el trabajo á las órdenes de la sociedad, con el jornal universal, no hay sobrante para ninguno: no hay demanda, no hay progreso. Hay consumo inmediato de todo; hay pobreza inminente, rápida, progresiva; hay la extincion total de la subsistencia; hay la extenuacion y aniquilamiento infalible de la sociedad humana.

Para que hubiera, para que haya esa misma absorcion absoluta del impuesto, hemos partido de un supuesto de propiedad, de un supuesto de capital, de un supuesto de trabajo libre. Ahora bien, Señores, todos esos supuestos vienen al suelo, desde que no hay más capital que el que la sociedad posée. Y si ésto no es verdad, falla por su base la consideracion y orígen que dan al impuesto los economistas de que vamos hablando, y el único derecho que dan al poder, para exigirle, y acumularle ó distribuirle.

Y sin embargo, Señores, lo que hemos hecho observar que sucedería en el caso,—á nuestro parecer, imposible,—de una organizacion tan extremosa y absurda, es bueno advertir de paso que sucede siempre, por aproximacion, con todos los impuestos grandes, con esos presupuestos colosales, que llevando á manos del poder administrativo la mayor parte de la produccion, acercan cada vez más la constitucion política y económica de los Estados européos, á las condiciones del régimen socialista, y al monopólio político-económico de las monarquías despóticas.

Todos se aproximan á este régimen, porque producen los mismos resultados: todos llegarán al mismo resultado, porque tienen iguales tendencias. Todos caminan á expropiar á la sociedad y al indivíduo, no dejando á la primera más capital que el del trabajo que el Estado ejecuta; no dejando al segundo, ahorro ni sobrante alguno de sus consumos, ni de sus ganancias. Todos propenden á que no pudiendo las clases menesterosas ahorrar nada del jornal ó del salario, sea nula de hecho, ilusoria y engañosa la libertad de formar capitales, que constituye la rotacion de las clases modernas, y que permite el paso de una á otra categoría en el escalafon de las jerarquías sociales.

Los grandes impuestos son,—como Prudhom lo indica,—favorables á la igualdad; pero es á la igualdad del proletarismo, á la igualdad de la miseria, á la igualdad de la servidumbre. Todos los grandes impuestos atacan el capital, todos impiden el desarrollo de la riqueza; y causa lástima y risa, por cierto, Señores, ver á algunos hombres de Estado y á algunos economistas, fijando límí-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tes, y dando reglas para conseguir y alcanzar que el impuesto no llegue á tocar al capital, y no pase nunca de la ganancia y de la renta. Que la contribucion no ataque el capital ha sido hasta ahora un aforismo de la economía política y de la ciencia del Gobierno.—Á mí me ha parecido siempre un ridículo sofisma, ó una decepcion estúpida.

Si la exigencia del impuesto cercena el consumo, ataca el capital, porque ataca la demanda y la produccion: si el impuesto recae sobre el sobrante, ataca aun más directamente el capital, porque impide el ahorro. El impuesto, Señores, está tan léjos de constituir capital, que impide formarle: el impuesto nunca deja de atacar el capital, porque ataca siempre la capitalizacion y la progresion múltiple de su crecimiento. La nacion, que,—como alguna que conocemos nosotros,—paga 50 por 100 anual de sus productos, no se priva solamente del capital que representa, en un número de años dado, la suma de sus tributos: no, Señores. Esa suma multiplicadla por dos al cabo de catorce años: por cuatro á los veintiocho, por ocho á los cincuenta y seis, y así succesivamente; y veréis lo que sólo en un siglo ha dejado de aumentarse la riqueza-capital de un pueblo, en virtud de esos grandes recursos ideados para fomentarla, ó sostenidos en mal hora para favorecerla.—Y luego se dice, y se repite por amigos y adversarios, que las actuales Constituciones y los actuales Gobiernos no tienen en cuenta más que los intereses materiales de la sociedad!

No es verdad, Señores, en su resultado, aunque haya éste plan en su sistema, ó ésta tendencia en su intencion y en su doctrina. Nunca hubo un sistema más contrario al desarrollo de la fortuna y de la riqueza, que el que hoy

prevalece en las doctrinas económicas de los grandes hacendistas y de los grandes impuestos. Nunca los verdaderos intereses han estado sujetos á una compresion más dura, ni á una fiscalizacion más tiránica. Jamás le fué dado á la sociedad emplear ménos parte de su produccion en el gran capital reproductivo del trabajo público. Jamás las castas asiáticas, ó las categorías sociales de los antiguos Imperios, han absorvido más el trabajo, y paralizado la produccion con más odiosidad, que algunas de las jerarquías burocráticas de las administraciones modernas. Jamás la guerra de las antiguas sociedades ha costado á los pueblos más belicosos, y á los reyes más emprendedores, lo que sin intermision ni respiro paga la Europa de la paz, para conjurar el fantasma de la guerra.

Jamás el impuesto ha podido prestarse ménos que en nuestros dias, á la consideracion liberal ó socialista, de no ser otra cosa que la caja de ahorros de la sociedad, destinada á constituir el capital reproductivo de sus grandes empresas, de sus grandes adelantos, de los grandes trabajos que necesita, el remedio de sus grandes necesidades y de sus grandes miserias.

¡Prediléccion de los intereses materiales, Señores! En la sociedad todos los intereses son correlativos; todos los principios y todos los progresos están mancomunados. En la sociedad, como en el cuerpo humano, el desarrollo de las fuerzas físicas corresponde al de la razon y de la inteligencia, como al de los grandes sentimientos, y de las ardientes pasiones. Eso, que se llama atencion exclusiva de los intereses materiales de parte de la administracion pública, no reviste siquiera el carácter de epicureismo y sed de gozar, que caracteriza el período de la juventud de algunos hombres y de algunos pueblos, y que vá

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

acompañado del deséo de gloria ó de conquista, del entusiasmo de las grandes empresas, del desprecio y abnegacion de los grandes peligros.

No, Señores: es la preocupacion avara y egoista de la vejez caduca, recelosa, guardadora é impotente. No atiende más que á la comodidad del reposo; y todo ruido, aunque sea el de los niños que juegan, y de los jóvenes que bailan, le parece desórden y desenfreno. Á toda demostracion de juventud y vida, apellida revolucion; y toda libertad de accion, de industria, de comercio, le parece dilapidacion y despilfarro. Todo lo que gane quien ella no sea, le parece robo; y está, como el viejo pleitista, siempre dispuesta á demandárselo en juicio.

Acaso, como la vejez, juega; como la vejez se embriaga; como la vejez, se excita y estimula, para caer en mayor postracion y atonía. Cree ser dispendiosa, porque gasta en reparos y precauciones; y hablando de las edades pasadas, ella, la pobre, la decrépita, la cadavérica administracion fiscal de nuestros tiempos, trata muy gravemente de locura la conducta de aquellas sus antepasadas, que gastaron algun dia en pasiones y en placeres mucho ménos de lo que ella gasta en medicinas. Dejémosla empero reposar, cuando se vá á morir; que ese ejército de guardas y aduaneros y cobradores, tan abiertamente encargados de la prosperidad pública, que se creen hoy los servidores de un palacio, donde un Monarca se hospeda, no son más que los dependientes de un hospital, donde un enfermo agoniza, para ser mañana la comitiva del funeral, que la Historia, no lejana, y el porvenir ya próximo le preparan.

IV.

Pero entretanto,—y volviendo al asunto de que por un momento nos hemos separado;—¿qué es para nosotros el impuesto, y cuál es su papel y su funcion en el trabajo, en la produccion, en la disminucion ó aumento del capital social, en el equilibrio real ó supuesto entre las clases capitalistas y opulentas, y las clases obreras ó necesitadas? ¿Cuál es la parte que legítimamente le corresponde en la formacion del capital público, y en el fomento del trabajo colectivo?

Es ya tarde, Señores, para que podamos siquiera delinear nuestras idéas, y fuerza nos será consagrar todavía otra conferencia al breve resúmen de nuestras conclusiones.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LECCION DÉCIMAQUINTA.

CONTINÚA EL EXÁMEN DE LA ANTERIOR SOBRE LA FORMACION Y LA IMPORTANCIA ECONÓMICA Y SOCIAL DEL IMPUESTO.

I.

Ántes de contestar, Señores, á la pregunta de la cual hemos dejado pendiente el discurso en la conferencia anterior; ántes de manifestar lo que es para nosotros el impuesto, y la influencia que tiene en la produccion de la riqueza nacional, y del equilibrio entre las clases que á ella concurren, séame permitido insistir en una observacion que hice en la misma explicacion precedente, y de la cual créo que no han sacado las debidas consecuencias los economistas, ni los filósofos sociales de nuestros dias.

Aludo, Señores, á la diferencia, que he establecido y que he procurado haceros comprender, entre aquella parte de la existencia pública de una sociedad, cuyas funciones, derechos y obligaciones están directamente subordinados al poder político, y que se representan y ejercen por agentes constituidos en autoridad; y aquella otra vida, no ménos pública, pero no tan política, en que para hacer sentir la sociedad su accion y su influencia, su interés ó su dominacion, no tiene empleados ni agentes, instituciones ni magistraturas, y ejerce su poder sobre el indivíduo directa, inmediatamente, como la presion que ejerce el aire, como la claridad que esparce la luz, como la influencia vivificadora ó mortífera de los climas y de las estaciones.

Esta distincion, Señores, es menester insistir en ella, porque merece vuestra atencion. En su olvido se vé frecuentemente el error de los que tienen por individual y privado todo lo que no es político, y que no consideran sujeto á la accion social todo lo que es independiente de la administracion y de la potestad gubernativa.

En el olvido ó en el desconocimiento de ésta diferencia podrán fundarse los que encuentren palmárias y abultadas contradicciones entre la primera proposicion, que hemos asentado al empezar á tratar del capital y de la propiedad, y nuestras últimas observaciones acerca del impuesto. En la primera dijimos y asentamos, que la accion aislada del indivíduo era absolutamente incapaz de formar capitales, y que su produccion era una obra exclusiva de la asociacion ó de la sociedad. En las segundas manifestamos la incompetencia del poder y del Estado para formar por sí mismos el capital reproductor y alimenticio del trabajo del indivíduo. Entre éstas dos proposiciones no hay contradiccion, porque entre éstos dos aspectos de la sociedad y entre éstos dos sistemas de accion y de influencia, no hay identidad alguna.

Además, Señores, en la consideracion é insistencia de ésta capital distincion, debemos fijarnos con atencion no ménos profunda, si pretendemos hacer percibir y explicar los límites que alcanza, y la extension en que obra la accion é influencia del impuesto, sobre la formacion de la riqueza social, sobre el fomento y fecundacion del trabajo. Tambien sin ella, tambien con el olvido de aquella transcendental diferencia, y con la confusion de aquellas

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dos existencias, y de las funciones á cada una asignadas, nuestras observaciones pudieran á veces parecer contradictorias, y nuestras consecuencias casi deducciones de diferentes sistemas, y de muy opuestas doctrinas.

El cuerpo social, lo mismo que el hombre moral y fisiológico, tiene facultades, y ejerce funciones, de que se dá cuenta al tiempo de ejercerlas, y su razon ó su voluntad distingue préviamente los órganos y los miembros que deben servir y obedecer sus órdenes. El cuerpo social, lo mismo que la máquina humana, desempeña otros actos no ménos importantes, no ménos vitales para la existencia, sin que pueda darse cuenta de los órganos de que se vale, de las fibras que pone en movimiento, de los nervios por donde transmite su pensamiento, ó de los músculos con que ejerce su actividad, para llegar á seguro é indefectible resultado. Los adelantos morales pueden llegar á ilustrar la razon del hombre lo bastante para que comprenda, bajo el imperio de su razon y de su voluntad, muchas de las cosas que ejecuta por sentimiento ó por instinto. Los adelantos de la vida social, por el contrario, suelen hacer que la espontaneidad del espíritu público prevalezca sobre la parte preceptiva del poder; y que el conjunto de los actos, que constituyen la vida social con independencia del poder político, vaya siendo mayor cada vez, á pesar de la tendencia invasora de la autoridad política, cuya marcha progresiva y absorvente hemos tenido ocasion de seguir en una de nuestras primeras lecciones.

Ahora bien, Señores; el impuesto, para nosotros, no puede corresponder á toda la Economía social, porque sólo corresponde á la Economía política: el impuesto no puede concurrir á fomentar todo trabajo social, porque sólo se costean y se retribuyen con él funciones administrativas y oficiales. El impuesto no puede concurrir á la formacion del capital social, porque aun la parte de impuesto que se capitaliza, y que reproductivamente se empléa, no se convierte sinó en parte del capital de aquellos trabajos, que las diferentes circunstancias y épocas de la civilizacion de una sociedad han puesto, ó han dejado entre las manos y bajo la accion del poder público de la autoridad, personificada en el agente oficial y administrativo.

II.

Y no en vano, Señores, ni á la ventura acabamos de decir que esto sucede segun las circunstancias y las épocas de la civilizacion de una sociedad. Sobre ningun fenómeno político ó administrativo ejerce más influencia que sobre la extension y naturaleza del impuesto, la condicion de atraso ó de adelanto de un pueblo; por la sencilla razon de que á cada adelanto de la civilizacion, la sociedad vá alterando, extendiendo ó modificando la manera de ejercer aquel trabajo, que directamente depende del poder público; y que la cobranza y el destino del impuesto no consiste en otra cosa que en adquirir los medios de proveer á la conservacion del capital con que se ejecuta este trabajo.

Primitivamente, Señores, y en aquellos tiempos y circunstancias, que más de una vez hemos descrito, en que la conservacion y el establecimiento social absorvía todas las fuerzas del indivíduo, y en que la necesidad premiosa y vivamente sentida, era la seguridad, la defensa, la duracion, el afianzamiento ó estabilidad del cuerpo social,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en aquellos dias, que vanamente cuenta confusos y borrosos la historia ó la tradicion de los primeros pueblos,—porque se repiten en las ocasiones de desastre ó de peligro de las sociedades y naciones más adelantadas;—en aquella primitiva y laboriosa taréa del nacimiento de un pueblo, nacimiento lleno siempre de riesgos y dolores, como todo parto físico y moral de la criatura y de la especie humana, en aquellos dias, repetimos, el trabajo público era idéntico al trabajo individual; y el trabajo social era todo el trabajo público. El hombre tenía subordinadas todas sus facultades, toda su accion, toda su existencia á la necesidad y á la obligacion social; todo su trabajo y sus medios, al imperio y disposiciones de la autoridad comun.

Esta comunidad era, y no podía dejar de ser absoluto despotismo; este trabajo era, y no podía dejar de ser esclavitud. No había entónces prestacion que se llamara impuesto, cuando la contribucion era de toda la persona y de toda la vida; y no podía haber parte de produccion individual, que se acumulara á la riqueza pública, cuando el ciudadano, reducido á la consideracion de soldado de un ejército, que atraviesa un país inculto y desprovisto, no tiene más derecho que á la parte de botin, que para su necesario sustento se le distribuye, ó á la miseria y al hambre, si, á pesar de infinitos afanes y de penalidades horribles, no alcanzó la comun taréa á la provision del dia. Quien recibe una parte del general producto, es el indivíduo. Quien es único empresario, y capitalista, y dueño y señor, es la sociedad. Quien tiene todos los derechos es quien resume todas las obligaciones, y quien siente todas las necesidades. Quien dirige todos los trabajos, es quien reune todos los capitales; pero no cobra impuestos

quien recoge todos los productos, ni vive de contribuciones quien distribuye á racion todo el cúmulo de subsistencias.

El tránsito de este período á condiciones de más adelanto y progreso, claro es, Señores, que, como en todos los fenómenos de la naturaleza y en todos los sucesos de la Historia, no se verifica de un golpe, ni se señala y diferencia por medio de una transicion brusca y repentina. Cuando asegurada la existencia de la comunidad, empieza á tener lugar y á tener accion y derechos propios la existencia individual, y á dividirse de la actividad privada el trabajo público, todavía el concurso de los ciudadanos á la comun taréa conserva por mucho tiempo, y no pierde sinó por una gradacion muy lenta, los caractéres y condiciones del primitivo socialismo y de la originaria servidumbre. Todavía en la primera division, que hace la sociedad entre el trabajo público y el trabajo particular, entre las funciones que el poder político se reserva, y las que se entregan ó abandonan á la accion del indivíduo, sea por el estímulo de sus particulares intereses, sea bajo la direccion de principios ó sentimientos sociales; todavía el concurso de los ciudadanos al desempeño de los trabajos públicos no se verifica por medio de la produccion, sinó del trabajo.

No se conoce, Señores, en las primeras épocas, otra manera de impuesto, que la concurrencia personal á los trabajos de la sociedad, resto del primitivo socialismo; concurrencia, que por su propia naturaleza, por su índole primitiva y por la imposibilidad de verificarse de otra manera, no podía ser sinó gratuita, no podía tener otra recompensa que el mismo trabajo ejecutado. En esta época el trabajo público era gratuito; el trabajo público era

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

el impuesto individual; el capital del trabajo público era parte de la produccion misma de este trabajo, aquella parte que la sociedad no gastaba, que la sociedad no consumía, que la sociedad conservaba como elemento de su estabilidad futura, como gérmen reproductor de los nuevos trabajos públicos, que cada dia le demandaban el adelanto de la vida social y el ensanche y progresiva importancia de la existencia del indivíduo. Cooperacion personal, Señores, gratuita y no retribuida, es la primitiva manera de subvenir al trabajo público, y es, por consiguiente, la primitiva forma del impuesto. Es todavía, como veis, la forma más aproximada á la primitiva barbárie, al primitivo socialismo, al primitivo despotismo, á la antigua y mísera y originaria esclavitud de las primeras asociaciones humanas.

¿Sabeis, sin embargo, porqué me he detenido tanto tiempo en ésta observacion trivial y en ésta explicacion vulgarísima, y sin duda, por ninguna historia ni por ningun sistema nunca contradicha? Pues es, Señores, por la razon de que algunos han confundido con frecuencia ésta situacion de barbárie con adelantos de civilizacion; porque algunos de los que no profundizan los fenómenos más triviales de la Historia, han solido confundir con frecuencia los síntomas más naturales de la servidumbre, con las más avanzadas conquistas de la libertad; porque algunos han querido ó soñado ver una institucion de democrácia inteligente, una forma ó manera de participacion política en el poder, una intervencion del ciudadano en la direccion de los negocios públicos, donde, si bien se examina, no se encuentra otra cosa que la simple obligacion de desempeñar trabajos, que á veces son funciones; la necesidad impuesta, no obtenida, sinó forzosa y resignadamente

aceptada, de desempeñar en pró de la sociedad obligaciones, que pueden tener la apariencia de derechos; cargas, que no en el indivíduo, sinó en la representacion social que resúmen, pueden llegar á tener la consideracion de honores. No hay que dudarlo.

Una de las más grandes ilusiones históricas, que transpintan á nuestros ojos el aspecto de la antigüedad, es la de considerar como garantías políticas, ó como libertades públicas, lo que no era otra cosa en aquellas épocas, ni tenía más importancia en aquellas rudas instituciones, que la consagracion gratuita del servicio y del trabajo personal de los ciudadanos. Era lo que se podía llamar contribucion de fuerza, contribucion de tiempo, ó contribucion de inteligencia, como llamamos hoy todavía contribucion de sangre al servicio de las armas. La libertad política, apreciada solamente en el hecho de ésta participacion personal y económica, la libertad política apreciada en el desempeño obligatorio de los cargos públicos y en la *corvéa* personal de las atenciones sociales, tiene puntos de contacto con la independencia municipal y las libertades locales de aquella curia de los municipios romanos, equiparada en tiempos de otra civilizacion, á la más penosa servidumbre.

Y una y otra libertad, consideradas como ejercicio y participacion de soberanía, pueden correr parejas con las ilusiones de libertad y los fantasmas de emancipacion, que algunos han soñado en aquel retroceso á esa barbárie y á esa servidumbre, que produciría la absorcion de toda funcion, y de toda taréa, de todo trabajo y de todo capital, de toda produccion y de toda manera de consumo, por lo que se llama la organizacion del trabajo, ó la democrácia social.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Aquella participacion política era nada más y nada ménos que una contribucion personal. La nueva organizacion democrático-económica sería la servidumbre absoluta. En el primer período, el indivíduo no había salido del seno de la sociedad: en el segundo, la sociedad quiere volver á encerrar y á confundir en su existencia al indivíduo. Sólo hay una diferencia esencialísima, Señores; y es que la condicion del primer período es natural y fatalmente necesaria, como la existencia del feto en el vientre de su madre, como los primeros años del niño bajo los cuidados paternos; y la pretension del segundo retroceso es anti-histórica y absurda. La absorcion de todo el trabajo individual por la autoridad social, es una obra de destruccion y muerte, es una voracidad de Saturno, es volver la alada mariposa al capullo, de donde no puede salir con alas sinó el gusano.

Perdonad, Señores, si volvemos con tanta insistencia á ésta idéa, como á una tónica predominante de nuestra sonata. Todas las observaciones que vamos haciendo, nos vuelven naturalmente á ésta cuestion, que aunque parezca olvidada y dormida, siempre, sin embargo, resuella y se agita en el fondo de todas las demás cuestiones que le pasan por encima.

Por eso, Señores,—volviendo á la historia del trabajo público,—hubo de ser una exigencia y una necesidad imperiosa de los adelantos de la sociedad, proveer á la subsistencia de los que ejecutaban éste trabajo. No necesitamos seguir; que harto es suficiente con indicar en la Historia un fenómeno que todos comprendeis. Desde que se efectúa la primera division del trabajo entre el indivíduo y la sociedad, el trabajo colectivo de la asociacion no puede ser gratuito. Desde que la sociedad, por el progreso de su emancipacion, fía á la libertad del indivíduo la responsabilidad de su propia subsistencia, la prestacion del tiempo, de la inteligencia, ó de la fuerza para los trabajos ó para las funciones públicas, tenía que hacerse á expensas de los medios de subvenir á la subsistencia propia. El poder político, dejando ya de ser dueño de la produccion y del repartimiento general, no pudo sostener á sus trabajadores y delegados, sinó con una parte de la produccion ordinaria, que la generalidad le otorgó para subvenir á los medios de la existencia colectiva.

La division del trabajo social y del trabajo individual, llevaba naturalmente consigo otra division no ménos fecunda, otra diferencia no ménos señalada. Desde que hubo trabajo libre é individual con separacion del trabajo público, fué menester que hubiera capital destinado á los trabajos públicos, capital reservado á la explotacion libre de las fuerzas y de los trabajos individuales. Una parte de este capital, como una parte de este trabajo es el que se conserva, es el que se aumenta, y es el que se forma y alimenta con el impuesto. Pero para que el impuesto fuera algo más, para que tuviera toda la importancia que algunos le quieren dar, y la extension en que le pretenden comprender; para que el impuesto saliera de la region en que se elabora y produce el capital de los trabajos públicos; para que represente ó fecunde toda riqueza reproductiva, sería menester que la autoridad política volviera á reunir otra vez en sus manos, por medio de la posesion de todos los capitales, la direccion suprema y unitaria de todos los trabajos.

Más esto sería,—como hemos dicho anteriormente,—la abolicion del impuesto por el impuesto mismo, eleva-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

do á la totalidad de la produccion; como sería la propiedad suprimida y anulada por la propiedad misma, si se elevase ésta al señorío único de un sólo propietario.

III.

Por eso he dado á entender que el impuesto es un adelanto de la civilizacion, porque como todos los adelantos, representa la division de lo que estaba confundido.

La unidad, Señores, la unidad absoluta es el cáos, así en el mundo de las ideas, como en el mundo de los hechos físicos; así en la region de la naturaleza, como en el dominio de la Historia.

Ved cómo explica el Libro de la Verdad la creacion del mundo. Despues del cáos, la separacion. *Et separavit lucem à tenebris.—Et separavit aquas ab aquis.* Hé aquí los primeros trabajos del Eterno. Hé aquí los primeros tiempos de la humanidad, bajo todos sus aspectos; en el órden moral, en el órden físico, en el órden material, en el órden político, en el órden social, en la region económica. Todo en los primitivos tiempos está confundido: en el seno de la noche profunda, que rodéa la cuna de las sociedades humanas, hay en la Historia la unidad de lo negro. No hay colores sinó cuando hay luz.

Todo en la primitiva sociedad está confundido, libertad y poder; sociedad é individuo; capital y trabajo; y la luz penetra y la vida se armoniza, y la civilizacion se consuma, á medida que las divisiones se introducen, y las separaciones se verifican.

Los economistas pintan al hombre de la naturaleza, al hombre del estado salvaje, al hombre del aislamiento absoluto, en la necesidad de proveer á todos los trabajos de su subsistencia, y de ejecutar una por una todas las operaciones de este trabajo: cuando esta situacion varía, es cuando varía para ellos la condicion primitiva de la humanidad. La produccion, la Economía empieza con el fenómeno tantas veces explicado y esclarecido; con la division del trabajo.

Para mí, Señores, que no he comprendido jamás en la práctica la vida individual, y que creo que todas las sociedades humanas empezaron por vida colectiva, hay una division no ménos importante, hay una transicion no ménos señalada, la del trabajo social al trabajo privado; el tránsito de aquella época, en que la sociedad lo hace todo, á aquel otro período, en que la sociedad y el indivíduo se reparten su lote de taréa, se designan los límites de lo que trabajarán en comun, ó de lo que trabajarán de su cuenta. Y como se separó el trabajo social del trabajo del indivíduo, se separó asimismo el capital social del capital necesario para el trabajo individual. Éstas divisiones succesivas, ó simultáneas, son el *génesis* económico de la vida de las sociedades.

Pero éstas divisiones no son á veces tan claras en la práctica y en la Historia, como se comprenden en la doctrina. Estas divisiones son muy lentas en la succesion de los tiempos, y segun se verifican, predomina la libertad, ó la autoridad; predomina el socialismo, ó el individualismo. Estas divisiones se enlazan mútuamente en los fenómenos que unas y otras producen, en las condiciones que unas y otras exigen.

Así, para que hubiera subsistencia general fué menester que hubiera capital; para que hubiera capital social, fué menester más que el trabajo social, fué menester tra-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bajo libre; y para que hubiera trabajo libre, fué menester que el capital estuviera fuera del círculo de la accion del poder. Para la libertad, como para la subsistencia, fué necesaria la riqueza, la clase capitalista. Para que hubiera riqueza privada, fué menester que no toda la riqueza fuera pública: para que el trabajo fuera libre, fué menester que la sociedad no dispusiera de toda la fuerza y de todo el trabajo del hombre: fué menester que la sociedad no tomara sinó una parte de la produccion, y que retribuyera el trabajo público. Fué menester el impuesto: fué menester que no todo el trabajo social fuera trabajo público: fué menester que la accion política y la direccion del poder, dejaran parte del trabajo social bajo la direccion espontánea de la clase capitalista.

Por medio del impuesto pudo ser absoluta la libertad del trabajo personal. Por medio del impuesto, hasta el trabajo público más duro, más afanoso, puede ser libre, puede ser espontáneo, puede ser apetecido, buscado y demandado.

En el capital fué posible la division; pero no fué posible la aplicacion absoluta del principio de la libertad individual. El trabajo individual es libre de su naturaleza: el trabajo público puede hacerse libre, espontáneo, electivo, por la inversion del impuesto. El capital, individual ó público, es social siempre: la libertad es la condicion del trabajo: la libertad crea siempre trabajo: la libertad es la organizadora del trabajo. La libertad explica el trabajo; pero la libertad sola no explica el capital: la libertad sola puede destruirle: la libertad sola no basta para formarle: la libertad sola podría distribuirle y gastarle: la libertad sola podría consumirle y absorverle; y el impuesto mismo, que basta para separarle, no alcanza á

redimirle, porque siempre dejará subsistentes las condiciones que le hemos asignado, y los límites que le hemos prescrito.

El impuesto, pues, deja intacta la cuestion de la libertad del capital, porque el impuesto no contribuye sinó á la formacion del capital, con que se ejecuta el trabajo público. Si no hubiera otro capital en la sociedad, el impuesto la resolvería; pero la resolvería en el sentido de una completa absorcion, y de completo socialismo. Mas hay en la sociedad, capital que no corresponde al trabajo público; riqueza, que está fuera del dominio del poder; y respecto á ésta riqueza, respecto á éste capital, queda siempre la cuestion pendiente, la cuestion de las relaciones que la unen y encadenan, por una parte con el indivíduo-trabajo, con el indivíduo-libertad; de la otra, con la sociedad que representa y administra el poder. Con ésta sociedad, con quien está identificada, no la manutencion de un dia, no la subsistencia de una generacion, no el pasto grosero de un rebaño de séres humanos, bastante á satisfacer las necesidades animales; sinó la posibilidad y seguridad de la subsistencia de toda asociacion, en la vida de los hombres actuales y en la esperanza de las generaciones futuras. Así como tambien se halla vinculada en la sociedad la adquisicion y conquista de todos los medios físicos y morales, necesarios para cumplir el destino, y representar el papel, que la Providencia tiene repartido en la Historia y en la civilizacion del globo, á cada raza, á cada asociacion fraternal, y verdaderamente política, de la especie humana.

Y bien, Señores: en el círculo de ésta consideracion, en el círculo de éstas necesidades y de éstos resultados, en la region de éstas condiciones, de éstos principios y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de éstas leyes, el capital, por más que se individualice, la riqueza reproductiva, por más que se reparta, nunca puede perder el carácter de social; y nunca, como todo aquello que para la sociedad existe, y por la sociedad se influye, puede emanciparse del todo, ni declararse en absoluta independencia del principio de autoridad, que constituye el alma y el motor, la vitalidad y el movimiento armónico y orgánico de las sociedades humanas.

Siempre será que el capital,—ora esté en manos del poder y de la administracion para las necesidades del trabajo público; ora pertenezca á una clase más ó ménos numerosa, para subvenir á las necesidades del trabajo individual,—siempre será, decimos, que representa el principio de autoridad, porque representa la vida social. Siempre será que ésta misma lucha y contradiccion, á la cual vamos buscando una solucion, que sólo se nos presenta en lo absurdo y en la barbárie, sea la constitucion armónica y elemental de la sociedad, cuya vida normal excluye la preponderancia de los principios absolutos, y cuya civilizacion consiste, como todas las existencias orgánicas, en la mútua regularizacion de dos fuerzas, que se revelan por la contradiccion de dos principios. Siempre será, Señores, que por mucho que exageremos el principio de autoridad, le encontrarémos limitado en la region del individuo por la necesidad de la libertad, sin la cual la sociedad no tendría movimiento, ni calor, ni vida; siempre encontrarémos la libertad limitada así que se llega á la esfera de las relaciones sociales, por la necesidad, no ménos vital, no ménos inexorable, del principio de autoridad, sin el cual no habría ni concierto, ni conjunto, ni unidad.

Así cualquiera sér de los que conocemos en la naturaleza orgánica, animal ó planta, ave, reptil ó flor, veréisle

convertido en una petrificacion ó en un fósil, por la fijeza y condensacion de todas sus moléculas: veréisle,—al contrario,—en combustion completa, y en evaporacion gaseosa, por la dilatacion del calor y del movimiento de cada una de sus partes. Esto es lo que sucede, Señores, en el mundo de la Economía, en el mundo de las relaciones sociales, en el mundo de la política, en el campo de la Historia.

La autoridad conserva, pero petrifica. La libertad vivifica, pero abrasa. La libertad y la autoridad combinadas son el frio y el calor; son la vida y la muerte; con la luz y la sombra, son la existencia, cual nos es dado á nosotros comprenderla; son la creacion, cual nos es dado contemplarla; son la historia del mundo bajo la única forma que nos es dado concebirla ó presenciarla. No pretendamos nunca separar las fuerzas que Dios ha combinado; que sólo llegarémos á la inmovilidad y á la muerte: no intentemos aislar los principios que Dios ha hecho coexistentes, porque llegarémos al absurdo. Y por el contrario, allí donde veamos luchas y antagonismo, saquemos las consecuencias de los dos principios; que como la combinacion sea armónica y natural, ellas nos llevarán á la compensacion y al equilibrio, en lugar de llevarnos á lo irreconciliable y á la destruccion.

Ved, sinó, Señores, en la misma cuestion que estamos examinando. El trabajo, hemos dicho, es la libertad: el trabajo sólo con la libertad vive: el trabajo es la libertad del hombre. El capital es la autoridad: el capital depende del principio social: el capital no puede emanciparse del interés, de la concurrencia y de la responsabilidad social. Pues bien: aun sin llegar á la limitacion de un principio por el otro, haced una reflexion sola, dad un

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

paso más, y veréis cómo cada uno de los dos se limita, y se contradice á sí propio.

Sí, Señores: el trabajo que representa la libertad, es en sí mismo sujecion y servidumbre. El capital, que representa la autoridad, es en su misma naturaleza, libertad y accion, porque es poder, y porque es fuerza. Ved cuán cerca está la compensacion: ved cuán inmediato está el contrapeso, y ved cómo siempre se alzan y dominan sobre los hechos materiales, y sobre las condiciones mecánicas de los fenómenos físicos, aquellas leyes, con que la Providencia gobierna el mundo, por medio de principios, que son superiores á los intereses, y por medio de impulsos y de sentimientos morales, cuya accion y cuyo estímulo no podrán jamás calcular, ni comprender, los que obstinados en encerrarse dentro del estrecho círculo, en que óbra limitado y comprimido lo que se llama interés material, cálculo positivo, necesidad física, no saben salir de soluciones tan limitadas como sus doctrinas, de medios tan mecánicos como sus cálculos.

Esos hombres, si se llaman revolucionarios, ó demócratas, y están exclusivamente preocupados de las miserias del trabajo, no tienen otra solucion que la emancipacion absoluta; que la abolicion del capital; que la supresion de la autoridad; que la destruccion de la familia, que la nivelacion de la fortuna; y para todo esto el terror, y la guillotina, y una bandera de color de sangre. Si se llaman conservadores, ó monárquicos, ó absolutistas, no ven otro principio que el de la autoridad, y no conocen otro medio de conciliacion y de poder que la fuerza brutal, el mando sin contrapeso, la concentracion del capital, la compresion del trabajo, la sujecion del pensamiento, la supresion de la inteligencia, y muchas tra-

bas para el comercio; grande ejército, y un tren formidable de artillería; y sobre todo, porque es más eficaz y productivo, un gran cordon de aduanas.

Y unos y otros, Señores, dejando pasar por debajo de su guillotina, ó por encima de sus cañones, esos problemas irresolubles, esas cuestiones difíciles, que intentan detener en las fronteras, como los libros de los filósofos, ó como los fardos de la industria extranjera, pero que vienen por la atmósfera misma, por donde vienen la civilizacion y el progreso, y la sabiduría y la caridad; como vienen el cólera-morbo, y la viruela, y la fiebre amarilla, en las mismas corrientes de aire que nos trae el oxígeno para nuestra sangre, y que esparcen por los campos el calor y la fecundidad, y la vegetacion, y la vida, y la belleza.

IV.

No, Señores: ya he tenido ocasion de anunciar en otra leccion una máxima que nunca creeré demasiadamente repetida en vuestros oidos, ni bastantemente inculcada en vuestro espíritu. "Por el interés solamente, no se resuelven ni se explican las cuestiones mismas del interés. La armonía de las relaciones entre el capital y la sociedad, no la resuelven las leyes económicas."

La autoridad, como poder político, no puede obrar directamente sobre el trabajo; no puede ejercer su accion sobre el consumo.

La autoridad política no puede poseer y administrar más que una pequeña parte del capital. No puede encomendar la obra al interés privado sin limitaciones.

Tener la sociedad en su mano la totalidad del capital,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hemos dicho hasta la saciedad, lo que era. Hemos hecho la historia, y dado la medida de ese absolutismo, de esa tiranía, de esa universal esclavitud, de esa omnímoda absorcion de toda personalidad y de toda vida.

Dejar al indivíduo la disposicion absoluta del capital, sin intervencion, sin correctivo, sin limitaciones, es abdicar la sociedad el más importante y elemental de sus derechos, es desprenderse del más vital y conservador de sus principios; es renunciar al objeto, y perder de vista el fin de la asociacion; es abandonar al acaso el fenómeno de la capitalizacion; es confiarle á fuerzas contrarias y destructoras; es invertir la representacion é influencia de los principios, que presiden á la asociacion humana; es abandonar el progreso colectivo y la fuerza nacional á la accion anárquica, personal y limitada de las pasiones y de los intereses del indivíduo.

Reducir esta intervencion, estas limitaciones á leyes y prescripciones positivas, y formularlas en reglas determinadas, que no puedan dejar de emanar del poder político, y de ejercerse por la administracion pública, es una intervencion demasiado material y demasiado incompleta. Si se ejerce por la influencia administrativa del poder sobre las condiciones del empléo del capital, es hacerse el poder productor y operario, repartidor y gerente. Es la organizacion del trabajo, es la centralizacion llevada á sus últimas consecuencias; es el socialismo materialista. Si el poder político se limita á obrar sobre el capital por medio del impuesto; ó absorve en el impuesto toda la capitalizacion y en el trabajo público todo el trabajo social; ó toda la produccion social, emancipada de la accion directa de la administracion pública, queda fuera de toda limitacion tutelar y conservadora.

Si elevándonos á consideraciones más morales y á principios más fecundos y eficaces, creemos que las limitaciones del capital, como las limitaciones del consumo, pueden realizarse por medio de sentimientos, de creencias, por influencia de principios, por reconocimiento de deberes, por impulso ó estímulo de pasiones, por obediencia y sumision á doctrinas; entónces el principio que introduzca la armonía y la equidad en la distribucion justa de la produccion, la regla que limite los consumos de manera que la satisfaccion de las necesidades, necesaria para la produccion, se concilie con la cualidad reproductiva de esos gastos mismos: el sentimiento que obre sobre el empléo de los capitales en las condiciones más ventajosas para el recíproco bienestar de trabajadores y capitales; y para el aumento progresivo de capitales y de trabajos, no hay que buscarlo, Señores, en las prescripciones y límites de la ley civil, de la ley política, de la administracion gubernativa, ó de la economía rentística y fiscal.

Sus medios y recursos,—por sábias que sean las legislaciones, y por ilustrados que sean los agentes y representantes del poder,—nunca podrán alcanzar, en la esfera de lo material, más allá de las primeras necesidades de comunicacion y defensa de un territorio ó de un Estado, y que nunca alcanzan en el órden moral sinó al señalamiento de aquellos límites, y al reconocimiento de aquellas imperfectas é ineficaces obligaciones, que en todos los idiomas del mundo se expresan por medio de una frase ó de una fórmula negativa.

Bien pudieron los poderes y las constituciones humanas, la ley, armada de su cuchilla, y el lictor de sus fasces, llegar por los caminos de la política á decir y á imponer al hombre:—«No hurtarás: no matarás: no solici-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tarás la mujer ajena;» pero no son los decretos de Solon ó de Licurgo, ni los plebiscítos democráticos de Roma, ni una pragmática de San Luis ó de San Fernando, ni una declaracion de la Convencion francesa ó de las Córtes de Cádiz las que pueden decir al hombre:—«Amarás á tu prójimo como á tí mismo.—Reconocerás en el trabajador á tu hermano, que lo es en Dios y en Adan, y no le podrás hacer tu esclavo.—Darás limosna al indigente, en secreto, sin vanidad tuya, sin humillacion de él.—Amarás en tu mujer á la Madre de tus hijos y á la compañera eterna de tu vida.»

No, Señores: la ley de la política, la pragmática del código, el ukase del autócrata, ó la votacion de cien mil ciudadanos, podrá llegar á decir: «Capitalista: tú darás más dinero que el pobre para el camino donde él lleva sus piés y tú tus carrozas. Tú no podrás hacer trabajar al jornalero diez y ocho horas del dia. Tú no podrás llevar por el interés de tu dinero más de 10 por 100. Tú no podrás dar al viento de la prodigalidad los capitales acumulados, sin que el magistrado pueda ponerte en entredicho. Tú no podrás dividir á la hora de la muerte tu propiedad, ni traspasarla á manos que no tengan el sentimiento conservador de la memoria paterna.» Pero la ley no dice al jóven robusto, sanguíneo y epicúreo: «Sacrifica hoy algo de tu placer, é impon el producto del trabajo, que hoy te sobra,—fuerte y sólo,—para tu independencia y bienestar de mañana, que seas débil, y tengas numerosa familia.»

No es la ley la que dice al opulento: «No consumas en una noche tú sólo los productos que representan las necesidades de tantas familias; discurre el modo de gozar más espléndidamente de tu riqueza, empleando ménos en

consumo total y absoluto, y mucha más como elemento reproductivo, fomentador de trabajos que mantengan al obrero, creador de riquezas, las cuales se repartan en ganancias generosas con los que tus capitales beneficien.» No es la ley la que dice al capitalista: «Dá al obrero el jornal de trabajo que necesite para comprar su pan entero, aun en aquellos dias en que venga á decirte que se lo retribuyas con medio.» No es la ley la que dice al arrendador de la tierra: «No quites la propiedad á tu colono de diez años, ni le despojes de la sombra del árbol que ha plantado, porque al expirar su arriendo otro te ofrezca renta más pingüe.»

No es la ley, no, Señores, ni la administracion, ni el Gobierno, la forma ni la voz de aquella Providencia fecunda, de aquella disciplina honrada, de aquella economía generosa, de aquella prudencia filantrópica, de aquella laboriosidad patriótica, de aquella liberalidad austera, de aquella codicia desprendida, y de aquella parsimonia espléndida, que acumula de año en año inmensos capitales para el trabajo y beneficio de una sociedad, y que tiende á establecer la armonía y equilibrio en la distribucion de sus beneficios y productos, por todas las clases de la sociedad que concurren al trabajo de la comun colmena.

V.

No es la ley, Señores, no es el Gobierno, quien puede llevar á cabo ésta organizacion de medios, ésta armonía de funciones, ésta concordia de intereses entre la sociedad y el capital, entre el capital y el trabajo, entre las numerosas muchedumbres obreras y las reducidas mino-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

rías capitalistas. No es la ley del código civil, ni el artículo del reglamento administrativo. No es la ley de la monarquía, no es la ley de la república, no es la administracion de un gobierno democrático, ni la organizacion de un imperio militar, ni la constitucion liberal de una sociedad aristocrática. No, Señores.

¿Qué tienen que ver con este problema y con este resultado, las formas del poder? ¿Qué se conseguiría con la más sábia, con la más lógica, con la más profunda constitucion política, con la más bien organizada de las formas del poder?.... Que tuvieran una representacion proporcional, completa y armónica los representantes del capital y los representantes del trabajo: que tuvieran unos y otros la participacion indisputada, reconocida y eficaz.—

¿En qué, Señores? ¿En qué ésta representacion, en qué ésta participacion? ¿En el establecimiento de las leyes; en la manera de ejercer las atribuciones del Gobierno, cuando acabamos de ver y cuando no dejarémos nunca de encontrar, cuanto más lo examinemos, que ni la ley alcanza, ni el Gobierno es bastante, ni el poder político es competente para obrar dentro del reducido círculo que su accion abarca y comprende?

Hay sobre la vida del indivíduo un principio todavía más alto que la ley del trabajo, que el estímulo de las necesidades que representa, y que la libertad, que forma su condicion y su vida. Hay un principio moral, hay un sentimiento, que se revela en el fondo de la conciencia, y que domina sobre las manifestaciones exteriores de la vida; ante el cual las necesidades se eclipsan, los apetitos desaparecen y la libertad misma sucumbe y se subordina. Hay asimismo en el hombre y en la vida social, un principio de más extension que la autoridad, un

sentimiento moral, más eficaz y poderoso que todas las prescripciones del poder; un espíritu público; una inteligencia invisible; un corazon, una conciencia y una voluntad social, cuyo cerebro y cuyo sensorio están más altos que todos los poderes que el mundo venera, y en cuyas inspiraciones supremas hay que buscar esa direccion, que establece la armonía, esa irresistible eficacia que se confunde con la espontaneidad humana, y que en sus limbos superiores se desvanece en la accion de la Providencia divina.

El mundo, Señores, se agita hoy, como nunca, en esta lucha; la civilizacion ha llegado á punto de querer darse cuenta de éstas fuerzas, y á poner claridad y armonía en la produccion de estos fenómenos. El mundo y la civilizacion buscan por todas las regiones, y por todos los caminos, el medio de conciliar lo que hasta ahora parece que ha sido contradictorio en el mundo; la existencia y la obligacion moral, con la vida política; el racionalismo filosófico, con el sentimiento religioso; la autoridad social, con la libertad del indivíduo; el estímulo del interés, con el sentimiento de la obligacion; y el ejercicio del poder necesario para la conservacion del órden general, con la espontaneidad y mayor desembarazo de las operaciones sociales.

El mundo y la civilizacion se agitan, y buscan, en el fenómeno que nos ocupa, el medio de que la libertad del trabajo y la subsistencia pública, el ejercicio de la propiedad privada y la conservacion del capital social, se concilíen natural y espontáneamente; de que las limitaciones del empléo del capital tengan lugar sin coercion, ni violencia, ni arrogacion de señorío; el medio, en fin, ó el ideal, si se quiere, de que la moralidad del

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

gasto y del goce, del consumo y del reparto, de los derechos de la propiedad y de las condiciones del trabajo se efectúen por su propia virtud, sin violencias tiránicas del poder, sin humillantes degradaciones del hombre; sin perturbaciones retrógradas en el mundo moral y sin calamidades y sangre, y convulsiones de dolor y de muerte en el órden de los hechos físicos.

Hasta aquí, Señores, las aspiraciones legítimas y las tendencias loables de todas las doctrinas y de todos los sistemas, que en nuestros dias han propuesto una solucion á este problema ó á este enigma.

La ha propuesto el socialismo.

La ha propuesto la economía política.

La ha propuesto el derecho público en sus tres formas.

La ha propuesto el absolutismo monárquico.

La ha propuesto el republicanismo democrático.

La ha propuesto el liberalismo constitucional.

¡Lástima, Señores, que despues de decir que las tendencias de estas tres doctrinas han sido igualmente legítimas, sea preciso llegar al lastimoso resultado de que sus soluciones son á cual más ineficaces!

LECCION DÉCIMASEXTA.

MI ÚLTIMA CONFERENCIA. EPÍLOGO.

I.

He proclamado, Señores, en mi última conferencia una proposicion, cuyas pruebas, ó cuyos corolarios exigirían un curso entero.

He proclamado, Señores, como una nueva faz de un principio ya anteriormente sentado, que las cuestiones del interés material, no las resolvía el interés mismo.

He proclamado, Señores, que las cuestiones económico-políticas, no las resolvía un principio económico, ni un principio político.—He proclamado que los conflictos y contradicciones entre los intereses sociales, no los explicaba, no los resolvía, no los comprendía siquiera el socialismo materialista del interés.—He proclamado que no los explicaba, que no los resolvía el materialismo no ménos empírico, no ménos insuficiente, no ménos incompleto de los sistemas políticos.

Para demostrar, Señores, esta asercion, podría emplear,—repito,—las conferencias de todo un año, las sesiones de todo un curso.

Y el curso de este año toca á su fin, Señores: vuestra generosa atencion está ya fatigada de la aridez de estas materias; y las cortas noches de la estacion que empieza,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

gasto y del goce, del consumo y del reparto, de los derechos de la propiedad y de las condiciones del trabajo se efectúen por su propia virtud, sin violencias tiránicas del poder, sin humillantes degradaciones del hombre; sin perturbaciones retrógradas en el mundo moral y sin calamidades y sangre, y convulsiones de dolor y de muerte en el órden de los hechos físicos.

Hasta aquí, Señores, las aspiraciones legítimas y las tendencias loables de todas las doctrinas y de todos los sistemas, que en nuestros dias han propuesto una solucion á este problema ó á este enigma.

La ha propuesto el socialismo.

La ha propuesto la economía política.

La ha propuesto el derecho público en sus tres formas.

La ha propuesto el absolutismo monárquico.

La ha propuesto el republicanismo democrático.

La ha propuesto el liberalismo constitucional.

¡Lástima, Señores, que despues de decir que las tendencias de estas tres doctrinas han sido igualmente legítimas, sea preciso llegar al lastimoso resultado de que sus soluciones son á cual más ineficaces!

LECCION DÉCIMASEXTA.

MI ÚLTIMA CONFERENCIA. EPÍLOGO.

I.

He proclamado, Señores, en mi última conferencia una proposicion, cuyas pruebas, ó cuyos corolarios exigirían un curso entero.

He proclamado, Señores, como una nueva faz de un principio ya anteriormente sentado, que las cuestiones del interés material, no las resolvía el interés mismo.

He proclamado, Señores, que las cuestiones económico-políticas, no las resolvía un principio económico, ni un principio político.—He proclamado que los conflictos y contradicciones entre los intereses sociales, no los explicaba, no los resolvía, no los comprendía siquiera el socialismo materialista del interés.—He proclamado que no los explicaba, que no los resolvía el materialismo no ménos empírico, no ménos insuficiente, no ménos incompleto de los sistemas políticos.

Para demostrar, Señores, esta asercion, podría emplear,—repito,—las conferencias de todo un año, las sesiones de todo un curso.

Y el curso de este año toca á su fin, Señores: vuestra generosa atencion está ya fatigada de la aridez de estas materias; y las cortas noches de la estacion que empieza,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

son ya incompatibles con la asistencia á este recinto. Y aun cuando, por otra parte, el curso empezara, es triste emplear mucha doctrina y muchos esfuerzos en la propagacion de una verdad negativa.

Es grato siempre amontonar pruebas, acumular raciocinios, y hasta buscar imágenes, aducir ejemplos é inventar adornos, para aquella doctrina, que consiste en revelar verdades, en encontrar nuevos hechos, en descubrir nuevos fenómenos y nuevas relaciones. Pero la taréa de disipar ilusiones, y de desvanecer esperanzas, es tan triste en filosofía como en moral; es tan desconsolada en la vida, como ingrata en un trabajo intelectual ó literario.

Por eso, Señores, lo que otro haría en un curso entero, yo me limitaré á intentarlo en una recapitulacion concisa, en un breve epílogo. Mi estilo tendrá que ser fatigoso, como quien tiene miedo de fatigar; y habréis de tolerarme todavía que sean áridas las palabras y cortadas las frases, de quien tiene que reducir á una hora la materia y la doctrina de un largo tratado, de una dilatadísima revista.

Si yo tuviera que probar que el interés no basta para la vida del hombre; que la materia no llena su espíritu; que las necesidades que resultan de sus apetitos, no satisfacen su corazon, fácil y grata sería mi taréa, ameno y poético podía ser mi discurso; galano y brillante y florido el estilo de mis últimas frases, y agradable el eco que de mis últimos acentos quedara en vuestros oidos.

Pero yo, Señores, no he perdido mi tiempo en proclamar una verdad tan sabida, un principio tan vulgar, un lugar comun de todas las morales, y de todas las retóricas.

Me he atrevido á más: he extendido á mayor esfera y profundidad la esterilidad del materialismo. Que la Economía es insuficiente para la vida moral, es muy antiguo: que la grandeza de los pueblos no evita la miseria, ni la desgracia de los indivíduos, lo ha visto siempre el mundo. Yo no me he contentado con desenterrar verdades tan añejas. Que la Economía no resuelve las cuestiones económicas: que los sistemas políticos no explican las cuestiones sociales: que el socialismo no dá solucion al conflicto de los intereses contradictorios y de las clases hostiles, esto es lo que he dicho, Señores, esto es lo que concluiré por decir.

Esta es la última palabra de mi doctrina. Por eso me he creido en la obligacion de recogerla, y de volver á explicarla.

Nuestro problema no era la felicidad individual, la dicha del corazon. Ese no es problema de los hombres, ni el objeto de las sociedades.—Es el secreto de Dios; es el destino y el misterio del hombre.

Nuestro problema es más humilde, más prosáico, más exterior. Es un problema económico; es un problema político; es una cuestion social.

Recordemos, ciñamos, precisemos, resumamos, en lo posible, los términos y los datos de estos problemas.

Consumir, de manera que haya ahorro, que haya sobrante.—Gozar, de manera que la produccion se emplée, sin que la reproduccion se perjudique. Elaborar, y aumentar el capital, hasta tal punto que todo trabajo encuentre ocupacion. Extender la posibilidad del consumo hasta el punto de que toda produccion tenga demanda.—Repartir y emplear el capital, de manera que el trabajo sea libre. Aplicar el trabajo al capital, de manera que la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

produccion sea suficiente para la subsistencia, y sobrante para la formacion del capital.—Hé aquí, Señores, el problema económico.

Conciliar la libertad del trabajo con la seguridad de su empléo; la incertidumbre de su resultado, necesaria para la lucha, con la esperanza del galardon indispensable para el esfuerzo; conciliar la necesidad económica de que haya una clase esencial y privilegiadamente capitalista, con la necesidad social de que la clase trabajadora sea libre en su accion y viva de su trabajo.—Poner en armonía la necesidad de asegurar la propiedad privada al indivíduo, que capitaliza y que acumula sobrante, con la necesidad social de velar por la conservacion de los capitales.—Hacer que concurran al fin comun del progreso social, y de la libertad y bienestar individual, la tendencia de la clase capitalista á utilizar y beneficiar sus capitales, y las aspiraciones de la clase obrera á dilatar la esfera de sus goces, y á pasar á la condicion de capitalista.—Tal es en sus más señalados síntomas la cuestion social.

Conciliar la libertad del trabajo con la dependencia política del capital, de manera que mútuamente se limiten, sin que se destruyan. Impedir que en la esfera del interés individual, la libertad y la concurrencia vulneren y atajen el adelanto y la grandeza social; y que el interés social, interpretado por el privilegio ó por el monopólio, no atente ni comprima el desarrollo de la libertad y de la concurrencia. Impedir que la clase capitalista convierta en poder personal sus recursos económicos, y reduzca el trabajo á condiciones de servidumbre, y la clase obrera á condiciones de esclava. Impedir que la muchedumbre obrera, abrogue, suprima, y destruya la clase capitalista,

para dejar el capital y la direccion de todos los trabajos en un centro único de administracion y de poder. Evitar, en fin, que la democrácia trabajadora no se resuelva en una organizacion, en la cual el poder político y el capital público absorvan el trabajo y el capital privado; é impedir que la clase capitalista confisque en provecho de una oligarquía feudal los derechos, la accion, y la vida de la muchedumbre obrera y necesitada. Conciliar, en fin, y poner en armonía el principio de libertad representado por el trabajo, y el principio de autoridad simbolizado en la riqueza, de manera que la autoridad conservadora no se debilite, que la libertad vivificadora no se extinga; y que autoridad y libertad lleven á las sociedades humanas por la órbita majestuosa de su destino, como dos fuerzas combinadas llevan á los planetas por el ámbito de los cielos.—Hé aquí, Señores, en sus más esenciales fenómenos, en sus principales resultados el gran problema político.

II.

Y bien, Señores; en ninguno de los tres sistemas, en ninguna de las tres doctrinas, en ninguno de los tres principios encontraréis, ni la explicacion de éstos fenómenos, ni la ley de conciliacion de éstos hechos, ni la condicion de armonía para éstos resultados.

¿En el principio socialista creéis tal vez? ¡Ah, Señores! Estudiadle..... y veréis.

El principio socialista anula el trabajo individual; anula la responsabilidad y la suficiencia privada. Distribuye todos los frutos de la produccion, segun la indefinida

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

proporcion de los deséos. Impide el ahorro, que capitaliza; limita el consumo, que estimula; substituye la gestion social á la libertad; substituye el poder material y coercitivo á la ley invisible y espontánea de la Providencia.

La organizacion socialista centraliza el capital, y paraliza la capitalizacion: quiere dar seguridad al trabajo, y le quita la libertad: quiere emanciparle, y le hace monacal: quiere ennoblecerle, y le dá una ordenanza militar.

La política socialista quiere abolir la jerarquía de los ricos, y enaltece una teocrácia egipcia de distribuidores. En odio á las desigualdades del capital, crea la igualdad de la pobreza y de la ignorancia. Contra el feudalismo oligárquico del monopólio, levanta la unidad tremenda del señorío unitário de vidas y haciendas.

La Economía política, esa doctrina, que no vé en el mundo más que indivíduos, ni más necesidades que intereses, ni más resultados que productos; que no vé en el hombre más que una máquina de vapor, á la cual hay que echar agua y carbon, sólo para que sirva y ande: esa ciencia árida y positiva, que considera el entendimiento humano como una pizarra para hacer números, y el corazon como un laboratorio de productos químicos, esa ciencia, Señores, ha proclamado al mismo tiempo el fatalismo y la libertad, el materialismo y la soberanía individual; y su sistema no ha podido salir hasta hoy de un dédalo de irreconciliables contradicciones.

La Economía política, empezando por proclamar la libertad absoluta, asienta por primer principio el último resultado; empieza la historia de la humanidad por la última conquista de la civilizacion; considera á la sociedad como quien creyera al hombre capaz de ganarse su

sustento desde la lactancia, apto para reproducirse desde que sale del vientre de su madre.

Por eso, en su preocupacion de libertad, se olvida de que sin autoridad, no hubiera la libertad nacido; que sin trabajo social, no se hubiera llegado al capital; que sin capital y riqueza, no se hubiera llegado á la suficiencia del trabajo privado; que sin la asistencia social, no se hubiera llegado á la posibilidad de la libertad y de la concurrencia.

Por eso, en nombre de la libertad crea y ensalza el monopólio; el monopólio, que es más enemigo de la concurrencia que el poder; el monopólio, que es más despótico que todos los monarcas; y más desapiadado que todos los *comités* de salud pública.

Por eso, en nombre del capital ataca la libertad del consumo, que es el estímulo de la produccion. Por eso, cuando á la produccion vuelve sus ojos, no se cúra de su objeto, como no se había ocupado de su móvil: le importa poco el bienestar de los que á ella concurren, la distribucion equitativa de los productos, el equilibrio de las necesidades, el reparto fecundo de los medios de satisfacerlas. Por eso, en vista del interés del indivíduo, no se ocupa de la grandeza social. Por eso, absorto en el cálculo de la riqueza pública, desaparece ante sus ojos, como un cero en una suma, toda individual miseria.

Por eso, Señores, á la Economía política no tenemos que decirla otra cosa, sinó aplicar á su doctrina su mismo y famoso principio: "Dejadla hacer; dejadla pasar."

Por eso, la política no es tan inofensiva; la política no deja hacer: la política no deja pasar: la política óbra: la política invade: la política gobierna: la política manda y domina á las sociedades; la política se asimila y convierte

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en poderes y en instituciones, las jerarquías y clases que habían nacido fuera de su atmósfera y de su influencia. La política se asimila y encarna hasta aquellas doctrinas que hicieron su aparicion en el mundo, protestando contra la competencia y la eficacia de la política.

Ahora bien, Señores, la política, considerada en sus tendencias y en sus medios, ó es retrógrada, ó es revolucionaria, ó es ecléctica.

La política retrógrada no comprende la ley de la vida y del movimiento social. No comprende el progreso, y no comprende el porvenir. No comprende el pasado que invoca, puesto que quiere volver á él; y no comprendiendo ni lo pasado ni lo porvenir, mal puede, Señores, comprender lo presente.....

La política revolucionaria, por el contrario, quiere aniquilar lo presente, en nombre del progreso. Para adquirirlo todo nuevo, quiere quedarse sin nada. Para edificar el palacio de oro, quiere incendiar á Roma.

La política ecléctica,—reflejo fiel de la situacion de los espíritus y de la perplejidad de las conciencias,—lo teme todo, fluctúa entre todos, de todos toma, de todos acepta, contra todos protesta, y de todos reniega. Proclama la tutela social, y sólo cuida de las formas políticas. Invoca la autoridad moral, y no organiza más que la fuerza física. Afecta preocuparse de la riqueza pública, y sólo atiende á la cobranza del impuesto. Se impone como un deber la proteccion de la industria, y empieza por encarecer todos los productos, cuando no por monopolizar las primeras materias.

Hace alta y ostentosa profesion de fé, y no cree en nada. Invoca el nombre de Dios; pero no adora sinó la fortuna. Proclama la supremacía de la inteligencia, pero no

reconoce sinó la del dinero. Ensalza los principios; pero sólo respeta los intereses. Se declara protectora de los adelantos materiales, y no invierte nada en trabajos reproductivos. Pondera las artes y las industrias de la paz; y sacrifica todo el impuesto de las naciones á conjurar el lejano fantasma de la guerra.

Cuando quiere intervenir en el reparto de la produccion, sólo favorece al monopólio, sólo aumenta las ventajas del capitalista. Sus instituciones de crédito no aprovechan sinó al millonario. Sus leyes de seguridad y de proteccion, sólo alcanzan á la propiedad. Su interés por las clases obreras, la ha conducido á comprimir la libertad del trabajo y á proscribir la libertad del comercio.

Grita anatema al socialismo; y llega á los últimos extremos de la centralizacion. Fulmina rayos contra el comunismo; é introduce la autoridad del Gobierno en todos los actos de la vida individual. Pero se proclama liberal; y entónces aparta de los verdaderos intereses públicos, los ojos y las manos de la autoridad. Entónces se apodera de ella el vértigo de la confusion y la perplejidad de la duda. Todo lo vé de arriba abajo, como por un anteojo inverso. Todo lo mira, como los objetos en el espejo, cambiado de derecha á izquierda. Entrega la construccion de carreteras y canales al interés privado, y la navegacion y el comercio á los empleados del fisco. Encarga el cuidado de los enfermos y de los menesterosos á los Gobernadores y Prefectos, y pretende que los Sacerdotes enseñen matemáticas y literatura.

¿Qué más, Señores? No sabiendo á veces cómo hacer entre dos principios los más opuestos y contradictorios, adopta oficialmente las instituciones de ambos, y pone

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEON
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

en una misma calle,—yo los he visto en un mismo edificio,—administracion de loterías y caja de ahorros!

III.

No busqueis, Señores, solucion á ninguna cuestion en esa política, ni en ese socialismo, ni en esa Economía. No busqueis ningun principio de armonía ni de concordia, ni de unidad en esos sistemas, en esos proyectos, en esas doctrinas y en esas instituciones, donde existe todo, donde todo queda, y donde todo continúa en estado de lucha, en estado de anarquía, en estado de hostilidad y guerra.

En el socialismo, en la Economía, en la política encontraréis igual insuficiencia, porque encontraréis á los tres sistemas confundidos en la identidad de no reconocer más que el interés material y positivo: encontraréis siempre esa Medicina que no ha estudiado la anatomía más que en los cadáveres, y la vegetacion sólo en los fósiles.

Encontraréis siempre en la superficie y en el fondo ese interés materialista incompleto, que nada explica, y que nada armoniza, ora se llame interés individual, ora se denomine y ostente interés social ó interés público.

El interés individual es, de su propia naturaleza, egoista, divisivo, disolvente. El interés social, que no es más que interés, el interés social, que no se limita por un principio, que no se subordina á un sentimiento, se convierte en un régimen de fuerza; no alcanza á obrar espontáneamente sobre el albedrío; deja fuera todos los sentimientos del corazon en aquellos á que alcanzan sus ventajas;

deja fuera todas las miserias y dolores individuales, que sean excepciones de sus beneficios. El régimen del interés y de la utilidad es la tiranía: aun cuando pudiera representar cumplida ó aproximadamente una situacion existente, siempre representaría la hostilidad al porvenir, siempre excluiría la ley necesaria, la condicion *sine qua non* del progreso.

Pero además, Señores, el interés social es una quimera, si buscais en él la resolucion del problema, porque es el problema mismo cuya solucion vais buscando. ¿Cómo habeis de tomar por un principio el que buscais como resultado? El interés social!.... Y el interés social es vuestra incógnita; el interés social es el enigma, que la Esfinge del siglo propone á la filosofía, y á cada respuesta de la filosofía hay un sacudimiento y una revolucion. El interés social es la contradiccion, es la lucha, es el cáos; el interés social es un fantasma; el interés social sería la unidad, y la unidad no existe en el interés. No hay interés social; hay interés de clases; hay interés de jerarquías; hay interés de individualidades; hay interés de intereses. Pero el interés de la sociedad no se puede localizar ni en los intereses de los indivíduos, ni en los intereses de las clases, ni en los de las jerarquías.

Los pobres, los trabajadores, las muchedumbres necesitadas representan é invocan un interés; representan é invocan el interés de la generalidad, porque son el mayor número: los ricos, los capitalistas, los opulentos representan é invocan el interés de la mayoría y de la generalidad, que vive de sus tierras y de sus consumos, y de sus propiedades y de sus trabajos. Los pobres y trabajadores invocan el progreso, porque significa riqueza; los ricos invocan la autoridad, porque sim-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

boliza conservacion. Los pobres y los trabajadores invocan la libertad, porque es la ley de su trabajo; los ricos invocan la autoridad, porque es el paladion de su propiedad.

Pero cuando las clases obreras intentan organizar un régimen social ó político á tenor de sus intereses, y cuando los ricos quieren consagrar é identificar los suyos en instituciones de gobierno, la libertad de los unos, lo mismo que la autoridad de los otros, se convierte en fuerza, se organiza en tiranía; se traduce por los unos en dominacion y servidumbre; se convierte por los otros en expoliacion violenta, en impuesto progresivo. La autoridad y la libertad no son entónces más que el interés; y la ley del interés la ley de la fuerza; y la ley de la fuerza, la ley de la victoria y la condicion de la batalla. El interés del progreso y el interés de la conservacion son tambien entónces intereses exclusivos, son intereses intransigentes, son intereses revolucionarios, porque son intereses, y porque son absolutos. Revolucionarios son los que quieren ganar; revolucionarios los que nada quieren perder. No hay en ningunos límite; no hay en ningunos contrapeso. Hay por todas partes fuerza; hay por todas partes utilidad; hay revolucion donde quiera.—Me diréis que es necesaria la armonía. Pero no es bastante la armonía del equilibrio, cuando la vida de las sociedades, como la vida de los pueblos, la vida de los siglos, como la vida de los mundos, es la armonía del movimiento.

La armonía de los intereses, Señores! Y ¿qué interés nos la dará? El interés de los pobres, el interés de los trabajadores, no podrá llegar á crear la riqueza general; no puede realizar la riqueza de la opulencia. El interés de los ricos proveerá á la subsistencia, llegará á conservar una grandeza nacional relativa y aparente. Pero..... y las miserias individuales ¿les pondrá remedio?

"Las miserias individuales son irremediables, me diréis con mis propias doctrinas y con mis propias creencias; son el destino del hombre y la herencia del género humano; son el patrimonio comun del pobre y del rico."

—Es verdad, Señores; pero á lo ménos es menester saberlo ó creerlo, para que el pobre se resigne, y el rico no se desespere. Y ésta creencia y éste consuelo, ya lo veis, Señores, no es el interés.

Pero aquellas miserias, que pasan de la esfera y condicion del indivíduo, aquellos males que puede decirse que son la condicion de la generalidad, porque forman la situacion de la mayoría; aquellos padecimientos, que pesan inexorablemente sobre las inmensas muchedumbres necesitadas y menesterosas; aquellos dolores físicos y morales, que envuelven, como la atmósfera infecta de los pueblos apestados, á las grandes masas de la sociedad, y cuya infeccion invasora, como la de las grandes epidemias, acomete y corrompe tambien la atmósfera en que las clases ricas respiran; esas miserias sociales y colectivas de desnudez, de hambre, de corrupcion, de ignorancia, de embrutecimiento, de inclemencia y de degradacion, de ímprobo trabajo, ó de incapacidad brutal, en cuyo alivio ó en cuya desaparicion consiste el progreso del mundo; pedid á la autoridad, guiada por el interés, que les ponga remedio; pedid á la ley de la utilidad y del derecho, que cierre la boca á sus clamores; pedid á las instituciones del gobierno, y al poder de la administracion que las destierre, que las alivie, que las esconda siquiera!....

Pedid á los magistrados la represion de los crímenes; y ellos os contestarán que no es su mision hacer reinar

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

las virtudes, sinó enviar al patíbulo á los delincuentes.

Pedid á los establecimientos de enseñanza una educacion liberal, artística ó mecánica para los hijos del pobre; y hallaréis que todos los impuestos del rico no bastan para costearla, y descubriréis cuán desgraciados, cuán pervertidos haríais, con el cultivo de la inteligencia, á la mayoría de esos séres destinados á ser máquinas de fuerza.

Pedid á la administracion médicos y medicinas para todas las dolencias de éstos, hospitales para sus enfermedades, lugares de recogimiento para su ancianidad, su locura ó su incapacidad; condiciones de salubridad para sus trabajos, y de decencia y de comodidad para su albergue; y la administracion os pedirá millares de millones para éstos objetos.

Pedid al poder, siquiera aire sano para la vivienda y respiracion de las masas pobres, agua suficiente para su limpieza y aséo, y tierra bastante, no para que habiten sus vivos con anchura, sinó para que entierren sus muertos con decoro. El poder responderá á vuestra demanda con una carcajada.

Pedid á la ley amparo contra la prostitucion de vuestras hijas, contra la deshonra de vuestras mujeres, contra la embriaguez de vuestros maridos; y veréis lo que es la moralidad de la gobernacion.

Id á pedir al Gobierno empléo para las fuerzas que no tienen ocupacion; ocupacion para vuestros brazos, que no tienen trabajo; y os contestará que no tiene á su cargo más empléo de fuerzas que el ejército, ni más capitales de trabajo que la construccion de algunas leguas de caminos, algunas murallas de fortalezas, algunos codos de carena de un navío.

Y ésta respuesta lo mismo os la dará el gobierno de las sociedades democráticas, que el de las instituciones monárquicas; la autoridad, que invoca la libertad y el progreso, como la que proclama compresion y retroceso: el poder; que se funda en el derecho divino, ó la doctrina política que deriva su legitimidad de la soberanía del pueblo, ó del sufragio universal.

Y es que la política no afecta más que la forma del poder; y la forma del poder no resuelve más que la cuestion de quién ha de ejercerlo: y la cuestion de quién ha de ejercer el poder, no varía las condiciones de la sociedad, porque el poder sólo afecta á una de las funciones de la organizacion social. El poder sólo afecta al trabajo público: el poder político sólo ha recibido la mision de la existencia exterior y colectiva. El poder sólo resume las atribuciones negativas de impedir colisiones y conflictos materiales.

La armonía entre la propiedad y el trabajo, entre el capital y la ganancia, entre la produccion y el consumo, entre la acumulacion y la reparticion, entre la pobreza y la miseria, entre las clases opulentas y las necesitadas, entre las necesidades físicas y las aspiraciones ideales, entre la conservacion y el progreso, entre el dolor de la humanidad y los placeres de la vida, entre la necesidad del trabajo y la esperanza del reposo, entre la abnegacion del deber y el desarrollo de la pasion, entre las sugestiones de la utilidad y los sentimientos del corazon, no, Señores, no—lo repetiré por la vez milésima—, no la encontraréis, ni en el interés de los ricos, ni en el interés de los pobres, ni en el interés de todos, ni en el interés de nadie.

Ni la encontraréis en la moral del interés.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Ni en la Economía, que no es más que interés.

Ni en el socialismo, que no ha sabido ser otra cosa que interés.

Ni en la política, que no puede ser sinó intereses.

Ésta armonía, Señores, tiene que ser un sentimiento moral. Ésta armonía tiene que ser más que una autoridad, y más que una doctrina, más que un sistema, más que una teoría. El principio de ésta armonía tiene que imponerse más que al entendimiento; tiene que dominar al corazon, y avasallar la conciencia: tiene que poner freno á los intereses, y hacer callar la voz de las pasiones. El principio de ésta armonía tiene que ser obedecido y espontáneamente aceptado con fé, defendido con entusiasmo: debe identificarse á la vida, y dominar, como la luz, sobre toda la atmósfera de la existencia. Este principio y este sentimiento tiene que obrar en la vida individual del hombre; tiene que obrar más todavía en la existencia social.

Esa doctrina, esa creencia, ese sentimiento, el hombre podrá llamarle deber, obligacion, fé, precepto, regla, ley, moral, virtud, ó heroismo; pero la sociedad, Señores, la sociedad, á una creencia que reuna estos caractéres, que organice sus elementos, que aplaque sus luchas, que armonice sus intereses, que ennoblezca sus trabajos, que vigorice sus fuerzas, y que mitigue sus dolores, no puede llamarle otra cosa que RELIGION.

IV.

Bien conozco, Señores, al llegar á esta palabra, y al anunciar este resultado, todo lo que podrá decirse de mi lógica y de mi doctrina.

Bien sé que en esta época de racionalismo absoluto, la proposicion que precede equivale á los ojos de muchos á una declaracion más ó ménos explícita de insuficiencia.

Harto conozco que en este período de escepticismo se me dirá que mi consecuencia es una afectacion hipócrita.

Harto temo que se me diga que este desenlace de las cuestiones filosóficas por la introduccion del *Deus ex machina*, como en los antiguos dramas, no pasa de ser en mis lábios una declamacion poética.

Bien sé que voy á dar motivo, entre los que más sincero me juzguen, á los unos, para que piensen que voy á poner los derechos, las libertades, y el progreso, y la civilizacion de las sociedades á los piés de la teocrácia; á los otros, para que crean que voy á dirigir las alas de mi extraviado vuelo, por las regiones nebulosas del misticismo revolucionario.

Si yo tuviera el tiempo de otro curso, que necesito para explicar y desenvolver mi proposicion, estoy casi seguro de que rectificaría éstos juicios; que desvanecería tales imputaciones, y que reduciría las apariencias de fantasía, ó los arrobamientos del misticismo, á las proporciones sencillas del buen sentido del género humano.

En los momentos actuales, Señores, y cuando tengo que dar fin á la primera parte de estas explicaciones, sólo quiero añadir á mis palabras una observacion sobre lo que ha sucedido, una indicacion sobre lo que puede suceder. Os diré cómo resolvió una creencia una gran cuestion, que el interés, la ciencia y la política no habían resuelto: os diré cómo creo que podrán resolverse todas las demás. Lo uno os probará que no me he desviado tanto como creéis, de mis cuestiones; lo otro os indicará, que el camino que conduzca á la resolucion de todos los pro-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

blemas, no debe estar muy léjos de la direccion, que vemos que sigue en la Historia el primero y más transcendental de todos.

Nosotros hemos tratado con alguna extension la cuestion de la organizacion del trabajo, porque es la cuestion de nuestro siglo y de nuestra sociedad; pero en los siglos y en las sociedades precedentes, había existido una cuestion más árdua, más difícil, la de la emancipacion del trabajo, la de la libertad de las clases trabajadoras.

Nuestro siglo ha recibido ésta libertad, ésta emancipacion como fenómeno, como hecho, como dato: otros la recibieron como problema.

—"Volveis á vuestra cuestion del trabajo, me diréis, cuando ya estábais en la profesion religiosa de una creencia. ¿Qué tiene que ver la religion con el trabajo, ni la creencia que se profese, con la libertad que se disfrute?"

—Sí, Señores; vuelvo á la cuestion del trabajo; que no he salido de ella: sigo con la cuestion religiosa; ya no podré abandonarla jamás, Señores. Desde que un filósofo, por racionalista que sea, se encuentra con una religion en su camino, no hay remedio; le sucede lo que al Rey cuando encuentra en la calle al Santísimo Sacramento: tiene que cederle su carroza, y acompañarle á pié á la casa del enfermo, y hasta dejarle en su tabernáculo.

Hablaba, Señores, de la emancipacion del trabajo; hablaba de la condicion mísera y antigua del trabajo manual, del trabajo mecánico, del trabajo industrial, de todo trabajo productivo. Este trabajo, Señores, fué por largos siglos la servidumbre: trabajador y esclavo fueron por mucho tiempo sinónimos: hombre trabajador y máquina; obrero y animal doméstico, fueron una misma cosa; y cuando Aristóteles dijo que la esclavitud se acabaría el dia que el torno y la lanzadera se movieran por sí solos, no es que Aristóteles profetizase el vapor, ni adivinase la industria moderna, sinó que quiso indicar que el hombre trabajador no era más que un torno y una lanzadera en poder del hombre libre. Ántes que el torno llamado hombre, y la lanzadera mujer, anduvieran solos, pasaron muchos más siglos, que de éste dia á aquel en que el hombre hizo andar solos á los tornos de hierro y á las lanzaderas de marfil.—Señores, la invencion de la libertad humana fué más lenta y más laboriosa que la invencion del vapor y de la *mull-jenny*.

¿Quién la inventó, Señores? ¿Quién la descubrió? No fué la ciencia de los filósofos la que emancipó el trabajo: ya sabéis lo que decía el más grande de todos ellos. No fué la democracia ni la libertad antigua: ya sabéis que nunca fué más horrible la esclavitud, ni nunca se vió más degradada la dignidad humana, que en las repúblicas griegas, y en la república romana. No fué el Imperio, ni la igualdad del despotismo el que alivió la suerte de aquel trabajo que había vivido tanto tiempo en las cadenas.

Los filósofos y los jurisconsultos del Imperio hablan con tanto desden, y con tan horrible frialdad de la muchedumbre esclava, como los filósofos y los legisladores de la república. Con los Arcontes y con los Éforos, con los Cónsules y con los Dictadores, con los tribunos del pueblo y con los Prefectos del pretorio, con la doctrina de Sócrates y con la de Epicuro, con la moral de Alcibiádes y con la rigidez de los Catones, habia existido siempre igualmente duro, siempre inaccesible á las modificaciones de la política, y á las opiniones de la filosofía, el servilismo brutal del trabajo, que formaba el fondo de la organizacion económica de la antigüedad.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

No fué un interés, ni fué una autoridad la que cambió aquel órden de cosas: no fué una legislacion, ni una filosofía la que cambió aquel órden de idéas. No se pronunció en la tribuna de las arengas, ni en las aulas de Alejandría, la palabra santa, que debía regenerar la faz del mundo; porque fué una palabra y un gemido de dolor, y un grito de agonía el que hizo callar los más acerbos dolores y los padecimientos más agoniosos del género humano. Pidió el Justo de los justos sobre la cruz del Gólgota el último trago de las amarguras de la vida, que empapaba la simbólica esponja, y al decir al cielo y al mundo: CONSUMMATUM EST, la emancipacion del hombre se habia consumado; la sociedad y la esclavitud antigua habian para siempre desaparecido.

El cristianismo, Señores, abolió la servidumbre del trabajo. Pero ¿de qué manera?—Notadlo bien. No fué por medio de una máxima, ni por medio de un precepto, ni por medio de una institucion; no fué por una declaracion de derechos, ni fué degradando, vilipendiando, anatematizando la condicion del esclavo y la ocupacion del obrero. La Religion cristiana no se contentó con emancipar al trabajo, como el socialismo de nuestros dias. La Religion hizo más. El trabajo era vil; le ennobleció: estaba degradado; le enalteció: era indigno; le santificó: era la condicion que igualaba al hombre con las bestias; hizo de él la virtud que le igualaba á los ángeles.

Cuando el trabajo fué noble, cuando fué heróico, cuando fué santo, cuando fué divino, no podía dejar de ser libre. La libertad era obra del tiempo; la emancipacion vino de suyo. La nobleza del trabajo fué su emancipacion; la elevacion del obrero fué su libertad. Aquel á quien Dios había dicho "comerás el pan con el sudor de tu rostro," era el padre de los hombres, el padre de los ricos y de los pobres, el padre de César y el padre de Espártaco; y el hombre tuvo que decir: "todo el que suda para comer, es hijo de un Padre, como todo el que muere por la verdad es hijo de mi Dios."

Esta no es fantasía, Señores; esta no es hipótesis; esta no es poesía ni declamacion. Esta es la Historia, y la historia desnuda y sencilla.

V.

Ahora bien, Señores; LO QUE FUÉ, ESO SERÁ, dicen los Libros Santos.—Lo hecho no puede ménos de ser ó de haber sido, dice un apotegma jurídico.—Lo que sucedió, podrá suceder, están en el caso de decir los filósofos.

Lo que sucedió con la emancipacion del trabajo, eso podrá suceder con su organizacion. Lo que cambió la condicion del obrero, y la forma de la produccion, eso podrá modificar las condiciones del repartimiento y del consumo. Lo que sin turbar el órden social, ni comprometer la propiedad, produjo la nobleza y la libertad del obrero, producirá su retribucion más abundosa, su moralizacion más elevada, sin perturbar la sociedad moderna.

Bastó con una creencia, bastó con un sentimiento para que el hombre rico se creyera en obligacion con el hombre pobre, para que respetara en él el señorío de sus fuerzas, como en sí propio el de sus tierras, para que no pudiera ya arrojarle al estanque de las murenas, para que no volviera á creerse dueño de la sangre de sus hijos, y del pudor de sus hijas; para que tuviera vergüenza, para que tuviera horror, para que apénas tuviera memoria de haberlo sido un dia!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Yo creo, Señores, que un sentimiento, una creencia, una Religion pueden hacer con el capital lo que con el trabajo. Yo creo que se necesita ménos para que el capitalista no pueda ser explotador del hombre, para que sólo por consideracion y nobleza de la dignidad humana, se satisfagan más ámpliamente las necesidades físicas, y las necesidades morales del obrero; para que sólo por consideracion al bien social, y al patriotismo convertido en creencia, se aumente con mayor produccion el capital y la riqueza de un pueblo. Creo que con la grandeza, con la prosperidad social, tiene que suceder lo que sucedió con la libertad del indivíduo. No fueron razones económicas las que abolieron la esclavitud: no serán intereses materiales, ni cálculos aritméticos los que hayan de dar á la sociedad la inteligencia de su organizacion, el sentimiento de su armonía, de su elevacion y de su progreso.

Hubo una creencia, hubo un sentimiento, hubo una Religion, en virtud de la cual el trabajo dejó de ser esclavitud y violencia. En que el género y las horas del trabajo fueron de la libre eleccion del hombre. En que el trabajador pudo estipular una retribucion de su trabajo, proporcional á sus necesidades, ó proporcional á las circunstancias y valor del trabajo mismo. En que el trabajador pudo invertir á su albedrío el fruto y estipendio de su trabajo. En que por la excelencia de sus productos, ó la parsimonia en sus consumos, pudo salir de la condicion de trabajador á la de capitalista.

Pues bien: yo comprendo, Señores, una creencia, un sentimiento, una Religion, en que el principio de autoridad deja de ser la violencia, la coercion; en que el órden público no necesita la sancion de un armamento ruinoso; en que la propiedad no há menester la sancion del presidio ni del patíbulo; en que las obligaciones sociales, como las obligaciones domésticas, se identifican con la obediencia espontánea. Yo creo en una Religion, en una doctrina, en que el bienestar de las clases menesterosas se pone en equilibrio con el poder de las clases acomodadas. Yo conozco, Señores, una Religion, en virtud de la cual, ni las relaciones políticas, ni las obligaciones sociales, ni las relaciones económicas pueden dejar de estar reguladas por creencias, sentimientos y virtudes; en virtud de la cual se subordinan á sus espontáneos preceptos, y á su espontánea dominacion, el poder en su esfera, la sociedad en su movimiento, el interés de los ricos, y el deséo ó la esperanza de los pobres.

Concibo, Señores, que por el poder de una creencia, de un sentimiento, de ésta Religion, el poder político no quiera ser absoluto, ni omnímodo, ni omnipresente; la sociedad no quiera luchar contra los imposibles de su situacion, de su suelo, de su raza, de su clima. En que el rico no quiera ser explotador, ni tiránico, ni monopolizador, ni ignorante, ni ocioso. En que el pobre no quiera ser opulento ántes de haber ganado su capital; ni tener participacion en el poder, sin tener instruccion; ni ostentar honores, sin haber hecho grandes servicios. En que pesen iguales, aceptadas resignadamente por todos, la ley del trabajo, la ley de la contrariedad, la ley de la lucha, la ley de la incertidumbre, la ley de la obligacion; pero en que sonría para todos igualmente la ley de la esperanza, la ley del progreso, la ley de la fraternidad de los hombres entre sí, y de la fraternidad de las sociedades en la familia de la Providencia.

Yo creo, Señores, que esto lo puede hacer una Religion y un sentimiento. Y si alguno de vosotros viniera á pro-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

barme, y lográra convencerme de que ésta esperanza es una quimera, y que por éste camino no se llegará á la armonía de la sociedad, y á la concordancia de los intereses, en tal caso, mi consecuencia sería la desesperacion, porque por otro camino no se llegará nunca. Entónces tendría que renegar como Prudhom de la bondad de Dios, y blasfemar de su soberana Providencia.

No, Señores; yo no abriré mis lábios jamás para pronunciar esa blasfemia: ¡primero se cierren para siempre! Yo no los cerraré nunca sin protestar delante de los hombres y á la faz de los cielos la santa esperanza que abrigo en el fondo de mi corazon.

Señores: esta esperanza no es la de un hombre fanático, ni la de un hombre iluso. No es el último refugio del racionalista escéptico: no es la tabla á que se arroja desesperado el náufrago de la filosofía. Pudiera añadir que no es siquiera la de un hombre piadoso. Es la de un hombre sencillo, que cree y que sabe que el hombre tiene una alma, que le constituye; que la sociedad tiene una Providencia que la conduce.

Es la de un hombre sencillo, que ha observado que las cuestiones del hombre se han resuelto siempre por modificaciones en los sentimientos de su alma; que los sucesos de la Historia han sido siempre visiblemente conducidos por la Providencia.

Es la de un hombre, que ha aprendido que la manera de sentir de los hombres se perfecciona, se modifica, se mejora, se ennoblece. Que la civilizacion de las sociedades no retrocede nunca, ni ha retrocedido en la Historia. Fenómenos morales, políticos ó económicos que pasaron en otros tiempos, no los comprende hoy siquiera la sociedad en que vivimos. Que los Espartanos hicieran caza

de ilotas: que la juventud griega se prostituyera públicamente en los templos: que los Romanos cebaran sus estanques con esclavos: que mientras que comían, recrearan sus ojos en combates de gladiadores: que matronas romanas concurrieran desnudas al anfiteatro: que hombres y mujeres tuvieran y publicáran amores con personas de su propio sexo.—Esto, Señores, no sólo no sucede hoy; apenas comprendemos cómo sucedía. La manera de comprender y de sentir ha variado.

¿Desaparecerá la prostitucion? A nosotros nos parece imposible. ¿Pero no ha desaparecido un vicio no ménos generalizado en la antigüedad? ¿Quién sabe si lo tolerado hoy no excitará dentro de dos siglos el mismo horror y la misma repugnancia que los extravíos de otros tiempos?

¿Desaparecerán la usura y el monopólio? ¿No estaban más arraigadas en la sociedad la esclavitud doméstica y la servidumbre de *la gleba*? Bastó una modificacion en la moral de la sociedad, para hacer desaparecer estos hechos, de la legislacion, de la Economía, de la política.

Y es, Señores, que en el mundo no hay cuestiones económicas, ni cuestiones políticas, ni cuestiones legislativas. En el mundo no hay más que cuestiones morales. Y las cuestiones morales son cuestiones religiosas, porque la conciencia y la moral social es la Religion.

Y en vano me diréis que las cuestiones del capital, y las cuestiones del trabajo, y las cuestiones del impuesto, y las cuestiones del repartimiento, y del consumo, y de la pobreza, y de la propiedad, y del salario, y de la renta, y de la lucha ó armonía de productores y consumidores, serán siempre cuestiones económicas, porque serán siempre cuestiones de interés.

Yo no os diré que la cuestion de la multiplicacion y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

reproduccion del hombre, que la cuestion del amor sexual, que la cuestion de las relaciones entre el hombre y la mujer, que la cuestion de las obligaciones mútuas de los esposos; que la cuestion de la crianza de los hijos, debían ser una cuestion de apetito y una cuestion de fisiología.—No, Señores, no: para el hombre no hay cuestiones de fisiología, como hay cuestiones de Economía!

Para el hombre de la sociedad y de la civilizacion, la cuestion de procrear sus hijos no es una cuestion de apetito ni de pasion; es una cuestion de moral, de santidad, de Religion.

Para el hombre de la civilizacion y del progreso, la cuestion de crear riquezas y de comunicarlas con los hombres, la cuestion de capital y de trabajo, y de propiedad y de comercio, no es una cuestion de interés ni de cálculo; es una cuestion de obligacion, de moralidad; es una cuestion que, como la del matrimonio, no puede resolverla la humanidad sinó delante de Dios y al pié de los altares.

Ésta, Señores, es mi última palabra por remate de la cuestion económica. Ésta será mi última doctrina en otro año por remate de la cuestion política. Ésta es mi única conclusion, porque es mi única ciencia [1].

[1] El Autor meditaba coronar estas explicaciones con otro segundo curso, en que tratara especialmente de la *Política*. En él hubiera entrado naturalmente la explicacion de las notabilísimas palabras con que concluye el presente.

¡Adoremos los altos juicios de Dios, que no le dejó completar su obra!

Ha dejado, sí, algunos apuntes para su plan, que reproduciríamos aquí de buen grado, si el volúmen ya harto crecido de este tomo no nos lo impidiera.

Si en los que restan hay lugar, en ellos se publicará éste cuadro, que tanto honra al elocuente publicista y al cristiano filósofo.

(*Nota del Compilador.*)

Para mí, en el hombre no hay cuestiones de interés, ni cuestiones de cálculo, ni cuestiones de fuerza en el dominio de la civilizacion y de la Historia, porque en el hombre no hay nada necesario, no hay nada fatal, y en la sociedad no hay nada materialista.

El hombre es un sér moral, porque es un sér eminentemente libre.

La sociedad se gobierna por principios y por sentimientos inmateriales, porque es una entidad eminentemente religiosa.

La libertad del hombre sólo puede modificarse por la ley de la sociedad, y la ley de la sociedad es la ley moral de Dios.

Señores, al daros con toda la efusion las gracias que os debo por la atencion que habeis prestado tan generosamente á las divagaciones de mi trivial filosofía, yo sólo puedo prometeros que ahora y siempre encontraréis mi palabra; que ahora y siempre encontraréis mi inteligencia; que ahora y siempre encontraréis mi voluntad y mi corazon al servicio de las dos idéas, de las dos causas, de los dos principios, que no pasarán, que no perecerán, que no dejarán de prevalecer nunca y de ir dilatando cada vez más su imperio;

LA LIBERTAD Y LA RELIGION.

Acaso exigireis que os explique cómo soy liberal y cómo soy religioso.

Yo no me preocuparé mucho de esta exigencia.

De lo que sí procuraré ocuparme algun dia es de explicaros cómo el hombre y la sociedad, y la humanidad no pueden dejar de serlo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ÍNDICE.

Fólios.

INTRODUCCION, por el Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo. VII

LOS PROBLEMAS DEL SOCIALISMO.

LECCION PRIMERA.—Preámbulo. 1
LECCION SEGUNDA.—Del socialismo, y del individualismo en la filosofía. 32
LECCION TERCERA.—Del individualismo y del socialismo en la Historia. 57
LECCION CUARTA.—Del carácter y tendencias de las principales teorías socialistas de nuestros dias.—Socialismo filosófico. 82
LECCION QUINTA.—Del socialismo en la historia de las instituciones políticas y administrativas. 107
LECCION SEXTA.—Continuacion de la leccion anterior.—Consecuencias de la centralizacion administrativa y de la política del interés. . . 130
LECCION SÉTIMA.—De la propiedad con relacion á la riqueza. 147
LECCION OCTAVA.—Del trabajo, y sus condiciones. 175
LECCION NOVENA.—Continúa el exámen de la cuestion del trabajo, y de sus condiciones. . . 194

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Fólios.

LECCION DÉCIMA.—Comparacion de la esclavitud y la libertad de los pueblos con la infancia y la madurez en los indivíduos. 227
LECCION UNDÉCIMA.—Del trabajo considerado en la sociedad, y de su concurrencia á la formacion del capital. 257
LECCION DUODÉCIMA.—Continúa la explicacion del trabajo colectivo, y la formacion del capital social. 282
LECCION DÉCIMATERCERA.—Continúa la cuestion sobre la libertad del capital, y de la propiedad.—Si se pueden limitar los consumos por parte de la autoridad social. 313
LECCION DÉCIMACUARTA.—Sigue la cuestion sobre la formacion y conservacion del capital.—Cómo obra en ésta conservacion el impuesto. 341
LECCION DÉCIMAQUINTA.—Continúa el exámen de la anterior sobre la formacion y la importancia económica y social del impuesto. . . . 366
LECCION DÉCIMASEXTA.—Mi última conferencia.—Epílogo. 391

FÉ DE ERRATAS.

PÁG.	LÍNEA.	DICE.	LÉASE.
26	9	perpleja múltiple	perpleja, múltiple
33	16	el principio	al principio
34	10	de luz moral	de la luz moral
64	11 y 12	faltò el hombre de vínculos morales	falto el hombre de vínculos morales
97	1	Mas no buscamos	Por eso buscamos
id.	16	respirarà	reinarà
99	12	se ha abrogado	se ha arrogado
103	23	en las sociedades	en las sociedades antiguas
142	24	colectivo	cohesivo
220	28	*violenti*	*violenti*
id.	id.	*illud*	*illud*
224	25 y 26	Jacquard	Jacquart
272	9	las fuerzas, que obedecen,	las fuerzas que obedecen,
284	4	Nunca estarán unidas . . .	Nunca estarán reñidos
292	1	como los hombres; molécula	como los hombres molécula las
296	12	apelò à la violencia	apelò aquella à la violencia.
345	18	del presupuesto	del impuesto
350	20	se han simbolizado el gobierno	se ha simbolizado, el gobierno
355	última	Prudhom	Proudhon
361	26		
380	13	decimos que representa .	decimos que represente
381	11	con la luz y la sombra . .	son la luz y la sombra
385	24	y que nunca alcanzan . . .	y nunca alcanzan
414	20	la conduce	le conduce

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UANL
DAD AUTÓNOMA DE NUE
CIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA